

Nada es lo que parece, ni nadie es quien dice ser

El amargo don del olvido

A.V. San Martín

A. V. SAN MARTÍN

EL AMARGO DON DEL OLVIDO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© *A. V. San Martín*, 2017
ISBN-13: 978-1546846628
ISBN-10: 154684662X
Edición: Julio 2017

@*avsamartin1*
www.facebook.com/avsanmartin
www.avsanmartin.com

Diseño de cubierta: A.V. San Martín
Ilustración de la portada: Boris Trost
Maquetación y composición: A. V. San Martín

*A Juanjo.
Sin tu apoyo nada de esto sería posible.*

ÍNDICE

CANCIONES RECOMENDADAS DURANTE LA LECTURA

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

SEGUNDA PARTE

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

BIOGRAFÍA

CANCIONES RECOMENDADAS DURANTE LA LECTURA

<https://open.spotify.com/user/21zqf5bj4jscew7vgafovfmthq/playlist/4sw3mxHrNovBz4wGNp9CMf>

- ♪ Indila _ Dernière Dance
- ♪ Woodkid _ I love you (Quintet Versión)
- ♪ Charlie XCX _ Boom clap
- ♪ Indila _ Love Story
- ♪ Seal _ Kiss from a Rose
- ♪ Indila _ Ego
- ♪ Indila _ Mini World
- ♪ James Blunt _ Fall at your feet (Acoustic)
- ♪ Kate Bush _ This woman's work
- ♪ Birdy _ Not about angels
- ♪ The national _ About today
- ♪ Seal _ Crazy
- ♪ Woodkid feat Likke Li _ Never let you down
- ♪ Sia _ Elasting Heart
- ♪ Lana del rey _ Love
- ♪ Kodamine _ All I want

NOTA DE LA AUTORA

Antes de que comiences la lectura, me gustaría aclararte que yo, como autora, no me posiciono ni a favor ni en contra del aborto. Como la misma protagonista dice en un fragmento de la novela: «nadie puede asegurar que hará en un momento dado y hasta que no se encuentre de lleno en él», y yo vidente no soy. En casos así, son muchas las circunstancias que hay que valorar, así como la situación de cada persona. Bien es cierto, que mientras escribía esta historia tuve dos pérdidas involuntarias muy deseadas y eso, tal vez, influyó un poco en el transcurso de la historia.

Dicho esto, adelante. El libro es tuyo.

PRÓLOGO

♪ *Indila _Dernière Dance*

Éramos como un bombón Aftersweet que explota de forma densa e insuperable dentro de la boca, despertando el paladar. Solo que entonces desconocíamos que el carácter amargo e impactante como el chocolate de uno podía combinar de forma tan deliciosa con el del otro, de menta fresca y picante.

No, entonces no sabíamos que éramos capaces de intercambiar entre nosotros algo más que las frases despectivas y los desaires en los que nos veíamos envueltos debido a la forzosa vecindad que nos mantenía unidos cada verano. Nos encontrábamos, sin que yo pudiera evitarlo, pese a que intenciones no me faltaban, en similares fechas y en el mismo pueblo costero, en los que mi diminuta familia y la suya más amplia y escandalosa eclosionaban sin remedio en la misma urbanización de apartamentos.

Por supuesto mi madre con su frío y pétreo desdén, solo intercambiaba rigurosos y escuetos saludos que no podía disfrazar de corteses ni aunque lo pretendiera. De esa manera quedó instaurada de forma consistente la guerra fría entre las familias. Mi madre, sin fingida altivez, controlaba desde la elevación de su ático de lujo que no se viera salpicada por las ideas bolcheviques de esos vecinos que ocupaban un escalafón más bajo en el edificio. Igual que si se llevara a cabo una verdadera clasificación de estamentos sociales en el bloque.

Y a mí... a mí me importaba todo una mierda. No podía interesarme menos cualquier cosa, y entablar conversación o relación con otro ser humano era el último de mis intereses. Mi naturaleza adusta y áspera nació honda y arraigada tras descubrir con diez años, durante un mitin político y de la mismísima boca de mi madre, mis inciertos orígenes.

«Considero que estamos tan ciegas amparando el derecho de la mujer a decidir, que no nos damos cuenta de que estamos defendiendo una atrocidad. Las leyes a favor del aborto no tienen nada que ver con la lucha para conseguir mayor libertad e igualdad para las mujeres. Estamos confundiendo esos conceptos. Cuando interrumpimos un embarazo, estamos deteniendo una vida que ya ha comenzado. No importa que esa vida tenga unos días o años. Tiene

tantos derechos como nosotras aunque les falte la voz para exigirlos. Lo justo y legítimo es que desde su concepción cada vida cuente. Como contó para mí la de mi hija pese a ser fruto de una violación. Nunca ni por un segundo durante su gestación me planteé terminar mi embarazo porque era muy consciente de que llevaba en mi vientre una nueva existencia, sin culpa alguna de los errores cometidos por el hombre que la engendró.

Miradla, ella está aquí porque yo di valor a su vida y la amé desde que supe de su existencia. Mi derecho a decidir no me faculta para detener su crecimiento ni ahora ni entonces».

Sus palabras tuvieron el resultado que buscaba allí y en todas las noticias. Solo se le olvidó calcular el efecto que tendrían en la aturdida y perdida mente de una niña que había renunciado a conocer la existencia de su progenitor hacía mucho tiempo.

No es como si pudiera considerar padre al hombre que forzó a mi madre solo por el hecho de llevar parte de su ADN, pero hubiera preferido con creces continuar en la ignorancia, yo y el resto del mundo. Aquello colocó sobre mí un estigma que yo misma me preocupé en enraizar y regar con mi actitud descabelladamente apática y hostil. Mi padre era un violador y yo el resultado de su delito.

¿Quería saber quién era? ¿Estaba en la cárcel? ¿Sabía de mi existencia? Esas eran preguntas con las que no quería convivir. No es solo que no quisiera saber las respuestas, lo que en realidad no quería era que surgiera la necesidad de planteármelas.

De esa forma me volví una maestra en ocultar mis pensamientos y sentimientos. No solo a los demás, sino también a mí misma.

«Quién no siente no padece. Sí, lo siento. Pelea con eso» podría responder a mi madre, una y otra vez, ante sus desesperados intentos de comprenderme. Lo cierto es que nunca me molesté en explicar el negativo impacto que su confesión pública tuvo en mí. De todas maneras, lo más probable es que ella lo supiera y su intención nunca hubiera sido utilizarme para hacer demagogia contra políticas a favor del aborto, solo se dejó llevar por el calor y el entusiasmo del momento. Lo entendí cuando sus parpados cayeron con dolor sobre sus ojos, conteniendo un torrente de arrepentimiento, antes de volverse a mirarme.

«Mal calculado, Celia Baró. Defendías a los más débiles de las decisiones de sus adultos, empujando a tu propia hija a través de un maldito laberinto en espiral en el que se perdería, hasta que el mismo chico que

rechazaba le enseñara la salida».

PRIMERA PARTE

«Se encierra en sí mismo, es puro como la llama y purifica cuanto toca. Sin él, nada en la tierra. Él vence a las tinieblas y el mal que en ellas se oculta, él es el principio, es el padre, el hermano, el hijo, el amigo del hombre...».

Manuel Murguía

NADA
es lo que
PARECE...

1

♪ *Woodkid _ I love you (Quintet Versión)*

Ahora...

Dejo mis llaves sobre el aparador. Ha sido un día agotador con mucho trabajo y temas sin resolver. Apenas me quedan fuerzas para enfrentarme, con la paciencia y la comprensión que debiera tener, a su estado de retraimiento y encierro. Suspiro con fuerza y lleno mis pulmones de aire, tratando de reunir las fuerzas que necesito antes de volverme hacía él.

Sé que tal vez me ha oído. Probable y secretamente era mi intención porque es lo único que puedo hacer para transmitirle mi descontento y no gritar desesperada que reaccione de una vez.

—Oliver —saludo antes de volverme hacía él.

Ni siquiera se gira para mirarme. Mi presencia o ausencia no supone ninguna diferencia en su estado de ánimo. Sentado junto a la ventana de forma desaliñada, mantiene los ojos clavados en ninguna parte.

No voy a fingir que lo entiendo. Ningún estado de tristeza o abatimiento es comparable a la profunda desesperación que él viene sufriendo cada día desde aquello. Y la solución no pasa por animarle o recordarle todo lo que tiene y merece la pena en esta vida. Tampoco sirvo para ello. No entiendo de tristes melancolías porque jamás me he permitido sentir las. Soy demasiado pragmática y realista. No me permito soñar ni anhelar. Solo con él desee más y dejé de nadar contra corriente, acoplándome a un paso que parecía demasiado largo para mí. Un paso que ahora parece detenido y no logro acompasar.

Me acerco a él despacio, con el silencio sobrecogedor de la casa interrumpido por el sonido de mis tacones sobre las lamas de madera. Mi mano cae sobre su hombro como una forma torpe de consuelo. Levanta la mirada hacia mí como si fuera la primera vez que reconoce mi presencia en la casa y su cara se contorsiona sin poder contener la emoción. Trata de ocultar sus ojos tras su mano.

Soy egoísta, pero prefiero este atisbo de agitación que su mirada infinita y su inexpresiva actitud.

Me dejo caer en el suelo a sus pies y él se abre camino entre mis brazos

con inquietud, buscando el refugio que necesita. Acaricio con cariño las hebras cortas de su pelo a la altura de su nuca cuando oculta su rostro en mi hombro.

—No quiero perderte, Inés. Por favor, no me dejes —me suplica y sus ruegos desesperados agitan un leve atisbo de remordimiento en mi interior, no porque me estuviera planteando hacerlo, sino porque en algún momento del camino tuve que luchar contra la impaciencia que amenazaba con sacar mi peor yo.

—No voy a hacerlo, Oliver. No voy a abandonarte —aseguro.

Se aleja unos centímetros para poder comprobar la veracidad de mis palabras en mi rostro, y eso me concede la oportunidad de observarle. Está demacrado. No es solo la barba sin afeitar y el desaseo generalizado. Apenas come o duerme, y las huellas trémulas del agotamiento comienzan a reflejarse en su cara y en su cuerpo como invitados no deseados que estorban desluciendo una estancia agradable y placentera.

El psiquiatra lo describe como un trastorno de estrés post traumático. Yo me pregunto cómo demonios lo sabe cuándo ninguno de los implicados puede hablar de lo que ocurrió aquel día y con probabilidad nadie lo sepa.

No reconozco a esta persona. Este no puede ser el Oliver que me mantuvo en vilo durante toda una vida. El mismo hombre lleno y pleno de algo que no se puede describir tan solo como vida o arrojó, sino todo eso y lo contrario también, armonizando de forma ejemplar y equilibradamente desbarajustada. Él era el que me empujaba a sentir y emocionarme, el que provocó un tumulto de conmoción en mi vida cuando al fin consiguió entrar.

Y ahora no soy capaz de comprenderle. Ya no percibo a aquel hombre en este recipiente vacío frente a mí. No preguntaré más. No lo haré porque ni siquiera me atrevo. Él hablará cuando esté preparado. Y no estoy segura de querer saber o no.

¿Qué es lo que ha podido hundir a un hombre que ha afrontado miles de dificultades y estado en incontables situaciones arriesgadas sin sentirse superado por ninguna de ellas? ¿Fue un cúmulo de circunstancias o todo deriva de aquella maldita noche?

Miro a través de la ventana sin estar interesada por lo que proyecta. Si fuerzo la vista puedo ver a lo lejos los bosques de pino abrasados y sus troncos desnudos como esqueletos de una muerte anunciada. Y solo se me ocurre pensar que nada importa y que ningún acontecimiento ocurrido cambiará lo que siento por Oliver. Lo único que quiero es continuar hacia

delante tal y como veníamos haciendo porque tal vez nuestras pequeñas vidas no eran perfectas, pero se sentían bien y no quiero que nada las cambie.

Lo quiero de vuelta.

Oliver era vitalidad, no melancolía; era resolución y no rendición, fortaleza, no desaliento. Y yo era...

Antes...

Yo no era tímida, no. Cuando se ha sido víctima de la morbosa curiosidad del resto y el melodrama gobierna la vida no hay espacio para la vergüenza.

Las palabras justas que me describían eran insociable, solitaria y adusta por decisión propia. Mi reserva se convirtió prácticamente en mi religión para no tener que contestar preguntas inoportunas o para esquivar las miradas inquisitivas. Pronto dejó de ser premeditado y se volvió parte intrínseca de mí. Tenía conocidos, pero nunca amigos íntimos. Siempre con la nariz metida entre libros erigía una descomunal barrera infranqueable entre el mundo y yo que nadie podía atravesar. Ni siquiera mi madre podía hacerlo. Y me gustaba.

Mi independencia me hacía sentir fuerte. No me sentía mejor que los demás, ni siquiera ocupaba mis pensamientos en comparaciones inservibles que no tenían ninguna utilidad, pero si me sentía diferente y eso lo saboreaba con gusto. Hacía lo que me daba la gana por mi propia conveniencia sin las ataduras que suponen rendir homenaje o devoción a cualquier otra persona con la excusa de los lazos de la amistad o el amor.

Hasta aquél verano.

Tumbada sobre la toalla junto a la piscina y hundida hasta el fondo en las páginas de 1984 de George Orwell, no noté la sombra que caía sobre mí hasta que su dueño con evidente nerviosismo carraspeó para llamar mi atención.

Al levantar la mirada lo primero que vi fueron unos pies desnudos y bastantes feos que me incomodaron profundamente invadiendo parte de mi espacio personal. Con solo un vistazo un poco más arriba reconocí el bañador poco discreto en naranja flúor de “El Gato”.

Obviamente, ese solo era un sobrenombre porque tenía unos peculiares ojos rasgados de color verde lustroso.

Hacía varios años que su familia había comprado un apartamento en la urbanización y de algún modo, aunque nunca había reconocido su presencia, nos conocíamos.

—¿Qué? —pregunté seca dejando claramente reflejado en mi tono de voz

que su interrupción no era bienvenida.

—Necesitamos tu ayuda —respondió alterado.

Volví a levantar la mirada con incredulidad.

Junto a él, casi cubierta por el cuerpo de El gato, Paula evitaba mi mirada. Recordaba haber jugado con ella a construir castillos de arena en la playa cuando todo era mucho más fácil y la autoconsciencia todavía no manchaba de realismo la dulce infancia. Ahora con toda claridad me evitaba, por lo que esta propuesta cuando menos era sorprendente.

—Os equivocáis de persona. —Fue mi escueta respuesta.

—No hubiéramos acudido a ti, sino estuviéramos desesperados —aseguró el chico.

—No me importa. Tengo mis propios problemas.

—No puedes seguir manteniéndote al margen, esta urbanización está en guerra y necesitamos un negociante pacificador.

«¿Qué?» Repito« ¿Qué?»

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuatro? Vete a jugar a soldaditos a otra parte y déjame en paz.

—Los Covaleda nos ganan terreno. Utilizan la piscina las mejores horas del día y por la noche la sala de juegos negándonos la entrada.

Resoplo con indulgencia. No podría importarme menos ya que, al fin y al cabo, no es algo por lo que me vea afectada.

—¿Y por qué crees que estoy de tu lado?

—Es evidente que no soportas a los Covaleda y los de los pisos altos debemos defendernos de esos matones de los bajos.

Retuve una carcajada entre dientes sin poder evitarlo. Sonaba tan verosímil como surrealista, solo que parecía sacado de otra época y contexto. Utilizaban la diferencia de alturas de cada apartamento para sustentar una jerarquía social porque los pisos más altos son más grandes y costosos. Para mí esas diferencias suponían menos que nada.

—Olvidalo. —Fue mi renuente respuesta.

—De acuerdo —dijo. No obstante, lejos de estarlo, tomó asiento junto a mi toalla e invitó con un gesto a Paula para que hiciera lo mismo—. A ti te respetan, así que nos quedamos contigo.

—No fastidies —contesté incrédula y exhausta.

Toda su réplica fue una tirante sonrisa acompañada de un asentimiento de cabeza. Pero estaba equivocado. A mí los Covaleda no me respetaban. Simplemente este verano me había planteado ignorarlos en mayor grado. A

veces con más atino que otras.

Los tres hermanos mayores eran unos bravucones. Dos de ellos eran mellizos y aún no sabía si eran más jóvenes o no que el otro porque apenas se llevaban diferencia de edad y tampoco era información que me molestara en retener. El cuarto miembro de la familia era una niña de unos seis años que a veces se me quedaba mirando embelesada, por lo que yo trataba de evitarla constantemente.

Mi fuerte no eran los niños. No sabía qué hacer con ellos o cómo tratarlos. Aún, mucho menos, me imaginaba engalanando mi voz de dulzura para hablarlos. Yo nunca había sido niña, así que no tenía nada que ofrecerles y huía de ellos como de la pólvora. Mucho más de esta y sus ojitos arrobados.

Todos ellos disponían de distintas tonalidades de color castaño en el pelo, desde el más claro de la niña hasta el más oscuro del hermano discordante, cuyos mechones más dorados se acentuaban al final del verano por el sol.

Ese año los vi en un par de ocasiones. Es cierto que ocupaban la piscina de forma invasiva, espantaban a otros bañistas, lanzándose de forma salvaje al agua y salpicaban a los que trataban de disfrutar del sol.

—Ahí vienen los mellizos —avisó con voz inquieta Paula.

Apenas levanté la vista para echarles un vistazo y me di cuenta que ese solía ser mi momento para recoger mis bártulos y marchar. No porque me sintiera espantada por los Covalada, sino porque me estorbaban y prefería poner distancia entre las multitudes y yo. Sin embargo, por alguna razón, ese día, curiosa, decidí quedarme a observar.

Ese año aún no habían pegado ese estirón, con el que parecían sufrir una descoordinación entre sus miembros y el resto del cuerpo como si no se acostumbraran a ello, como le ocurría al otro hermano. Llegaron empujándose el uno al otro y cayeron al agua de forma estruendosa, asustando a unas niñas que prefirieron mantenerse a salvo y huir por la escalerilla.

No parecían tan aterradores, solo un par de imberbes haciendo lo que hacen los adolescentes.

Me levanté dispuesta a terminar con ese estúpido examen, cuando la impresión de ser regada por un inmenso golpe de agua me detuvo.

Contuve la respiración.

No solo yo estaba empapada; mi libro chorreaba agua entre mis dedos. Lancé una mirada fulminadora tras de mí, en busca del causante. El tercer hermano, que lejos de tener remordimientos, me miraba con una amplia

sonrisa satisfecha desde su nueva posición después de lanzarse a la piscina con el ímpetu suficiente para salpicarme.

—¿Qué pasa pelirroja? —«Si, pelo fuego y evidente herencia paterna. Recordatorio aciago de mis orígenes».

Me puse furiosa. Enfadada. Me había sobresaltado y yo mantenía un férreo control sobre mis emociones para evitar todo tipo de alteraciones.

—Parece que estás un poco mojada —se burló sin un ápice de gracia para mí. No estaba un poco mojada, sino empapada.

—Tu estupidez empaña tu visión. —Fue mi contestación furibunda.

Al parecer fue realmente graciosa porque despertó las carcajadas de los mellizos.

Entrecerré los ojos lanzándole una mirada que congelaría el mismísimo aliento de Lucifer, y con todo el dolor de mi corazón arrojé el libro a su cabeza haciendo diana y sorprendiéndole.

—Toma buena nota del título y del autor porque tendrás que comprarme otro igual —le espeté mientras el libro se hundía en el agua.

—Lo único que te compraría, y como un favor personal, sería un poco de sentido del humor, a ver si así logras sonreír —siseó rescatando el libro de su ahogamiento y lanzándomelo de vuelta a mis pies.

A primera vista él también andaba escaso porque mi acción había borrado la sonrisa de su cara y fruncía el ceño.

Desenredé mi mirada de la del indeseable tarambana, volviéndola hacia mi novela inservible en su totalidad tras sus innecesarias clases de natación.

Si algo me satisfacía en profundidad era cuidar mis libros con esmero. Era una coleccionista de literatura. Las librerías eran mis santuarios. Recorría sus pasillos *pasmódicamente* en busca de primeras ediciones de tapa dura saboreando el sonido de las páginas al ser deslizadas rompiendo mi propio voto de silencio junto a los libros. Solo si esa cacofonía era comparable a la del rayo cuando la tormenta está casi encima; rápida, despiadada y fulgurante, significaba que las hojas eran de calidad, duras y resistentes. Su olor debía ser a cerrado, no a nuevo. Como si fuesen cofres nunca abiertos que aguardaban a que un conquistador descubriera sus secretos. Después de leerlos los colocaba sobre mis estanterías clasificándolos por tema, autor y en orden de preferencia, en un caótico sistema que solo yo podía desentrañar.

Tras una amarga claudicación, sopesando profundamente si podría salvarle haciéndole el boca a boca, renuncié a mi libro y lo dejé donde estaba mientras recogía el resto de mis pertenencias chorreantes para marcharme de

allí.

Podría haber dicho la última palabra. Era lo suficiente aguda y borde como para inventar una rápida réplica, pero no me interesaba comenzar un tira y afloja con ese tipo.

No fue hasta que atravesaba la pista de tenis, ocupada por niños de unos diez años haciendo un uso más bien confuso y poco acertado de sus raquetas, que me di cuenta que tanto El gato como Paula me seguían. Frené en seco para girarme y enfrentarlos con evidente contradicción. Que yo supiera en ningún momento había hecho bando con ellos.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer? —Fue la rápida pregunta del Gato.

Resoplé con incredulidad antes de volverme y huir con rapidez hacia la entrada del edificio para que no pudieran seguirme.

2

Si había algo que me encantaba de las vacaciones en la costa era el mercado de puestos. Se organizaba todas las semanas a lo largo del paseo que bordeaba la playa. Era el lugar adecuado para cualquier buscador de tesoros y objetos raros. Además, las prendas de ropa y complementos que se exponían trascendían del convencionalismo de las franquicias y la uniformada moda que se veía en los escaparates.

Existía un tira y afloja entre la tendencia en vestir que comenzaba a gobernar mi armario y el estilo estirado y formal que pretendía inculcarme mi madre.

Supongo que era una etapa normal en la vida de cualquier adolescente, pero en este caso se agravaba porque ella quería mostrar en público una imagen clásica y ultraconservadora. Al fin y al cabo, ella era una persona con cierta trascendencia política en los medios.

Yo odiaba todo eso.

A veces se deslizaba entre los huecos con espacio de mi mente, la idea de parecerme más a mi padre que a ella, pero solo era una duda que aplastaba sin piedad antes de horrorizarme con su presencia. No quería pensar en él, ni quería saber de su existencia. Jamás una niña debería haber conocido un origen tan devastador en una edad donde todo es curiosidad y avidez por aprender.

Surgió un miedo irracional. Me aterrorizaban las respuestas a las dudas que pudieran surgir, así que dejé de hacer preguntas. Averiguaba la solución a cualquier cuestión por mi cuenta como si eso me protegiese de recibir información no deseada. Desde luego, ese pequeño detalle aumentaba esa percepción de que no había nada que me importara que tan bien me estaba labrando, solo que, en ese caso, no era cierto del todo.

Tal vez lo sencillo entre mi madre y yo hubiera sido sentarnos a hablar, en vez de aparentar que nada había ocurrido, pero ese no es el estilo de los Baró. Los Baró son fuertes, regios, dinámicos y agradables con quienes están a su altura; nunca exteriorizan sus verdaderos pensamientos y el equilibrio gobierna sus vidas. Yo soy la insensatez a tanta perfección. El contrapunto. La oveja negra.

—He pensado que hoy podríamos ir a cenar a ese sitio que te gusta tanto para celebrar tu cumpleaños. ¿Cómo se llama? —preguntaba mi madre al encontrarme disfrutando del aire frío y fresco que llegaba desde el mar cuando el sol se rendía tras una nube.

—La máquina del tiempo —contesté echándola un vistazo. Contuvo un gesto de desagrado. Supongo que resultaba demasiado exuberante para ella, pero también sabía, que esa, era su forma de decirme que me quería aunque no fuera capaz de usar las palabras que lo atestiguaran. No la culpaba ni había nada que reprochar. ¿Cómo hacerlo cuando ella nunca dudó de mi derecho a vivir pese a la difícil encrucijada en la que se vio envuelta? Puede que fuera una esnob estirada, pero me quería y nunca tuve dudas sobre eso, aunque ninguna supiera cómo expresar esos sentimientos hacia la otra de forma abierta u honesta. No estaba segura si la razón era mi barrera infranqueable o la suya, carcomiendo en silencio desvelos que pudieran alterar su férrea y cultivada imagen. Ojala la naturaleza humana no fuera mentalmente tan frágil y todos estuviéramos desprovistos de los oscuros y débiles pensamientos que nos convierten en seres endebles propensos a quebrarnos. Supongo que es el justo precio que debemos pagar por ser inteligentes. Si nos moviéramos solo por instinto, sin emociones, entonces no seríamos más que animales salvajes que solo buscan la propia supervivencia. Y no queremos ser así, ¿verdad?

Tal vez yo sí, tal vez ni siquiera sabía lo que quería; solo que a veces sentía un extraño hueco en alguna parte dentro de mí, que me mantenía intranquila y angustiada sin encontrar la manera de llenarlo. Sin doler, pero causando un tormentoso vacío que solo podía afrontar manteniéndome esquivo y cerrando con blindaje cualquier síntoma que provocara emoción.

Era una Baró. Era impasible y tenaz, puro granito sólido y firme que ocultaba aquello que muestra mi debilidad.

—Vamos —apremié a mi madre antes de que cambiara de opinión o le surgiera cualquier otro contratiempo que evitara que pudiéramos compartir esa cena de cumpleaños juntas.

Era el tiempo de mis dieciséis veranos. La edad de los conflictos. Del quiero, pero no puedo. El periodo en el que nunca se es lo suficiente mayor o pequeño. La época del saber todo cuando no se entiende nada.

La peor de las casualidades cogió forma cuando nos sentaron en una mesa no lejos de toda la familia Covalada en La máquina del tiempo. Mi madre formuló un educado, aunque tirante «buenas noches» al caminar junto a su mesa, sin esforzarse en absoluto en entablar conversación.

La mirada de los cuatro hijos, incluida la de la más pequeña, recayeron en mí.

Yo era mucho menos cortés que mi madre. No me molesté con un saludo e ignoré su presencia con la más pura desidia durante la mayor parte de la velada. No me supuso ningún esfuerzo, aunque sus carcajadas y sus interminables conversaciones en voz alta resonaran en todo el restaurante. Mi madre, en cambio, les dirigía miradas de disgusto de vez en cuando.

—Esos tres hijos que tienen son todos unos cabeza huecas —comentó seriamente sin tener que explicarme a quién se refería—. El otro día me cerraron la puerta del ascensor en las narices, haciendo que tuviera que esperar a que subiera y bajara de nuevo.

Oculté una sonrisa. Aunque hubiese querido, no habría podido llevar la cuenta de las veces que hice lo mismo para no tener que coincidir con otra persona en el trayecto del ascensor.

—Al parecer se ha instaurado una especie de batalla en la piscina y en la sala de juegos por conseguir las mejores horas. Ellos se están llevando la mejor parte —le comenté sin dar mucha importancia al tema en realidad.

—Tú no te impliques. —Fue la rápida y cortante respuesta de ella.

Dejé de mirar la carta de menús para observarla con más detenimiento. Solo que ella no me miraba a mí, sino a ellos.

Su energética respuesta fue una sorpresa, pero como siempre, opté por no preguntar. Después de todo, no estaba pensando en unirme a esa disputa.

—Tu abuelo te manda felicitaciones y dice que puedes elegir el regalo que quieras —mencionaba antes de sacar un paquete pequeño y rectangular envuelto en papel de celofán fucsia con corazones—. Este es el mío —añadió como si fuera necesario.

Lo cogí temiendo su contenido. Lo abrí con parsimonia, sin el ímpetu y la ansiedad que acompañarían a cualquier otra adolescente. Era una caja. Una caja de joyería con un collar de perlas blancas en su interior.

—He pensado que ya eres lo suficiente mayor para poder llevarlas —comentó con un ligero tono de aviso en su voz. Lo que quería decir que pretendía que me las pusiera me gustaran o no.

Lo cierto era que me horrorizaban. ¿Cuál es el fin de obsequiar un regalo que con seguridad no gustará? Imponer el propio criterio. O eso o no me conocía en absoluto.

Le devolví un atisbo de sonrisa tirante como agradecimiento que al parecer fue suficiente para ella.

En eso consistía nuestra relación. No nos compenetrábamos. Nuestras idas y venidas no casaban y teníamos múltiples desavenencias, pero manteníamos las apariencias y callábamos lo que descontrolaría el débil equilibrio que manteníamos. Sin preguntas, sin reproches, sin discusiones; solo muda y resignada aceptación.

—¿Qué tal si cogemos la ensalada César para compartir y algún segundo plato ligero como pescado a la plancha? —comentó volviendo a su carta.

—Como quieras —le respondí con desidia.

Si era mi restaurante favorito, se debía a que tenía unos canelones rellenos de atún y huevo espolvoreados con mucho queso que me encantaban.

La mirada de mi madre se clavó en mí. A veces no podía afirmar si en realidad actuaba de esa manera porque formaba parte de su naturaleza o porque buscaba algún tipo de reacción en mí. Fuera como fuese pocas veces encontraba resistencia. Yo nunca caía en ensordecedores estallidos de furia o grandes demostraciones de rebeldía. Era más simple que todo eso. Ella ignoraba mis deseos y yo ignoraba los suyos. Si alguna acababa pataleando por nuestras diferencias, era ella. No me entendía. No sé si por deficiencia de capacidades o por carencia de intenciones. Sin embargo, existía cierta armonía entre nosotras y nos queríamos.

Tal vez los Covalada con sus risas, sus tiernas miradas y las caricias entre ellos fuesen capaces de expresar más amor y aparentemente una unión familiar más estrecha, pero yo no los envidiaba o no creía hacerlo. Había un aspecto de mí que me hacía sentir que debía estar infinitamente agradecida. Cuando tantas personas exigían su derecho a abortar por considerar que era una perversión tener que parir el fruto de una violación, era fácil que yo misma me planteara mi propia existencia como una aberración. Mi madre solía decir que esas personas olvidaban que lo que crecía en su vientre también era parte de ellas. Yo ni siquiera me postulaba a favor de una u otra corriente. Todo aquello me recordaba al amigo que cree que saltará a las llamas por su compañero y a la hora de la verdad corre para salvar su vida. Nunca se sabe lo que se hará en cada situación o momento hasta encontrarse en él. Y yo solo ponía la mano en el fuego por Celia Baró en aquel entonces, aunque aún no sabía que estaba completamente equivocada al hacerlo.

—Quita de en medio Gato, no tengo ovillos de lana que prestarte — espeté al tunante tras casi chocar contra él.

Era la primera vez que estábamos mano a mano y con sorpresa tuve que levantar la mirada para enfrentar la suya. ¿Cuándo le había dado por crecer?

—Tal vez quieras echarle un vistazo a esto —anunció antes de indicarme con un gesto de la cabeza que fuera tras él.

Registré la posibilidad de ignorarle y continuar camino hacia mi apartamento. ¿Cuándo aprendería la gente que había muy poco que en realidad me importara?

Lo fulminé con la mirada, pero lejos de verse amedrentado, extendió su mano hasta mi brazo para sujetarme y arrastrarme con él. No sé si fue la estupefacción la que me dejó en blanco y por eso le seguí, pero lo cierto es que no ofrecí resistencia cuando me llevó hasta la entrada de la urbanización.

Lo cómico era, que de todas formas me dirigía allí.

Mi madre había convenido en invitarme a una enorme copa de helado después de cenar en casa. Es lo que hacíamos los sábados por la noche. Ese día estuvo pendiente por completo de las llamadas de su móvil, y volvió al apartamento mucho antes de que llegara el postre a la mesa. Se excusó alegando que estaba en espera de un fax muy importante.

Por fortuna, estaba acostumbrada a este tipo de plantones. Ignoré a los Peláez del cuarto piso y sus ojeadas llenas de compasión. Había aprendido a convivir con esas miradas de forma apática. Coloqué mis cascos en los oídos y encendí el play de mi walkman.

La música era una buena forma de aislarme del resto del mundo. Como si realmente les estuviera observando a través de una pantalla y las canciones formaran parte de la banda sonora de las vidas que contemplaba.

IMES DEL ATICO ES HIJA
DE UN VIOLADOR

Rezaba en el más hondo y crudo negro sobre el muro blanco immaculado que invitaba de forma abierta la entrada a la urbanización.

Inspiré con fuerza al leer aquellas palabras. De alguna forma parecía que necesitaba hacerlo con más ímpetu de lo normal para alcanzar la capacidad de aire total de mis pulmones. Antes de cualquier herida, de cualquier emoción o

trastorno cerré las compuertas que contenían mis debilidades, dejando cualquier conmoción fuera.

—¿Has visto quién ha sido? —pregunté a Gato sin molestarme en mirarlo.

—No —me respondió con voz dura—. Aunque tampoco me hace falta saberlo.

—¿Cómo pueden ser tan crueles? —escuché murmurar a Paula a mi derecha.

Ni siquiera la había visto. Me pregunté si estos dos eran como hermanos siameses siempre juntos e inseparables.

—Tal vez sea cruel, pero es la pura realidad —contesté tratando de aparentar toda la indiferencia posible.

Oí como Paula contenía la respiración. No me digné a mirarla. Tenía la vista fija en esas letras como si tuviera un superpoder en los ojos capaz de hacerlas desvanecerse.

Lo cierto es que pese a mi aparente apatía, una rabia incontrolable comenzaba a hervir mi sangre haciéndola humear a través de los poros de mi piel. Una cosa eran los rumores alrededor o los cuchicheos a la espalda, y otra era esta indiscriminada divulgación de lo que nunca debería haberse sabido. No éramos tan niños como para no saber qué tipo de daño infligía un acto de este tipo. Y si no lo comprendían entonces el papel educador de sus padres había fracasado por completo.

—Muy bien. Estoy dentro. Acabemos con esto. —Pasé mis dedos por encima de las palabras que acababa de pronunciar como si de esa forma aún tuviera oportunidad de retenerlas, pero ya no era posible.

Debería haber sabido que no podría mantenerme en un estado de impasibilidad. No y no. Porque yo era una de esas personas constantemente decepcionada. Amortiguaba el fastidio esperando siempre lo peor. Así no tenía que creer en nada. La realidad era que estaba molesta. Molesta con todo y con nada en general, pero llevaba el descontento enterrado tan profundamente que ni yo era consciente de él. Sin embargo, algo no encajaba en mi vida y me sentía confusa, decepcionada. Justo en ese momento, comprendí que no tenía ganas de conformarme.

Esa era la palabra exacta: era una inconformista, no era capaz de adaptarme a mi entorno, por lo que el entorno debía cambiar para mí. Es con los inconformistas con los que evoluciona el mundo. Ellos son los que perciben cuando el camino transitado no es correcto porque pueden ver su

mierda y no comulgan con ella. Solo a los que se acomodan o se resignan inquietan los cambios o aquellos que temen perder sus privilegios; y yo no era nada de eso y mucho menos cobarde.

Era el momento de comenzar la batalla que reflejara mi insatisfacción. Y lo hice sin darme cuenta de que supondría mi propio progreso.

Nuestra primera ofensiva llegó en forma de hoyos. Teníamos registrado a qué hora bajaban de forma usual a la playa por la mañana y sabíamos que lo primero que hacían era ocupar la zona arreglada con las dos porterías para partidos de fútbol.

Cavamos en la arena de forma precipitada y engorrosa una serie de agujeros desperdigados por el suelo de forma caótica. Los socavones eran lo suficiente grandes para contener un pie grande hasta la mitad de la pantorrilla. Colocamos film transparente de envasar sobre ellos y cubrimos el plástico con arena ocultándolos.

Los Covalada llegaron puntuales junto a otros tres amigos.

Desde las altas y arenosas dunas que dividían la playa de la civilización. Paula, el Gato y yo, medio enterrados en arena y briznas de hierba que brotaban de forma inexplicable entre tanta salinidad, nos tronchábamos de risa cada vez que uno de ellos caía en una de las trampas, metiendo el zanco hasta casi la rodilla. Ni que decir que el partido fue un desastre para ellos.

—¡Shht! Callaos. Os van a oír —graznaba Paula más asustada de lo que le convenía admitir.

Sin embargo, el Gato y yo, sin una pizca de remordimiento, compartíamos euforia por nuestra pequeña batalla ganada.

—¡Se darán cuenta de que hemos sido nosotros si nos pillan! —trató de argumentar alterada.

Sin dejar de sonreír me volví hacia ella. Estoy segura de que no dibujaba una sonrisa amable o agradable, sino despiadada porque leí en su cara la sorpresa mezclada con el susto.

—De eso trata —aseguré—. ¿De qué sirve si no descubren que hemos sido nosotros?

Más que decidida y ante la mirada horrorizada de Paula me puse en pie y

trepé el pequeño trecho hasta la cima de la duna más cercana a los jugadores. Desde ella, como si fuera el mismísimo Napoleón contemplando su conquista, hice frente a las seis miradas airadas y encolerizadas que recayeron sobre mí mientras el viento azotaba mi pelo. Eso no borró mi sonrisa, muy al contrario, se amplió. Incluso me permití levantar una ceja con osadía.

—¡Maldita sea! ¡Ha sido ella! ¡Cogedla! —gritó uno de ellos, aunque no sabría decir cuál porque mi primer instinto fue salir corriendo. Mis piernas se pusieron en movimiento como si tuvieran vida propia haciéndome volar sin alas.

Ni siquiera sé porque lo hacía. No tenía por qué tenerles miedo. Pero la adrenalina más violenta e ingobernable aceleraba mis zancadas desde que había determinado que no dejaría que me alcanzasen. Mis pies descalzos levantaban arena con cada paso que me llevaba mi huida. Sin mirar hacia atrás sabía que aún me seguían y mis posibilidades de escape se reducían. Era buena nadadora y mi única oportunidad dependía de agotarlos lo suficiente para que se cansaran de perseguirme. Sin pensarlo demasiado encaminé mi desbandada hacia el mar. La sensación del agua fría cubriendo mis piernas no me detuvo y me lancé de cabeza cuando avanzar corriendo se volvió torpe y lento.

Estaba segura de que no se tomarían tanto esfuerzo para alcanzarme. Confiada eché un vistazo a mi espalda hacia la orilla donde efectivamente dos de ellos me observaban mientras el resto se reunía de forma más tranquila. Cinco en total. El sexto avanzaba sin pausa y con brazadas largas y fuertes hacía mí.

Proferí un grito mezcla de sorpresa y alarma totalmente humillante antes de orientar todas mis energías en huir de ese calientahielos que no se daba por vencido. Sabía que tenía las fuerzas suficientes para nadar hasta la pequeña cala cerca del faro, donde los pescadores amarraban sus pequeñas barcas después de los largos días de faena, pero no parecía posible hacerlo antes de que me alcanzase. Di mis últimas brazadas con rabia. Sabiendo que estaba perdida, pero sin querer rendirme.

La agonía de la desesperanza me ralentizaba y volvía torpes mis movimientos.

Cuando sentí el agarre sobre mi tobillo peleé con todas mis fuerzas soltando patadas a diestro y siniestro. Oí claramente un quejido lastimero antes de recobrar mi libertad, aunque apenas me dio tiempo a avanzar.

Un cuerpo cayó sobre mí como una pesada losa y dos zarpas del tamaño

de un tiranosaurio sobre mis hombros me empujaron bajo el agua. Sin tiempo para coger aire me debatí de manera salvaje para liberarme y poder emerger. Lo hice sin problemas, lo que fue un alivio, al menos el tragaldabas no tenía intenciones de ahogarme.

—¡Suéltame! —grité a mi captor al sentir que volvía a atraparme del tobillo.

Me giré hacia él y su presión en mi pierna se aligeró para dejarme mover, pero sin devolverme la libertad. Tenía ante mí al mayor de los Covalada según aseguraba Paula. El destructor de libros. Solo por eso era receptor de una gran parte de mi antipatía.

Nos observamos en silencio durante unos segundos, tal vez minutos, con el agua a la altura de la barbilla.

Nunca le había visto tan cerca. La imagen que tenía de todos ellos estaba desdibujada por la distancia que siempre mantenía y una pequeña miopía. Sin embargo, cualquier impresión que pudiera llevarme estaba distorsionada por el daño producido de esas palabras pintadas en la pared. No había nada que me pareciera hermoso en él.

—¡Suéltame! —volví a repetir tirando con fuerza de mi pierna para liberarla—. ¿Qué piensas hacer, idiota? ¿Retenerme eternamente? ¿Es esa tu venganza? ¿La cruel tortura de tu compañía?

Mi alegato pareció sorprenderle. Levantó ambas cejas en absoluto desconcierto. Creo que no tenía ni idea de que hacer conmigo, ahora que me había atrapado.

—Tomaré una prenda como prueba de tu rendición —pronunció finalmente.

—¿Quién demonios dice que me he rendido? —argumenté debatiéndome de su agarre.

Consiguió alcanzar mi otro pie antes de que se estrellara contra su cara, y como prueba de su superioridad física volvió a hundirme dentro del agua. Me retorcí como una anguila cuando trató de sujetarme de nuevo. Tuve que escupir el tonelaje de agua extra tragado.

No me resistía pensando en el tipo de prenda que me exigiría, tan solo no quería rendirme, pero tendría que haberme preocupado. Fue una sorpresa encontrar la parte de arriba de mi bikini en su mano. Había soltado los nudos durante nuestra revuelta.

Horrorizada y tontamente bajé mis ojos hacia mis pechos, por fortuna bien cubiertos bajo el agua. Aun así crucé mis brazos sobre ellos avergonzada.

No es que hubiera mucho que tapar.

—Gracias —dijo con una amplia sonrisa cruzándole la cara y desapareciendo a grandes brazadas de mi alcance.

Tuve que intentar alcanzarlo. No había nada más que pudiera hacer. Me detuve a una distancia prudente de la orilla cuando él llegó junto a sus amigos, esgrimiendo su triunfal adquisición entre aclamaciones. El Gato y Paula a una distancia prudente de ellos se percataban de toda la situación. Creo que extendió la mano con el bikini hacía Paula, pero uno de sus amigos se lo arrebató y comenzó a correr con él, girándolo sobre su cabeza. Muy maduro.

El mayor de los Covaleda se volvió hacia mí, aún protegida por el agua, con un encogimiento de hombros. Como si él no tuviera nada que ver con ese resultado. Cogí aire y fuerzas y con los brazos cruzados cubriendo todo lo posible comencé a andar hacía la orilla.

Sí. Yo era una Baró. Y no solo eso. Yo era la más borde y descontenta de los Baró, y si no fuera por las adolescentes hormonas, nublando mi concepto de la dignidad, hubiera salido del mar sin ningún tipo de pudor.

La sorpresa llegó de mano del Gato, más preocupado por mi decoro que yo misma, se adelantó a mi encuentro deshaciéndose de su camiseta para colocármela directamente a través de mi cabeza.

Creo que le miré con una muestra de asombro y gratitud y de igual forma él me echó un vistazo confuso. Fue un intercambio de expresiones que nos desconcertó a ambos por lo que con rapidez evitamos volver a mirarnos. Solo recé por no tener las mejillas tan sonrojadas como él.

Cuando salí del agua el memo que desplegaba mi bikini como una bandera se alejaba al trote como si en realidad yo supusiera una verdadera amenaza para él. El resto de los secuaces le seguían con la mirada y sonrisas plenas y amplias en sus caras más alguna que otra carcajada discordante. Al pasar junto al mayor de los Covaleda, en cuclillas sobre la arena y con los ojos sobre su amigo, no pude evitar empujarle por los hombros haciéndole perder el equilibrio.

Idiota abrazafarolas.

Completamente distraído cayó de culo. Solo me dio tiempo a sentir la mano de Gato sobre mi brazo antes de ser arrastrada con fuerza y premura lejos del alcance del enemigo.

La siguiente vez que vi la parte de arriba de mi bikini se balanceaba con el viento sobre un cable de tendido eléctrico como una invitación abierta a continuar con mi contienda, incluso mucho después de que mi madre se

asegurara de que aquella pared fuera pintada de nuevo, cubriendo aquellas palabras de forma deficiente. No era difícil adivinar lo que ocultaban las capas de pintura tras ese blanco traslucido. Pasarían varios años antes de que la caliza deshiciera ese mensaje. Un recordatorio perenne de por qué aborrecía a los Covaleda.

3

♪ *Charlie XCX_ Boom clap*

En ese verano también hice uso de una de las tradiciones más arraigadas en los adolescentes; cogí mi primera borrachera. Como las proezas que ocurren sin premeditación ni alevosía resultó digna de ser recordada, y no solo porque esa noche recibiese un sorpresivo y primer apasionado beso.

La noticia que originó que ese día desembocara en tanta decadencia llegó de boca de Paula. Tenía información de primera mano, ya que ella misma había oído como los Covaleda invitaban a las dos francesas, imposiblemente rubias y altas, que ocupan esa temporada un apartamento en el tercero, a ver una película en el salón de juegos.

Por fortuna, en aquella época afluían por cada esquina las tiendas todo a cien con inusuales e imposibles mercancías en venta, muy útiles en momentos conspiratorios como el que nos traíamos entre manos. Salimos con dos bolsas extra grandes del comercio antes de dirigirnos hacia el salón de juegos de la urbanización. Eran las cuatro de la tarde y sabíamos que los Covaleda ocupan la piscina a esas horas; además, teníamos a Paula vigilándolos para que no se presentaran y nos arruinaran la sorpresa.

Era la primera vez que entraba en todo el verano. En realidad nunca había sido asidua porque se suponía un lugar de esparcimiento e interacción social. Sí. En realidad lo evitaba. El lugar era más pequeño y menos lustroso de lo que recordaba. Un único y sobrio local con una mesa de billar, un futbolín, una diana de dardos y una televisión con un reproductor de video frente a un deslucido sofá. Lo más interesante de todo fue encontrar una nevera portátil, probablemente propiedad de los Covaleda, escondida de manera aparatosa tras el mostrador que servía para nada.

La abrimos como si hubiéramos desenmascarado el secreto más oculto y vergonzoso de los Covaleda y lo que descubrimos no nos dejó fríos.

A las ocho, hora clave que los Covaleda quedaron con las rubias en el salón, nosotros estábamos agazapados tras los arbustos que bordeaban el camino a la entrada para no perdernos detalle. Según los veía acercarse, rezaba para que dejaran entrar en primer lugar a las francesas.

Cuando los ojos del gato se volvieron hacia los míos descubrí cierta

conexión al darme cuenta que entre nosotros se creaba un entendimiento mutuo sin necesidad de palabras. Por desgracia, no fueron lo suficiente caballerosos, lo que no quitó que sintiera cierta satisfacción cuando el mayor de ellos empujó la puerta y el contenido íntegro del cubo de agua, brillantina y confeti cayó sobre él con excepción de las gotas que salpicaron al resto. Nos resultó tan divertido, que el que no arruinara su plan y las chicas se lo tomaran también con regocijo, en vez de huir enfadadas, no marchitó en absoluto la estampa.

Nos ocultamos tirándonos sobre la tierra cubriendo nuestras risas con la mano en la boca cuando un resplandeciente Covaleda se volvió furibundo en busca de los culpables.

Todo el mundo en la urbanización sabía que los Covaleda se habían hecho los amos del salón de juegos y era territorio absolutamente suyo. Nadie sabía que hacían ahí con exactitud, bueno, nosotros ahora sí, pero era de esperar que todo los menesteres que llenaran el recinto fuesen de ellos. Así que, no nos sorprendió el asombro en los rostros de las dos chicas cuando descubrieron las numerosas boas de plumas como adornos; los posters de otros congéneres masculinos bien dotados, pero escasos de ropa, que adornaban las paredes; las coloridas frases llenas de purpurina enfatizando su amor por los Backstreet Boys o la singular hemeroteca que solo contaba con un repertorio muy homogéneo con títulos como *Caray Con El Mayordomo Que Largo Tiene El Maromo* o *Star Warros, la Venganza de Obi-wan KE NABO*.

Ni siquiera cuando llegamos a la playa, junto a la nevera secuestrada y escondida entre las dunas, pudimos dejar de reírnos. Caímos sobre la arena prácticamente retorciéndonos, incapaces de contener las carcajadas. Nuestra fechoría había sido un éxito y no porque las chicas se escandalizaran, en realidad les importó más bien poco que los chicos no cumplieran con el estereotipo de machito ibérico, lo que en realidad mereció la pena fue ver la incredulidad reflejada en los tres Covaleda.

Aquella anotó tres puntos al menos, claro que su pintada en la pared había escocido mucho más, pero seguro que no supuso tanta diversión. El grito de verdadera indignación llegó al cielo cuando se dieron cuenta de que no disponían de su querida nevera y su botín. Fue el momento de nuestra retirada.

Cuando Gato sacó la primera cerveza escondida entre los contenedores de hielo me la ofreció a mí. La escarcha aún se deslizaba por la lata cuando la recogí. Estaba muy fría y la noche era muy calurosa, aunque bien es cierto, que

no necesitaba esa excusa ni ninguna otra para abrirla y beber mi primer trago.

No me gustó. Era amarga y áspera, pero tampoco necesitaba esa excusa para dejar de beberla. Sorbo a sorbo la bebida menguaba y su sabor ya no me disgustaba.

—No creo haberme reído nunca tanto —comentaba Gato con Paula—. Lo mejor fue la cara de ese cretino cuando le cayó toda la brillantina encima.

—Yo creo que les arruinamos toda la noche. Por lo menos ya no les quedó humor para ligar —decía Paula.

—Ni película para ver —añadió Gato despertando las carcajadas de ambos de nuevo.

No pude evitar sonreír aunque no participara activamente en la conversación. Todavía se sentía extraña esta pequeña camaradería con El gato y Paula. Las risas de ellos dos resonaron en toda la playa y atraieron las miradas de otro grupo a unos metros de distancia. Por alguna razón no me sorprendió que uno de ellos se levantara para acercarse y preguntarnos si podían unirse a nosotros. No preguntó si compartiríamos las cervezas, pero la pregunta quedó flotando en el aire.

Lo cierto era, que había un montón solo para nosotros, pero la idea de ampliar el círculo de personas a mi alrededor me incomodaba. Sentía más difícil mantener mis defensas en alto y me había acostumbrado a mi soledad, así que cuando tanto como El gato como Paula se mostraron de acuerdo me encogí de malestar.

Solo me sonaba la cara de uno de los tres chicos que se unieron, solo que no recordaba de dónde ni de qué y tampoco desperdicié mi tiempo en romperme la cabeza especulando sobre ello. Mis pensamientos comenzaban a nublarse a medida que el alcohol me hacía efecto y me encandilaba la mente. Esa fue una de las razones por las que no puse pegas cuando encendieron una pequeña e inestable fogata o el volumen de la música del radiocasete que llevaba uno de ellos aumentó.

—No hablas mucho, pelirroja ¿es porque eres tímida? —me preguntó el más moreno acercándose de manera peligrosa hacia mí.

Casi me reí en su cara, espera no, casi no, lo hice directamente.

—Es mejor que no lo haga. Créeme —comentó alguien tras nosotros—. Si lo hiciera con probabilidad te envenenaría con su lengua bífida.

Supe quién o más bien quienes eran en cuanto oí esa voz.

El gato sentado frente a mí se sobresaltó cuando reconoció a los Covaleda, y Paula se tensó como un alambre. A mí su presencia no me alteró,

ni siquiera su comentario hiriente y cargado de ponzoña.

Ahora recordaba por qué conocía al que se presentó como Manu o Manel; era uno de los chicos de la playa que no pudo jugar al fútbol por culpa de nuestros hoyos.

Le eché un vistazo a mi espalda y tuve que tragarme una carcajada al darme cuenta que aún tenía restos de brillantina y confeti.

—¡Oh! Eres tan brillante —le respondí burlonamente.

— ¿Os conocéis? —preguntó el moreno intrigado.

—No —contestaba yo a la vez que el Covaleda mayor replicaba—: Por desgracia.

Sin permiso y con petulancia, los tres se sentaban entre nosotros alrededor de la pequeña fogata. Uno de los mellizos señaló con un movimiento de cabeza la nevera portátil que les habíamos confiscado mientras miraba al hermano que llevaba la voz cantante. Era innegable que ellos sabían que nosotros habíamos aguado su fiesta, como era evidente que nosotros conocíamos que estaban al corriente.

Paula, callada y encogida, parecía participar en un velatorio cuando uno de los mellizos le lanzaba una mirada hostil al sentarse junto a ella. El gato, más cauteloso, vigilaba los movimientos del mayor ocupando parte de su espacio. El ambiente alrededor se había espesado en espera del siguiente movimiento en este tablero de ajedrez. Y el turno era de ellos.

—Creía que teníais planes —comentó Manu o Manel sin poder evitar que su declaración me hiciera esbozar un resoplido burlón que me valió una mirada mordaz del mayor de los Covaleda a través del fuego. No borró la sonrisa diabólica de mis labios, joder, incluso yo me odiaría, sino fuese yo.

—Tuvimos un sabotaje —contestó a regañadientes el más rubio de los hermanos.

Manu-Manel detuvo sus ojos en mí con bastante agudeza y buena puntería. Yo le devolví la mirada sin un solo atisbo de arrepentimiento. Tenía los ojos bonitos. Almendrados y oscuros como su propio pelo aunque no tan llamativos como los de El Gato, sin duda más espectaculares por el efecto del alcohol en mis venas.

Por pura diversión los comparé con los del Covaleda a su lado. También eran verdes pero no de un color tan evidente. Había que buscar entre los tonos dorados los reflejos aceitunados. Nunca hubiera imaginado que el exceso de cerveza me volviera una obsesionada de ojos. Pero eso es en lo que perdí el tiempo ajena a tanta hostilidad. Era más divertido.

Me volví hacia el moreno aún inclinado sobre mí con un brazo sobre su pierna flexionada. Y le miré a los ojos. ¡Guau! Eran tan negros que casi me pierdo en ellos. Creía que los ojos azabaches no existían, pero lo cierto era que los de este chico eran tan oscuros que apenas se adivina la pupila dentro de su iris.

—¿Cómo te llamabas? —le pregunté con cierto interés.

Mi pregunta le hizo esbozar una sonrisa lenta y engreída que dibujó dos hoyuelos en sus mejillas. Odiaba los hoyuelos. El muy cretino debía creer que me tenía en el bote cuando lo único que quería era comprobar si su nombre rimaba con sus ojos.

—Ramón —me contestó de forma empalagosa.

Hice una mueca de disgusto sin darme cuenta. Definitivamente no era un nombre que me gustase para sus ojos.

—Creo que deberías cambiártelo —solté sin pensar y al mirar al frente me encontré con dos sonrisas divertidas. Ambas bajo ojos verdes de distinta tonalidad. Un claro contraste con la sonrisa desaparecida de Ramón.

—Olvídala Ramón. Ya te he avisado de que es una arpía —se burló el Covaleda bocazas de nuevo.

El susodicho se encogió de hombros.

—Pero está buena. No hablará mientras nos enrollamos.

Alcé una ceja incrédula mientras risas no bienvenidas se mofaban de su comentario.

Al volver al mirar al frente una de las sonrisas había desaparecido y El gato miraba con disgusto a Ramón.

—Eres valiente. Yo no me arriesgaría a ser envenenado —comentaba el Cova-bocazas.

—Como si tuvieras oportunidad alguna vez —le espeté— o tú —añadí en beneficio de Ramón—. Imbéciles.

—Bruja —respondía inmediatamente Cova-boca.

Antes de poder contestar, mi visión quedó cubierta por el cuerpo de El gato que en pie, delante de mí, tiraba de mi mano para incorporarme.

—Ven. Vamos a bailar. Hoy estamos de celebración —recalcó de forma audible para que todos pudieran oírlo. Con sorpresa lo seguí, consciente una vez en pie, de que mi borrachera era más que evidente y si no fuera por ese estado de enajenación mental por nada del mundo estaría dispuesta a aceptar su proposición.

Ni yo sabía que podía bailar así. Aunque lo más probable fuera que el

alcohol me hiciese percibir mis movimientos más atinados de lo que eran en realidad.

A lo mejor ya no percibía nada de nada. Todo era borroso y confuso.

Sé que en algún momento las manos de El gato acabaron en mis caderas mientras me acercaba a él y mis brazos subían automáticamente a su cuello. Aquello era semejante al baile que se marcaba la protagonista de Dirty dancing con Patrick Swayze cuando llegaba la noche y los empleados escapaban de sus obligaciones diarias. Tampoco sabía que El gato pudiera bailar así, pero cómo iba a saberlo si nunca me preocupé por conocerle. No era que tuviera remordimientos, aunque tal vez debería haberme molestado o haberlo intentado de saber que nuestras bocas acabarían una sobre la otra.

Ni siquiera recuerdo cómo acabaron así. Estábamos bailando y al segundo su boca abrasaba la mía. Era mi primer beso y de alguna manera él marcaba el ritmo. Su lengua encontraba la mía y llena de curiosidad abría la boca para que ese contacto fuera más fácil. Estábamos borrachos. De no haberlo estado, ese beso nunca hubiera ocurrido. Y de alguna forma quería demostrar que no era venenosa, que muy al contrario, podía ser dulce y suave cuando me lo proponía y con quien yo quería.

Me separé más mareada de lo que empecé buscando un lugar estable y sólido que no se moviera para sentarme y aclararme un poco. Mis ojos se cruzaron con los de Paula. Llorosa y sin poder disimular su tristeza se levantó evitando mirar a nadie y salió corriendo.

Por un momento me quedé paralizada. No podía mover un solo músculo mientras observaba la desbandada de la chica y empezaba a comprender el daño que había hecho.

—No lo sabía. —Fue mi defensa en un susurro apenas audible.

Miré atrás hacia un Gato, igualmente confuso, que miraba sobre mi hombro el lugar por donde Paula había desaparecido.

Me sentí culpable, triste. A lo mejor si me hubiera molestado en ser su amiga lo hubiera sabido y ese beso hubiera sido atajado antes de comenzar.

—Zorra insensible —oí mascullar a Cova-boca de forma colérica.

Le eché una mirada furibunda cargada de odio.

Una bola de pesadumbre con sabor a ácido subió desde mi estómago a mi garganta y con ella llegaron las arcadas.

Entre hierbas altas y arena vomité toda la cerveza que mi cuerpo había decidido desocupar en vista de su ineficacia. Desde luego ese final restaba mucha diversión al hecho de emborracharse.

4

Ahora...

♪Indila_Love Story

El amor debería ser algo fácil cuando lo complicado es encontrarlo. Si todo es difícil puede llegar a convertirse en algo engorroso, enrevesado e incluso agotador. Las luchas constantes son así. Remueven el alma, ponen a prueba la persistencia y hacen bailar la entereza. Solo los más fuertes avanzan y pocos consiguen superar los escollos. Yo no soy ninguna heroína cabalgando en busca de gloria. No se me recordará por mis proezas o mis hazañas ni cantarán gestas al respecto. Yo soy de las que se rinden, de las saben cuándo ha llegado el momento de decir basta y optar por empresas más sencillas.

El amor debería ser fácil. Pero no es así.

Aún más espinoso que encontrarlo es conservarlo. Es tan frágil que si no se cuida, con el tiempo se vuelve prácticamente traslúcido. Si además, dejamos que se erosione y no lo aseguramos, no podremos evitar que acabe deteriorado.

Tengo miedo de no ser capaz de arreglarlo y recomponerlo cuando Oliver salga de ese estado de depresión y decaimiento; de rendirme y decir basta cuando lo que más deseo es que vuelva el Oliver de siempre.

Sus secretos me abruman.

Sigue encerrado en sí mismo sin dejarme entrar. Si al menos pudiera saber que le atormenta podría entenderlo, pero siento que cada día lo pierdo como se está perdiendo a sí mismo. Vivo con un desconocido. Vivir es decir demasiado porque él solo respira y eso no es vivir.

Me sobresalto cuando llaman al timbre y eso que lo esperaba. Me he acostumbrado a este silencio pesado y sombrío que me tortura como el pitido lineal y no deseado de un televisor sin señal, que ocupa un espacio que debería estar lleno de sonido.

En la puerta me encuentro con Roberto. Su semblante serio y grave. La comprensión que reflejan sus ojos cuando me mira e incluso su preocupación me ofrecen más consuelo que mil palabras. Me dejo fundir en un abrazo amistoso.

—¿Sigue igual? —me pregunta sin soltarme.

Asiento con la cabeza.

—Ya no sé qué hacer Roberto. Soy incapaz de ayudarlo. Creo que podría rendirme —confieso con malestar.

Se aparta un poco para mirarme con suspicacia.

—¿Tú? ¿La pelirroja más peligrosa? No puedo creérmelo.

Un ruido a nuestra espalda nos hace volvernó y soltarnos. Oliver desmadejado nos mira con recelo desde el final de la entrada.

—¿Has venido a robarme a mi mujer, Roberto? —pregunta con sarcasmo sin poder ocultar el desdén en su gesto al mirarnos.

Incrédula muevo la cabeza negativamente y lanzo una mirada de disculpa al compañero de trabajo de Oliver.

—Si quisiera robártela, lo haría cuando fueses capaz de darte cuenta de lo que estás perdiendo. No ahora que ni siquiera eres capaz de atarte bien los botones de tu camisa —le contesta con frustración.

Oliver baja la mirada a su ropa como si ni siquiera supiera que está vestido. Ha supuesto un verdadero esfuerzo para mí convencerle para que dejara atrás su habitual y desaliñado atuendo y optara por algo más juicioso para recibir a Roberto.

—Entonces deja de cuchichear y toquetear a escondidas a mi mujer. ¿A qué has venido?

—He venido a verte a ti, hombre —le contesta Roberto con desesperación. Oliver lo mira con desinterés y se vuelve hacia el salón donde le espera su sillón junto a la ventana.

Roberto me mira como si pidiera mi permiso y yo asiento con la cabeza animándole a seguir a Oliver. Mientras yo me quedo anclada al suelo como si aquella no fuera mi casa y fuese yo la que no sabe adónde ir o qué demonios hacer. Me frotó la cara con las manos, tratando de restregar y hacer desaparecer todo el cansancio y la desidia.

No queriendo importunar entro en la habitación que habilitamos como despacho. Allí me siento frente a mi portátil y busco enterrarme en el trabajo para no tener que pensar.

Creo que mi rendimiento laboral se resiente porque cada día me cuesta más concentrarme y mantener la atención en lo que hago. En algún momento durante mi embarazo perdí mi capacidad para condensar ideas y consolidar en mi cabeza lo que leía o estudiaba. Entonces sospechaba que lo que afectaba a mi intelecto era mi perenne estado de cansancio, pero la situación se agrava

con el tiempo.

Abro mi carpeta de archivos en busca del informe, sobre la reforestación de un terreno rústico de 800 hectáreas, que me han encargado desde el ministerio. Se trata de una parcela privada, en absoluto estado de abandono por su dueño, que podría pasar a manos públicas. No sé qué interés gubernativo puede tener, pero no es susceptible de forestación porque está incluido en un área de relevancia para la conservación de la Alondra Ricotí^[1] y es lo que dejo constatar en mi valoración.

No es la primera vez que me encuentro con esta especie de ave por esta zona y se debe inhabilitar un proyecto por su causa. Hace unos años fue una carretera de acceso a la autovía y tanto yo como la Junta debimos enfrentarnos a unos empresarios furiosos.

El dinero tiene el poder de volvernos personas irracionales y avariciosas, invalidando nuestra humanidad, pero perdemos más de lo que creemos cuando lo único que nos importa es aumentar nuestro capital. En aquel momento se perdieron las formas y la educación, y tuve la generosa oportunidad de adornar mi nombre, por gracia de aquellos caballeros, de la palabra *zorra* en multitud de ocasiones.

Lo reviso y me dispongo a enviarlo por correo electrónico, antes de echar un vistazo a los mensajes pendientes de leer. Mi ratón se detiene en uno cuyo remitente permanece oculto. Dudo entre mandarlo a la papelera directamente o leerlo, pero al final acabo abriéndolo.

Contengo la respiración y entrecierro los ojos cuando leo la corta frase que contiene: «Sé por qué murieron esos bomberos».

Busco y rebusco cualquier indicio que me proporcione una pista sobre el origen de ese correo, pero sus huellas están bien cubiertas. Ha sido enviado por la mañana sobre las ocho. Está escrito en mayúsculas y en negrita con estilo Arial. No tiene firma. Nada de eso me sirve de ayuda para deducir quién es su remitente.

Yo también creía saber por qué murieron hasta ese email; el fuego expandiéndose y convirtiéndose en una trampa mortal, la plantación masiva de pinos y especies sensibles a arder haciendo imposible contenerlo o la falta de ayuda aérea y de recursos. Nunca había supuesto que hubiera otro motivo, pero esa afirmación y el hecho de que Oliver oculte qué es lo que le persigue y le trastorna, me obliga a plantearme preguntas, preguntas no deseadas y que siempre he temido hacer. Esta vez necesito solucionar mis dudas para recuperar mi matrimonio y mi vida.

Aprieto la tecla de responder y escribo sobre la pantalla en blanco:
«¿Por qué?»

Envío con mano temblorosa, no muy segura de si esa decisión ha sido la más acertada. Ni siquiera puedo dar por hecho que la información que llegue a través de ese canal sea fiable. Al menos no me siento tan inútil.

Antes...

Verano de mis diecisiete primaveras. Año de nueva polémica gracias a las nuevas declaraciones de mi madre rebotando por todos los canales y servicios informativos:

«Los inmigrantes no pueden pretender mantener sus hábitos y prácticas al llegar a un país occidental donde el papel de la mujer y su opinión son tan válidos como los de un hombre. Es gracias a ello que nuestros países se han desarrollado y han alcanzado el estado de bienestar que disfrutamos.

Está demostrado que en las regiones donde somos silenciadas o nuestro papel es relegado al de mujer sin opinión se sufre una involución. Así que, si quieren inmigrar a mi país y disfrutar de nuestras ventajas sociales y económicas lo primero que deben hacer es aprender a respetar a las mujeres como sus iguales y dejar a un lado las costumbres misóginas y retrógradas que han sumido a los suyos en tinieblas.

Son ellos los que deben adaptarse a nosotros, no al revés. En este país se ha luchado mucho durante siglos y siglos para conseguir el estado de bienestar y libertad que disponemos todos, hombres y mujeres.

Nuestra prosperidad y el estado de bienestar que hemos alcanzado están directamente relacionados con nuestra forma de vida y de pensar, y no vamos a sacrificarlo todo solo porque tengamos miedo a que nos llamen racistas o intolerantes.

¿Usted quiere venir a mi país? Deje a un lado su intransigencia, deje de discriminar a la mujer, de exigir un respeto por su cultura y creencias que usted no comparte por la nuestra, aprenda mi idioma, mi historia, mi bandera e intégrese en el país que le ha acogido aprendiendo a amarlo como si fuera el suyo y si no lo quiere así tiene la oportunidad de elegir como destino

cualquiera de los otros países que comparten su forma de vida.

No conviertan a Europa en la región tercermundista de la que vienen».

Era evidente que a Celia Baró le importaba un rábano que la tacharan de racista e intolerante o de ser políticamente incorrecta.

Supongo que es lo lógico cuando su doctrina está atascada en la de su partido como si el pertenecer a él no la dejara pensar por sí misma y tuviera que estar de acuerdo de forma absoluta con ideologías confeccionadas en serie, sin ningún tipo de personalización y envasadas en tarros de conserva listas para su consumición.

Pura terquedad más que sensatez para tener al redil controlado.

De cualquier forma, volvíamos a estar en el punto de mira me gustara o no, y yo lo odiaba. Cómo podía levantar la cabeza y caminar erguida, ante personas que me juzgaban y malinterpretaban lo que creían saber de mi persona, era un misterio incluso para mí.

No obstante, únicamente tenía dos opciones: esconderme como una cobarde o seguir adelante ignorando el daño de sus palabras y sus acciones.

Y yo no era cobarde entonces. Poco a nada tenía que perder.

♪ *Seal _ Kiss from a Rose*

Era muy madrugadora por naturaleza. Creo que lo hacía porque adoraba los desayunos interminables y completos en el silencio de la mañana ininterrumpidos por ruidos o prisas. En el ático aprovechaba a tomarlos en la terraza cuando los rayos del sol aún eran levemente cálidos y soportables. Desde ella me sentía como un águila imperial, ojo avizor desde su nido, resguardándose del enemigo y controlando al resto de aves rapaces.

Recogí mi toalla y mi libro tras mi café vespertino y bajé a la piscina. Era mi primer día de vacaciones porque ese año habían empezado tarde debido a los compromisos políticos de mi madre. Llegué sin mirar a nadie. Escogiendo mi lugar de siempre con la intención de ignorar a cualquier persona. De alguna manera estaba libre. Siempre. Como si se supiera que me pertenecía y nadie fuera capaz de ocuparlo o evitaran mezclarse conmigo. Yo lo agradecía, aunque en ese fondo al que no me atrevía a asomar la cabeza, doliese ese aislamiento.

Por eso y para evitar daños mayores estaba resuelta a evitar lo ocurrido el verano anterior. Decidí que volver a mantenerme distante era la única elección razonable para mí y la distante estancia que me había labrado durante todos esos años de vacaciones.

—Llegas tarde. Los Covalada vuelven a imponernos sus reglas.

Resoplé con incredulidad. El caradura de Gato volvía a sentarse junto a mi toalla, pleno de tranquilidad y descaro. Le lancé rayos por los ojos.

Las últimas semanas del verano anterior, después de aquella fatídica noche, ni siquiera nos habíamos hablado. Los tres dejamos de conformar bando, si pudimos llamarnos así en alguna ocasión, y nuestras travesuras concluyeron de forma drástica. La realidad es que no tenía ni idea de cómo comportarme con ellos después de lo ocurrido. Tenía ante mí al chico con el que me había besado y luego había ignorado. Y con el que también, de alguna forma, había sentido un sentimiento muy parecido a la cordialidad sin engañarme pensando que podía llamarlo amistad.

Las pérdidas punzan más después de haberlas saboreado. Y yo perdí el inestable compañerismo que había forjado tanto con él como con Paula. Y dolió.

—Gato no, por favor. Déjame en paz —le pedí sorprendiéndome a mí misma del tono de súplica en mi voz.

—Te has vuelto más educada este año —comentó con un ápice de humor. Cuando levanté los ojos para mirarle se bajó las gafas para echarme un vistazo por encima de ellas. —Al menos lo pides por favor.

Fruncí el ceño conteniendo la sonrisa que pugnaba por salir.

—Deberías ir pensando en preparar tu carrera como cómico. Seguro que así encuentras la forma de mantenerte ocupado y dejas de molestarme —le increpé apartando la mirada de él y volviendo a mi lectura.

—Así que, esa va a ser tu actitud. Seguirás escondiéndote como hiciste el año pasado después de esa noche.

Contuve un suspiro y cerré los ojos escarbando por un ápice de paciencia, pero me encontré con un rastro de irritación.

Yo no me escondía. Dar por hecho que lo hacía, hubiera sido como reconocer que me importaba lo que los demás pensarán sobre mí y que me ocultaba para no tener que enfrentarlo. No. Yo no podía tomarme la libertad de moverme teniendo en cuenta el impacto de mis actos en los demás. De alguna forma era consciente que hacerlo era imposible porque satisfacer las exigencias interminables de los demás resulta agotador, y en algún momento,

de haberlo considerado, hubiera dejado de ser yo misma y hubiera acabado siendo una marioneta dirigida desde sus hilos por los tejemanejes de mi madre, los de mi abuelo, el qué dirán, la exigencias políticas de mi madre, las pretensiones de la sociedad y sus individuos marcando el camino estrecho y recto a seguir como un rebaño unicolor y prefabricado que no debe cambiar de dirección para no ser criticado, censurado o desacreditado.

Niego con la cabeza.

—Me importa una mierda lo que creas. —Fue mi contestación.

—Entonces tampoco te importará que se comente que eres una calientabraguetas digna de tu padre —comentó sin ningún rastro de humor y cierta gravedad.

Las letras del libro bailaron a través de mis ojos burlándose del impacto de esas palabras en mí. Contuve el desbordamiento de emociones sangrando tras esa nueva puñalada. «No sentir, no padecer» me repetí mentalmente con firmeza.

—Yo no tengo padre —fue mi simple contestación.

El gato apretó sus labios en una delgada línea, conteniendo sus palabras. Yo me sentí agradecida.

—Odio a los Covalada —se escurrió entre mis dientes rechinando con furia. «No sentir, no padecer» tuve que volver a repetirme con más ahínco, pero el daño había roto mis barreras y laceraba mis entrañas.

La primera vez que vi a uno de ellos ese verano, yo esperaba que se cerraran las puertas del ascensor tras apretar el botón del ático en el décimo piso. Cova-boca estaba más alto y construido que el anterior año. Dejaba atrás las huellas de la adolescencia y una sombra de barba le confería un aspecto más masculino. Corría hacia el ascensor buscando alcanzarlo hasta que se dio cuenta de quien estaba en su interior. La sorpresa le hizo frenar de golpe, y antes de que cualquiera pudiera reaccionar el acero se interpuso entre nosotros.

Mi indiferencia daba paso a un sucio y oscuro resentimiento mezclado con ganas de venganza.

Al salir del ascensor con todo el dolor de mi corazón renuncié al bienestar de mi novela para colocarla entre las puertas del elevador para que estas no pudieran cerrarse y el pasajero que aguardaba por él no pudiera utilizarlo. Comencé a controlar el tiempo que podía emplear antes de rescatarlo.

Mi madre no estaba en el apartamento, así que cuando sonó el teléfono no

tuve más remedio que contestar. A estas alturas ya sabía que cualquier llamada a cualquier hora era importante y no podía simplemente ignorarlas.

La voz de mi abuelo retumbó a través de la línea.

—Inés, ¿Dónde está tu madre? —fue su pregunta directa e imperativa.

Ese era uno de los rasgos más pronunciados de mi abuelo. Todo lo que salía de su boca parecía una orden contundente y definitiva sin posibilidad de renuncia.

Mi relación con él era aún más complicada que con mi madre. Su mirada solía detenerse en mí con desdén como si él supiera que nunca sería capaz de estar a la altura de un Baró. Y puede que tuviese razón, al fin y al cabo, yo huía de la doctrina Baró y de todo lo que significaba. Nunca encajaría en su definida y pulcra familia.

—No lo sé, Dalmiro. Aquí no está—. Nunca tuve permitido llamarle abuelo.

—Está bien. Dile que me llame enseguida —volvió a solicitar con autoridad.

—Lo haré —fue mi escueta respuesta, segura de que la conversación finalizaría en ese momento.

Le oí dudar y titubear antes de zanjar la llamada, así que esperé.

—Le dije a tu madre que podías pedirme el regalo que quisieras, pero nunca lo haces.

Supongo que esa era su extraña forma de felicitar me. Hoy era mi cumpleaños.

—No hay nada que necesite, Dalmiro —me justifiqué.

Lo cierto es que ni lo necesitaba ni lo quería. Era muy poco exigente con mis demandas y nunca me faltaba dinero para cubrir las necesidades más básicas de ocio juvenil que pudieran surgir como música o libros. El resto eran meramente caprichos que no padecía. No me interesaba tener la última y más cara marca de vaqueros ni una colección de calzado a juego con cada prenda de mi armario. De eso se ocupaba mi madre sin que con ello consiguiese despertar mi interés por el concepto que ella enarbolaba como elegante y refinado. Recortaba los vaqueros y superponía camisetas con camisas de forma desordenada cuando no recurría a los tesoros desenterrados en los puestos ambulantes de la playa.

Sí, mi abuelo podría comprarme cualquier cosa que le pidiera, pero yo no quería nada. A lo mejor que dejara de mirarme con menosprecio, pero ese no era un regalo que pudiera solicitarle. Los Baró conseguían todo lo que se

podiese intercambiar por dinero, el resto era innegociable.

—Eres una extraña adolescente —concluyó y definitivamente tenía razón, pero me lo tomé como un halago. Hoy en día marcar la diferencia, tener ideas propias y no someterse al colectivo supone una virtud.

Corrí de nuevo fuera del apartamento para recuperar mi libro porque la llamada me había entretenido y Cova-boca había tenido tiempo de sobra para renunciar al uso del ascensor y subir las escaleras de forma forzosa. Me quedé atónita cuando descubrí que no estaba allí. Las puertas estaban cerradas sin rastro de la novela.

Maldije en voz alta. Fahrenheit 451 era una de mis novelas favoritas y aquella era una edición especial “40 aniversario”. No era posible que Cova-boca hubiera tenido tiempo para subir los 240 escalones hasta el décimo piso y robar mi libro.

Me volví hacia la puerta del apartamento de nuevo, pero sin avanzar. Abandoné la idea de llegar hasta ella porque alguna fuerza tiraba de mí hacia el cuarto piso donde de forma inequívoca estaba mi pertenencia.

Sin ser plenamente consciente de dónde estaba y cómo había llegado hasta allí, apreté con determinación el timbre del apartamento de los Covalada. Me detuve esperando oír algún sonido que advirtiera del movimiento tras la puerta, pero nada llegaba desde allí. Suponía que sería lógico escuchar alguna especie de jolgorio dentro de ese apartamento, al fin y al cabo, eran muchos y siempre parecían estar de buen humor y riendo a carcajadas. Nada se oía, ni siquiera pasos. Pensé que no había nadie y por eso me llevé un sobresalto cuando el propio culpable abrió la puerta para encontrarse con mi mal talante. Llevaba un oscuro bañador hasta las rodillas y una camiseta que ya no podía considerarse blanca porque tras los muchos lavados sufridos había adquirido un tono grisáceo. En lo primero que me fijé fue en sus pies descalzos sobre las frías baldosas, en sus uñas bien recortadas y su empuje curvo. Sentí que me sonrojaba como si hubiera estado investigando con curiosidad parte de su anatomía. Arrojé fuera toda esa confusión y arrebolamiento con contundencia antes de enfrentarme a él.

Si supuso una sorpresa para Cova-boca verme delante de su casa, lo disimuló bien. Muy al contrario, una pequeña y torcida sonrisa se dibujó en su boca como un pequeño boceto anticipando un gran y deslumbrante gesto. Pero ya no me dejé cegar.

—Dámelo —exigí extendiendo mi mano.

Tuvo la osadía de poner cara de sorprendido, solo que una sonrisa más

amplia y claramente perversa arruinaba su penosa actuación. Se apoyó con abandono sobre el marco de la puerta cruzándose de brazos a la altura del pecho.

—Perdona, ¿pero qué es lo que se supone que tengo que darte? A mi parecer hay varias alternativas, algunas más merecidas que otras —me respondió consiguiendo que hubiera algo verdaderamente sexual en su tono.

Sus ojos se movieron de forma imperceptible sobre mí, absorbiendo los pequeños cambios producidos desde el año anterior y bebiendo con su mirada parte de la acritud que despertaba su escrutinio, haciéndome sentir débil mientras que él parecía fortalecerse.

Esto era nuevo, pero era un error. Ahora no tenía ninguna duda de quién tan vilmente había hecho circular los nuevos rumores sobre mí.

Volví a endurecerme.

—Déjate de estupideces, Covalada. Los dos sabemos de qué hablo. Devuélveme mi libro y hazte mirar esos graves problemas de cleptomanía.

—¿Ah? ¿Te refieres a esa novelucha que encontré? Resulta que estaba tirada y abandonada. Al parecer su antiguo dueño ya no la quería.

Resoplé con frustración simulando cansancio cuando en realidad sentía una necesidad imperiosa de terminar con este juego.

—No estaba abandonada, sino ocupada en una buena acción. Y puesto que dudo que seas capaz de leer más de dos frases seguidas no creo que te sea de ninguna utilidad, así que devuélvemelo.

Entrecerró los ojos en mi dirección.

—¿Crees que puedes darme órdenes como si yo fuera uno de tus criados? Vaya. Ahí estaban los prejuicios injustificados.

—No sabes nada sobre mí y debido a ello los rumores que vas levantando por ahí no tienen ningún fundamento.

El muy idiota volvió a aparentar cara de sorpresa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó confundido.

Mi paciencia empezaba a agotarse. No quería seguir hablando con él. Evitando alargar más de lo necesario este infructuoso encuentro me lancé a una propuesta.

—Olvídalo. Venga, seguro que tienes una baraja por ahí, juguémoslo a la carta más alta. Si gano me darás el libro.

La sonrisa perversa volvió a aparecer más extensa y deslumbrante que anteriormente.

—¿Y si gano yo?

—Podrás quedártelo —contesté con evidente exasperación. Era obvio ¿no?

Pues al parecer no porque él pareció tener que pensárselo mientras se mordía el labio superior y miraba hacia el techo de forma reflexiva.

Sin poder evitarlo le observé. No iba a negar que con probabilidad a otras chicas pudiera resultar atractivo. Su pelo corto adquiría tonos en marrón chocolate y caramelo a juego con su bronceado, resaltando el dorado y verde de sus ojos y una interesante mandíbula. Pero su aspecto no me deslumbraba. Sus acciones apagaban su fulgor.

—Hagámoslo más interesante. Puesto que te gusta darme ordenes, si sacas la carta más alta podrás darme todas las que quieras, incluso exigirme que te dé ese libro abandonado, pero si gano yo serás tú quien tenga que servirme.

Me quedé en blanco durante un segundo.

—¡Vaya! Estás realmente acomplejado. No voy a satisfacer tus deseos de querer aparentar ser duque o un opresor de inocentes. Te haré un favor con este consejo: busca ayuda profesional.

Chasqueó con la lengua negando la cabeza con picardía.

—Así que eres cobarde. Puesto que no lo quieres quemaré el libro. Sería muy simbólico.

Eso demostraba que al menos había leído el argumento. Me preguntaba de donde surgía ese interés. No, en realidad me importaba más bien poco, pero sí le creía muy capaz de cumplir sus amenazas, y eso, sí que me afectaba. Me lo pensé un minuto con detenimiento, con claridad tiempo insuficiente para poder madurar la idea con acierto, pero las prisas por terminar esta interacción nublaban mi sentido común.

—Muy bien. Antes vamos a dejar claras algunas cosas. Los mandatos no pueden ser de carácter sexual o delictivo —advertí aparentando la seguridad que no sentía.

—Le quitas toda la diversión —respondió alzando las cejas burlándose de mí.

Sus ojos brillaban con diversión y regocijo. De alguna forma parecía tener el control de la situación y mi estado perenne de desidia se había perdido dando paso a una extraña inquietud que no me gustaba nada.

—Déjate de tonterías, Covalada, ¿aceptas o no? —exigí inquieta por la tensión y excitación que comenzaban a desbocarse y parecía no poder contener.

No recordaba la última vez que me había sentido tan nerviosa y odiaba esa algarada. Intenté aferrarme con desesperación a mi conocido estado de apatía buscando la seguridad que no encontraba.

Algo había en ese Covalada que me afectaba. Una parte de mí quería gritarle, sacudirle desde la pechera de su camiseta para que reconociera todo el daño que me había hecho y se reconociera culpable con una sincera disculpa, otra parte de mí solo quería suplicarle una explicación y la razón a esa injusticia. «¿Qué te he hecho yo?» podría gritarle. «¿Por qué me haces esto?»

De haberlo hecho le hubiera dejado ver mi debilidad. Una debilidad que hacía mucho había enterrado tan hondo que creía haber perdido y que; sin embargo, ahora afloraba sin permiso y en la peor situación. Nunca dejaría que este individuo rompiera mi inmunidad a las críticas y ataques de los demás.

Cova-boca se despegó de su puerta para perderse por el interior de la vivienda. Al parecer estaba solo porque desde la entrada no se adivinaba la presencia de ningún otro miembro de su familia. Desde mi posición podía ver la sala de estar comunicando con la cocina como si fuera un único espacio. Todo parecía caótico; desde las zapatillas y la ropa abandonada por todas partes; a los platos y vasos sin fregar.

—Supongo que esto es un poco diferente al palacio que estás acostumbrada —comentó casi con resentimiento tras aparecer por una puerta con la baraja de cartas en la mano.

No podía importarme menos el estado de su casa, pero no me molesté en compartirlo con él. Estaba demasiado preocupada con el resultado de mi precipitada decisión.

Se sentó sobre el sofá de manera despreocupada, haciendo a un lado un cojín, y me indicó con un movimiento de cabeza que hiciera lo mismo. Dudé en el umbral de la puerta.

—No hay nada contagioso. Puedes pasar —arremetió tras echarme un vistazo y ver mi indecisión.

Suspiré audiblemente tratando de armarme de paciencia. Ese saco de ignorancia no dejaba de arrojar pullas y veneno por su boca como si supiera algo de mí cuando no tenía ni idea.

Entré en el apartamento sin cerrar la puerta. No acepté su ofrecimiento y me quedé de pie frente a él tras la mesa donde comenzaba a barajar las cartas.

Nuestros ojos chocaron y se enredaron en una muda batalla que ninguno rendía hasta que un atisbo de diversión se reflejó en su pupila y su risa burlona

acarició el aire. Cruzándome de brazos disfracé mi malestar de indignación.

—Yo cortaré —me apresuré a anunciar.

Dejando las cartas en un montón sobre la mesa se apartó para que yo pudiera hacerme cargo. Lo hice. Y levanté mi carta. Él levanto la suya.

Cuando se oyó un audible estropicio en la puerta del apartamento, yo estaba en un inmutable silencio.

—¡Oye tío! ¿A que no sabes que...? —rugió uno de los mellizos mientras entraba junto a su hermano de forma escandalosa y atropellada—. Vaya... que sorpresa —comentó antes de enmudecer cuando me encontró plantada como un árbol con gruesas raíces sobre su alfombra.

—¿Qué pasa aquí? —preguntaba el más rubio con suspicacia mientras su atención se desviaba de mí hacia su hermano mayor.

Una sonrisa de satisfacción invadía la cara del Cova-boca mientras mi carta se resbalaba entre mis dedos y caía en un vuelo ligero y lento que parecía no acabar nunca. Cuando aterrizaba sobre el suelo el tres de corazones se burlaba de mí desde esa posición. Tres. Tres era un número que me gustaba especialmente pese a ser impar. Pero tres era un número bajo y poco afortunado en este juego. El rey de diamantes sin embargo, era un ganador y relucía desde la sucia mesa de cristal burlándose de mí.

—Os presento a mi nueva sirvienta —anunció Cova-boca con relamido regocijo mientras se recostaba en el sofá con holgazanería—. Ella se ocupará de mantener la casa limpia y ordenada hasta que mamá y papá lleguen.

No hay condena más temida que la de acabar siendo siervo del enemigo.

Bienvenidos a mi infierno.

No eran pocas las veces que me preguntaba cómo de diferente sería todo si mi vida hubiera podido clasificarse dentro de unos márgenes que pudiesen ser interpretados como normales. Y cómo de distinta sería yo y mi carácter. Supongo que podría haber sido como una de esas adolescentes que ríen constantemente, sociabilizan y no tienen problemas exteriorizando sus emociones. Con probabilidad, si no llevara esta carga sobre mis hombros no hubiera erigido este muro de contención entre el resto y yo. Pero eso no me convertía en peor persona ni al resto en mejores. Por mucho que algunos se

creyeran con capacidad para juzgarme y creer que sus valores y actitudes estaban muy por encima de las mías. Sobretudo llegué a comprender que algunas personas siempre necesitan humillar y menospreciar a los demás para sentirse ellos más importantes y mejores. Y deben hacerlo de forma constante y sin filtros. Ese odio visceral por destruir a otras personas solo porque son distintas, demuestra lo débiles que son y el terror que sienten a lo que no son capaces de comprender. No porque no puedan, sino porque no quieren o han extinguido la vía de la tolerancia y solo conocen el despotismo y la intransigencia. Rasgos muy perjudiciales para la evolución.

Esa triste dependencia por empequeñecerme solo les hacía más débiles y a mí más fuerte. Todo hubiera sido más fácil si me hubieran dejado en paz y hubieran dejado de provocarme. Y ahora debía atender los deseos de ese pequeño botarate como si fuera su esclava. Lo que él no sabía es que aquello era una trampa desplegada ante los dos que nos atraparía como una pequeña red, aprisionándonos y arrastrándonos sin elección, hacía un imprevisto desenlace.

5

No podía creer que estuviera haciendo eso. Desde las nueve de la mañana estaba envuelta en platos con restos de comida desde días inmemorables; en recoger piezas de ropa del suelo que prefería no identificar; en limpiar polvo y barrer arena del suelo suficiente para formar mi propia playa, y todo, bajo la atenta mirada del peor de los Covaleda y su estúpida sonrisa complacida, lo que suponía una horrible humillación.

—Se acerca la hora de comer. Deberías ir pensando que vas a preparar —se atrevió a comentar el cínico mientras simulaba echar un vistazo a la pequeña televisión, apoyada precariamente sobre un mueble que había visto tiempos mejores.

Me erguí sacando la nariz de la bolsa de basura, que ya excedía de su capacidad, para abrasarle con mi mirada. Nos quemamos el uno al otro, encarándonos con los ojos y prolongando el momento, sin ser en realidad conscientes de hacerlo.

Mi lengua punzaba por gritarle donde podía meterse sus órdenes y acabar con aquel juego, al fin y al cabo, que me importaba cumplir mi palabra o no. O al menos no debería importarme. Supongo que aún debía llegar al fondo de aquel asunto y preguntarme con seriedad que pretendía demostrar.

—Necesito comida, aquí no tenéis más que pizzas y lasañas congeladas —comenté con evidente malestar tras mi pequeña investigación dentro de su nevera y su armarios.

—Dime que necesitas —me contestó sorprendiéndome mientras se incorporaba y estiraba el largo bañador sobre sus piernas.

Con guantes en las manos, una bolsa de basura y arrastrando la escoba y el recogedor, entré en una de las habitaciones para limpiarla sin pararme a pensar cuál sería ni de quién.

La primera en la que entré era con claridad de matrimonio, y también la

que menos mantenimiento necesitaba porque era evidente que habían respetado el espacio de sus padres. Aun así, me molesté en quitar el polvo acumulado y abrir la ventana para aligerar el olor a cerrado.

Un poco más tarde, y sin noticias de Covalada y su búsqueda y captura de comida en el supermercado, abrí la puerta a otra habitación más grande y ocupada con dos literas, formando cuatro camas, en la que parecía haberse desarrollado una auténtica batalla campal.

Hasta entonces solo había oído hablar de los calcetines que se sostenían solos, en ese momento fui testigo directo de su verídica existencia.

Los oí a todos ellos mientras recogía su muda del suelo y los mencionados calcetines animados. Con el brazo estirado a distancia prudencial de mi nariz, los lancé dentro de la lavadora sin molestarme en diferenciar ropa de color de blanca.

Con la escoba bajo las literas, recé para no encontrarme con material solamente adecuado para mayores de 18 años mientras encontraba resistencia al golpear sobre algo duro. El cepilló barrió hacia fuera el objeto sin ofrecer resistencia. Allí me encontré, sin poder creérmelo, mis dos novelas.

La de George Orwell tenía las huellas de su chapuzón, las hojas apergaminadas y algunas letras corridas, que con sumo cuidado habían sido trazadas de nuevo con bolígrafo.

Me senté en el suelo sin dar crédito, leyendo las notas al margen y los párrafos subrayados. En el de Fahrenheit, me encontré con un lápiz como marcador de páginas en sus primeros capítulos.

—Debes ser la única persona que de verdad se preocupa en limpiar debajo de las camas. —Su voz me desconcertó porque ni siquiera le había oído llegar y me sobresalté dejando caer el libro. Él aprovechó ese descuido para lanzarse rápidamente sobre su presa, pero yo estaba más cerca y de algún modo nos encontramos forcejeando por la novela.

—Te has propuesto instruir tu cerebro a mi costa. ¿Por qué no te compras tus propios libros? —le espeté clavando mis ojos en los suyos casi a la altura de los míos ahora que estábamos a la par de rodillas sobre el suelo y con las manos tirando del ejemplar.

—Los sirvientes no hacen preguntas, solo responden y obedecen. — Sus palabras eran afiladas como cuchillos mientras se apoderaba del libro con un último tirón y recogía el otro del suelo.

Una parte de mí era consciente de que había descubierto algo que él no quería que supiera. No podía ser su interés por la literatura porque no era nada

vergonzoso que debiera ocultarse. Tenía que haber alguna otra razón que se me escapaba entre los dedos.

Después de que los mellizos llegaran ruidosos y con atropello, serví sobre la mesa de comedor un poco de carne con verduras y vegetales frescos que con claridad necesitaban para equilibrar su dieta después de tanta pasta congelada.

—¡Ostras! Esto huele bien —comentó uno de los mellizos—. Suponía que eras una repija que solo sabe mirar por encima del hombro y que no servía para cocinar.

Dejé uno de los platos recién lavados sobre la madera con más fuerza de la necesaria como respuesta a su comentario.

La realidad era que pasaba tanto tiempo sola que no había tenido más remedio que crecer con rapidez y ser muy pronto autosuficiente en todos los aspectos. Pero eso... eso no me iba a molestar en explicárselo a él ni a nadie.

—Las apariencias engañan —me molesté en decir de cualquier forma y continué con—: Me marchó. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí.

Sin darles tiempo a replicar o responder, me dirigí hacia la puerta.

—Esto... Inés —oí llamar al más rubio de los mellizos cuando me disponía a salir—. Has hecho un gran trabajo.

Me volví hacia él con la puerta abierta a punto de ver a su homónimo tirarle una miga de pan a la cara.

—Gracias Gabriel.

Abandoné la costumbre de ir a la piscina. Lo que fuera con tal de no encontrarme con Cova-boca y que pudiera darme órdenes. Creo que era la primera vez que me escondía, pero resultaba más digno que tener que acatar los mandatos caprichosos del presuntuoso Covaleda. La playa me ofrecía el mismo servicio.

Mi relación con el sol no era amable. Mi piel lechosa y con tendencia a enrojecerse me obligaba a prescindir de un intento real de tostarla o adquirir un poco de color siquiera. No obstante, valoraba el tiempo empleado para extender mi toalla bajo una sombrilla y poder leer sola con total tranquilidad. Cuando estaba muy absorta en la trama, sin ser consciente del mundo que me

rodeaba, odiaba que me interrumpieran.

—Esta noche tocará un grupo local en el centro. ¿Quieres venir?

Lo dicho. Odiaba que me interrumpieran.

Despegué mis ojos de los Hijos de hombres y su sistema totalitario regido por *El Guardián*, antes de volverme con desgana hacia El gato sentado una vez más junto a mi toalla. Aquello comenzaba a tornarse en costumbre.

—No te lo digo como si fuera una cita ni nada parecido. Paula también vendrá —se apresuró a aclarar rápidamente.

Aquello me sorprendió. No porque creyera que me lo proponía como una cita. Nada más lejos de la realidad. Lo que me desconcertaba es que pretendieran incluirme en sus planes como si todos nosotros fuéramos amigos o algo así. Me quedé observándole fijamente mientras pensaba en ello, sin darme cuenta que mi intensa mirada le azoraba y desviaba la suya hacía la arena.

—¿Sabe Paula que tratas de incluirme en vuestros planes? —le pregunté con curiosidad, aunque lo disfracé de exceptismo.

—Claro que sí —contestó y luego titubeó—. Ella no se enfadó por... por lo que ocurrió esa noche, solo se empezó a encontrar mal y por eso se marchó.

Vuelvo a mirarle y esta vez mi expresión de incredulidad no es ningún disfraz.

No puede ser tan inocente. Yo vi las lágrimas reluciendo en los ojos de Paula después de que él y yo nos besáramos. Hasta el Cova-boca se dio cuenta de la verdadera situación.

—Aquello no volverá a suceder, Gato. De no haber bebido tanto ni siquiera hubiera ocurrido —quise aclarar antes de que aceptar la invitación pudiese dar origen a una suposición errónea.

El gato únicamente se molestó con un asentimiento de cabeza sin volver a mirarme, y yo, para sorpresa de los dos, acepté.

El centro del pueblo estaba engalanado y decorado para conmemorar sus fiestas patronales. Celebraciones que siempre pasaban de refilón por mi vida. Era consciente de su existencia sin participar. A veces, siendo más joven, mi madre me llevaba y yo me colaba entre las casetas de los feriantes para

comprar una gran y edulcorada manzana cubierta de caramelo o una enorme y espantosa nube de algodón de azúcar. Me la solía comer embadurnando mis dedos de su pegajosa sustancia mientras el cielo se encendía con los colores y las formas de los fuegos artificiales. Hasta ahí llegaba mi experiencia con estos festejos.

Triste y compungida confesión.

Me esforcé en no mostrar interés por todas las luces de las atracciones y su música alborotada mientras recorríamos el camino sobre la carretera que custodiaban.

Me prometí no acabar la noche sin un dulce antes de volver al apartamento donde mi madre seguramente dormiría. De esa forma, podría sentarme en la terraza a degustarlo con tranquilidad en el imperturbable silencio de la noche.

No tenía hora para volver. Celia Baró no era una de esas madres que en vela esperan la llegada de sus vástagos. Además, nunca había tenido que preocuparse por una hija trasnochadora o juerguista. Se mostró de acuerdo y satisfecha cuando le comenté que saldría con El gato y Paula. Con probabilidad porque sus familias cumplían sus expectativas o porque pensaba que ya era hora de que hiciera uso de las peculiaridades de mi condición de adolescente. Siempre manteniendo mi compostura y no abochornando a la familia, por supuesto. Ese plato se lo servía ella solita de manera estupenda.

Llegamos a la plaza donde descansaba un enorme y desproporcionado escenario demasiado grande para tan poco ruido y nos acomodamos casi al final.

No sabía quién tocaba, pero nunca descartaba una oportunidad para escuchar algo nuevo si valía la pena, y Gato aseguraba que era así.

—Iré a buscar algo para beber. ¿Qué es lo que queréis? —anunció el susodicho.

Me fijé en Paula observándole marchar y visiblemente incómoda por tenerme como única compañía.

Era tan evidente para mí que esa chica guardaba verdaderos sentimientos por El gato, que me preguntaba cómo no me había dado cuenta antes y cómo Gato estaba tan ciego. Pero no encajaba dentro de mi menester intervenir en los asuntos de los demás. Aún menos procurarme de celestina... Resoplé con frustración sin creer lo que estaba a punto de hacer.

—Díselo —solté tajante.

—¿Qué? —me respondió sorprendida sin entender.

No era posible que yo fuera la única en darme cuenta de la situación cuando era la menos interesada.

—Dile a El gato que te gusta. Los dos os lleváis bien y estáis siempre juntos, prácticamente ya formáis una pareja.

Me miró con renovado interés, aunque esa luz iluminando sus ojos se apagó en cuanto volvió la vista hacía el lugar donde el chico se había perdido entre la multitud.

—No puedo hacer eso. No está interesado en mí —me aclaró con amargura.

—No puedes saberlo, sino se lo preguntas —volví a insistir y resistí la necesidad de morderme la lengua por meterme donde no me llamaban. Esto comenzaba a tornarse realmente en una conversación de chicas.

Se volvió de nuevo hacia mí con una sonrisa dolida.

—Te equivocas. Él mismo me confesó que había una chica por la que siente algo y quién es.

Eso me pasaba por tratar de arreglar los asuntos de los demás.

—Entonces es más tonto de lo que pensaba.

♪ *Indila _Ego*

Ese mordaz comentario me valió una sonrisa sincera que devolví mecánicamente, pero que se congelaba en mi semblante cuando mis ojos se cruzaban con los de Cova-Boca.

Una semana sin cruzarme con su jeta suponía demasiada tregua para mi condena.

A unos metros de distancia, rodeado de sus hermanos y amigos, levantó su vaso en mi dirección ofreciéndome un engañoso saludo acompañado de una maliciosa sonrisa que no avecinaba nada bueno. Sin molestarme en devolver su gesto me volví hacía El gato, regresando de su aventura a través de la marea de gente, y acepté la cerveza fría que me entregaba.

Valoré la idea de sacudirlo con una colleja y abrirle los ojos con dos ganchos bien resistentes para que se diera cuenta de los verdaderos sentimientos de Paula, pero no era mi guerra ni mi usual forma de proceder.

Sin poder evitarlo, mi mirada se deslizó sorteando rostros que no me interesaban hasta encontrarse con unos ojos vueltos hacía mí. Aquello se convirtió en un juego pueril y estúpido entre nosotros. Buscábamos observarnos sin ser descubiertos por el otro.

Me disgustaba sentir esa necesidad de estudiarlo. Echaba la culpa al

resentimiento que sentía hacía él, pensando que no podía haber ningún otro motivo.

A medida que el concierto alcanzaba su cenit, tanto EL gato como Paula se dejaban engullir entre el gentío sin dejar de moverse, mientras yo optaba por sentarme en una de las vallas que delimitaban el acceso.

En varias ocasiones, Gato intentó que me uniera a ellos y arrastrarme hasta el centro sin ningún éxito. Me retiré. Les dejé solos reencontrándome con mi viejo conocido, el aislamiento, y por primera vez sentí su soledad, su destierro y su desamparo. Me sentí vacía.

Traté de huir antes de que esa sensación se estrechara a mi alrededor y terminara por asfixiarme. Ni siquiera cuando una mano en mi brazo intentó frenarme, miré hacia atrás. Tiré con fuerza para desasirme, pero la persona que me sujetaba apretó con más firmeza y me atrajo hacía él haciendo que mi frente chocara contra una barbilla.

—¿Adónde crees que vas? No vas a volver a escaparte. Tienes un trato que cumplir.

—Vete a la mierda, Covaleda. No tengo ninguna obligación contigo — respondí soltándome fácilmente de su agarre cuando su mano aflojaba mi brazo.

Ninguno dio un paso atrás y yo no hice ningún esfuerzo por mirarle a la cara. De haberlo hecho me lo hubiera encontrado demasiado cerca.

—Accediste a la apuesta — insistió como si estuviera desinflándose y no le quedara ni una gota de aire en los pulmones. Lo cierto es que esta proximidad también me afectaba a mí. No me había soltado el brazo aún y me retenía de forma suave contra él. Olía bien. Una mezcla de colonia para hombre con verano, sol y salitre.

—Está bien. Covaleda. Mañana iré a limpiar tu casa. Ahora déjame en paz — siseé sin estar segura de quererlo.

Al menos ya no me sentía tan vacía. La ira y la efervescencia de la pelea me devolvía un poco de cordura.

—¿Y si no es eso lo que iba a decir?

Me aventuré a mirarle levantando mi ojos hacía él. Su semblante estaba serio. No con el gesto irónico o burlón con el que solía mirarme. Casi parecía luchar consigo mismo o contra algo. Nuestras respiraciones se acompañaban a un ritmo trepidante mientras me daba cuenta de por qué mis ojos lo buscaban continuamente durante esa noche. Me atraía tanto como me desagradaba y esa revelación me llegó tan clara como la amargura que sentí al reconocerlo. No

obstante, no podía evitarlo. Y mientras sus ojos se fijaban en mi lengua mojando mis labios supe que estaba a punto de cometer un error.

—No me gustas —le advertí mientras mis labios salían al encuentro de los suyos para un suave roce que resultara suficiente para saciar mi curiosidad por él, pero los encontré blandos y suaves y me dolió en el alma tener que alejarme de ellos.

—Tú a mí tampoco —me respondía con una nueva caricia de su labio superior sobre el mío.

—Ni siquiera me caes bien —volví a insistir mientras nuestras mejillas se rozaban y acariciaban buscando la forma de evitar lo que estaba por ocurrir, pero necesitando ese contacto entre nosotros como si estuviéramos polarizados para chocar y atraernos.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

El vacío de mi cuerpo desapareció al mismo tiempo que su boca se acercaba a la mía con promesas de olvido y distracción. Dejé que presionara mi cuerpo contra la valla mientras sus manos enmarcaban mi cara llevando mis labios hacía los suyos una y otra vez, probando, tanteando y con miedo a que esa necesidad de besarnos fuera desmedida, pero reticentes a no saciarla lo suficiente. Y no lo era. No para mí. Necesitaba sentir más. Estaba cansada de contener y dominar cualquier emoción.

Desaté todas las furias dejando que tomaran todo el control y busqué con mi boca devorar la suya abriendo mis labios. No reprimió mi arrebató. Lo tomó y lo devolvió mordiendo y lamiendo con rabia y desesperación como si fuera algo largamente ansiado. Nuestras lenguas se perdían la una con la otra, húmedas y calientes, con el sabor amargo de la cerveza fresca inundando nuestras papilas gustativas, y seguía sin ser suficiente. Sus manos en mis caderas buscaron la forma de acercarme más cuando no era posible. Estaba segura de que estábamos dando un espectáculo y creo que él también lo pensó, porque su mano encontró la mía y sin dejar mi boca dijo:

—Vamos.

Tiro de mí para que lo siguiera. Caminamos rápido, sin hablar. De todas formas no había nada que pudiéramos decirnos que nos resultara provechoso. Yo solo quería que volviera a besarme.

Acabamos uno frente al otro dentro del salón de juegos con la puerta asegurada por él mismo para que nadie pudiera entrar. Solo nos miramos durante un segundo, sabiendo que no era suficiente y que no era lo que buscábamos.

Era una locura. Una auténtica chifladura lanzarme a sus brazos y buscar con sed su boca, sus labios y su lengua como si fueran la única droga capaz de calmar mi adicción. Era totalmente nuevo estar fuera de control y dejar que mis emociones gobernaran mis acciones. Nos soldamos el uno contra el otro pecho a pecho y cadera a cadera sin espacio para el aire y respirando de nuestros alientos.

Me dejé llevar sin frenos ni dirección cuando enfebrecidos por el deseo que en ese momento sentíamos el uno del otro nuestras manos empezaron a buscar con ansia debajo de la ropa. Fui la primera en quitarle la camiseta cuando comenzó a estorbar en mi camino. Eso le dio valor a él para hacer lo mismo con la mía.

Caímos sobre el desvencijado sofá en una maraña de brazos y piernas mientras nos quemábamos el uno al otro con nuestras manos y nuestras bocas.

Pero tampoco era suficiente.

Dejé que mordiera mi cuello, que recorriera con besos la piel bajo la oreja y que su nariz se perdiera en el olor de mi pelo mientras su cuerpo presionaba sobre el mío. Le hice espacio entre mis piernas. Su corazón acelerado retumbaba sobre el mío enloquecido. Pero ni mis caricias sobre su piel descubierta ni sus manos reverenciando mi pecho conseguían saciarnos. Necesitaba más. Más olvido. Más delirio. Menos vacío y menos soledad.

Encontré la hebilla de su cinturón y comencé a desatarlo. Eso le hizo frenar y apartarse. No sé si lo hizo para ayudarme o con conmoción porque sus ojos se ampliaron con asombro. No me importó. Mis dedos continuaron desatando y desabrochando hasta encontrar lo que buscaban. Se quedó quieto excepto por su respiración acelerada y su nuez subiendo y bajando al tragar saliva.

Dudó, echó un vistazo y eligió continuar. No le costó mucho tiempo encontrar una respuesta.

—Conseguirás que acabe completamente chalado. Lo sé —pronunció con voz entrecortada antes de deslizar el resto de mi ropa al suelo y contener el aliento al observar mi desnudez sin conciencia de la suya.

No quería esa adoración en sus ojos ni su expresión afectada. Necesitaba volver al delirio ciego y la vehemencia de nuestro arrebató. Atraje su boca de nuevo a la mía y cuando su cuerpo cayó sobre el mío volvió la impaciencia por sentirnos, embotando nuestro sentido común.

Era mi primera vez. Y su origen no fue el amor compartido entre dos personas ni estuvo rodeado de romanticismo. Fue un acto desesperado,

alocado e imprudente. Y no fue hasta que terminó que me di cuenta con algo de lucidez y claridad de lo que había hecho.

Cuando aún sobre mí, con la piel reluciente y resbaladiza por la mezcla de nuestro sudor, intentó besarme como si fuéramos amorosos amantes tras haber compartido un dulce momento, me aparté rechazándole. Lo empujé y me escabullí.

—¿Qué haces? —me preguntó inútilmente porque estaba bien claro que me vestía de nuevo.

No contesté y me acerqué a la puerta envuelta en un auto infligido mutismo.

—¿Te vas? ¿Así? ¿Sin más?

Tampoco me volví a mirarle, aunque aceleré mi huida cuando le oí moverse.

No sé qué esperaba. Lo ocurrido entre nosotros no podía significar nada. Él debía ser consciente del daño que me había provocado con anterioridad. Yo debía haber sido más consciente de eso también, pero había actuado encelada sin pensar realmente en lo que hacía. Él fue más sensato asegurándose de usar protección y tratándome con cuidado cuando su invasión produjo dolor.

No quería ni imaginar qué pensaría Celia Baró al respecto. Por fortuna, no tenía por qué enterarse, al menos de momento.

Al llegar a casa sin detener mi estampida, maldije con frustración; no había comprado ni un solo dulce.

Al día siguiente no acudí a su casa. Afanarme en limpiarla era lo último que tenía en mente en esos momentos; además, Celia tenía otros planes. La habían invitado a la inauguración de un hotel medianamente decente que habían construido a pie de costa. Sí, a pie de costa.

Ella era la encargada de cortar la cinta como persona destacada del pueblo, aunque en realidad no perteneciera a él. Quería que la acompañara y no solo fui; además, accedí a ponerme el vestido corto de chiffon azul marino que ella se preocupó en elegir. En su opinión era de los pocos colores que combinaban bien con el tono de mi pelo. Como si yo eligiese la tonalidad de mi vestuario en función de eso o cualquier otra banalidad.

La inauguración estuvo bastante concurrida. La oportunidad de acceder al lunch gratuito fue uno de sus alicientes. Mi madre estuvo exquisita en su papel, sonriendo y extendiendo manos allá donde consideraba necesario. Intercambió corteses frases con el alcalde y los miembros más distinguidos de la comunidad, mientras yo me refugiaba tras una copa de cava que un camarero me había ofrecido compadeciéndose de mí.

Evité el contacto visual con cualquier otra persona para no incentivar ninguna conversación no deseada.

—Estás diferente. —Me sobresalté porque no esperaba que nadie me abordara por la espalda para hablarme.

—No te dejes deslumbrar Gato, solo es un poco de maquillaje y laca — le contesté sin volverme.

—Anoche desapareciste con... —No terminó la frase porque le eché una mirada afilada para que no lo hiciera—. ¿En qué estabas pensando? —me recriminó con seriedad.

—No estaba pensando —corté tajante.

Aquel no era un tema que pretendiera hablar con él ni con nadie, y no iba a darle explicaciones innecesarias que no le concernieran.

—Te liaste con él. Después de lo que dijo sobre ti —me recriminó como si yo fuera una traidora y de la peor especie.

Le enfrenté cara a cara.

—No es asunto tuyo.

Me miró como si estuviera herido y me sentí ligeramente arrepentida por utilizar un tono inclemente en mis palabras.

—No hubo nada entre nosotros —mentí con la esperanza de que fuera verdad. A lo mejor si lo repetía con fuerza y varias veces hasta yo acababa creyéndomelo. Solo fue un error que estaba segura que nunca se repetiría—. Nada —volví a repetir. Y esa sería la única explicación que daría a cualquiera.

Mi madre previendo que su presencia iba a ser requerida durante más tiempo me instó a volver a casa acompañada por El gato. Él le caía bien o por lo menos aprobaba la cuenta corriente de su padre, su polo de Ralph Lauren y sus mocasines de piel o su ideología política. Mi madre nunca entendió lo que significaba el concepto de no juzgar un libro solo por su tapa. Era lo que hacía una y otra vez sin tener en cuenta que por regla general las cubiertas más relucientes y deslumbrantes son las más engañosas porque su interior acaba decepcionando. Al menos en cuanto a personas se refiere.

Utilizamos un paso lento y agradable para caminar hasta la urbanización. Él acompañaba el paseo de historias rocamboleras y chifladuras que se le iban ocurriendo sobre su vida durante el resto del año. A veces, durante las vacaciones llegábamos a olvidar que teníamos otra vida en otro lugar y con otras personas. Nos parecía irreal y lejano. Allí solo contaban esos días durante el verano y el recuerdo triste de que eran efímeros y en algún momento llegaban a fin. Para mí suponían un respiro entre períodos mucho más asfixiantes y molestos. Además empezaba a valorar esta extraña conexión con El gato. El tema Coaleda no volvió a surgir entre nosotros y yo esperaba que nunca más volviera a aflorar. Pero yo esperaba milagros cuando ni siquiera creía en ellos.

Lo reconocí desde la distancia. Me pregunté desde cuando era capaz de percibirlo de esa forma, que no tenía ninguna duda de que la silueta de ese cuerpo y esa postura indolente le pertenecían. También era consciente de que esa indiferencia solo era fingida. Cuando nos acercamos, la tensión era patente en su cara y los brazos cruzados con fuerza sobre su pecho reverberaban la rigidez de su postura.

El gato se movió rápido entre nosotros para bloquearme su visión.

—Ignóralo —masculló con suavidad para que solo yo lo oyera.

Pero esa intención no fue posible porque el aludido se colocó de manera repentina frente a mí.

—Tenemos que hablar —anunció sin titubeos echando un vistazo no complacido a El gato.

—Vamos —insistió él tirando de mi brazo para que lo siguiera, pero Coaleda le echó el alto con una mano.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Que yo sepa ella no es tu novia y tú no eres su dueño. Ella puede hablar con quien quiera —le espetó enfrentándose a él cara a cara.

—Pero ella no quiere hablar contigo.

Eran un par de pintamonas. Actuaban como si yo no estuviera allí. Las peleas de gallitos no eran de mi agrado, así que me dispuse a dejarlos allí peinándose y acicalándose sus plumas para demostrar quién las tenía más encrespadas.

—¿Es eso verdad? —insistió Coaleda clavando su mirada en mí.

Sus ojos se movieron imperceptibles por mi vestido, mi cara y mi pelo, sin que su expresión dejara entrever nada.

Titubeé. Algo me decía que si contestaba lo que bailaba en la punta de mi

lengua perdería. No estaba segura de qué, pero sabía que podría ser algo que lo cambiaría todo, y aún no estaba preparada para dejar caer mi protección y volverme vulnerable.

—No hay nada que quiera hablar contigo —dejé escapar, expirando con esas palabras el temor a las consecuencias de su sublevación.

Mi respuesta lo hirió. Lo leí en sus ojos y en su semblante. Era la segunda mirada dolida que recibía ese día y que me afectaba.

Traté de fortalecerme, de recordar el daño que tantas veces me habían causado y la razón de mi contienda contra el mundo. Nadie era inocente ni culpable en su totalidad. Todos pagábamos por causas ajenas e incontrolables de nosotros mismos. Ojala hubiera alguna forma de explicarlo sin dejar al descubierto mi fragilidad.

Se hizo a un lado después de unos tensos segundos para dejarnos caminar y continué mi huida. Fue más fácil bajar la mirada al suelo que enfrentarle y ver su decepción o mi condena a través de sus ojos, pero algo ardía tras los míos quemando y rebelándose por salir.

Lo contuve. Las lágrimas no cayeron de mis ojos hasta que cerré la puerta del apartamento tras de mí y entonces se deslizaron por mis mejillas hasta el suelo con goteos incesantes de tristeza y amargura.

Por mucho que lo pretendiera no podía cambiar quién era o cómo era. Una fuerza mayor, un miedo atroz tiraba de mí forzándome a huir de aquello que pudiera afectarme.

6

Ahora...

De alguna forma mi obsesión crece y se desborda. Reúno toda la información contrastable que detalla los sucesos de aquel día y los releo en busca de cualquier pequeño indicio que pueda arrojar luz sobre lo ocurrido durante el incendio. No he recibido respuesta a mi correo. Sea de quien sea, ese maldito mensaje ha conseguido sembrar la semilla de la duda dentro de mi cabeza.

Todos los artículos coinciden en asegurar que el incendio ha sido provocado, pero eso yo ya lo sabía. Es solo que ahora dudo de que haya sido originado por un pirómano al azar o por un irresponsable despistado. Hay una razón y a causa de ella, han muerto tres personas de las nueve que fueron enviadas en la primera partida para sofocar las llamas. Oliver fue el único de los supervivientes, pero su actuación fue impecable. No hubo nada que pudiera haber hecho que cambiase lo ocurrido, y así lo decía el resultado del informe tras la investigación. Así que ¿por qué se auto tortura? ¿Sabe algo que no quiere contar?

Me incorporo en la cama. Hace rato que doy vueltas sobre ella y que debería haberla dejado, pero aún es pronto y las luces del alba ni siquiera dibujan figuras con sus reflejos sobre el cielo.

Oliver está despierto.

Extendido sobre la cama cuan largo es y con los brazos tras su cabeza, dirige sus ojos hacía mí para mirarme en la oscuridad de la habitación iluminada, de forma tenue, por la luz de la luna que entra por la ventana.

Me pregunto si duerme siquiera.

Su mirada clavada en mí de forma ilegible y misteriosa eriza mi piel como si mi cuerpo percibiera una emoción extraña en su actitud que yo no. Hace días que procede de forma hostil y sustituye, en ocasiones, ese perpetuo estado de abatimiento por furia contenida. Sus ojos me penetran como puñales, y me obligo a actuar con comprensión y calma cuando desde mi interior clamo y le grito desgañitándome.

Me sorprende alargando audaz su mano para sujetar la mía cuando estoy

a punto de volverme para salir de la habitación. Tira de ella con fuerza y me hace caer sobre la cama junto a él. Se gira y me aprisiona bajo su pecho y su pierna. El rostro en el que antes era capaz hasta de leer lírica, ahora parece hueco y hosco como si una negra pintura hubiera sido arrojada sobre una obra maestra ocultando todo esplendor.

Me siento atrapada y estudiada. Somos como dos extraños. Él parece haber olvidado quién soy y yo no lo reconozco a él. Dos extraños que comparten el mismo aire y el mismo espacio, arañando y escarbando en busca de aquellos sentimientos que tuvimos una vez y que parecían indestructibles.

—No quiero hacerte daño —susurra sobre mi cuello cuando baja la cabeza y esconde su cara sobre mi piel. Su mano continúa reteniendo la mía. La aprieta como si la odiara y temiera perderla al mismo tiempo. El gesto más cariñoso que he tenido en días de él y suspiro con un lamento porque me hace sentir vulnerable y desear que vuelva. La súplica se escapa de mis labios antes de que pueda detenerla:

—Vuelve Oliver, vuelve a mí. Verte así me hace daño.

Lo notó cerrarse al momento; la postura rígida de su cuerpo, su cara envuelta en granito, la mano detenida en el aire a unos centímetros de mi cara, el frío de la mañana cuando aleja su cuerpo del mío. Y he vuelto a perderle. Y no es la primera vez.

Antes...

Todas las mañanas desde la terraza del ático podía observar al más oscuro de los Covalada volver resoplando y sudando de lo que suponía una carrera matutina. A veces los mellizos le acompañaban, otras veces lo hacía solo.

Un día coincidía con su madre sin poder evitarlo, y me comentaba con orgullo que se preparaba para unas pruebas. No tenía ni idea de por qué me hablaba de su hijo mayor ni por qué creía que podía interesarme cualquier idea descabellada que se le ocurriera. No obstante, se volvió a mí con una gran sonrisa y desplegó las muchas virtudes de su primogénito como en una transacción comercial.

Esta mujer, sin duda, debía saber que su hijo y yo ni siquiera nos mirábamos a la cara. No tras aquella *no* conversación del año anterior y mucho menos cuando llegó hasta mis oídos la confirmación de que no podía mantener la boca cerrada. No había perdido el tiempo aireando a los cuatro

vientos, que me había abierto de piernas para él con facilidad. Lo cual no acaba de ser una sorpresa. Puede que fuera verdad; que hubiera actuado tonta y precipitadamente, pero eso no le daba permiso para divulgarlo. De cualquier forma, su indiscreción decía mucho sobre la clase de persona que era.

No sabía cuáles eran las fuentes de Gato, pero estuve todo el verano con temor a las consecuencias de que el rumor llegara hasta mi madre. No quería la charla de nuevo. El sexo adolescente y las consecuencias de practicarlo con despreocupación eran algunos de sus temas obsesivos y recurrentes. Supongo que no deseaba que yo me viera envuelta en la misma situación que ella. No obstante, pese a la juventud y a los términos tan rocambolescos con los que me tuvo, no nos había ido tan mal.

Me preguntaba si la matriarca Covaleda conocía los aspectos menos frugales acontecidos en esa sala de juegos o si al menos los intuía porque no entendía este patrocinio de su hijo cuando saltaba a la vista no nos llevábamos bien. Solo me hablaba de manera esporádica con uno de sus hijos, Gabriel. Resultó ser mucho más dulce y civilizado que el resto. Tenía mi edad y ambos empezaríamos a estudiar ingeniería al final del verano. Sin duda era el que más cerebro tenía de los tres hermanos, aunque no una mente retorcida, por lo que cualquier acto vandálico y maquiavélico que hubiera sido perpetrado con anterioridad por el trio calavera dudosamente tenía nada que ver con él. Es más, mi ira y mi rencor por el hermano mayor me aseguraban que el culpable de todo era él. Lo que no evitaba que me asomara con disimulo y sin ánimo de ser descubierta a la baranda de la terraza para observarle todas las mañanas.

No era una acción premeditada. El azar hacía que coincidiera mi desayuno con su vuelta de entrenar. Odiaría reconocer que pensaba en él como algo más que un molesto parásito que disfrutaba haciéndome daño, pero existía esa conexión que me exaltaba cuando su mirada se detenía en mí aunque fuera con una expresión indescifrable. De alguna forma siempre advertía su presencia aunque fuera en la distancia y podía reconocerle por su risa o su voz.

Existían dos Cova-boca para mí; uno era el chico que me encendía, el que me trató con veneración y cuidado cuando estuvimos juntos aquella noche llevándome al desenfreno; y luego estaba el soplagaitas, el que buscaba las maneras de ofenderme y me desafiaba de forma constante.

Ese verano, sin embargo, todo cambió. Lo máximo que había obtenido, hasta ese momento, de él era una absoluta y total indiferencia. Era la misma que yo intentaba aplicarle a él y que a veces me traicionaba. Un abismo

infinito que nosotros mismos habíamos cavado nos separaba, y a medida que pasaba el tiempo y el silencio, se iba profundizando.

Tampoco tenía mayor importancia. Yo estaba hecha para estar sola. Puede que una gran mayoría de la población tema la soledad y se gasten la vida buscando de manera continua una pareja para sentirse completos. Yo temía las relaciones. Me aterraba pensar que podía llegar a dejar de ser yo misma para amoldarme a las expectativas de otra persona, verme obligada tender un puente y dejar entrever mis flaquezas. Ni siquiera yo estaba segura de lo que quedaba tras mis murallas después de los saqueos y los intentos de quebranto. ¿Y si ni siquiera me gustaba a mí?

¿Y que sabía yo del amor o de la pareja cuando mi madre era mi ejemplo y ella jamás mostró interés en mantener una relación estable?

Hubo algún hombre, pero su presencia nunca fue evidente o participativa. La discreción respecto a ese tema era su *súmmum*. Una de nuestras normas más importantes se basaba en que yo nunca tuviera que cruzarme con ninguna de sus citas. Además, algo me decía que ella tampoco estaba dispuesta a compartir con otra persona la libertad de la que disfrutaba o el dominio absoluto de su vida. Menos aún, sería la mujer tras el hombre. Jugaba roles masculinos que se superponían a los femeninos para poder mantenerse en la cúspide sin mostrar debilidades. La ministra regia, imperativa y agresiva no necesitaba de nada ni de nadie. Ella se había creado a sí misma, su papel, su vida y sus metas. Yo solo fui un bache en el camino que sorteó con maestría. No había otra como Celia Baró y su puño de hierro. Siempre admiré eso de ella, aunque a mí me perjudicara.

Ese verano mi libro de lectura elegido fue *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* de Philip K. Dick. En él estaba mientras escuchaba el sonido de las olas al romper sobre la orilla de la playa y el sol comenzaba a rendirse a la noche.

Levanté mis ojos de la lectura para ver el atardecer.

Si fuera capaz de pintar cuadros, no me cansaría de hacer retratos del sol mientras se pone sobre el mar una y otra vez, sobretodo en esos días que alguna nube oscura amenaza lluvia sin llegar a cubrir el cielo, y los tonos rojizos se confunden con los azules más oscuros. Ese día la nube cumplió su objetivo y una fina lluvia con poca fuerza, pero molesta, comenzó a caer sin aviso mojando la arena.

Me levanté a medio vestir y recogí con rapidez lo poco que llevaba en una mochila. Me resguardé, bajo el toldo de un restaurante que ofrecía las más

suculentas y exquisitas paellas según afirmaba su cartel, esperando que el agua, que en ese momento caía con más fuerza, escampara un poco para correr al apartamento.

Un ruidoso y molesto grupo de fanfarrones se me unieron bajo la cubierta, pero no desvié los ojos hacia ellos; es más, evité hacerlo con todas mis fuerzas porque sabía muy bien quiénes habían quedado rezagados jugando a voleibol en la playa, y no necesitaba volverme para descubrir a los Covaleda, Manu-Manel y dos amigos más.

—Oye pelirroja, ¿no tendrás un paraguas por ahí? —me preguntó Gabriel inclinándose desde la pared en la que estaba apoyado.

—Claro, y lo llevo de adorno porque no sé cómo abrirlo —le respondí con sorna a lo que él respondió con una amplia carcajada.

—Creía que eso solo le ocurría a las rubias —se burló Adrián, el otro mellizo. —y que las pelirrojas eran puro fuego.

Solo uno de ellos no prorrumpió en carcajadas, el mismo que dijo:

—Que no te engañen. Algunas son gélidas como témpanos de hielo —murmuró Covaleda lo suficiente alto como para que lo oyera.

Ese comentario volvió de forma automática todas las miradas hacia mí menos la única que busqué. Covaleda miraba hacia el cielo y la lluvia cayendo, con apatía, como si no le supusiera ningún esfuerzo ignorarme. Sus palabras se desvanecieron en el aire como humo tenue que deja entrever su presencia, pero no quiere ser visto; sin embargo, yo había sido rápida y lo había captado.

Me guardaba rencor por mi estampida tras nuestro encuentro y mi rotunda negativa a hablar con él sobre lo ocurrido. Rencor que choca con rencor porque yo también lo sujetaba con gruesas cuerdas que no quería soltar.

—Algunas personas solo merecen frialdad —repliqué.

Bajó los ojos hacia mí y enfrenté su mirada. Por su cara, pasó una expresión demasiado fugaz como para poder descifrarla. Sentí sus ojos como dedos recorriendo y acariciando mi cuerpo, y supe que fuera lo que fuese lo que nos atraía el uno del otro seguía ahí y lo conservábamos como un diamante sin pulir que ninguno se atrevía a tocar.

Alguien dejó escapar un silbido.

—Por aquí han quedado sueltas algunas cuentas pendientes —soltó Manu-Manel divertido.

Nadie se atrevió a contestar. Solo Gabriel me echó un vistazo confuso.

Me arriesgué con la lluvia. Salí corriendo mientras sujetaba como podía

la toalla sobre mi hombro y la pequeña mochila mal cerrada donde había guardado todo. De todas formas, ya no arreciaba con tanta fuerza y resultaba menos inoportuno mojarse un poco que capear un encaramiento con Covaleda ante oídos ávidos de información. Puede que en el fondo, supiera que no tenía excusas para defender aquella actitud y estaba cansada de dar vueltas sobre un tema que no tenía solución.

Después de una ducha y la cena, rebusqué en el interior de la bolsa de la playa. Por la noche, solía leer en la terraza mientras mi madre se bebía un gin tonic. No eran desagradables esas noches compartidas en las que en realidad hablábamos poco, pero que nos bastaba con estar juntas sin más pretensiones ni exigencias por parte de ninguna. Durante esos breves momentos, me gustaba pensar que admitía que nunca sería como ella y que me aceptaba con mis insignificantes peculiaridades sin exigirme esos cambios en mi personalidad que la complacieran más. Pero eran pensamientos fugaces que ya me había acostumbrado a arrinconar e ignorar.

Volqué la mochila dejando caer todo lo que contenía. El libro no aparecía. Me senté frustrada en la cama, haciendo recuento de daños. Había guardado la novela con prisas, pero con certeza, cuando comenzó a llover en la playa, por lo que la única explicación plausible a su desaparición era que se hubiera caído mientras corría de vuelta al apartamento.

—Mamá, he perdido la novela que estaba leyendo. Tal vez siga por ahí tirada —le expliqué cuando me calzaba unas sandalias a duras penas mientras me precipitaba hacia la puerta—. Voy a intentar encontrarla.

Ella asintió sin apenas mirarme, perdida en sus propios pensamientos.

Mi intención era volver sobre mis propios pasos. No tenía muchas esperanzas de tropezar con él, pero siempre que existiera una posibilidad tenía que intentarlo.

Salí del portal y seguí todo el camino cuesta abajo, junto a la piscina y las pistas de tenis, hasta encontrarme fuera de la urbanización donde el muro blanco continuaba escondiendo de forma ilegible aquella maldita frase. Sabía que si me esforzaba y entornaba los ojos todavía podría identificar cada palabra.

Me topé de frente con él como si lo hubiera convocado al pensarlo. El oscuro Covaleda apoyado con los tobillos cruzados sobre una barandilla. La misma en la que me esperó el año anterior; distinta situación, idénticas personas, múltiples resultados.

—¿Buscas esto? —me preguntó con desfachatez, levantando una mano

para mostrar mi novela.

El porqué mis libros acababan siempre en sus garras era un absurdo galimatías por el que no estaba dispuesta a gastar energía.

—Que detalle esperarme para devolvérmelo —comenté con ironía extendiendo la mano a una distancia prudencial.

Pero él no hizo ningún movimiento por alargármelo. Una sonrisa socarrona bailó en su boca, lo que hizo que volviera mis ojos a ella. Sus sonrisas eran como luces en la oscuridad más densa, atrayendo a los perdidos.

—Sé que no eres tan ilusa —dijo en un tono bajo y apagado.

Cogí aire y traté de prepararme para un nuevo combate.

—Está bien, Covaleda; dame el libro o acaba de una vez. Estoy cansada de tus juegos —le reproché bajando la mano que de forma ridícula se había quedado extendida.

Mis palabras hicieron diana. Me miró con furia; con su mandíbula moviéndose con el rechinar de sus dientes. Se apartó de la baranda y se acercó hacía mí manteniendo aún esa pequeña distancia que nos mantenía cuerdos.

—¿Mis juegos? No fui yo quién te usó esa noche y salió corriendo para actuar a posteriori como si nunca hubiera pasado nada.

Tenía que sacar ese tema. Barajé dos opciones: morderme la lengua o saltar. Salté.

—¿¡En serio vas a actuar de inocente agraviado cuando no perdiste ni un minuto en contar lo fácil que me había abierto de piernas para ti?! —le reproché con ferocidad dejando escapar en cada aliento toda la ira y el rencor que había disfrazado de indiferencia.

—¿Qué yo qué? —preguntó sorprendido acercándose dos peligrosos pasos como si no hubiera oído bien—. ¿Fácil? ¿Crees que alguien en su sano juicio podría considerarte fácil a ti?

—¿Lo estás negando? —insistí sin querer creérmelo, pero con una nueva necesidad acuciante y tirante que me obligaba a hacerlo. Estar a solas con él a tan pequeña distancia me hacía desear cosas.

—Rotundamente —respondió con firmeza.

—¿Y qué me dices de esto? —insistí señalando la pared blanca sin volverme a mirarla.

Sus ojos se clavaron en mí con asombro e incredulidad. Una bofetada no le habría afectado tanto.

—¿Crees que yo escribí eso?

De alguna forma el aire de mis pulmones salió fuerte y tajante, dejando

escapar con él un sinfín de emociones y rencores que volvieron mi cuerpo y mi mente más ligera y clara, al igual que el viento arrastra los nubarrones tras una tormenta y deja al descubierto un cielo de un azul increíble y apacible. Y lo supe, supe con certeza que él no había sido.

Dos segundos después tuve que aceptar que El gato me había engañado, y yo me había dejado engatusar.

—¿Quién te mintió, Inés? ¿Quién te dijo todo eso sobre mí?

Levanté los ojos con sorpresa. Era la primera vez que le oía pronunciar mi nombre, y en su voz se sintió como agua de manantial tras una dura jornada. Se había acercado más aun, cerrando la distancia entre nosotros y cerniéndose sobre mí en busca de una respuesta que no era capaz de responder. No cuando quería evitar delatar a El gato, sin ofrecerle antes una oportunidad para explicarse. Él había sido un amigo de alguna forma y ese verano nuestros encuentros habían sido menos espontáneos y más buscados.

—No es difícil adivinar a quién proteges y no tengo ninguna duda de por qué lo hizo —casi escupió.

«Entonces él sabía más que yo».

Pero no era en lo que ocupaba mi mente. Me sentía desconcertada, con esa sensación de olvidar lo que se está a punto de hacer en el lugar al que uno se dirige. Todo el odio que había ido acumulando durante esos años por Coaleda había dejado de tener sentido de repente, y ahora, no sabía qué era lo que debía hacer con él. Nos estudiamos desde ese nuevo prisma en el que ambos entendíamos y podíamos justificar nuestros errores. Sin rencor ni remordimientos al reconocer que me atraía y me sentía azotada, por las emociones que me hacía sentir, como una vela por el viento. Pero eso no era bueno. No para mí. Sentir y emocionarme eran debilidades que me había prohibido. No estaba preparada para abrirme a nadie y aún menos a él. Me hacía sentir pequeña, aunque no lo fuera, con su altura y su complexión dominando sobre la mía y su mirada taladrando sobre mi fortificación tratando de romperla y haciéndome sentir vulnerable. Era una sensación odiosa.

Me alejé dos pasos hacia atrás en busca de espacio y no le sorprendió. Olió el miedo. Volvió a acortar la distancia entre nosotros.

—¿Hablarás conmigo ahora? —preguntó suavemente cerca de mi oído.

Pero ya no había nada que hablar porque ya estaba todo resuelto, y él lo sabía, solo que le servía de excusa para alargar la conversación.

—¿Me darás el libro ahora, Coaleda? —le respondí, aunque mi pregunta no sonó tan sensorial, solo aturdida.

—Te lo daré si me llamas por mi nombre —susurró tan cerca que nuestras frentes se rozaban. Así que él conocía el poder de un nombre en los labios adecuados y ansiaba oírlo de los míos. Su nombre se balanceó en la punta de mi lengua y mis labios temblaron bajo su mirada sabiendo que si lo dejaba rodar hacia él le estaría dando permiso para entrar.

—Dame mi libro, Covaleda—le pedí sin fuerzas. Todas las estaba utilizando para resistirme. Respiré su desilusión, pero no retrocedió. Me lamí los labios sintiendo mi boca seca y él tragaba saliva haciendo que su nuez subiera y bajara de forma visible por su largo cuello. Inhalé su aliento cuando habló sobre mis labios.

—Te lo daré, pero no hoy.

Antes de volver a caer o de no pensar con claridad, arranqué la novela de su mano de un tirón. Distráido por completo, dejó ir el libro con facilidad y yo sin perder un precioso tiempo para saborear mi victoria traté de poner distancia entre nosotros, echando a correr de vuelta a la urbanización. Pero no fue una gran idea. No cuando él se entrenaba todos los malditos días. Y no se rendía. Nunca lo hacía.

Fui alcanzada cuando se oía la puerta del portal abriéndose a unos metros, y aunque me rodeó con sus brazos arrastrándome hacia él para detenerme, ambos nos separamos abruptamente con los nuevos pasos acercándose a nosotros.

El libro había cambiado de manos.

El patriarca Covaleda se acercaba a nosotros con las manos llenas de bolsas de basura y las pintas de andar por casa que nunca sacaríamos a la luz del día.

—¡Aquí estás! —se sorprendió antes de echarme un vistazo y sonreír con esa expresión que utilizan los padres cuando se sabe que no pueden ser engañados—. Ayúdame, hijo —pidió.

Me eché sobre la cama bullendo toda clase de emociones que de forma desbocada amenazaban con saltar desde mi cuerpo y burlarse con un baile de la victoria a mi alrededor. Me dormí con una extraña inquietud y con un libro menos en mi biblioteca.

Volvía de la cena anual en la que celebraba mi cumpleaños junto a mi madre. Esta vez, y conmemorando mi mayoría de edad, incluso me había dejado probar un vino rosado y espumoso acompañando la comida. Una delicia cuyas burbujas aún me atolondraban y habían dejado un regusto dulce en mi paladar. Su regalo fue una pieza de relojería de la casa Cartier que nunca me pondría porque resultaba monstruosamente ostentosa y poco adecuada para mi edad. Año tras año, mi colección de joyería alcanzaba cifras nada desdeñables en caso de que me propusiera venderla.

Durante el camino Celia me planteaba preguntas sobre mi inminente comienzo de curso en la universidad. Aún no entendía qué me había empujado a elegir la carrera de Ingeniería Forestal. Para mí también era algo difícil de explicar. Tal vez el propósito era conseguir una fácil justificación que me permitiera perderme en territorio arbolado y rural y alejarme un poco del caótico y absorbente mundo que la rodeaba a ella. Quizás sabía que le desconcertaría y trataba de dirigir su atención sobre mí de forma desordenada, pero efectiva. El caso es, que desde que lo puse en mi boca, el interés por estudiar esa carrera fue rondando como una bola de nieve engordando y creciendo hasta convertirse en una verdadera aspiración.

—Tienes que venir conmigo —nos asaltó Paula apareciendo de improviso y deteniéndonos el paso.

No llevaba su mejor cara y parecía haber corrido, porque su respiración agitada pitaba en un silbido desconcertante que me distraía del contenido de sus palabras.

—Vaya, señorita, buenas noches —saludó mi madre con excesiva tirantez, asegurándose de que ella comprendiera que era una pequeña amonestación por su falta de educación.

—Buenas noches, Señora Baró —reculó Paula con evidente pánico en su voz.

—¿Qué tal está tu familia? —insistió de forma cortés Celia sin concederle la pequeña tregua que ella necesitaba para explicar que ocurría—. ¿Se encuentra tu abuela mejor después de su operación? —continuó implacable.

—Sí, sí. —Fue la respuesta de Paula a todas sus preguntas; lo que no tenía todo el sentido que debiera.

Mi madre aspiró de forma audible con los labios apretados y poco complacida con la actuación de Paula. Si fuera un mosquito la hubiera aplastado con la punta de su dedo disgustada por su molesto zumbido, pero se contuvo por mí.

—¿Estará el hijo de los Sagarra con vosotras? —Se refería a El gato. Le tenía más estima que a la pobre e intimidada Paula.

—Sí —volvió a responder esta. Hasta a mí me empezó a crispár su conversación para unicelulares y ese pitido que no cesaba.

—No volveré tarde, mamá —intervine zanjando cualquier otra pregunta.

—Es tu cumpleaños y ya eres mayor de edad. Es bueno que socialices un poco más. —Esa era mi asignatura pendiente según ella y la última cruzada emprendida para convertirme en una persona de provecho.

Paula me apresuró sin darme explicaciones y la seguí. Su postura era tensa y preocupada, y su inquietud comenzó a dominarme. Estaba a punto de detenerla y exigirle una explicación, pero decidí que sería más efectivo averiguarlo yo misma que tratar de sacar más de una palabra a Paula. Tenía que reconocer que en ese momento la curiosidad era la reina en mi cabeza y su gobierno absolutista exigía obediencia ciega.

—¡Vamos deprisa! —insistió al llegar a las dunas cerca del final de la playa.

♪ Indila _ Mini World

El alboroto de voces y la sensación de que algo no estaba bien llegó hasta mí mucho antes que la imagen de la pelea. Tuve que tomarme un tiempo para asimilar por qué algo de aquello tenía que ver conmigo, hasta que adiviné que las dos figuras que se revolcaban en la arena lanzándose puñetazos eran El gato y Covalada.

—Hay que separarles —murmuré al fin sin acabar de asimilar todo lo que estaba ocurriendo. —¿Dónde están Gabriel y Adrián?

—Allí —contestó Paula señalando un promontorio, a unos metros del conflicto, donde algunos curiosos observaban y otros jaleaban—. No parece que quieran que termine la pelea.

Y así era. Al parecer Covalada llevaba las de ganar y descargaba sobre El gato puñetazos sin ninguna consideración, por lo que sus hermanos se lo estaban pasando de lo lindo.

Me acerqué todo lo rápido que me permitió la arena, sacando mis sandalias de fino tacón de mis pies.

—¡Gabriel! —vociferé—. ¡Detén a tu hermano!

Lo encontré en cuclillas de forma despreocupada observando a su hermano dar y tomar puñetazos como si fuera un simple pasatiempo entretenido.

—No llevan ni cinco minutos —me contestó como si mi petición fuera descabellada—; además, el tipo está recibiendo su merecido.

—¿Desde cuándo eres juez y dictas sentencias Gabriel? —le reproché fulminándolo con la mirada—. Si no los separáis, llamaré a la policía.

Me lanzó una mirada de fastidio que no me afectó en absoluto. Aguafiestas no era una descalificación que me preocupara. Con un resoplido con el que pretendía mostrar su desacuerdo le hizo una señal a su hermano y a Manu-Manel. Entre los tres consiguieron alejar a Covalada y retener al otro.

Ninguno parecía haber salido airoso y sin secuelas, pero El gato era el que peor aspecto tenía de los dos. Paula se acercó y le ayudó a ponerse en pie. Yo me quedé mirando la escena impasible, como si fuera algo ajeno a mí. Rezaba porque así fuera. Todavía no tenía muy claro por qué Paula había recurrido a mí o por qué yo me había sentido obligada a detener esa pelea. Puede que en el fondo lo supiera, pero no quisiera asomarme a ese risco y sentir el vértigo que me causaría. Lo cierto era que algo comenzaba a cambiar en mí. Ya no parecía esa antisocial y apática bruja que se comía a los niños desde su casa de chocolate.

Los mellizos arrastraron a su hermano lejos y fuera del alcance de mi mirada, pero no antes de que advirtiera mi presencia y sus ojos se demoraran en mí.

Me dejé caer sobre la arena. Me sentía extenuada. Hubiera preferido con mucho una fiesta sorpresa de cumpleaños, y las odio.

—Te has perdido lo más emocionante —me susurró una compañía non grata a mi derecha. Me volví para encontrarme con los pozos profundos de Ramón y su sonrisa con hoyuelos.

—No me lo digas; mucha testosterona y pocas neuronas. —Mi comentario amplió su sonrisa, pero negó con la cabeza.

—Yo, más bien, diría que solo una pelirroja para tanto enamorado.

—Deliras. Esto no ha tenido nada que ver conmigo.

Se rió de forma abierta de mí y de mi comentario. Se levantó dándome unas palmaditas sobre la cabeza que más que amistosas resultaron

enormemente molestas y continuó riéndose mientras se alejaba. Le miré con disgusto y como si pudiera fulminarle con mis ojos. Solo los desvié de su silueta cuando El gato y Paula se acercaron a mí.

La hinchazón de la mejilla del chico comenzaba a amarotarse y su ceja no tenía mejor pinta. Cuando clavé mis ojos en los suyos pude leer en ellos la culpa y eso me hizo más daño que cualquier palabra en esa pared o cualquier otro rumor. Se suponía mi amigo.

—¿Por qué? —Tuve que preguntar en contra de cualquier hábito defensivo que hubiera adquirido para evitar las respuestas no deseadas—. ¿Por qué me mentiste?

A él le dolió esa pregunta. Su cara se crispó con arrepentimiento y pena. Y yo recogí arena entre mis puños para contener y disfrazar el mío.

Le costó hablar. No sé si buscando las palabras necesarias o porque sabía que su respuesta lo arruinaría todo. Un todo que todavía no había alcanzado a definir, pero que se había hecho un pequeño hueco en mi vida.

Sí, era mi amigo, al menos lo más parecido que había tenido nunca; también fue mi primer beso; el aventajado que golpeó en mi burbuja una y otra vez hasta hacerme salir; aguantó mis desplantes con impasibilidad y descaro y me llevó una y otra vez a relacionarme con él en conversaciones disparatadas y misiones ridículamente divertidas. Ni siquiera estaba ya segura de por qué. Todo había quedado en pompas de jabón efímeras y engañosas que reflejaban un arco iris que no les pertenecía.

—Te quería de nuestro lado —confesó sin mirarme y cabizbajo—. Y luego... luego lo hice para mantenerte cerca de mí y alejada de él.

¿Debería volver a preguntar por qué? No. Ya no quería más respuestas. Las respuestas duelen, escarban en lo más profundo y frágil de la ignorancia y acaban con la esperanza volviéndola negra y oscura como la pez.

Miré a Paula. No me cabía duda de que ella se mantendría de su lado. A su modo de ver, lo más seguro es que yo fuera la pérfida malvada que le había empujado a tomar esas erróneas decisiones y su culpa era mía. Nunca vería mi herida porque yo la ocultaría y ella me juzgaría como insensible y fría, y yo lo sabía porque siempre era así.

Todos percibimos solo lo que queremos, aunque nos quedemos en la superficie, porque resulta más cómodo y requiere menos esfuerzo. De todas maneras, quien está empeñado en ver solo la mierda es lo único que distingue, y si no se la inventa para poder darse la razón.

—Hubiera resultado más fácil y menos nocivo pedírmelo —declaré sin

energía para poder batallar o sentirme ofendida.

—Contigo nunca es así de fácil —contestó con idéntica escasez de fuerza.

Asentí con la cabeza. Tenía razón y Covaleda también. Nada era fácil conmigo, pero tampoco lo era para mí y se les olvidó advertir eso.

Me levanté derrotada y apesadumbrada. Sin mirar a ninguno me marché. Sin un adiós, aunque probablemente lo fuera y para siempre. Desdeñé una lágrima que se deslizaba por mi mejilla ofendiéndome con su presencia, pero a esa le siguieron otras que no puede detener.

Yo no lloraba.

Podía contar con los dedos las veces que recordaba haberlo hecho después de la confesión pública de mi madre sobre mi origen. Nadie estuvo allí para consolarme y a fuerza de soledad y hastío aprendí que las lágrimas eran inútiles. Tan inservibles y desquiciantes que debía ocultarme en ese momento antes de que alguien pudiera verlas.

Aceleré el paso alejándome de la playa con la cabeza hacia el suelo, evitando cualquier mirada mientras contaba las gotas que caían empapando la arena para desaparecer enseguida como prueba empírica de lo insignificantes que eran.

Una mano chocó contra la mía sujetándola con fuerza antes de que se desprendiera. Esa misma mano tiró de mí hacia la penumbra donde la luz jugaba a esconderse entre las sombras.

Yo sabía quién tiraba de mí. De otra forma no lo hubiera seguido. Cuando nos quedamos frente a frente solo la luz clara de la luna llena iluminaba su cara. Tenía restos de sangre ya coagulada sobre una ceja y me miraba como si tuviera mil palabras por decir, pero no encontrara el orden y el sentido en que debían ser citadas. Nadie antes me había visto llorar, no desde los diez años.

—¿Lloras por él o por mí? —susurró sin soltar mi mano.

—No estoy llorando —mentí y traté de endurecerme— y de hacerlo no lo haría por ningún pinchaúvas.

Lejos de enfurecerse, me sonrió con afectación y, sorprendentemente, me miró de verdad. Lo hizo sin que tuviera que dar explicaciones y vio más allá de la superficie. Y descubrió mucho más que cualquiera. Respiré con alivio cuando le vi leer en mis ojos más que en mis palabras o mis actos, y comprendió que era más vulnerable de lo que trataba de aparentar. Me respondió alargando su mano hasta mi mejilla para barrer mis lágrimas con una sensibilidad que me afectó más que cualquier otro consuelo, y supliqué

que siguiera mirando y buscara todo aquello que había guardado sin recordar dónde porque si él lo encontraba, tal vez podría volver a sentir sin remordimientos ni miedos.

—Oliver —murmuré y le regalé su nombre en un susurro cargado de vibración, y ese nombre en mis labios tuvo más efecto que mil delicadas caricias.

Sus manos envolvieron mi rostro atrayendo mis labios hacia los suyos. Su contacto fue suave y ligero como si no estuviera seguro de mi reacción. No volqué de nuevo mis frustraciones en ese beso, me tomé un tiempo infinito para saborearle y conocerle a través de su boca. Mi lengua le hizo cosquillas en el labio inferior y sus dientes se arrastraron por el mío. Lo sentí alejarse en el momento que se detuvo para mirar mis ojos sin soltarme, y observé los suyos estudiando mi reacción. Fui yo la que subió los brazos hasta sus hombros para perder mis dedos entre su pelo y atraerlo de nuevo hacia mí.

Utilizó el pulgar junto a la comisura de mis labios para abrirlos y beber de mi boca. Volvíamos a sentirnos sedientos el uno del otro. Mis manos le aproximaban hacia mí a través de su nuca, mientras él bajaba una mano a mi espalda en un abrazo que nos clavaba el uno contra el otro. No sabía si el tiempo continuaba o se había parado porque lo único que necesitaba era que no nos interrumpiera.

Puede que nuestra idea inicial fuera que nos tomáramos el asunto con más calma y conscientes de lo que hacíamos sin volver a caer en la anterior zozobra, pero algo se encendía entre nosotros cuando nos tocábamos que nos hacía perder conciencia de lo correcto y sensato. Una intensidad que vista desde fuera podía ser atemorizante y escandalosa, pero que nunca se entendería de no ser vivida.

Esa noche nos fundimos el uno con el otro con la ansiedad y la ferocidad de dos amantes reunidos después de un largo tiempo. Y no huí, aunque ese ciego abandono traería consecuencias de enorme magnitud.

8

E se día paseé mi vestido por el puerto. Los barcos, bastos y gastados, de los pescadores se habían vestido de gala con bandas de flores frescas y velas con olor a incienso para acompañar a la Virgen del Carmen en su procesión por la orilla del mar.

Celia Baró solemne e impecable en su papel de devota y creyente fervorosa mantenía su vista fija en la romería.

Extraña fe que se mide por la actuación de sus fieles en este tipo de parodias, en vez de en el verdadero cumplimiento de sus doctrinas religiosas: humildad, compasión, perdón, generosidad, caridad, tolerancia.

Si predicar con el ejemplo suponía avaricia, pederastia, robos de bebés, soberbia, discriminación, genocidio o intransigencia, justificados tras el velo hipócrita y puritano de aparentar ser más creyente que ninguno ante los demás, yo me bajaba de ese tren.

En realidad, hace mucho que estaba detenida en una estación con mi billete a punto de caducar, en espera de ideales y principios justos y sensatos, que beneficiaran a todos y no solo a unos pocos, a los que subirme. Mientras tanto aparentaba ser la hija obediente. La cumplidora que prefería fijar sus ojos en el chico que a unos metros de distancia ni siquiera se molestaba en disimular, que no era el manto de la Virgen bordado de oro ni las plegarias de sus fieles, lo que le importaba.

Su mirada fija y la media sonrisa que asomaba cuando hacíamos contacto visual hacían muy poco por mi buen juicio.

Lo único en lo que era capaz de pensar era en salir de allí y reunirme con él en algún lugar escondido y solitario donde poder ser deslumbrada por esa sonrisa, sin testigos, y hacerla mía bajo mis labios.

Mi cordura había sido desplazada y desterrada. Mi autocontención echada por la borda. Mis emociones y sentimientos latían alocados e incontenibles. Y no parecía tan desgarrador ni dañino aprender a confiar en otra persona y poco a poco entornar la puerta para dejarle entrar.

El radar de mi madre detectó mi completa desconcentración y mi inquietud. Me echó un vistazo disgustada. De forma inmediata adopté la postura pétrea y estirada que se esperaba de mí. Si seguía la trayectoria de mi

mirada le decepcionaría su resultado.

Tras la misa, acompañé a Celia en los saludos de rigor sin ningún interés en alargar mi presencia mucho más en aquella representación. Cuando mi madre alargó la mano hacia la señora Sagarra me encontré de frente con su hijo, El gato.

Respondí con un tirante gesto de la boca a su saludo. Aún tenía secuelas de la pelea en la cara que espantaron a Celia. Presencí impertérrita los comentarios referentes a la mala educación y el temperamento descontrolado de los Covalada. Clavé mi mirada en El gato de forma acusatoria. No había perdido tiempo delatando a Oliver. Él desvió la suya hacia algún punto tras de mí.

—Te esperan —murmuró para que solo yo lo oyera— y no parece contento.

No me volví porque sabía a quién se refería.

—Si te aburres escribe cuentos. No te inventes historietas —le respondí negándome a confirmar sus sospechas, pero no pude engañarle y su mirada viajó de nuevo hacia Oliver. Leí la frustración en sus ojos, la pena, la rabia. No tenía ganas de hablar con él. Sentía que debía justificarme cuando la falta había sido de él. Y yo no era así. A veces la soledad tiene sentido y es más segura para los lamentos del corazón. Querer duele.

Agradecí ese momento en el que Celia fue invitada a tomar una copa de vino, porque fue mi oportunidad para alejarme. Pasé por delante de Oliver, que con paciencia esperaba apoyado en el respaldo de un banco necesitado de una capa de pintura, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros. Parecía haber dejado de lado sus bañadores y sus chanclas para mostrar un aspecto más formal y menos mundano.

Apenas le eché un vistazo apresurado sin delatar mi interés. Tomé camino hacia ninguna parte junto al kiosco de la plaza y me adentré entre las callejuelas estrechas y adoquinadas del centro donde se ubicaban las verdaderas residencias de los lugareños durante el año. Edificios sencillos y bajos de dos y tres plantas, de paredes calizas y contraventanas de colores con mucho encanto, en claro contraste con las monstruosas urbanizaciones y los hoteles erigidos alrededor para los turistas estivales.

Si agudizaba el oído podía escuchar sus pasos a mi espalda acortando distancias, y esa certidumbre, me hacía hervir con anticipación e inquietud aunque me resistiera a mirar atrás y delatarme.

Elegí una vía empinada y desierta, y sus grandes zancadas me alcanzaron

en segundos. Me vi arrastrada hacía una callejuela estrecha que ni el sol conocía. Me dejé empujar contra una pared mientras sus manos subían enmarcando mi cara acercando mis labios a los suyos, tentándome con su cercanía, pero sin permitirme besarlos.

—Qué carajos hacías hablando con el pelagambas de El gato —inquirió en un tono que no denotaba enfado, pero sí cierta contrariedad.

Levanté una ceja para mirarle con incredulidad.

—Ajusta bien los catalejos Covaleda porque era mi madre quién hablaba con la suya, y aunque así fuera, hablo con quién me da la gana.

Su expresión tomó un cariz pensativo y sin que le importara el tono de mi respuesta o su contenido, continuó hablando como si la conversación fuera unidireccional.

—Seguro que no tendrías que ocultarte para encontrarte con él. Apuesto a que tu madre estaría encantada —comentó evitando mostrar mucha afectación, aunque sus ojos dejaron los míos y ocultó su rostro en mi cuello, inclinándose para apoyar su cabeza en mi hombro.

Le oí aspirar y contener el aliento antes de que sus labios tomaran contacto con mi piel y logaran que se erizase. Entorné mi cabeza hacía el lado contrario para darle más accesibilidad. Sus manos buscaron las mías a los lados de mi cuerpo y las sujetaron presionándolas ligeramente sobre la pared. Estaba a su merced y mi voz tembló cuando hablé:

—Dime que no preferirías que estuviéramos ahora mismo de vinos y charlando con ella y sus secuaces sobre cómo aprobar leyes que les beneficien en vez de estar aquí besándonos.

Alzó su cabeza para mirarme. Una sonrisa lobuna apareció en sus labios y sus ojos resplandecieron con diversión.

—Mejor cualquier cosa que te haga mantener esa boca ocupada.

No pude replicar porque sus labios bajaron a los míos con rapidez, como si se hubieran aflojado las cuerdas que los retenían.

Esto es lo que buscaba. Perderme en la intensidad de su sabor y su olor. Sentir el calor de su cuerpo junto al mío, presionando para poder sentir cada músculo, cada hueso y cada trozo de piel, que pudiese ser tocado y acariciado bajo las yemas de unos dedos que se movían acompasadamente al ritmo de nuestras respiraciones. Primero suave y con lentitud; luego acelerando hasta convertirse en roces codiciosos que nunca tenían suficiente. Siempre ocurría de igual modo. Acabábamos devorados por la magnitud de lo que despertábamos el uno en el otro sin poder controlarlo, sentirnos cansados o

colmados con plenitud.

No obstante, no me engañaba. Ambos sabíamos que aquello no era para siempre. Nos dejábamos llevar por el momento y el lugar. Era una llana y simple atracción que no podía llegar a más.

Mi piel comenzó a hormiguar al paso de su mano por mi muslo bajo el vestido. Sin dejar de besarme levantó mi pierna para colocarla alrededor de su cintura y jadeé con el roce de su muy manifiesta calentura. Sus dedos jugaron con mi ropa interior y tuve que frenarle.

—Aquí no, Oliver —alcancé a decir entre beso y beso apartando su mano.

Gruñó y yo me reí.

Jugué con la piel de su cuello en suaves caricias que se extendieron hacia su mandíbula cuando se separó sin dejar de mirarme.

—Eres preciosa —murmuró como si fuera un pensamiento que se colaba entre sus labios.

Suspiré audiblemente muy consciente de que acababa de derrotarme con esa simple frase.

—Está bien. Vamos a mi casa. Mi madre no aparecerá por ahí en toda la mañana.

—¿Estás segura? —preguntó sin poder ocultar la sonrisa satisfecha que bailaba en su boca.

Asentí con la cabeza.

—Pero esta vez nos aseguraremos de usar protección. No confío en la marcha atrás como método anticonceptivo seguro.

—Hecho —contestó tirando de mí hacia mi casa.

Una semana después de la fecha en la que mi periodo debería haber venido y sin rastro de él, no tuve más remedio que empezar a preocuparme.

Ahora...

Vuelvo mi rostro hacia el agua que cae de la ducha, como si ese torrente de lluvia fuera capaz de arrastrar de mi mente los pensamientos y sentimientos amargos e inexplicables que no dejan de alborotar y martillear entre mis sienes. Demasiado caliente amenaza con quemar y torturar mi piel, pero me siento tan fría por dentro y por fuera, que solo ese grado de calor consigue que deje de temblar.

El mensaje recibido esta mañana baila por mi cabeza y llega incluso a mis labios sin que pueda evitar susurrarlo: «¿Seguro que no lo sabes? ¿Conoces a tu marido realmente?»

¡Maldita sea! Claro que no lo sé. No tengo ni idea de que está ocurriendo, y toda esta situación comienza a desbordarme. Siento que todo el mundo sabe lo que ocurre a mi alrededor menos yo, y estúpida e ignorante no sé a qué o a dónde agarrarme para comenzar a entender.

Y Oliver, Oliver es un cofre cerrado e infranqueable con doble candado y cadenas ocultando todos los secretos que necesito desvelar para comprender por qué mi vida y mi matrimonio se van a la mierda.

Pero ¿le conozco? ¿Lo hacía?

Un ruido a mis espaldas me hace volverme. A través de las mamparas de cristal diviso la figura de Oliver recta y rígida. El vapor del agua empaña mi visión, y aun así puedo sentir su mirada fija e intensa estudiándome sin una razón aparente.

Con un movimiento energético y rápido que no preveo tira de la puerta de la mampara y la abre. El frío del exterior muerde mi cuerpo y me eriza la piel cubierta de jabón. Cuando sus ojos bajan y suben por mi desnudez siento como si fuera la primera vez porque este Oliver apático e imprevisible es un misterio para mí.

Y entonces la veo, la chispa en su mirada que revela deseo y su mano se alarga hacía mí como si anhelara acariciarme, solo que esa mano comienza a temblar como si se estuviera enfrentando a una cruenta lucha, y no entiendo por qué pelea contra la necesidad de tocarme cuando yo ansío que lo haga con cada fibra de mi ser.

Su mano, su mirada y él desaparecen de mi visión tan rápido como han aparecido y su ausencia me deja derrotada, agria y afectada.

Por un momento, he vuelto a sentir todo ese candor que solo podíamos despertar el uno sobre el otro y que creía muerto. Ahora sé que solo está enterrado, pero que Oliver se empeña una y otra vez en echar tierra sobre él y no entiendo por qué.

Salgo de la ducha con rabia. Siento que podría dejar que la furia me invadiese si no tratara de contenerla, pero debo hacerlo por el bien de mi matrimonio. Esta situación requiere paciencia y las rabietas no forman parte de mi repertorio o al menos no lo han hecho hasta ahora. Mi templanza y la intensidad de Oliver se avenían como un buen urdido. Ahora las tornas parecen haber cambiado y perdido su armonía.

Me visto sin prisas. A veces temo dejarlo solo en casa. Me asusta no encontrarlo de regreso y perderlo para siempre. Además, nuestra casa está lejos del centro del pueblo. El entorno natural y arbolado es envidiable, pero su aislamiento me pesa cuando veo a Oliver tan vulnerable.

—Adiós —musito con la mano en la argolla de la puerta a punto de dejar la casa y a su ocupante.

Dudo entre mirar hacia atrás o abrir la puerta. Supongo que estará sentado en el sillón junto a la ventana, mirando al infinito y ni siquiera se girará para despedirse o responder. No me preguntará adónde voy ni cuándo volveré como si no importara. Y aun así lo hago y me giro porque sigo buscando y anhelando a mi marido y quiero una reacción, una señal de que aún le interesa algo.

Lo encuentro tras de mí con su mirada sobre mi rostro como si fuera un complicado y fastidioso galimatías. Por un momento, contengo el aliento porque su presencia cernida sobre mí hace que mi cuerpo responda con inquietud o ansiedad o ambas a la vez. Pese a la barba, el desaliño o la mirada vacía, él sigue siendo hermoso. Me sorprendo reparando en ello como si lo hubiera olvidado. Me quedo quieta sin moverme o respirar en espera de que vuelva a mí, sin exigencia ni obligación, solo porque él lo desea o está preparado.

No quiero pensar en qué ocurrirá si nunca lo hace. Él no es el único en el que tengo que pensar o por el que tengo que luchar.

9

Antes...

Nunca se me ocurrió que podía pedir ayuda, que no tenía por qué hacerlo sola. Estaba tan acostumbrada a solventar y encajar las piezas de mis propios rompecabezas, que nunca pensé en contárselo a él, por lo menos hasta estar segura.

Lo más difícil fue comprar la prueba de embarazo en la farmacia. Cogí un autobús de línea desvencijado y atestado que parecía que se rompería en cada curva. El camino hasta la ciudad resultó penoso y largo, pero era el único lugar cerca donde tenía alguna garantía de que el anonimato estuviera más o menos asegurado.

Con el artículo en la mano y sin dilatar mi estancia allí, volví de nuevo al apartamento donde podría sobrellevar el resultado de mejor manera.

Una rayita, negativo, dos rayitas, positivo. No parecía muy difícil si exceptuaba el engorroso tema de mojar la banda y solo la banda.

Pensé en entretenerme en cualquier otro menester mientras debía esperar el tiempo estipulado, pero mis ojos estaban fijos en aquella pantallita sin poder despegarlos. Ni siquiera me permitía pensar en qué ocurriría de estar embarazada. Ese era un dilema que me preocuparía llegado el momento. Solo que el momento había llegado.

Dos rayitas, positivo. Dos rayitas, inminente desastre.

Que extraño llevar una vida creciendo y desarrollándose dentro de mi cuerpo sin que nadie lo advirtiese. Algo tan grande convertido en un pequeño secreto. Aún no entendía como mi madre podía mirarme sin darse cuenta. Que los pocos o insignificantes cambios producidos en mi cuerpo hasta entonces no revelasen lo que se estaba gestando en el interior. Hechos tan impresionantes deberían ser grabados en el exterior de forma contundente. Como un

«¡atención mujer embarazada!» escrito en la frente. «Se está formando un bebé».

Creo que no hay nada tan importante en el mundo como esta capacidad de crear vida. Nada es comparable. Es el poder más extraordinario y excepcional que existe.

Tuve que sentarme a pensar en ello. Maduré mis alternativas. Pensé en mi futuro. No me sentí capaz de interrumpir algo tan bello. Más allá de las convicciones, de las ideologías, del bien y del mal, de mi derecho a decidir, del sacrificio o las renunciaciones que tendría que hacer, estaba la seguridad de que ya amaba a mi hijo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sobresaltada tras cerrar la puerta de mi casa y encontrarme cara a cara con un, al parecer, irritado Covaleda en el descansillo.

—Hace días que te escondes y... —no le dejé continuar y lo arrastré de la mano por las escaleras a una zona de entreplanta donde no había apartamentos.

Me hizo girar hacia él para enfrentarlo sin soltarme y continuó airado como si no le hubiera interrumpido:

—No es mucho pedir que el día que decidas acabar con esto al menos me lo digas.

Esto. Ni él podía ponerle nombre. ¿Qué era exactamente lo que teníamos y qué supondría un bebé? Todo para mí, tal vez nada para él. No conocía lo suficiente a Covaleda y aunque intentara predecir cuál sería su postura o reacción al enterarse de su incipiente paternidad, solo podía utilizar conjeturas sin fundamento. Los dos éramos demasiado jóvenes. Él apenas tenía tres años más que yo y su proyecto a corto plazo era presentarse a las pruebas de bombero, no ser padre. Fuera como fuese no le necesitaba a él para continuar adelante. Y aunque creía con firmeza que él tenía derecho a saber, ya nada alteraría la decisión que había tomado.

—No es eso —respondí nerviosa. No encontraba la forma correcta de comunicar una noticia de tan envergadura. —Tengo cosas importantes pasando por mi vida que me tienen un poco ocupada.

—Cosas —repitió sin mucha convicción y frunciendo el ceño—. ¿Qué clase de cosas?

Me sentí aprisionada por su mano en la mía y traté de zafarme en busca de aire o inspiración. Aún no estaba preparada para decírselo. Quería prepararme y prepararlo, por eso lo evitaba, aunque a lo mejor era que me temía lo peor y necesitaba tiempo para endurecerme y controlar de nuevo cada emoción liberada.

Busqué una posible respuesta en él. Hasta entonces, lo nuestro había sido algo divertido y desenfrenado que nos dejaba temblando y ansiosos, buscando y esperando por más. No había habido paseos de la mano bajo la luna ni citas en una terraza tomando un helado; tampoco nos habíamos hechos confesiones vergonzosas ni hablado de nuestros sentimientos o planes; no hablábamos por teléfono discutiendo sobre quien debía colgar primero ni existía una canción que nos hiciera mirarnos arrobados. Ninguno exigió del otro más de lo que podía dar. Sin preguntas, sin respuestas. Y lo quería así. Él me gustaba de esa manera floja y desordenada en la que solo contaba el día a día.

Negué con la cabeza. No encontraba las palabras adecuadas y mi cuerpo entero se rebelaba contra la confesión no pronunciada.

—¡Oh vamos, Inés! Nunca hablamos. No me cuentas nada sobre ti o tu vida. Mi hermano sabe más que yo. Tal vez no sea tan brillante como vosotros, pero sé llevar una conversación.

—Estoy embarazada —solté antes de que continuase con su retahíla o yo tuviera tiempo de recapacitar.

Sus ojos se ampliaron. La expresión de su semblante se congeló en ese mismo momento y me miró en una mezcla extraña de asombro y consternación. No estaba preparado y no pudo ocultarlo.

Su mano cayó flácida desde la mía y sentí un frío inerte y gélido cuando sus pasos le alejaron de mí como si necesitara encajar espacio entre nosotros.

Me sentí abandonada y lo entendí como una falta de apoyo, cuando debería haber comprendido que estaba impresionado y buscaba la forma de asimilarlo.

Retrocedió despacio sin volverse y sin dejar de mirarme hasta que sus tobillos chocaron con la escalera en la que se dejó caer sin fuerzas. Se cubrió la cara con las dos manos. Decidí acabar cuanto antes con su tortura.

—He decidido seguir adelante por mi cuenta y riesgo. No voy a exigirte ninguna responsabilidad.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Tu madre?

Negué con la cabeza sin darme cuenta de que él ni siquiera me veía.

—No, aún no se lo he dicho a nadie.

Al fin levantó la cabeza y descubrió su rostro. Era un Oliver nuevo tratando de aparentar una serenidad que no ocultaba su espanto.

—Iré contigo. Se lo diremos juntos —resolvió con decisión como si no hubiera escuchado ni una sola de las palabras anteriores. Práctica que comenzaba a tornarse en costumbre. Oliver solo escuchaba lo que quería oír y el resto lo desechaba como un ruido molesto. Pero en la vida no siempre resultaba ignorar lo que se suponía un problema o no interesaba.

—¿Y luego qué, Oliver? Las vacaciones están a punto de acabar y nos separaremos.

—Ya pensaremos en algo. Los dos. Mis padres eran muy jóvenes cuando me tuvieron y se les llena la boca asegurando que fue lo mejor que les pudo pasar. También puede ir bien para nosotros. Ellos nos ayudaran.

«Pero tus padres estaban enamorados».

Se levantó con arrebató para acercarse y con el mismo ímpetu me arrastro hasta sus brazos y me dejé abrazar agradecida porque sin saberlo, eso es lo que esperaba de él desde el principio. Mis brazos se volvieron agua dejándose arrasar por la marea de su cuerpo y un pequeño suspiro de alivio salió de mi aliento.

Así era Oliver. Lealtad, confianza y aliento.

Fue difícil convencerle de que su presencia solo empeoraría la situación. Era un testarudo al que se le había metido en la cabeza que su deber era estar junto a mí cuando le diera la noticia a mi madre, pero yo estaba firmemente convencida de que lo mejor era que lidiara yo sola con ella. No hizo falta su asistencia para que aquello se tornara mucho peor de lo que nunca hubiera imaginado. Celia Baró perdió de manera absoluta la compostura.

Cuando le revelé mi estado, su mirada se llenó de acero y me observó como si fuera un ser despreciable y entendí que su ira era mayor que su sorpresa.

—¡Sabía que te parecías más a tu padre que a mí! ¡La misma sangre incontrolable corre por tus venas! —gritó más fuerte de lo que nunca lo había

hecho y aunque no hubiera sido dicho tan alto y claro, su efecto en mí habría sido el mismo; el de una herida tan grande y profunda como ninguna otra.

De no tenerla delante, si no hubiesen sido mis propios oídos los que escuchaban sus palabras, jamás habría creído que tales menosprecios surgían de su boca. Y aún escuchándolas, no era capaz de procesarlas o entenderlas. Nunca se entiende la crueldad y la brutalidad que provienen de las personas que más quieres. El mismo tono que utilizaba para derrocar gobiernos y dirigentes se volvía contra mí de forma despiadada. A veces las palabras duelen más que los golpes.

—Dime al menos que el padre es Oliver Sagarra.

No, no era El gato. Negué con la cabeza incapaz de desatascar las palabras que se arremolinaban en mi garganta pisándose las unas a las otras en un tropel discordante que no tendría sentido.

—¿De quién es Inés? Al menos sabrás eso —inquirió clavando sus dedos en mi brazo.

Miré al monstruo que parecía haberse tragado a mi madre porque, aunque con su apariencia, no podía ser ella. Esta Celia solo quería infligirme daño.

—Es de Oliver, pero Oliver Covalada —admití en un susurro apenas audible que ella sí escuchó.

—¿Podrías ser más estúpida?

Sus ojos asomaban desenfocados y parecían en llamas. No sabía que la furia pudiera distorsionar un rostro bonito en algo satánico. Me repetí que ella era mi madre. Las madres siempre quieren lo mejor para sus hijos. No era ella quien hablaba. Era la decepción y la desesperación.

La observé deambular de atrás hacia delante ensimismada en sus propios pensamientos, sin ser consciente de que eran dichos en voz alta y de que yo era testigo de lo que pronunciaba.

—Bueno, tal vez sea mejor así. Les puedo ofrecer dinero por su silencio. No debemos utilizar la excusa de la violación de nuevo porque sería demasiada casualidad. Dos veces en la misma familia suena surrealista, así que tendrá que abortar cuanto antes.

Tres palabras martillearon en mi cabeza. «Excusa, violación, abortar». Era como si no pudiera escuchar nada más hasta asimilar esos tres conceptos.

«Excusa, violación, abortar».

Y recé, por primera vez recé pidiendo que de verdad existiera alguien que pudiera silenciarlas.

«Excusa, violación, abortar».

Y volví a mirar a mi madre sin ver al monstruo, pero más segura que nunca de que sí era monstruosa; una mentirosa manipuladora, una egoísta ambiciosa a la que solo interesaba su reputación, una hipócrita interesada que saltaba sobre sus propias convicciones cuando le perjudicaban.

Todo mi amor por ella y toda mi admiración se rompieron hechos añicos en miles de diminutas partículas que desaparecieron en el aire como si nunca hubieran existido.

—¿Me has oído? Haremos las maletas y nos iremos para deshacernos de este entuerto cuanto antes.

«Entuerto».

—¿Quién es mi padre? —pregunté con una calma que no sentía, ocultando mi ansiedad entre muros de acero.

Detuvo sorprendida su deambular para mirarme. No se esperaba esa pregunta. No la había hecho en dieciocho años.

—Supongo que ya eres lo suficiente mayor para saberlo —respondió afirmando con la cabeza—. Tu padre era un don nadie. Un muchacho desgarbado y pelirrojo con el que cometí un gran error y que aceptó con gusto el dinero de tu abuelo por desentenderse de nosotras.

—No te violó —aseguré sin necesitar su confirmación—. ¡No te violó! —grité más alto sin medida y con ferocidad—. Durante todos estos años has dejado que lo creyera sin que te importara de qué manera me afectaba. No puedo creerlo. ¡No quiero creerlo! ¡Y ahora me exiges que interrumpa este embarazo sin preguntarme siquiera qué es lo que quiero!

Negué con la cabeza con incredulidad. Cerré los ojos como si de esa forma fuera posible pensar con más claridad o mejor pensar en nada. En ese momento, me hubiera gustado poder dar un rodeo sin tener que enfrentar esta situación y continuar hacia delante como si hiciera años de todo aquello, y solo recordarlo como una antigua pesadilla. Una irreal y falsa que no lograra ya afectarme.

—No seas ilusa, Inés. No me digas que has pensado tenerlo. Como si fuera fácil criar un bebé con dieciocho años. Arruinarás tu vida y perjudicará a mi carrera.

—¿Como arruiné yo la tuya?

—Yo tuve astucia e hice uso de mucha diplomacia para afrontar el problema que suponías con éxito, pero tú careces de mi temperamento y arrojo. Solo estoy pensando en ti y en lo que es mejor para todos.

—Jamás pensaste en nadie más que en ti y sigues haciéndolo. Voy a tener

este bebé y nada de lo que digas o hagas me hará cambiar de opinión.

—Mientras vivas bajo mi tutela harás lo que yo te diga, Inés. No hay discusión posible.

—Entonces la solución es fácil. Ya tengo dieciocho años y no necesito tu permiso para vivir mi vida.

—No cometas una locura. Piensa bien lo que haces —me avisó en un tono que quise interpretar de arrepentimiento. Sí, tal vez en su mirada destellaba el remordimiento.

—Mamá, piensa tú lo que me estás forzando a hacer. Si tú no fuiste capaz ¿por qué quieres obligarme a mí a interrumpir este embarazo?

—Vuelves a pecar de ingenua. Fue tu abuelo el que consideró que abortar era una abominación y no lo permitió. No digo que ahora me arrepienta, pero he tenido que esperar y he trabajado el doble para poder cumplir cada una de mis aspiraciones.

»Ese embarazo destruyó mi juventud y hubiera sido peor de no disponer de medios económicos para poder emplear ayuda. ¿Qué pasará con tu carrera si te vas? ¿Cómo la costearás? ¿Quién cuidará del bebé mientras estudias? Lo más probable es que debas renunciar a tu educación para trabajar, un trabajo mal remunerado con el que apenas puedas pagar el alquiler de un piso cochambroso y una guardería que se ocupe de tu hijo durante todo el día porque tú no puedes. ¿Es eso lo que elegirás, Inés? O ¿Crees que Covalada te dará mejor vida que la que te he pintado?

—Eso ocurre por culpa de políticos como tú. Exigís leyes anti aborto, pero no garantizáis una vida digna para las madres jóvenes o las mujeres que no disponen de medios suficientes para criarlos. Y tú eres la peor de todos porque eres una hipócrita. No voy a deshacerme de mi hijo —insistí conteniendo con fuerza el deseo de gritar hasta grabar en su cabeza a fuego mi decisión de seguir con mi embarazo.

Abracé mi estómago aún cóncavo, pero lleno, como si de esa forma pudiera proteger su interior de sus planes destructivos.

—Elige, Inés. ¿Qué clase de vida quieres tener?

—Haré lo que tú no has sido capaz de hacer, elijo a mi hijo por encima de todo.

No me quedé a ver su reacción. Cerré la puerta tras mi salida con nada más en mis manos que un poco de dinero en un bolsillo y las llaves en el otro. Volvería por mis cosas cuando ella no estuviera.

Reflexioné seriamente sobre mis alternativas sin permitirme derramar una

sola lágrima autocompasiva. Una parte de mí esperaba que ella abriera la puerta y me convenciese para volver y reflexionar de forma más calmada sobre nuestras alternativas sin que volviera a salir el tema del aborto, pero eso nunca sucedió. Tuve que recurrir a la solución más lógica y plausible en esos momentos, pero también a la más impensable para mí porque la capacidad de solicitar ayuda, no era una de mis virtudes.

Cuando mi dedo presionó sobre el timbre del cuarto D tuve tentaciones de abandonar el frente de la puerta y esconderme, pero esta se abrió mucho antes de que mi pierna hubiera retrocedido y se quedara suspendida en el aire.

Fue la madre de Oliver la que apareció en el umbral. Solo balbuceé incapaz de hablar con lucidez y cuando su rostro se tornó fraterno y amistoso extendiendo los brazos hacia mí, me acerqué para que pudiera envolverse con ellos con una comprensión y un afecto propios de una madre. Excepto que la mía me los había negado.

—¿Ha ido mal? —me preguntó.

—Peor —contesté y dejé que las lágrimas bañaran mi rostro.

No estaba acostumbrada a la figura paterna. En mi casa ningún hombre había ocupado ese papel. Me sorprendí estudiando al padre Covaleta mientras se ocupaba de la cena de los mellizos y distraía a la pequeña Julia.

En la terraza Oliver y su madre escuchaban mi relato. Las manos de Oliver desaparecían entre su pelo estrujándolo a ambos lados de su cabeza mientras la sujetaba con los codos sobre las rodillas.

—No puedo creerlo. Menuda bruja —susurraba sin ánimo de ser oído, pero sin contener sus palabras.

Su madre dejó caer su mano sobre su espalda para tranquilizarlo y no pude dejar de preguntarme cuan diferente había sido la reacción de sus padres al enterarse de mi embarazo.

—Lo más probable es que ahora esté lamentándose de sus palabras —dijo ella conciliadora.

—¿En serio, mamá? ¿Hablamos de la misma mujer que hizo creer a su hija que su padre la había violado? ¿La que quería comprarnos para que guardáramos silencio? ¿La que quiere obligar a Inés a abortar pese a predicar

de forma pública contra ello?

Algo en mi interior me forzaba a defenderla. Ella siempre había sido el pilar más seguro de mi vida, la que creía que había apostado con cada célula de su cuerpo por mí y nunca me fallaría. Jamás maduré esa posibilidad de que yo solo fuera un problema a solventar.

De repente echaba de menos mi vida. Nuestras tranquilas y lánguidas veladas junto a su gin tonic, las cenas desastrosas, los regalos nefastos y todo aquello que no soportaba, pero que no me hubiese importado que volvieran con tal de que nada de eso hubiera ocurrido. Solo que entonces, yo hubiera seguido pensando que mi padre era un desaprensivo y que debía estar agradecida por cada pequeño resquicio de amor que mi madre me ofreciera por poco que fuera. Pero ¿no era eso mejor que nada?

Creía no necesitar a nadie. Estar forrada de una fuerte armadura impenetrable y solo era una patética niña luchando por la poca atención de su madre, buscando su aprobación sin saberlo y disfrazando su escaso afecto por amor, y en ese momento que no lo tenía, su falta me ahogaba.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo saldría adelante con un bebé?

Todo mi mundo se derrumbó y me pregunté cuánto mejor hubiera sido hacer lo que decía mi madre, pero ¿cómo hacerlo si esa alternativa colocaba mi corazón en un mortero para ser machacado y especiado hasta dejarlo inservible para continuar latiendo?

—Ya no sé qué debo hacer —susurré ocultando mi cara entre mis manos apoyadas en la mesa alargada y plastificada de su terraza.

Sentí, más que comprobé, como Oliver se levantaba de su silla como un resorte.

—¿¡Qué quieres decir con eso!? ¡También es mío! No es solo decisión tuya. ¡Yo quiero a ese niño! —casi gritó conteniendo la voz para que no fuera de orden público en todo el vecindario.

—Oliver —le amonestó su madre— Es muy fácil para ti hablar así con el apoyo de tu familia tras tu espalda, pero ella se ha quedado sola y ha sido demasiado para asimilar en un solo día.

—No está sola, me tiene a mí —rebatí y pude sentir su mirada clavada en mí aunque no despegara mi cara de mis manos.

—Apenas te conozco, ni tu a mí —contesté.

—Claro que nos conocemos, llevamos prácticamente toda la vida jugando al gato y al ratón. Desde que tiré por primera vez de tus trenzas con siete años.

Me volví a mirarle asimilando lo que acababa de decir.

—No me acuerdo de eso —le dije frunciendo el ceño. Aunque eso explicaría mi animadversión por él desde tiempos inmemorables.

—Hazte una trenza y te lo recordaré —dijo con suavidad. Con media sonrisa volvió a tomar asiento y tiró de mi mano mientras lo hacía para sujetarla con las suyas y como un susurrador de bestias que sabe que teclas tocar para calmar y apaciguar añadió—: Sacaré mi plaza de bombero el mes que viene, y haremos malabarismos para que continúes con tus planes de estudio. Todo irá bien, Inés. No me quites a mi hijo.

—Tuvimos la posibilidad de elegir cuando decidimos o más bien no pensamos en usar un anticonceptivo, ya no hay vuelta atrás —sentencié y supe que nunca podría hacerlo de ninguna otra forma.

El padre de Oliver nos observaba desde la salida a la terraza con los labios apretados y el semblante serio, su madre nos estudiaba con preocupación.

Entendí que no sería tan fácil y ellos lo sabían.

10

Ahora...

Echo un vistazo a Oliver sentado en el coche junto a mí. Parece un milagro haber conseguido que se aseara, vistiera y me acompañara. Sé que bajo ese semblante serio y pensativo está él. Solo tengo que escarbar un poco más para buscar y encontrarle.

Es una estupidez sentirme exaltada y feliz porque esta mañana se le ha dibujado media sonrisa al darse cuenta que llevaba los zapatos de diferente color, y esa misma expresión de confusión y regocijo seguía imperecedera al levantar los ojos hacía mí.

Ha sido como recibir un regalo sorpresa largamente ansiado y necesitado, y de mi corazón ha brotado tanto amor por él que me pregunto cómo soy capaz de retener mi impulso de abrazarle y besar esa ternura.

Conduzco en silencio. Su mano se ha alzado para apagar la música que yo había encendido. Nunca antes le había molestado. Ahora dice que le aturulla cuando antes cantaba con voz profunda y un poco desafinada cada canción.

Mi mirada vuelve a él. Con la frente sobre el cristal observa sin ver a través de la ventana y sus manos reposan lánguidas sobre sus piernas. Todo parece desmadejado y descoordinado en él, pero eso no me desmoraliza; que me acompañe en este viaje supone mucho y sé que solo es Alicia desde el otro extremo del hilo, reclamando y tirando de él para que vuelva su padre.

Han sido dos semanas sin ella, pero ya tiene quince años y comienzan a aflojarse los lazos de la dependencia y el apego que sentía por sus padres. Triste que no me ocurra lo mismo a mí. Su nacimiento coincidió con la ruptura definitiva con mi madre y me aferré a ella como si fuera mi único salvavidas en medio de una tempestad. Nunca nada fue tan importante desde que la tuve en mis brazos. Toda mi apatía, mis decepciones, mi ánimo de soledad y mis murallas protegiéndome se derrumbaron ante esa criatura que me necesitaba tanto como yo a ella.

No negaré que comprender que no había amor más grande que el que se siente hacia un hijo, aguijoneó una parte de mi lógica; la que no pudo entender por qué para mi madre no era así.

El amor más puro y grande no impone condiciones, es generoso; no exige,

sino proporciona; no sacrifica, más bien recompensa y se desliza bajo la piel cubriendo grietas que fueron rotas o faltaban por sanar, convirtiendo a quien lo siente en mejor persona. Cuando se profesa este tipo de devoción, se tiene una muy clara y real perspectiva de lo que realmente importa y nunca es uno mismo.

El día ha comenzado siendo soleado, pero en algún momento el cielo se oscurece y se llena de amenazantes nubes que ahora descargan con furia torrentes de agua sobre el parabrisas del coche. Muevo el volante y dirijo el vehículo hacia un tramo de carretera con muchas curvas. La falta de visibilidad me hace desacelerar y conducir con mucha precaución.

Nunca he sido una gran conductora. La mayoría de las veces estoy en babia o ensimismada, y tengo que esforzarme para enfocar- mis pensamientos en la carretera. A mí lado, Oliver parece indiferente a mis dificultades y vuelvo a sentir que la furia aparece para desbordarse. Le echo un vistazo ofuscada. Solo un ligero vistazo que apenas desvía mi mirada del camino un segundo.

A veces, un segundo de tiempo es suficiente para que la vida dé un giro completo; a veces, un segundo es un factor fundamental que influye en que todo acabe suspendido de un hilo fino y estrecho; a veces, un segundo, pese a su corta existencia, cobra tanta importancia que lo demás parece insignificante y hace que entendamos lo absurdo que es malgastar el tiempo en enfadados, autocompadecerse o menospreciar lo que se tiene. Pero lo peor es que ese segundo tan aparentemente intrascendente, jamás vuelve ni se puede subsanar.

Pierdo el control del coche sobre la calzada, y el tiempo se alarga de forma desproporcionada mientras busco estabilidad con volantazos desesperados que me alejen del borde del puente, pero necesito menos de ese segundo para darme cuenta de que pierdo la batalla y el coche se precipita hacia el río.

Siento la mirada horrorizada de Oliver sobre mí y su cuerpo se estira hacia el mío buscando protegerme, pero solo siento un impacto demoledor, atronador, doloroso y algo quema en mi interior, pulsando sobre mi cabeza, caliente y duro. Mis ojos se cierran a la oscuridad que ya lo cubre todo.

Mi último pensamiento es para Alicia. Mi pequeña aún necesita a sus padres.

Algo gotea sobre mi cara. Abro los ojos despacio.

El ruido del agua martillea en mi cabeza. No, no en mi cabeza, en el exterior del coche. Estoy boca abajo atrapada entre el asiento y la guantera del coche y sangre gotea desde mi frente.

Tardo dos segundos en comprender qué ha ocurrido y un arrebató instintivo me vuelve hacía la parte trasera donde trato de asegurarme de que mi hija está bien. Entro en pánico cuando no la veo en su asiento. Luego recuerdo que ella no viajaba con nosotros y lágrimas de alivio caen desde mis ojos.

A mi lado Oliver no se mueve y un nudo atenaza mi garganta impidiendo que proliferé el sonido angustioso que lucha por salir. Hago frente al dolor que recorre mi cuerpo y trato de zafarme del cinturón de seguridad para acercarme hasta él.

Está vuelto hacia la ventanilla y no puedo verle.

Lucho por liberarme y protesto exasperada cuando me resulta imposible hacerlo. De repente, la necesidad de comprobar si Oliver respira, se vuelve acuciante y desesperada. Me abalanzo hacia el asiento del conductor en cuanto consigo que el cinturón ceda. Con cuidado, vuelvo la cara de Oliver hacia mí y horrorizada, con un vuelco en el corazón, lo suelto cuando no reconozco su rostro.

Ese hombre no es Oliver, no es mi marido.

Lleva su misma ropa, sus mismos zapatos, incluido el rastro de after shave es el mismo..., pero no es él.

Retrocedo espantada y confusa. Trago saliva fuerte y cierro los ojos con la esperanza de que al abrirlos todo vuelva a su lugar y mi mente deje de jugar conmigo, pero al hacerlo, Oliver sigue desaparecido y ese extraño ocupa su lugar. Turbada y desorientada me doy cuenta de que ni siquiera soy yo la que está sentada tras el volante, sino ese desconocido que suplanta a mi marido.

Sigo conmocionada cuando una linterna alumbra el interior del coche desde el exterior. Protejo mis ojos con una mano y llega una voz amortiguada por el ruido del agua:

—¿Está consciente? ¿Señora, se encuentra bien?

Asiento con la cabeza.

—Muy bien. Hemos llamado a emergencias, mientras tanto mantenga la calma y no se mueva.

Cierro los ojos de nuevo. Me siento cansada y dolorida. Tal vez si me dejo arrastrar por esta somnolencia todo vuelva a su lugar cuando despierte. Rezo porque así sea y dejo que el sueño se apodere de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo llevo inconsciente cuando un ruido ensordecedor me trae de vuelta a la realidad. Han conseguido sacarme del coche y unos brazos me recogen con firmeza. A través de mis pestañas, reconozco el uniforme de bombero del hombre que me transporta y trato de hablar. Necesito contarle que Oliver ha desaparecido.

—Shht. No te esfuerces. La ambulancia llegará enseguida —me susurra un encantador de bestias.

Mis ojos se clavan en el rostro de ese bombero con estupefacción y siento que me estoy volviendo loca o alguien está jugando dentro de mi cabeza, volviendo patas arriba todo lo que tenía sentido hasta hora.

—¿Oliver? —Es lo único que acierto a decir mientras preguntas como: «¿Por qué no eres tú el que estaba dentro del coche? O ¿Quién es el otro siniestrado?» Se agolpan en mi lengua punzando por salir.

—Todo está bien, Inés. Pronto sacaran a tu marido.

—Pero... si mi marido eres tú.

Soy capaz de percibir en su cara una expresión de sorpresa, antes de ser depositada en una camilla. Lo veo empequeñecer a medida que me alejan de él sin las respuestas a todas las dudas que me asaltan, y esta vez, sí necesito resolverlas.

SEGUNDA PARTE

*"Todo se hunde en la niebla del olvido
pero cuando la niebla se despeja
el olvido está lleno de memoria"*

— Mario Benedetti.

...ni

NADIE

es quien

dice SER

♪ James Blunt _ Fall at your feet (Acoustic)

El verano ha dejado paso al Otoño, y siento el frío gélido de la mañana perforando mis pulmones. Me falta el aliento mientras huyo. Al menos, se siente de esa manera cuando salgo a correr. Lo hago porque necesito escapar de mí misma y de mi vida, vida que parece haber sido cambiada y pertenecer a una desconocida.

Mientras lo hago, ignoro el dolor de mi rodilla que difícilmente dejará de molestarme alguna vez tras el accidente y el dolor de una pérdida más honda, irreal al parecer, y de la que no termino de desapegarme.

Alargo los kilómetros que recorro, evitando tener que volver junto a un marido que no creo haber elegido, un hombre con el que llevo diez años casada, pero sin un solo recuerdo de nuestro matrimonio. Un casi desconocido porque poco o nada sé de este Oliver que una vez fue mi amigo. No puedo entender por qué se supone que estoy casada con Oliver Sagarra “El gato” y él es el padre de mi hija si nunca volví a verle tras aquel verano.

Busco entre los pensamientos difusos de mi cabeza una explicación sencilla o razonable, pero todo lo que encuentro evoca retazos de mi vida junto a Covalada. Continúo manteniendo demasiado vívidos todos los momentos que compartimos durante estos últimos años, como para convertirlos en vagos espejismos de una realidad que nunca existió. Nadie entiende que en mi fuero interno esa es la vida que elegí y quiero que vuelva.

Ya no sé quién soy. No obstante, trato de aparentar que sí lo sé y actuar con normalidad.

Toda una vida huyendo de los convencionalismos para acabar tomando una conducta similar al resto para evitar que me etiqueten de lunática. ¿En esto me he convertido? ¿En una persona que dirá y hará lo que la mayoría para no ser censurada o señalada como una paria cuando estaba blindada contra enjuiciamientos?

No me gusta esta Inés; la que calla y asiente; la que no debe ni es capaz de pensar por sí misma, la que mira alrededor y se siente perdida. Aun así, finjo normalidad y desfilo por la senda que me han trazado dejando morir una parte de mí, cada día que lo hago.

Vuelvo a casa tras mi carrera reconociendo cada ladrillo y cada cimiento de ella, pero debo reunir fuerzas para adentrarme en lo desconocido y para extrañarle a él. «Covaleda, mi amor, ¿por qué ya no estás conmigo?»

Suspiro cuando suena el teléfono de casa sacándome de mis pensamientos con un zumbido molesto e incordiante. Suena desde hace una semana y he tratado de ignorarlo como si eso pudiese detener esta vida un poco más.

Froto mis ojos con una mano y al fin, me decido a descolgarlo, no sin antes, pensármelo mucho.

—Inés —suena una voz fuerte y contundente—. Llamo para saber qué tal estás... y para confirmar que no existirá ningún problema con el viaje que organicé para Alicia —añade tras una pausa.

Contengo la respiración.

—¿Dalmiro? —pregunto atónita al reconocer a mi abuelo. No recuerdo haber tenido comunicación con él en quince años.

«Aparenta normalidad» me repito.

—¿Estás bien, Inés? Tu madre me dijo que estabas un poco desorientada tras el accidente.

—¿Mi madre? —repito con más sorpresa si cabe, antes de recuperar la compostura—. No vi a mi madre en el hospital.

Le oigo suspirar con irritación. No se molesta en ocultar su disgusto.

—Sabes que tu madre está en una cumbre internacional de medio ambiente, y es una cita ineludible para ella. No obstante, estuvo hablando con Oliver y él le puso al corriente de toda la situación.

—Claro —contesto sin mucha convicción. Desconozco en qué estado se encuentra nuestra relación actual, pero no parece una actitud propia de una amante madre—. ¿Qué decías de un viaje?

Pierdo el hilo de la conversación cuando un coche se detiene frente a la casa. Es nuevo. Oliver maneja el volante, pero no el Oliver que debería, sino El gato. El anterior automóvil fue declarado siniestro total en el accidente.

Recuerdo el día que Covaleda y yo fuimos a comprarlo. Yo no tenía especial interés en la marca o modelo; lo que realmente exigía de un coche era que tuviera cuatro ruedas y fuera capaz de llevarme de un lugar a otro, pero

para Covaleda era importante cada detalle y desbordaba tanto entusiasmo, que acabé contagiándome de su hilaridad. Fue un buen día.

Trato de encajar a Oliver Sagarra en ese recuerdo y eliminar a Covaleda, pero la imagen se distorsiona.

Lo veo aparcar en la plaza de garaje junto a la puerta principal de la casa, al lado de mi todoterreno, y por primera vez me planteo la imposibilidad de que realmente, Covaleda y yo nos hubiéramos podido permitir comprar esta casa y los coches con su sueldo de bombero, enfrentando también los gastos del día a día hasta que me licencié y obtuve la plaza pública de Ingeniero.

Hago memoria volviendo a desenterrar las penurias a las que mi madre nos sentenció; los meses en el que el dinero se acababa con las facturas de los primeros días; mis noches en vela estudiando mientras el bebé dormía y los amaneceres con ojeras negras y los ojos inyectados en sangre; las duchas con agua fría cuando se acababa el gas y las refriegas de Covaleda para calentarme y los bocadillos de una lata de atún compartida entre dos; sin embargo, algo no concuerda. Esos recuerdos tienen demasiados cabos sueltos.

Mi hija es mi constante en esta vida. La única llama que prende y aporta un poco de luz a este camino incierto y que desconozco. Mantenerla a ella hace que al menos algo tenga sentido. La veo bajar del coche con precipitación y una risa alborotada como si no existieran los problemas en la vida. Mientras la observo subir las escaleras del porche, me resulta curioso darme cuenta del absoluto parecido con su padre cuando siempre estuve convencida de que se parecía a Covaleda.

—Inés, ¿me estás escuchando? —resuena la voz de mi abuelo.

—Lo siento, Dalmiro. ¿Qué decías?

—¿Seguro que estás bien? Creo que será mejor que te concierte una cita con el Dr. Miranda —dice más para él mismo que para mí y añade de forma contundente—: El avión a París sale a las diez y cuarto, quiero a la niña en el aeropuerto dos horas antes, Inés.

Respiro con fuerza ¿París? Y sobretodo ¿por qué querría Alicia ir con Dalmiro a ninguna parte?

—¡Hola, mamá! —me saluda de forma entusiasta, entrando por la puerta tras su padre.

Recibo un beso despreocupado en cada mejilla de ambos, y esta cotidianidad se vuelve una cuesta empinada que no puedo subir por mucho que me esfuerce.

—¿Con quién hablas?—me pregunta Oliver señalando el teléfono

olvidado en mi oído.

—Es Dalmiro.

—¿El abuelo? —pregunta encantada Alicia—. Pásamelo.

La observo estupefacta hablando de forma confiada y descuidada con mi abuelo y no doy crédito a lo que veo. Me sonrío de forma jovial con unos ojos verdes distintos a los que recordaba. Estos son más verdes, más rasgados y no puedo evitar preguntarme qué ocurrió con aquella niña de Covaleda. ¿No llegó el embarazo a término? ¿Acaso hice lo que mi madre me ordenó?

Siento un malestar presionando desde mi abdomen y un pequeño mareo que me obliga a apoyar una mano sobre la encimera para mantener el equilibrio. Un fuego arde en mi garganta y cierro el puño con fuerza sin llegar a detener el sabor amargo que invade mi paladar. Corro hacia el cuarto de baño antes de derramar sobre él todo el contenido de mi estómago.

Olvidar. Esto no es como olvidar dónde se han dejado las llaves o no acordarse de recoger el traje del tinte. Ni siquiera trata de enterrar recuerdos tan profundo que nunca afloren como hice con aquella última discusión con mi madre. Cuando vuelvo la vista atrás no veo un vacío o una imagen en blanco, sino que recuerdo una vida hecha de pequeños frunces cosidos con puntadas torpes y desmedidas, pero tan fuertes que eran imposibles de romper.

Tal vez mi relación con Oliver Covaleda no comenzara de la manera usual y nos precipitáramos a construir la casa por el tejado, pero los cimientos que creamos fueron fuertes y estables. Si me dieran a escoger entre lo que tuve y lo que tengo ahora, no tendría ninguna duda de que, pese a los trances y al estado de abatimiento en el que se encontraba, el derrotado Covaleda sería mi elegido.

Y ya no está.

Ha desaparecido de mi vida sin aviso y sin despedida, y no estoy preparada para renunciar a él.

Ahogo mis lágrimas y muerdo con fuerza los nudillos de mi mano. Yo no lloro, yo reprimo mis sentimientos, venzo los escollos o los ignoro y continúo avanzando.

Me vuelvo hacia el espejo y me miro con intensidad. No percibo ningún cambio en mi apariencia. Sigo siendo yo; la casa también es la misma, la ropa, incluso mi trabajo.

Salgo del baño apresurada y me cruzo con Oliver —mi actual marido— tratando de detenerme.

—Inés, ¿estás bien?

Asiento con la cabeza sin mirarle. No quiero ver su gesto preocupado, solo necesito poner distancia entre él y yo. Me alejo apresurada y entro en mi despacho donde cierro la puerta con fuerza, dejando al otro lado todo lo que parece descomponer mi vida. Cojo aire antes de dejarme caer en el sillón frente a mi ordenador. Saco una libreta y un bolígrafo de un cajón y escribo tras otras muchas frases confusas y escritas de forma caótica:

«Dalmiro y mi madre forman parte de mi vida».

Repaso cada apunte tratando de darle algún sentido. Es como ser protagonista de una película sin saber de qué tratará la próxima escena ni tener conciencia del guión.

Miro la pantalla negra y sin encender desde el accidente y pulso el botón de arranque. Todo el mundo insiste en que descanse como si eso fuera a solucionar la terrible confusión en mi cabeza, pero la inactividad me ahoga.

La espera, hasta que finalmente muevo el ratón y puedo abrir mi correo, se me hace eterna, aunque lo merece. Ahí está. Un nuevo e-mail de una dirección desconocida.

Miro por encima del hombro para asegurarme de que Oliver no me ha seguido ni está observándome en la puerta y lo abro.

«Esta no es la vida que elegiste». reza en grandes letras rojas como señales de peligro

Cierro los ojos y aprieto los labios rozando una sensación muy parecida al alivio. Esa frase es lo único que tiene sentido para mí desde el accidente. Me reconforta saber que a lo mejor no me estoy volviendo loca.

Vuelvo hacia atrás releendo el resto de mensajes. Los escribo en distintos cuadrados de papel en blanco, arrancados de mi libreta, y trato de unirlos como si fueran cubos de un rompecabezas que me darán la solución si consigo conectarlos de la forma correcta.

«Sé por qué murieron esos bomberos».

«¿Seguro que no lo sabes? ¿Conoces a tu marido realmente?».

«Esta no es la vida que elegiste».

Busco la noticia del incendio en la red. Puede que mi marido ya no esté relacionado de forma directa con ese suceso, puesto que Oliver no es bombero sino arquitecto, pero sospecho que sigo vinculada a él.

La encuentro en el pequeño periódico local de la comarca y lo primero que llama mi atención es la foto de Covalada. Aunque su semblante aparece serio, no es capaz de ocultar un atisbo de regocijo en sus ojos, una candidez y confianza que me tienen pegada a la pantalla como si de esa forma pudiera

alcanzarlo. No puedo dejar de mirarle. Hasta hace unos días era mi marido y el hombre que amaba, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera por recuperarle. Ahora se supone que debo olvidarlo y seguir hacia delante como si mi corazón no continuara latiendo por él.

Con reticencia despego mis ojos de su foto y releo la noticia sin encontrar nada nuevo, excepto el reciente traslado de Covaleda a esta zona cuando se suponía que llevábamos ocho años viviendo aquí. Los dos.

Vuelvo sobre su foto. Me resulta tan familiar que duele. Me recuerda al tarambana de mi juventud. El que devoraba libros y anotaba notas en sus márgenes. El intrépido y ocurrente, Oliver Covaleda, el azote de mi buen juicio y el encantador de serpientes. El único capaz de desbordar mis emociones.

Vuelvo a sentirme como aquella niña llena de preguntas que no formulaba por miedo a sus respuestas, pero sé que debo de enfrentarme a ellas si quiero arrojar un poco de luz sobre mis lagunas y debo hacérselas a Covaleda.

Leo el artículo y me encuentro con que fueron más de medio centenar de efectivos los que acudieron a la primera llamada de aviso entre personal interno, voluntarios y los bomberos del retén permanente que dispone la localidad. La extinción del fuego duró toda la noche y acabó con la vida de tres bomberos que se vieron atrapados por el fuego sin poder salir. Se comenta que aún no se ha organizado una brigada para esclarecer las causas, y eso despierta un recuerdo sobre un tema prorrogado hasta ahora.

Busco, esperando tener suerte, la carta oficial de la Consejería del medio ambiente donde se me ofrece formar parte del BIIF^[2] que investigará las causas del incendio. Realizo una llamada de manera inmediata que confirma mi colaboración.

Presiento que a Oliver no le gustará que trabaje codo a codo con Covaleda en la brigada de investigación, pero no es como si alguna vez me hubiera preocupado por lo que El gato siente respecto al otro. Me resulta demasiado complicado aceptar que es mi marido y no sé cómo debo actuar con él. Es demasiado insólito. Por las noches evito su contacto. Incluso el mínimo roce me resulta extraño y en desacorde con lo que me provoca. Saltó como un resorte sin pretenderlo y me aparto de él hasta el extremo más alejado de la cama. Le oigo suspirar cada vez que ocurre. Incluso puedo sentir su dolor por mi rechazo, pero aún siento que estoy casada con Covaleda y la intimidad con Oliver, en mi subconsciente, parece una infidelidad.

Sé lo absurdo que resulta; tenemos una hija en común. Una niña más joven de lo que recordaba, que parlotea sin cesar sobre el viaje con su bisabuelo al mismo tiempo que yo siento la mirada de su padre sobre mí mientras esquivo sus intentos de ser cariñoso conmigo. Es una escena familiar patética, pero no sé ni puedo fingir un afecto que no siento. Creo que de haber despertado en ese coche sin Alicia, me hubiera vuelto loca, pero al menos la tengo a ella y eso hace que esta situación sea más tolerable. No la siento como a una desconocida o una impostora como me ocurre con su padre.

Lo miro largamente, ahora que él no lo hace. Nunca me paré a pensar en él más que como un amigo, un amigo algo molesto para ser sincera. Aunque nos besáramos aquella noche. Aquello parece demasiado lejano, una chiquillada sin fundamento que deja de tener importancia con la madurez y el tiempo.

Se me ocurren ideas disparatadas como la posibilidad de estar viviendo una realidad paralela en la que aquel beso sí tuvo significado, pero es absurdo y descabellado. También he barajado y jugado con la probabilidad de estar teniendo un sueño, pero esto no es producto de mi subconsciente. Es real.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta cuando estoy guardando las tazas de desayuno en el lavavajillas.

Le veo dejar una voluminosa carpeta en el mostrador mientras se hace el nudo de la corbata con destreza. Me pregunto dónde quedó el muchacho alto y desgarbado con bañador fluorescente. De manera inconsciente, aflora una

sonrisa en mis labios y Oliver la descubre. Envalentonado por ese gesto, se acerca con los brazos extendidos y me atrae hacia él como si hubiera estado esperando de forma desesperada una señal para poder volver abrazarme. Soy incapaz de relajarme; sin embargo, el abrazo no resulta incómodo del todo. Me obligo a estirar mis brazos, a deslizar mis manos por sus hombros y no pensar que aquello debería surgir de forma natural y no forzada.

—Sé que no hemos tenido el mejor año. Yo me he portado como un patán desde... desde que llegó el lamecharcos de Covaleda —confiesa como si decir aquel nombre le supiera a ácido. Eso resulta sorprendente. ¿Está Oliver celoso de Covaleda? ¿Por qué si se supone que llevo casada con él al menos ocho años? Lo que ocurrió entre Covaleda y yo forma parte del pasado para él, aunque no sea así para mí—. Después sobrevino el incendio y el accidente —continúa—, pero ya estás mejor ¿verdad? Sé que aún tienes lagunas, pero el médico dice que solo es cuestión de tiempo y que recuperarás toda la memoria.

»Podemos encauzar de nuevo nuestra familia y volver a ser felices. Inés, sabes que estoy loco por ti y no hay nada que no hiciera por volver a tenerte entre mis brazos segura y tranquila —susurra con delicadeza estrechándome más fuerte.

El dorso de su mano se desliza por mi mejilla y sus labios presionan sobre los míos en un beso que, pese a su dulzura, no me sabe a nada. Es como si hubiera perdido la capacidad de sentir. Oliver Covaleda avivó cada uno de mis sentidos con el tacto, en la yema de mis dedos, de su piel caliente y suave; cuando dejaba caer mi cabeza sobre su hombro y metía la nariz en su cuello para aspirar su tenue, pero irresistible olor a canela y a verano; con sus arrullos en mi oído cuando lo tenía entre mis brazos y dentro de mí, con el sabor en mis labios de los suyos cuando nos besábamos atolondrados sin tener nunca suficiente y al observarle sin restricciones y con descaro, haciendo aflorar al Covaleda más cohibido. Ahora, sin él, todo parece muerto.

Si realmente Oliver Sagarra y yo éramos felices antes de que llegara Covaleda, su presencia en nuestras vidas ha roto el hilo que me unía a él y no puedo dejar de preguntarme ¡qué demonios ha ocurrido! No puedo seguir avanzando si mi pasado está a oscuras. Es una emoción apabullante y sonora que no deja de atosigarme aunque sonría a mi hija o finja que escucho a su padre. ¿Es esta mi vida? ¿Así será a partir de ahora? ¿Dónde está la vida que yo elegí o creo haber elegido?

Me aparto de mi marido y llevo mis manos a las sienes. Las aprieto con

fuerza. Tratar de recordar, pensar o forzar la mente, me provoca enormes dolores de cabeza.

—¿Qué es lo que ocurre con Covaleda? —me esfuerzo en preguntar, pese a todo. Necesito saberlo.

—Me dijiste que nada y confío en ti, pero me exaspera que de todos los malditos lugares que hay por toda la geografía española, acabe destinado en el nuestro —exclama con indignación—. Es de él de quien no me fio. He visto cómo te mira en el Ayuntamiento, Inés.

—No sé de qué me hablas —contesto demasiado rápido y agudo. Comienzo a mover tazas y vasos tratando de ocultar el tumulto que me ha provocado esa afirmación.

—Lo sé. Olvidémonos de Covaleda. Continuemos con nuestras vidas sin volver a mencionarle.

—He aceptado formar parte de la brigada que investigará las causas del incendio, y él forma parte de ella —le anuncio rompiendo nuestra primera regla juntos, que recuerde.

Parece sorprendido y frunce el ceño contrariado.

—¿Estás segura de querer hacerlo? No tengo confianza en que estés totalmente restablecida para ese trabajo. Exigirá mucho de ti, Inés.

—Quiero hacerlo. Necesito trabajar y volver a mi vida cuanto antes.

Esa respuesta no parece satisfacerle. Líneas de preocupación se dibujan en su entrecejo mientras medita con seriedad en ello.

—No sabía que se formaría una. De todos los incendios que se producen en los montes en verano en todo el país, precisamente tienen que ponerse a husmear en este —comenta con irritación.

—Oliver, fue un gran incendio. Se quemaron más de 700 hectáreas y murieron 3 personas.

—Lo sé. Yo estaba allí de voluntario ¿recuerdas? Pero no sería el primer incendio por el que no se preocupan. Lo más probable es que haya sido otro aldeano para eliminar rastrojos o regenerar tierras de pasto. ¿No son siempre esas las justificaciones? «El monte es mío y le prendo fuego si quiero».

Oculto la sorpresa que supone saber que Oliver estuvo en la extinción del incendio. Jamás se me hubiera ocurrido ubicarlo en ese momento y lugar

—En realidad, son más los de motivo desconocido.

—¿Qué no se sabe cómo fueron originados?

—No. El 96% son originados por el hombre ya sea por negligencia o con conciencia. Lo que se desconoce es la causa que les motiva a provocarlos, y

seguirá siendo difícil descubrirlo mientras no se encuentre a los culpables. Además, el fuego se originó en un terreno público, por lo que echa por tierra tu teoría.

—Bueno, pues manténme informado —demanda—. Tengo curiosidad por saber qué averiguáis —explica con un movimiento de hombros cuando le interrogo con la mirada.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Ni que yo tuviera algo que ver —me contesta mostrándome una gran sonrisa, antes de llevarse una cucharada de mermelada a la boca y salir tras darme un beso por la puerta.

Esbozo la sonrisa que despiertan los niños traviosos, y me quito la mermelada pegajosa de los labios.

Me encuentro con la cara divertida de Alicia dando los últimos sorbos a su leche.

—Siempre caes, mamá —comenta risueña.

Me acerco a ella por su espalda y rodeo su cintura con mis brazos apoyando la barbilla en su cabeza.

—¿En serio? —le pregunto distraída acariciando el delicado pelo de su coronilla. Me quedo contemplándolo bañándome en su familiaridad. Acerco los labios sintiendo el cosquilleo suave y aspiro el olor inconfundible y tierno de la infancia.

Mi cuerpo reconoce a mi hija sin ningún tipo de incertidumbre, y me pregunto por qué no ocurre lo mismo con mi marido.

—Me gusta más cuando os sonreís.

Esa declaración se siente como una bofetada. Es evidente que a Alicia no le pasa desapercibido el estado de deterioro en la relación de sus padres. Yo, demasiado confusa y torpe, no he prestado atención al efecto que podría provocar en nuestra hija, pero ¿cómo explicar que su padre no es el hombre a quién recuerdo amar? ¿Qué no puedo ni sé fingir algo que no siento?

—Vamos, date prisa o llegaremos tarde.

—¡Qué ganas tengo de que llegue el puente festivo y poder viajar con el abuelo!

La miro atentamente mientras se pone una chaqueta para combatir el fresco de la mañana.

—¿Estás segura de querer... —comienzo, pero dejo que se escape con un suspiro, la pregunta que baila en mis labios.

Ya lo hemos hablado y aunque yo no logre entenderlo, mi hija adora a mi

abuelo y está emocionada con este viaje. Por si fuera poco, ya tenía mi permiso aunque no tenga recuerdos de ello. No encuentro ninguna buena razón para negarme, si bien la idea no acabe de complacerme por algún motivo particular que no soy capaz de descifrar.

Veo correr a Alicia escaleras abajo hasta mi coche y una parte de mí lucha por adoptar el papel que se me exige en esta nueva vida; aceptar que mi cabeza se trastornó tras el accidente y que nada de lo vivido es cierto. Lo haría por ella, pero ya lo hice una vez. Acepté lo que se me daba sin preguntas y sin respuestas, y me equivoqué.

♪ *Kate Bush* _ *This woman's work*

Camino hacia mi puesto de trabajo, en el Ayuntamiento, con un ojo sobre el parque municipal de bomberos que se encuentra a la izquierda de este. Me pregunto si Covalada estará allí, mientras me angustian miles de dudas que tal vez él pueda resolver. Sin embargo, no sé cuál es nuestra relación actual. ¿Somos amigos? ¿Actuamos como desconocidos? ¿Me odia? ¿Qué es lo que ocurrió y por qué no es él el padre de mi hija? ¿Y dónde está aquella niña?

Antes de cruzar la puerta del edificio más grande, giro con brusquedad hacia la izquierda y uno a uno mis pasos me dirigen en busca de esas respuestas. Me encamino por el portón alzado de la cochera donde aparcan los camiones. Dentro del parque, tres hombres charlan animadamente. Todos se vuelven al resonar de mis zapatos sobre el suelo, pero solo uno torna su rostro en granito al observarme entrar. Su recibimiento me golpea con la velocidad de un tren en marcha y casi me hace tambalear. Mi cabeza y mi cuerpo lo añoran y lo noto en cada gota de sangre que bombea mi corazón.

Este no es el Covalada enjuto y deprimido de los últimos meses. Resplandece como si el sol saliera solo para él. Tiene el cabello más bien dorado, largo y liso por la nuca como si fuera un adolescente rebelde que se niega a cortarse el pelo. Su rostro es alargado, con una barbilla fuerte y puntiaguda y un rastro imperceptible de barba. Sin embargo, su mirada de acero me taladra y no me resulta difícil percibir cierta animosidad. Sea lo que sea que ocurrió entre nosotros, no fue agradable.

Me acerco bajo su escrutinio, aparentando una seguridad que no siento. Mis piernas parecen flanes y temo acabar bamboleándome de un lado al otro como un joven árbol azotado por una tormenta, pero mantengo mi compostura como si este encuentro no fuera crucial para mí y no estuviera refrenando el deseo de abalanzarme a sus brazos y rogarle que vuelva.

—Inés, ¿qué tal estás? Fue un accidente aparatoso ¿No deberías estar de baja? —me pregunta Roberto con calidez.

Le agradezco su intervención, rompiendo la tensión evidente entre Covaleda y yo, y vuelvo mi mirada hacia él para dedicarle un amago de sonrisa antes de contestar:

—Estoy completamente recuperada. Gracias.

—Tengo cosas que hacer —murmura Covaleda, con una voz que parece surgida de lugares tenebrosos y oscuros, mientras inicia su retirada.

—Espera —le suplico adelantándome para detenerle con una mano sobre su antebrazo.

La mira como si fuera una serpiente venenosa y mi respiración se detiene. Parece escaparse todo el aire de esa habitación hasta dejarme sin oxígeno.

Roberto carraspea y retrocede arrastrando al otro compañero.

—Simón y yo nos íbamos al lugar de Rosario a desayunar —comenta de forma oportuna mientras me guiña un ojo.

Le doy las gracias con un asentimiento de cabeza y retiro mi mano del brazo de Covaleda con rapidez. Cruzo mis brazos sobre mi pecho, flanqueándome una protección frente a su actitud hostil, pero de poco sirve. En el momento que sus compañeros franquean la puerta, él se da la vuelta y sin mirarme suelta de forma brusca:

—¿Qué quieres, Inés? Digo, señora Sagarra —suelta como si fuera un insulto.

Me recupero del impacto, haciendo lo que mejor sé hacer. Cierro las compuertas a cualquier daño y siento el hielo llenando mis venas volviendo impenetrable mi coraza frente a cualquier agravio u ofensa.

—Déjate de estupideces, Oliver. Tengo algunas preguntas y creo que solo tú puedes contestarlas.

Se gira rápidamente al escuchar su nombre y parece sorprendido, pero vuelve a endurecerse y suelta una carcajada ácida sin rastro de humor antes de hablar.

—Tú —dice con veneno— necesitas respuestas. ¿Dónde estabas cuando las necesité yo?

—No sé de qué me hablas —confieso con un puño en la garganta.

—Te lo dije, Inés y te lo vuelvo a decir. Tienes razón y el pasado en el pasado está, pero no me busques. Lo dejamos bien claro, tú tienes tu vida y yo la mía. Si yo no tuve derecho a explicaciones, tú tampoco puedes exigirme ninguna a mí.

La dureza de su voz y el resentimiento que hacen rechinar sus dientes me arañan con uñas afiladas y furiosas, abriendo mi carne y dejando salir sangre roja y espesa.

—Espera, Oliver —le suplico.

—¡No me llames así!!—explota— ¡No tienes ningún derecho! No después de lo que hiciste. Resérvate ese nombre para el que comparte tu cama.

Pero... él es Oliver para mí, el que debiera ocupar mi lecho, mi marido, el padre de mi hija. Sus palabras me hieren tanto que la compuerta que contienen mis emociones colapsa y soy incapaz de ahogar un sollozo y lágrimas negras caen desde mis ojos.

Sea lo que sea lo que me sujetaba hasta ahora se ha roto y siento que ya no puedo más. ¡Quiero la vida que conozco de vuelta! ¡Quiero recuperar lo que tenía! Y no quiero seguir fingiendo una entereza que ya no tengo. Se ha evaporado como bocanadas de humo en las mañanas frías de invierno.

Los ojos de Covalada sobre mí pierden su sorpresa inicial al observar mi aluvión de emociones y vuelven a endurecerse al decir:

—Esas lágrimas llegan tarde. Demasiado tarde. Hubiera dado lo que fuera por ver un poco de esa muestra de humanidad, cuando me comunicaste con tanta frialdad que habías abortado, tras desaparecer durante meses —deja caer con rabia. Se aleja de mí sin ver el caos que sus palabras dejan tras de sí.

Me sujeto el estómago sin creer lo que acabo de oír y que parece partirme en dos. Siento la pérdida de esa niña desgarrando y saqueando cada partícula de mi coraza hasta destrozarla y aniquilarla sin piedad alguna, dejándome reducida en un desecho que cae sobre el suelo para ser pisoteado y aplastado.

Odio a esta Inés, odio lo que soy y en lo que se supone que me he convertido.

—Vuelve —susurro entre sollozos hecha un ovillo en el suelo—, vuelve, Oliver.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta una voz de mujer que no reconozco.

Levanto los ojos hacía una mujer de melena rubia y ojos grises que nunca he visto antes y niego con la cabeza por toda respuesta.

—Ven conmigo. Salgamos de aquí —decide sin darme otra alternativa, enviando una mirada de disgusto hacia el lugar donde Covaleda ha desaparecido.

No obstante, ella está equivocada si ya ha sentenciado que él es el culpable. Tiene todo el derecho del mundo a estar resentido y enfadado conmigo. No entiendo ni sé por qué tomé aquella decisión ni cómo resultó todo de esta forma y tampoco sé ya quién puede darme las respuestas.

—Ese hombre tenía razón. Necesitabas ayuda —comenta ayudándome a levantar tirando de mi brazo.

—¿Qué hombre? —acierto a decir al tenerla frente a frente.

—Un vecino supongo —responde encogiéndose de hombros. —No conozco a la gente de por aquí, vine para formar parte del BIIF. Soy Irene, agente de medio ambiente —se presenta.

Limpio mis lágrimas con un pañuelo de papel que recupero del bolso y dibujo una ligera mueca que quiere amagar una sonrisa áspera.

—Yo soy Inés. Ingeniera forestal. También formaré parte del BIIF.

—¿De verdad? Dime ahora que el cavernícola sin corazón también formará parte de la brigada y ya me rematas.

Asiento con la cabeza sin poder contener una carcajada acibarada, carente de alegría.

—Esto va a ser interesante. Ahora que ya puedes sonreír, vayamos por un café.

13

Nunca he sido una buena amiga, tal vez porque tenía la seguridad de que los que se acercaban estaban predispuestos en mi contra por los rumores y las murmuraciones que circulaban sobre mi persona. No voy a negar que yo misma me granjee mi reputación de reina del hielo y hostil, pero eso llegó después de los cuchicheos, de las miradas indiscretas e incluso del exceso en el adorno de las historias que circulaban sobre mí.

Mucha injuria y majadería, pero la gente sedienta de carnaza siempre está dispuesta a creer lo peor de los demás sin comprobar siquiera la veracidad de lo que oyen. Si se añade el ingrediente de la dudosa paternidad y mi renuncia a formar parte del hervidero, el coctel está servido. ¿Por qué? No tengo ni idea y prefiero ser el bicho raro que no da crédito a paparruchas, que asentir como un cordero más del rebaño para que el lobo no lo coma. De todas formas seguir al depredador tiene un precio y es acabar devorado tarde o temprano. No soy la persona a la que acudir con chismes de los demás; prefiero labrarme mi propio juicio, y por otro lado, tampoco seré yo quien los incite. Es menos divertido, pero más honesto; sin embargo, estos valores no granjean simpatías.

La amistad con Irene surge por una necesidad más básica y urgente, y es la de mantener mi cordura. Apareció en el momento y lugar adecuado y vertí sobre ella toda mi angustia y desasosiego. Hasta que no compartí toda mi historia, no me di cuenta de lo sola que me sentía y de lo que necesitaba una mano amiga desde hacía tiempo. Pero mi relación de confianza con ella no surge solo por esa necesidad. Si ella no fuera una persona perspicaz, juiciosa y con grandes dotes para escuchar y aconsejar sin juzgar peviamente, tampoco hubiera surgido. En concreto, nos importa un carajo no ser como el resto, y aún menos, guardar las apariencias y preocuparnos de forma constante por el que dirán. Eso une mucho.

Cuando se convoca nuestra primera reunión del BIIF, Irene ya está puesta en antecedentes sobre todo lo ocurrido entre Covaleda y yo, o al menos sobre lo que yo sé, que tampoco es mucho.

Entramos en la sala de juntas tras nuestro superior, un agente del SEPRONA^[3]. Covaleda evita mirarme de manera deliberada, muy al contrario, yo bebo de cada uno de sus gestos y los grabo para hacerlos míos como si los descubriera por primera vez.

El agente del Seprona, Marcos, coloca un documento sobre la mesa.

—Hasta ahora sabemos, gracias a los agentes que intervinieron en la extinción, que el origen del incendio está en varios puntos. Debemos determinar con exactitud cuántos fueron y dónde están localizados.

»El monte comenzó a freírse más o menos entre la una y las dos y media de la madrugada. Aquí es, donde presumiblemente, se originó el último. Hay una senda transitable hasta la autovía, por lo que podemos considerarla una vía de escape probable, en caso de poder señalar al hombre como elemento provocador —explica indicando con el dedo sobre el mapa—. Todo apunta a que así fue y se eligió esa noche por los pronósticos de fuerte viento, alta temperatura y baja humedad. La persona o personas que avivaron el fuego sabían lo que hacían y que esos factores dificultarían la extinción. Señalaremos cualquier objeto que nos parezca sospechoso.

»El terreno arbóreo quemado comprende un 60% de *Pinus uncinata*, 20% *Athrotaxis selaginoides* y otro 20% de *Sorbus aucuparia*. Cualquier rama de otra especie será señalizada; también colillas, mecheros, velas, botellas. Covaleda, como operativo que participó en la extinción, nos ayudará a hacer una lectura conjunta de las pruebas que encontremos con la información de que dispone. Empezaremos desde los límites del terreno achicharrado, así que recojan sus equipos y en marcha —concluye.

Todos asentimos con sobriedad y conscientes de nuestra responsabilidad mientras le seguimos hasta el vehículo que nos acercará al lugar de los hechos.

♪ *Birdy _ Not about angels*

Durante el viaje me siento detrás con Irene y a través de la ventana contemplo la desnudez del monte. Se siente como un rey destronado del que solo se perciben todas las debilidades. El fuego arrebató capa tras capa su vestimenta, la piel, las venas y los músculos y solo deja esqueletos negros y yermos sin apenas vida. Durante el viaje ninguno habla. Solo presenciamos el silencio desolador sin atrevernos a romperlo con nuestras conversaciones. Ni siquiera se oyen los pájaros. El fuego se ha encargado de desahuciar sin

indulgencia a toda la fauna que ha logrado sobrevivir. Tampoco el viento parece haberse quedado después de haber azotado sin piedad el día que se extendieron las llamas.

Echo un vistazo a mis compañeros. Todos guardamos nuestro pequeño duelo. Ninguno de nosotros volverá a ver un bosque adulto y frondoso en este lugar porque lo que el fuego arrasa puede tardar cientos de años en recuperarse. Si la lluvia caída arrastra la capa fértil de la superficie, se puede formar una capa hidrofóbica. Estas capas acaban erosionando el suelo y lo transforman en tierra estéril donde resulta difícil que nazca vida. Me asombra que aún no se hayan adoptado ciertas medidas de precaución para tratar de evitar que eso ocurra. A estas alturas ya se deberían estar planificando la construcción de barreras transversales o el clavado de troncos en el terreno que eviten ese arrastre y favorezcan la regeneración de la flora.

Frunzo el ceño con desconcierto y me vuelvo para preguntar sobre ello a nuestro agente del SEPRONA cuando me encuentro con la mirada de Covalada por el retrovisor. Me impacta no percibir acritud en su expresión, y aunque ese roce no dura más que segundos, calienta el hueco helado y solitario que ha provocado el tener que dejarle ir. No obstante, no me engaña. Si de algo estoy segura, es de que Covalada trata de evitarme en todo momento. Tampoco hemos vuelto a intercambiar ni una sola palabra, al parecer, no merezco ni un *buenos días*. Y yo le extraño, le extraño tanto que duele. Pero ya me había acostumbrado a este sentimiento de anhelarle aun pudiendo extender los dedos hacía él y tocarle. Si lo hiciera ahora, con probabilidad me quemaría tanto como aquel monte y acabaría reducida a efímeras cenizas.

Sin pretenderlo olvido mi pregunta.

Llegamos a los límites del incendio y nos bajamos del vehículo ataviados con monos de trabajo y chalecos reflectantes.

—Abrid bien los ojos y no dejéis escapar ninguna evidencia —dice Marcos tras un carraspeo, rompiendo el silencio y sacándonos del estupor tenso que parece pegar nuestros labios.

Saca un maletín plateado del maletero del vehículo y lo abre en busca de los banderines y demás equipo de trabajo. Me acerco junto a Irene para coger unos guantes y ella me sonríe.

—¿Qué opinas? Yo digo que incendiario —aventura levantando la cara para observar las copas de los árboles chamuscadas— y en tal caso me invitarás a una copa al final del día, si resulta ser un pirómano la pago yo.

—Eso no es justo. Los pirómanos actúan solos y parece que aquí tenemos

más de uno.

—Bueno, pagarme una copa no te matará, Inés —resuelve guiñándome un ojo.

Una sonrisa aflora en mis labios mientras la sigo con la mirada cuando se reúne con Marcos y Covaleda. Mis ojos se cruzan con este último, pero antes de que pueda decidir si me está observando de forma hostil o con curiosidad, me rehúye y me da la espalda de forma intencionada. Trago saliva, clavo la vista en mis guantes e ignoro la herida. Al fin y al cabo, todo duele más la primera vez y sus desaires comienzan a volverse costumbre.

—Dividámonos —concluye Marcos.

Cada uno de nosotros camina hacia direcciones distintas en busca de respuestas. Toda la vida tratando de evitarlas y ahora siento una necesidad acuciante de saber cada una de ellas.

Recojo mi pelo en una cola improvisada y coloco la primera banderilla roja, que marcará el camino que hizo el fuego, en el límite del perímetro calcinado.

La parte más tiznada de los troncos indica la zona de entrada del fuego, mientras las escamas son propias de la zona de salida. Continúo manchando de rojo sangre el monte como si de una herida abierta se tratara, hasta que doy con unos carrizos cuya orientación delatan un cambio de dirección y coloco una banderilla amarilla.

Me topo con los restos requemados de una pequeña madriguera de ardillas que no tuvieron tiempo de huir. No serán los únicos animales que quedaron atrapados por el fuego y que encontraremos. Echo un vistazo a mis compañeros y su trabajo, tratando de descifrar el mapa de colores que vamos dibujando a medida que acotamos la zona afectada. Solo vislumbro a Irene desde lejos. A Marcos ni siquiera lo percibo. No se puede decir que no sea un hombre entregado a su trabajo. Parco en palabras, pero de naturaleza inquieta, pronto nos tendrá robando horas al sueño para completar esta investigación. Estoy segura.

Encuentro una zona con estepilla donde el fuego parece haber avanzado más despacio, como si aún no hubiera tenido la fuerza o la intensidad suficiente para quemar esos rastrojos. Clavo una banderilla blanca y miro a mi alrededor. Esta zona no está lejos del lugar donde los tres bomberos fueron cercados por el fuego.

Es un caso con bastante repercusión mediática, y se está presionando por una rápida resolución. Sin embargo, hacer una reconstrucción fiel de los

hechos resulta complicado cuando la mayoría de los indicios han sido destruidos. Entre la alfombra negra del suelo y junto a los troncos calcinados de los arboles solo localizo cenizas y restos carbonizados del monte. Ni un solo rastro de hoguera, mechero o colilla.

Supone complicado encontrar una solución que ponga fin a los incendios indiscriminados y sin control alguno. Sobre todo cuando nada de lo hecho hasta ahora parece sofocarlos.

El fuego siempre ha sido un elemento purificador y se utiliza desde tiempos inmemoriales para la limpieza de sotobosques, cultivos y regenerar pastos, pero el fuego no es un elemento controlable, forma parte de la fuerza de la naturaleza, y por mucho que nos empeñemos, el hombre nunca podrá dominarla. No somos los dueños de la tierra y ningún papel afirmando lo contrario me hará cambiar de opinión.

Solo el 5% del fuego se produce de forma natural. Luego, parece bastante evidente que el origen de estas catástrofes está en el hombre.

Las medidas electoralistas de todos los colores a corto plazo sobre la ordenación territorial, la limpieza de montes, la inserción de cortafuegos o la estrecha vigilancia no podrán prevenir que los bosques prendan mientras no se mejore la conducta humana. Si el problema está en el hombre, será al hombre a quién se deba cambiar.

¿Cómo? Desde las raíces para implantar unas bases sólidas con una buena educación sobre materia medio ambiental para los más jóvenes y campañas de concienciación para el resto. Lo extraño, es que a día de hoy, con toda la información de que se dispone, aún no se sea consciente del daño que se puede llegar a producir con un simple descuido o debido a las drásticas prácticas que llevan a cabo algunos.

Llevo la mano a la frente para secar una gota de sudor, segura de que ahora mismo tendré la cara negra. Llevo horas rebuscando entre la madera y el hollín. Me siento como un pez, buceando sin tomar aire en busca de algún indicio que pueda esclarecer cómo comenzó el incendio.

No me gusta darme por vencida. No soy de las que dejan los trabajos a medias sin exorcizar cada uno de sus demonios, pero se acerca la hora pactada para encontrarnos. Retrocedo un paso estirando los músculos de la espalda y pierdo de manera inevitable el equilibrio. Lucho por mantenerme en pie, pero me veo irremediamente en el suelo hasta que unos brazos evitan mi caída, sosteniéndome por la cintura.

—¡Cuidado! Esos matorrales se convierten en cuchillos tras el fuego. Si

caes sobre ellos puedes acabar empalada —exclama Covaleda a mi espalda.

Si me giro para verle, perderé este extraño abrazo, así que me callo y me mantengo quieta saboreando el momento. Sintiéndome seda entre sus manos.

—Voy al punto de reunión. No te demores —añade apresurado y malhumorado excusando su presencia allí y soltándome para continuar con su camino en solitario.

Lo observo marchar con una adiós mudo a su espalda mientras largas zancadas seguras y contundentes lo alejan de mí. Miro a mi alrededor, a la naturaleza desnuda. ¿Dónde demonios estaba para haber llegado tan pronto?

—He encontrado las marcas de una motocicleta sobre unas rocas —comenta Irene tras reunirme con ella para almorzar—. Me gustaría saber por qué el vigilante no vio ni oyó nada desde su puesto, teniendo en cuenta que uno de los focos se produjo delante de sus narices.

Nos sentamos sobre un grueso tronco caído y quemado que apenas parece contener nuestro peso.

—Esa misma semana se cambiaron los turnos y esa noche quedó descubierta —comenta Covaleda a nuestra espalda, antes de sentarse frente a nosotras, con un bocadillo entre las manos.

Estúpidamente me pregunto si habrá alguna mujer que se lo ha preparado con cariño. «Como si no pudiese hacérselo él mismo» me reprocho a mí misma.

—¿Qué?! —pregunta incrédula Irene—. Demasiada casualidad para no resultar sospechoso.

—El problema es que no sabemos de dónde vino esa orden. Cualquiera, con un poco de conocimientos sobre el tema, puede haberse colado en el programa informático para sabotearlo —responde antes de morder con fuerza su almuerzo.

—Me parece demasiado rebuscado y planificado para un terreno que no tiene valor monetario —comento.

Al momento, Covaleda resopla con desdén.

—Las personas como tú consideran que solo el dinero requiere esfuerzo, pero hay otras motivaciones mucho más poderosas —interviene con voz dura

sin quitarme la vista de encima—: el resentimiento y la venganza, por ejemplo; la avaricia, la traición, la cobardía —enumera haciéndome participe de cada palabra como si fueran dardos lanzados de forma directa hacia mí.

Le sostengo la mirada sin un ápice de remordimiento. No dudo de que él cree tener motivos para odiarme, pero yo ya no estoy tan segura de eso. Tengo la sensación de que la verdad se me escapa entre los dedos y no tengo intenciones de renunciar a ella. Cuanto más vueltas doy a lo que él me dijo, más segura estoy de que es imposible y que no recuerde nada solo lo confirma.

—¿Qué me decís de la recalificación? Con la nueva ley de montes se aprueba en un terreno quemado antes de los 30 años —interviene Irene ignorando por completo a Covaleda.

—La recalificación de un terreno no es tan sencilla ni siquiera con la nueva ley. Una de las disposiciones es que la nueva construcción sea de interés público, no privado.

»Le echaré un vistazo detallado, pero si estás pensando que se trata de una conspiración para edificar una urbanización de chalets de lujo, siento decirte que el terreno es demasiado ladeado para eso; además, construyeron no hace mucho un complejo no lejos de aquí que ha resultado un auténtico fiasco. Las viviendas apenas despiertan interés y su valor se ha depreciado enormemente.

—¡Vaya! Lo siento por tu marido. Siempre no se puede ganar —murmura Covaleda con una sonrisa ácida—. Espera, no, no lo siento en absoluto. La verdad es que me importa una mierda.

Su declaración me deja sorprendida y sin tiempo para reaccionar, pero no porque Covaleda insista en ser desagradable conmigo, sino porque no tenía ni idea de que esa urbanización era un proyecto de Oliver.

Irene frunce el ceño y parece que su paciencia con Covaleda ha llegado al límite y está dispuesta a replicar, pero la llegada de Marcos interrumpe nuestro intercambio.

—He encontrado algo —dice estoicamente mostrándonos una masa desigual del tamaño de un pulgar de color negruzco y muy probable testigo directo del incendio.

Covaleda toma la bolsa de plástico que lo contiene para observarlo con detenimiento.

—¿Una pastilla de encendido para barbacoas?

—Sí. El que no prendiera hasta consumirse ha sido una suerte. Normalmente solo quedan cenizas de ellas.

—Entonces tenemos las huellas de una moto y una pastilla de encendido —resume Irene.

—No está mal para una mañana —conviene Marcos sin perder su gesto adusto—. Buscamos un varón joven. Tal vez problemático y seguramente de la zona. Vosotros —dice mientras nos señala a Covaleda y a mí—, que conocéis mejor la vecindad deberíais husmear entre los voluntarios que participaron en la extinción del incendio y tratar de averiguar si alguno ha comprado últimamente material para barbacoas, como este, por aquí.

»Suelen ser sobretodo personas con problemas sociales y poco nivel educativo, pero no siempre encajan en ese perfil, así que estad atentos a cualquier señal. —Sin poder evitarlo cruzamos una mirada—. Nosotros buscaremos esa moto y veremos si nos lleva al mismo lugar.

—No puede ser tan fácil —comento incrédula.

—Te sorprenderías de las pocas precauciones que toman algunos pirómanos.

—¿Pirómano?

—En vista de que no existe ninguna causa aparente es la versión más verosímil.

—Creía que el porcentaje de incendios causados por pirómanos eran muy bajo.

—Son pocos, pero no improbables —me contesta deteniéndose a echar un vistazo con interés.

—Bueno, busquemos cuanto antes a ese cabrón. Quiero verlo entre rejas cuanto antes —interrumpe Covaleda lanzando los restos de su bocata al interior de una mochila y poniéndose en pie para alejarse unos metros de nosotros.

—Yo pago entonces —comenta Irene tras los pasos de Covaleda.

Me preparo para seguirles cuando Marcos me hace un alto.

—Tienes cierta reticencia en aceptar la versión del pirómano. ¿Tienes alguna sospecha?

No es hasta que él lo comenta, que me doy cuenta de que tiene razón y la teoría del pirómano no acaba de convencerme.

—Supongo que es algo instintivo, pero hay algunas piezas que no acaban de encajar en mi cabeza. Por ejemplo el que esa noche el puesto de vigilancia quedara descubierto. Parece que alguien se preocupó de que así fuera.

—¿Y por qué no el propio pirómano?

Me encojo de hombros.

—Demasiado rebuscado, ideado y refinado. Algo me dice que existe un motivo, pero no acierto a comprender cuál.

—Bien. No descartes ese presentimiento mientras husmeas entre tus vecinos. Y... deberíais resolver cualquiera que sea el asunto que tenéis entre vosotros dos —conviene lanzando una mirada hacia un expectante Covaleda, ya en la puerta de su vehículo.

Lo miro sin sorpresa. Si algo he descubierto sobre Marcos es que tiene no un sexto sentido, sino siete u ocho.

—Eso será más difícil —confieso con resignación.

Asiente con gravedad y los labios apretados.

—No dejes que influya en el caso. Confío más en ti para eso que en el visceral apagafuegos —conviene con una mordaz sonrisa.

Me muerdo el labio y bajo la mirada para evitar que mi risita sea descubierta. Referirse a Covaleda como apagafuegos es como asegurar que en el infierno hace frío. Podría prender fuego sobre las ascuas de este monte con el resentimiento que arde en su mirada.

No obstante, si algo he aprendido durante mi vida es a alzar la cabeza y continuar caminando, haciendo oídos sordos a cualquier pulla lanzada para hacerme daño. ¿Duelen? Sí. Pero no dejaré que me debiliten, al contrario, me endurecen.

Yo que creía haber cambiado, me encuentro con que no me está permitido flaquear.

«Covaleda... te echo de menos a ti y a la Inés que era contigo».

—¿Qué tal ha ido la investigación? —me pregunta Oliver mientras cenamos sobre la isla de la cocina. Nos sentamos en altos taburetes que Alicia aprovecha para hacer girar mientras revuelve el contenido del plato sin muchas ganas de llevarse a la boca la tortilla recién hecha.

Al menos esa actitud se siente totalmente familiar. Hace tiempo que tiré la toalla en este aspecto con Alicia. Tanto su padre como yo llegamos a la conclusión de que si no come todo lo que tiene en el plato, será porque no lo necesita. Mientras ella crezca saludable y esté llena de energía qué importa que coma mejor la pasta que el pescado o que prefiera picotear entre horas que engullir un enorme plato de cocido, a la misma hora todos los días. Los horarios los establecimos los adultos para que encajen en nuestro ritmo de vida. Claro que... esa elección la hice con Covalada, no con este Oliver. Advierto su ceño fruncido cuando ve el poco interés de la niña por la comida. Está empeñado en que vacíe el plato por completo. Si no lo hace, pierde la paciencia con ella.

No entiendo esa actitud. Con Covalada las comidas familiares no acababan en llantos y gritos. Oliver insiste en forzar con calzador sus estúpidas reglas en nuestra hija como si quisiera que estuviera cortada por su mismo patrón. Pretende hacerla adulta antes de tiempo coartando cualquiera de esas actitudes o sueños que la hacen ser niña.

Covalada era más niño que la propia Alicia siempre dispuesto a tirarse en el suelo para jugar con ella, manchándose más que ninguno o inventando actividades y parodias que nos hacían desternillarnos de risa.

Oliver es tan estricto que no se da cuenta de que la niña apenas juega.

—Lo cierto —comienzo apresurada con el fin de llamar su atención y distraerle de la discusión que se avecina—, es que hemos avanzado bastante. Necesitaré tu ayuda. Debemos hacer una lista de las personas que participaron en la extinción del incendio. Tal vez puedas recordar a quién viste.

Deja el cubierto despacio sobre el plato observando su gesto en una mezcla de desconcierto y contrariedad.

—¿Creéis que los culpables podrían estar entre los voluntarios? —pregunta asombrado.

—Es una posibilidad —respondo sin detalles.

La realidad, es que el número de sospechosos se ha reducido a uno. Su rápido avance en motocicleta explica que cinco focos distintos prendieran prácticamente a la vez, pero no puedo compartirlo hasta que la información se haga oficial.

—¿Me ayudarás?

—Por supuesto. Te escribiré los nombres. De todas formas, será difícil de resolver sin encontrar cómo fue provocado.

Me resulta curioso que lo afirme con tanta rotundidad y estudio su cara mientras le pregunto:

—¿Por qué estás tan seguro de que no lo encontraremos?

—Bueno, casi siempre es así. Ahora no tengo a mano los datos estadísticos, pero se dice que en la mayoría de los casos es difícil encontrar evidencias —contesta a la defensiva. Sus ojos se detienen en los míos y su expresión de fastidio cambia a una más tierna. —La verdad, es que estoy deseando que se resuelva pronto y finalice cuanto antes. No me gusta que tengas que trabajar codo a codo con Covaleda.

—Covaleda me odia —suelto antes de tener tiempo siquiera de analizar mi respuesta. Me arrepiento al momento y me muerdo la lengua demasiado tarde.

Alicia levanta la atención de su plato.

—El abuelo dice que el odio es el disfraz de la envidia y que las habladurías son sintomatología de los celos crónicos.

Ese comentario despierta las carcajadas de Oliver.

—El abuelo tiene mucha razón, Alicia. Es un hombre sabio. Escúchalo siempre.

Frunzo el ceño. No entiendo con qué garantías puede asegurar esa cualidad sobre mi abuelo. Yo solo lo conozco como una persona regia y distante, pero es evidente que soy la única que he recibido ese amargo trato de su parte en esta mesa.

—¿Y por qué exactamente te dijo eso el abuelo? —pregunto con curiosidad.

Alicia vuelve a bajar la mirada al plato como si le costara responder.

—Hay una niña en el colegio que le ha oído decir a su padre que la abuela pertenece a la casta. Dice que los políticos son unos codiciosos y unos miserables.

—Tu abuelo tiene razón. Son celos, Alicia. Tu abuela es estupenda y se

dedica a velar por el bien común. Hace un duro trabajo para eso. No hagas caso a habladurías.

—Yo creo que su padre está enfadado porque perdió el trabajo.

Oliver y yo cruzamos una mirada compungida.

—¿Cómo se llama esa compañera de clase? —pregunta su padre.

—Rebeca.

—¿Conocemos al padre de Rebeca? —me pregunta perdido en este asunto; sin embargo, le agradezco infinitamente el interés mostrado. Tal vez si dejo de compararlo con Covaleda, pueda darme cuenta de que no es un mal padre.

—Fontenegra. Trabaja en la empresa Oacs Solar. Se dedican a la distribución de placas solares para el autoconsumo eléctrico —explico sin quitar ojo a una atenta Alicia.

—¿Y qué pasa? ¿Ha cerrado?

—Supongo que desde que se aprobó el impuesto al sol y se hace pagar un peaje de respaldo a los consumidores de energías renovables, la demanda de placas ha descendido.

En este país en vez de incentivar el consumo de energías renovables, encarecemos su utilización. «Gran labor, mamá».

—Pero ahora ya tiene trabajo. Al menos eso dice la abuela.

—¿La abuela también lo sabía? —pregunto estupefacta, y no puedo evitar que quede implícita en mi voz un poco de la desazón que me provoca haber sido excluida. Siempre fui la primera elección para hablar sobre cualquiera que fueran sus preocupaciones.

—Era de ella de quién hablaba. Tenía que decírselo.

—Claro, y así es como tu abuela arregla todo. Comprando a las personas —dejo escapar con resentimiento.

Oliver me lanza una mirada reprobatoria y alarmada, pero a este punto mi animosidad fuerza mi lengua a soltarse como un matasuegras que vuelve a la carga tras ser insuflado con veneno y pestes.

Me pregunto por qué le sorprende. Nunca he sido comedida ni de las que se callan.

Sin querer esas palabras me hacen evocar un recuerdo, un recuerdo que me sacude con fuerza sin entender cómo es posible haberlo olvidado. Mi padre. Mi intención, tras descubrir que él no era el terrible violador que mi madre relataba con sus mentiras, había sido buscarlo; sin embargo..., lo olvidé. Extravié la idea de encontrarlo como se pierde un bolso sobre una

silla que nunca se vuelve a recuperar, y no entiendo cómo es posible.

Me levanto con brusquedad de la silla buscando, como si fuera probable, encontrar lo perdido a mi alrededor.

—¿Inés? —me llama preocupado Oliver, pero no puedo pararme a explicar. Lo único que tengo en mente es conservar este recuerdo y no volver a perderlo.

Avanzo a grandes zancadas hasta la puerta de mi despacho.

—¿Qué le pasa a mamá? —oigo preguntar a Alicia—. Últimamente está rara.

—Ten un poco de paciencia, nena. Tu madre se dio un fuerte golpe en la cabeza durante el accidente y puede que aún este en shock.

No, eso no explica porque recuerdo otra vida, porque olvidé haber interrumpido mi embarazo o porque enterré la existencia de mi padre. Sigo pensando que el resentido Covaleda puede darme algunas respuestas. Al menos, siento que con él no tengo por qué almibarar mis lagunas o aparentar normalidad.

Entro en mi despacho y busco en el cajón mis notas, las vuelvo a juntar, organizar y releer antes de añadir una nueva. «¿Por qué olvidé a mi padre?»

—Inés ¿estás bien? — vuelve a preguntar Oliver en la puerta del despacho.

Guardo mis anotaciones con precipitación para que no las descubra y me reúno con él en la puerta.

—Solo he recordado algo del trabajo —me excuso de forma pobre.

Me estudia con interés y el semblante serio. No ha tragado. No acaba de creerse mi excusa. Me obligo a aparentar naturalidad mientras la intensidad de sus ojos, verde imposible, me hace sentir diseccionada. Le devuelvo la mirada sin dejarme intimidar, y para eso, debo estirarme todo lo larga que soy. Covaleda no es tan alto como Oliver. El delgado y desgarrado chico ha dado paso a un hombre de impresionante talla y constitución. Me hace sentir pequeña y amedrentada, pero no es debido a su naturaleza, sino a lo que leo a través de su examen.

Alarga la mano despacio hasta mi rostro y recoge un mechón de mi pelo que enrolla en uno de sus dedos obligándome a acercarme a él. Un largo suspiro surge de sus labios, enviándome una bocanada de aire que me resulta demasiado familiar y por la que no siento rechazo.

—Te echo de menos, Inés —susurra junto a mi oído erizando mi piel y cierro los ojos al contacto de sus labios suaves y dulces sobre mi mejilla—.

Tengo la sensación de que te estás alejando y te necesito junto a mí, y a mi lado en la cama, no al otro extremo. Necesito acariciarte sin esa sensación de que mis manos te queman o mis besos están vacíos. No quiero perderte, Inés. Por favor, no me dejes.

Yo he oído antes ese ruego, pero creía que surgían de otros labios y con otra voz. En ese momento, todo lo que sentía por mi marido era una terrible necesidad de apaciguar su angustia, y el amor que sentía por él era lo único que importaba.

Me obligo a buscar ese mismo tipo de sentimiento en mi interior para Oliver. Araño, escarbo y rastreo en busca de afecto, ternura e incluso pasión por el que ahora es mi marido y en mi desesperación avivo una pequeña llama olvidada y defectuosa que parece resistirse a desaparecer.

Con una mano sobre su nuca, acerco sus labios a los míos tratando de alejar las dudas y la incertidumbre. Los dedos de Oliver se ciernen sobre mi cara mientras profundiza su beso tratando de recuperar a la esposa perdida. Yo trato de relajarme en su abrazo y en esa pasión que empieza a dominarle, pero a mí parece estrangularme. Estoy a punto de perder el aire cuando oímos la voz de Alicia desde el descansillo:

—¿Está bien, mamá?

Nuestras bocas se separan de forma abrupta y mis pulmones vuelven a llenarse. Respiro con agitación con la cara sobre el pecho de Oliver y le oigo contestar a través del rápido latido de su corazón:

—Claro que está bien, Alicia. Solo se ha acordado de un asunto importante del trabajo.

—¡Ah vale! Oye, ya he terminado de cenar. ¿Puedo ir a leer un rato a la cama?

—Pero no te quedes mucho tiempo.

—¡Vale!

La presión de la mano de Oliver en mi cuello se relaja y me mira con sorpresa, como si no hubiera sido consciente de que me estaba reteniendo contra él.

—Iremos poco a poco si es lo que necesitas, Inés. Por mucho que me cueste volver a actuar como un tonto adolescente enamorado. Haré lo que sea necesario para mantenerte a mi lado —dice con gravedad y algo en la determinación de su semblante me garantiza que así será.

Asiento con la cabeza dubitativa. No sé cómo salir de esta encrucijada. Solo espero no perjudicar a Alicia.

—Por cierto, tu madre nos ha invitado a cenar este fin de semana —añade con despreocupación.

—¿Has hablado con mi madre? ¿Cuándo? —pregunto sin comprender. Si la relación con mi madre es cordial ¿por qué siempre habla con Oliver y no conmigo?

—Llamó en cuanto estuvo de vuelta. Ha organizado una cena y quiere que asistamos.

—Y ¿por qué no me llama a mí para decírmelo?

—Inés, llamó a casa mientras tú no estabas y cogí yo la llamada —explica con resignación.

Aun así, me asombra que no hayamos intercambiado ni una sola palabra desde el accidente. En realidad, para mí el tiempo sin hablarnos es mucho mayor. Quince años. No voy a negar que siento cierta ansiedad respecto a esta situación. No sé cómo aparentar normalidad con ella. Ahora que soy madre aún la entiendo menos.

—Vamos, Inés. Ponte el vestido de seda verde esmeralda que tanto me gusta y disfrutemos de una noche. Alicia estará de viaje con Dalmiro y hace tiempo que no tenemos un tiempo para nosotros solos. Dime que lo pensarás —trata de convencerme y vuelve a aplicar sus labios sobre mi mejilla en caricias leves y suaves que me producen cosquilleos mientras habla.

Me resulta dulce y me sorprende aceptando. El gato siempre tuvo habilidad para convencerme. Claro que no voy a ignorar que el verdadero motivo de mi conformidad está en el reencuentro con mi madre. Para mí será un verdadero impacto volver a reunirme con ella tras quince años de silencio. Mucho más difícil será mi próximo encuentro con Covaleda.

E stá tenso. Lo percibo en su postura y la expresión tirante de su cara. Evita mirarme mientras me acerco. Yo, al contrario, me recreo en su visión absorbiendo cada pequeño detalle: las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros, los destellos dorados del pelo bajo el reflejo del sol, el perene bronceado de su piel como si aún compartiéramos esos veranos junto a la playa, la nariz recta, la barbilla fuerte.

Cuando levanta la cabeza y sus ojos se clavan en los míos con fiereza como si supiera, pese a no haberme visto, que estoy a punto de alcanzarle, se avivan en mí todas las emociones que Oliver no consigue despertar siendo dulce y paciente.

Lo extraño tanto.

Pero no es un sentimiento nuevo. Llevo largo tiempo echando de menos sus sonrisas, sus bufonadas y los tira y afloja con los que me arrastraba a sus locuras como adolescentes enamorados que nunca quieren madurar y dejar de sentir que cada mirada, cada roce o beso siguen siendo como el primero.

Este es mi Oliver y lo quiero de vuelta. No voy a negarlo. Aunque en realidad poco o nada sepa de la vida del Covalada que tengo delante.

No obstante, antes debo saber qué ocurrió.

Me he enfundado un vestido negro por encima de las rodillas y unas botas de caña alta con la perversa intención de atraer su mirada y lo consigo. Siento sus ojos bebiendo mi cuerpo desde la punta de los pies hasta el nacimiento de mi cabello, y cuando al fin se detienen en los míos, atisbo un pequeño signo de deslumbramiento que es rápidamente sustituido por frío desdén.

Al menos, no le soy indiferente.

—Acabemos rápido con esto —le oigo mascullar con agonía.

«No, Covalada. Lo que yo quiero es alargar los segundos en minutos y los minutos en horas mientras esté contigo. Ser consciente de cada uno de ellos y convertirlos en momentos que atesoraré con codicia y ruindad para que nadie pueda arrebatármelos de nuevo o hacerme creer que nunca existieron».

Sin embargo, callo y me pongo un disfraz profesional y competente por el

que solo el Covaleda que yo recuerdo, sería capaz de asomarse en busca de la verdadera Inés.

—Oliver me ha facilitado una lista de las personas que recuerda haber visto durante el incendio. —Su cara se crispa ante la mención de mi marido actual y yo me reprocho mi torpeza. Al fin lo tengo a solas y tengo su atención, y la primera palabra que sale de mi boca es el nombre de la de la persona cuya pieza no encaja en este puzzle.

Lo observo recomponerse y lanzar un largo suspiro.

—Echemos un vistazo a esa lista y comparémosla con la mía.

Asiento con la cabeza y le sigo cuando él se pone en marcha sin tener ni idea de adonde se dirige. Cruzamos la plaza gris y marmolada en la que nos hemos reunido frente al ayuntamiento. Un hombre sentado sobre un banco levanta la mirada para observar nuestro avance. No es nadie que conozca del pueblo y me sorprende estudiándolo con curiosidad. Me pregunto si debería tomar a cualquier extraño como un sospechoso. La idea es descabellada, pero algo que veo en este hombre produce una reacción involuntaria en mi cuerpo, como si alguien estuviera soplándome en la nuca erizando mi piel. Su aspecto parece descuidado y sus ojos no me dejan ni un segundo, y no es por el vestidito negro. Creo que se trata de algo más. Algo que de nuevo se me escapa como esas palabras que se sienten en la punta de la lengua, pero no acaban de formarse en nuestra mente.

Giro la cabeza un momento más, resistiéndome a dejar pasar esa extraña inquietud, pero el hombre ya no está cuando lo hago. Miro alrededor sin comprender. No es posible que se haya movido tan rápido. Miro hacia el pórtico del Ayuntamiento y a través de sus puertas acristaladas, pero no hay ni rastro de él. Alrededor de la plaza las jardineras llenas de flores estivales y setos bajos pulcramente recortados no pueden ocultarle. Abarco todo lo que alcanza mi mirada. El retén de bomberos a la izquierda está demasiado alejado para llegar hasta él en tan breve tiempo. Ocurre lo mismo con la cafetería que no parece muy llena a estas horas.

Lo dejo pasar cuando llegamos al todoterreno de Covaleda. Me echa un vistazo antes de dirigirse a su puerta y abrirla para poder sentarse dentro del vehículo. Me uno a él, aunque no me lo pida, y me siento a su lado en el asiento del pasajero. No hace ningún movimiento y lo miro con curiosidad; parece indeciso, como si se estuviera produciendo una contienda en su interior.

—Había pensado trabajar en mi casa hasta que saquemos algo en claro.

Esto nos llevará muchas horas y no me siento cómodo en un despacho, pero... tal vez no sea buena idea.

—Me parece una idea excelente —atajo decidida.

Ignoro el aumento de ritmo en mis latidos, descartando mi evidente nerviosismo. Siento una necesidad acuciante de saber cómo ha transcurrido su vida sin mí, pero también lo temo. ¿Se ve con alguien? ¿La pequeña Julia consiguió aquella beca para estudiar magisterio? ¿Se cuida el señor Covaleda después de su operación de vesícula? ¿Perdió Adrián su trabajo? Incluso los detalles más nimios cobran real importancia para mí; como saber si continúa acabando sus duchas con agua fría, usa la misma colonia, se pasa la mano por la cara cuando está agotado o bebé su café rebosante de azúcar.

El motor retumba cuando Covaleda gira la llave y tras un segundo de vacilación nos encamina hacia su lugar.

Es curioso, que el recuerdo que yo tenía de esta casa era la de una ruina abandonada y cochambrosa. Ahora, me encuentro una preciosa estampa de piedra y ladrillo con contraventanas rojizas de madera y cristal con reflejos azules.

Aparca en el camino de entrada como si tuviera que dejar preparada su huida y sin hablar, como en todo el viaje, y con una clara tensión entre nosotros, me abre la puerta de su morada. Entro primero y me quedo impactada por el alto techo y la inmensa luz que entra por las ventanas. No es una estancia inmensamente grande. Una cocina americana y el salón ocupan el mismo espacio y el ascenso por una escalera de caracol conduce a lo que es el dormitorio abierto, pero tiene mucho encanto.

—No hay mucho que enseñar como podrás ver —dice rompiendo el silencio—. El cuarto de baño es aquella puerta de allí. Siéntete como en tu propia casa.

Me mira expectante con las cejas arqueadas y los labios apretados en una fina línea como si esperase mi veredicto. No soy generosa en halagos y lisonjas, pero lo intento porque de alguna forma parece importante para él.

—Es muy bonita —digo, pero parece que no acabo de acertar porque los ojos de Covaleda se disparan hacia arriba con crispación.

—No te esfuerces, Inés. No busco tu aprobación. Hemos venido a trabajar, no es una visita de cortesía.

¡Maldita sea! Y ahora ¿qué he hecho mal?

—No me estoy esforzando. Lo he dicho con sinceridad. Creía que todo esto estaba en ruinas.

Deja las llaves sobre un aparador junto a la puerta y se vuelve a mirarme con curiosidad.

—Era un cobertizo, pero hace años que su anterior dueño lo hizo habitable. No es posible que no lo supieras —comenta extrañado—. ¿Es cierto que tienes lagunas desde el accidente?

«Lagunas es decir poco».

—Algo así —respondo incómoda.

Evito su escrutinio y bajo los tres escalones de la entrada para coger asiento sobre el sofá de terciopelo rojo, recogiendo mis piernas hacía un lado para no revelar demasiado con el vestido. Mis ojos se detienen en el título de la novela que descansa sobre el centro de la mesa: *Un Mundo Feliz* de *Aldous Huxley*. Fui yo la que influyó en su gusto por la lectura de los grandes clásicos de la novela distópica. Nuestra biblioteca común rebosaba de ellas. Siempre que podíamos nos regalábamos un título más, en una publicación especial o de coleccionista. El último fue *El cuento de la criada* de *Margaret Atwood* en su primera edición en español por la editorial Sudamericana.

Mis ojos buscan los suyos tras este nuevo descubrimiento, pero él evita mi mirada. Coge el libro con desidia y lo echa a un lado, por detrás del sofá, fuera de mi alcance. No quiere que nada nos una.

Lo siento sobre mi cabeza, dudando sobre sentarse a mi lado o huir. La piel sobre mis piernas se eriza como si percibiera su mirada. Muevo mi mano hacia mi pelo en busca de alguna ocupación, y el movimiento hace que destelle la alianza sobre mi dedo.

—¿Sabes? Hay algo que no se me va de la cabeza por mucho que trato de ignorar —dice.

—Ya somos dos —murmuro sin intención de ser oída.

Me ignora y se aleja tomando asiento en un sillón frente a mí.

—Puede que no lo recuerdes, pero el día del accidente... —se interrumpe cuando sus ojos se encuentran con los míos y muere la candidez de su expresión.

Me maldigo en silencio por tener que endurecerme y acorazar mi semblante para contener el torrente de emociones que pugnan por salir. Es evidente que “*le he cortado el rollo*”.

—Fuiste tú el que me sacó del coche ¿verdad? —le animo a seguir.

—Sí, lo recuerdas —observa desconcertado, pero el momento de aclarar dudas y sincerarse parece haber transcurrido para él—. Solo hacía mi trabajo.

A primera vista, no parece que vaya a conseguir mucha información de

este hermético Covaleda, pero no estoy segura de poder volver a tener otra oportunidad como esta en poco tiempo, por otra parte tampoco considero que deba esperar más, para intentar resolver mis caóticos recuerdos. Así que, con la poca delicadeza que me caracteriza suelto:

—He olvidado que ocurrió entre nosotros. No puedo acordarme.

Una de las manos, sobre la mesa que nos separa, se cierra en un puño que se sacude imperceptiblemente con la fuerza con que se aprieta y el hueso de su mandíbula vibra con el rechinar de sus dientes.

—Supongo que tuvo poca importancia. No fue más que un estúpido error —dice sin poder ocultar su resentimiento.

—Recuerdo lo que ocurrió entre nosotros, Covaleda —respondo a la defensiva. Su comentario me ha hecho más daño del que quiero reconocer. Me levanto nerviosa del sofá buscando las palabras que necesito para hacerle entender—. Yo... no soy capaz de saber qué ocurrió después de que ambos decidiéramos que seguiríamos juntos y tendríamos al bebé —digo con leve nudo al pronunciar la última palabra.

—¿Qué tú no lo sabes? El que todavía no alcanza a comprenderlo soy yo, Inés —escupe exaltado. —Tú gran idea fue ir a pedirle ayuda a tu abuelo. Dijiste que él obligó a tu madre a tenerte y que no estaría de acuerdo con la decisión de ella. No nos creías capaces de valernos por nosotros mismos, pero en realidad, no querías renunciar a tus privilegios. —Ahora es él el que se levanta con frustración dándome la espalda—. Irrumpiste el embarazo y ni siquiera contactaste conmigo para comunicármelo.

»Desapareciste de la faz de la tierra sin una sola explicación ni una despedida. ¡Me volví loco, Inés! Aquello era tan típico de ti. Huir y fingir que nada había ocurrido, pero ¡llevabas a mi hijo creciendo en tu interior y no tenías ningún derecho a tomar esa decisión tú sola! ¡También era mío y sabías que lo quería! —me grita con fiereza—. Tenía veinte años y lloré esa pérdida como un niño. Y te odié, Inés; te odié, como nunca me creí capaz, cuando te encontré ocho meses después y me lo explicaste sin un ápice de arrepentimiento. Con tanta frialdad que hasta el mismo infierno se hubiera congelado. Y ahora apareces de nuevo en mi vida casada con otro y con una niña que no es mía. Y tratas de descolocarme y aparentar una inocencia que no se te ajusta bien, susurrándome aturdida que tu marido debería ser yo.

«Yo no dije exactamente eso...»

No obstante, no puedo negar la realidad de esa afirmación. Es lo único que me gustaría que fuera real, pero callo. No sé cómo disculpar a aquella

Inés porque no sé qué le empujó a tomar esa decisión y porque yo también la odio por destruir todo aquello que ahora anhelo con todas mis fuerzas. No hay nada que pueda decir. Todo parece carecer de importancia en este momento, excepto lo que acabo de descubrir.

Cojo aire con fuerza y me llevo la mano a la frente, tratando de contener una indeseable migraña. Últimamente, son recurrentes y las pastillas que me recetaron tras el accidente no parecen ser efectivas.

—Es cierto que no lo recuerdas —afirma desconcertado.

Siento un fuerte nudo en el estómago, un malestar omnipresente que me provoca náuseas. Ahora, sé que nunca habrá un nosotros entre Covalada y yo si lo que dice es cierto. He visto el odio ardiendo en su mirada y lo entiendo. Si hubiera sido al revés, jamás podría perdonárselo.

Cojo mi bolso dejado de manera descuidada sobre el sofá y tras colgarlo sobre mi hombro, en silencio, tratando de hacerme todo lo pequeña e insignificante que me siento, me dirijo hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le oigo preguntar a mi espalda.

—Le diré a Marcos que no podemos trabajar juntos.

—¿Qué? ¡Maldita sea, Inés! —exclama frustrado antes de que sus pasos agigantados sobre la tarima del suelo le acerquen hasta mí—. No huyas de nuevo —susurra con suavidad sobre mi hombro, cerrando la puerta que acabo de abrir, con una mano sobre la madera—. Podemos hacer esto. Somos adultos y este trabajo es importante para mí. Quiero descubrir quién está detrás del incendio. Prometo acordar una tregua.

—No lo entiendes —recuso dándome la vuelta para enfrentarle. Ese movimiento me arrincona contra la puerta frente a él, pero no se aparta y yo, como una estúpida a la que le gusta auto torturarse, respiro su olor dulce y a suave verano con promesas de calidez—. No me gusta la Inés que pintas en mí. Una parte de mí se niega a creer lo que cuentas, pero la que acepta que realmente ocurrió así, no quiere que estar contigo le recuerde lo que hizo y... lo que perdió.

—Si yo puedo, tú también puedes.

—¿Y si no quiero?

Esa declaración lo aleja.

—Claro. Inés Baró siempre coge y deja lo que le da la gana. ¿Cómo he podido olvidarlo? Dime, ¿lo sabe tu marido? ¿Está preparado para que lo sueltes cuando te apetezca?

—Vete a la mierda, Covalada. Entiendo tu rencor y tu odio, pero no voy a

quedarme aquí para que me insultes.

—Pues quédate por la mujer y los dos hijos de Ortega, por la novia y los padres de Sergio, por Rodrigo, la pareja de Carlos. Quédate y resolvamos este caso cuanto antes para que ambos podamos continuar con nuestras vidas por separado.

Apoyo la cabeza contra las lamas de madera tras de mí y me obligo a serenarme. No lo miro, pero lo siento cerniéndose como algo peligroso que me atrae y me asusta en igual manera.

—Empecemos con la lista —concluyo.

Lo veo asentir con la cabeza, pero la tensión de su cuerpo y el gesto adusto no desaparecen. A mí me ocurre lo mismo. Lo más probable es que sea por el esfuerzo que supone mantener mis sentimientos a raya.

Tenemos un listado bastante completo de los vecinos que se ofrecieron como voluntarios para apagar el incendio. No es una lista demasiado extensa que no podamos manejar en un corto periodo de tiempo.

Entre los nombres de esa lista mis ojos siguen acudiendo una y otra vez al de Oliver Sagarra. Todavía no le he preguntado por qué estaba allí; si se encontraba cerca del lugar, por lo que se sintió obligado a participar en la extinción o si corrió en ayuda desde casa.

—Yo interrogaré a Oliver —suelta Covalada como si leyera mis pensamientos.

—No es un interrogatorio. Son simples preguntas que puedo hacerle yo misma.

—Es tu marido —afirma con desdén—. No creo que puedas ser objetiva y seas capaz de dissociar tus sentimientos personales de los laborales en este caso.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Serás capaz tú? —le suelto porque es evidente que existe cierta animosidad entre ellos.

— Es difícil que mis sentimientos por él me cieguen. Yo no estoy enamorado de él —me responde con burla.

«Yo tampoco».

—Di lo que quieras, Covaleda, pero no será accesible para ti. No te tiene en alta estima.

—¿Por qué? No es como si me interesara nada de lo que tiene —responde con dardos y consiguiendo diana justo en el punto que más duele.

—Eres un idiota y lo más probable es que acabes haciendo el panoli con él.

—No me subestimes, Inés. Me tomo muy en serio mi trabajo y no tengo ninguna rencilla personal con Oliver. Mi única intención es descubrir la verdad. Los hombres que murieron eran amigos míos y quiero encontrar al causante del incendio —argumenta con solidez.

No tengo más remedio que reconocer mi error. El Covaleda que recuerdo estaba muy afectado por esas muertes y lo ocurrido aquel día lo arrastró a una grave depresión. Puede que este Covaleda no esté enfermo, pero es evidente que esas pérdidas le afligen.

—De acuerdo. Encárgate de Oliver.

—¿No vas a defender la inocencia de tu marido? —me pica; lo que me hace dudar de sus tan buenas intenciones.

Suspiro con resignación.

—Como tú bien dices no debo dejar que mis sentimientos personales influyan en el caso —respondo con una mueca.

—O tal vez, no estás enamorada de él —ataja entrecerrando los ojos para estudiarme—. Acaso ¿sabes lo que son esos sentimientos? ¿Eres capaz de sentir amor, Inés?

Le lanzo mi mirada más dura, la que cortaría cabezas de tener guillotina ¡zas! ¡Zas!. Covaleda tiene ese incalificable don para sacar lo mejor y lo peor de mí.

—¡Creía que íbamos a dejar las rencillas personales a un lado!

Frunce el ceño molesto en fiel reflejo del mío y se levanta contrariado como si le disgustara no poder contener la lengua.

—Sé lo que es amar, Covaleda —le respondo con serenidad—. Y también perder.

Juntos nos acercamos hasta la tienda de ultramarinos y le preguntamos a

Antonio, su dueño, si recuerda algún cliente comprando pastillas para encender barbacoas poco antes del incendio. El pueblo es pequeño y Antonio recuerda a la perfección sus ventas diarias porque lleva un control exhaustivo de lo que debe reponer cada semana, pero solo uno lo ha hecho en los últimos meses y ese comprador es Oliver.

—Preguntaremos también en la gasolinera. Cabe la posibilidad de que el causante lo trajera de fuera y no lo comprara aquí, pero es más prudente no descartar todas las posibilidades —argumenta Covaleda una vez fuera de la tienda—. Por casualidad, tu marido no tendrá una motocicleta y espíritu incendiario ¿verdad? —pregunta con un mal disimulado gesto de socarronería mientras observa las nubes que amenazan lluvia desde el cielo.

—Vamos a la gasolinera —le respondo encaminándome a su coche e ignorando su pregunta deliberadamente.

—Y... ¿hacéis muchas barbacoas? —insiste tras atarse el cinturón a mi lado.

—Cállate, Covaleda.

—¿Siente especial interés por las chimeneas?

No le respondo.

—¿Insiste en participar en la hoguera de San Juan?

No puedo contener una sonrisa y la oculto mirando por la ventana en espera de que arranque el motor. Prefiero con mucho al Covaleda juguetón que al malhumorado y rencoroso.

—¿Está fascinado por tu pelo? —lo miro con incredulidad y me encuentro con una expresión indescifrable en su semblante que me impide burlarme de forma abierta de él y me hace añorar nuestros momentos de intimidad.

—¿Le gusta acariciarlo y jugar con él? —pregunta con suavidad moviendo sus ojos por la largura de mi cabello.

Sin poder evitarlo, dejo caer mis parpados sobre los míos como si sus ojos sobre mí fueran caricias que necesito percibir con más intensidad y tiempo porque no sé qué me encontraré cuando finalmente los abra.

—¿Le dejas tú que lo haga? —susurra más cerca.

Contengo la respiración cuando noto el roce de sus dedos sobre un mechón de mi pelo como suaves aleteos de mariposa, pero se termina mucho antes de poder sentirlo como algo real y siento la desilusión en forma de tornado, arrasando cualquier pequeña esperanza desde sus cimientos.

—Debería haber dejado que hablaras con Marcos. Eres peligrosa, Inés

—masculla con amargura y arranca el motor del coche, moviendo la palanca de cambios con brusquedad hasta la primera marcha.

Tal vez, no. A lo mejor, aún quedan fuertes cimientos sobre los que construir algo sólido.

Me visto con dejadez. Un ligero malestar enturbia mi estado general, agravado por esa sensación de inquietud que me recorre toda la espina dorsal. El reencuentro con mi madre me produce ansiedad. Durante estos años, solo un firme propósito de mantenerme firme lograba que no corriera tras ella exigiendo percibir un leve atisbo de arrepentimiento, una disculpa y un abrir de brazos para poder recogerme entre ellos.

Nunca necesité sus abrazos mientras nuestra relación era cordial, y estaba muy acostumbrada a tener una madre peculiar, poco dada a demostrar cariño. No obstante, creer que tenía su amor me daba una seguridad, que tras aquel día y tras aquella puerta cerrada, se desmoronó como un castillo de naipes hasta casi perderla, pero no lo hice o eso creía.

No parece tan descabellado pensar que, en realidad, acabé abandonando esa intención de valerme por mí misma y que me sintiera vulnerable; solo tenía dieciocho años y mi vida daba un vuelco demasiado extremo, demasiado rápido.

Sin embargo, en mis recuerdos salgo adelante. El amor de Covaleda, primero, y el regalo que me dio —nuestra hija— fueron suficiente sostén e impidieron que me tambaleara. Mi familia me hizo más fuerte y ahora que está incompleta, mi madre vuelve a ella para desbarajustar todo mi orden. Y no sé si odiarla o quererla. ¿Se puede odiar a quién se quiere? ¿Cómo hacerlo cuando el anhelo es muy superior al rencor?

Me enfundo las medias y dejo caer la seda fría y pesada del vestido por los hombros hasta arremolinarse a mis pies como las turbulentas aguas de un joven riachuelo. Me doy la vuelta y con sobresalto, me encuentro con un Oliver absorto en el reflejo de mi imagen en el espejo.

—¿Qué haces? Me has asustado —le recrimino. Su semblante serio y su mirada hacen que mi corazón bombeé más deprisa.

—Te miro —explica con humildad saliendo de las sombras y acercándose—. Siempre me ha gustado ese vestido. Cuando lo compraste dijiste que era del color de mis ojos.

Sonríe débilmente y desliza un dedo a lo largo de mi espalda descubierta, erizando mi piel.

No soy capaz de evocar ese recuerdo aunque reconozca el vestido.

—¿Cómo va la investigación? —pregunta mientras me alejo deprisa con la engañosa excusa de querer encontrar los zapatos.

Su dedo cuelga en el aire durante unos segundos antes de caer.

—Supongo que más lenta de lo que nos gustaría —respondo mientras calzo mis pies con unas sandalias de tacón de vértigo.

Asiente con la cabeza con comprensión.

—Y ¿qué tal resulta trabajar con Covaleda? ¿Ha hecho alguna mención del pasado?

Opto por mentir.

—Por supuesto que no. Solo está interesado en resolver el caso cuanto antes.

Me acerco al joyero. Busco los pendientes y la pulsera de esmeraldas. El movimiento de ponerme las joyas resulta tan mecánico que me pregunto cuántas veces lo he hecho antes cuando nunca he sido una mujer de adornos. Todas las virguerías que mi madre se empeñó en regalarme año tras año, durante mi cumpleaños, sirvieron solo para pagar facturas y algún gasto imprevisto durante mi matrimonio con Covaleda. Cuando llegar a fin de mes resulta una carrera de fondo en la que no siempre se consigue llegar a meta, que se estropee una lavadora o reviente una tubería supone un verdadero trastorno para la economía familiar. Yo podría dar un par de clases al gobierno sobre austeridad y sobre comer yogures caducados.

—Por cierto, tendrás que hablar con él. Hay algunas preguntas que quiere hacerte —le anuncio antes de girarme hacia él y estudiar su reacción.

Levanta las cejas con sorpresa.

—¿A mí? ¿Sobre la investigación? —Asiento con la cabeza—. ¿Y por qué no me las haces tú?

—Cree que no seré imparcial porque eres mi marido.

—Te conoce poco si cree que no serías ecuánime.

El halago cae bien y se asienta aún mejor sobre mi ego. Lo miro agradecida, pero me encuentro con una expresión entristecida en su rostro. He de suponer que no era ninguna alabanza.

—Lista. Vámonos. Tenemos un par de horas de camino.

Entro en mi casa como si fuera un museo de antiguos retratos que te devuelven miradas vacías y siniestras. Todo me evoca recuerdos, pero se sienten lejanos y aciagos. Percibo algunos cambios como el mueble del recibidor o el color salmón del amplio comedor, y el resto, aunque lo reconozca, no se siente familiar. Todo me resulta demasiado mayúsculo, calculado y artificial. Desde las ostentosas cortinas a juego con el sofá, hasta los adornos de marfil y madera tallada que decoran las estanterías. No hay ni una sola foto ni retrato mío que me recuerde que yo crecí allí. Mis tacones hacen un ruido quejumbroso sobre el suelo de mármol como si a este le molestara cada paso que doy sobre él. Soy una extraña en esta casa y me siento fuera de lugar.

El momento llega y me enfrento a mi madre con inquietud. Percibo la misma expectación en ella. Un leve escrutinio que de tan imperceptible parece inventado, pero que está ahí poniéndome tensa y a la defensiva.

No noto que el invariable paso del tiempo haya hecho mella en su cara. Ni una arruga de más o *descolgamiento* que se pueda apreciar. De manera que no percibo que haga años que no la he visto.

La mano de Oliver sobre mi cintura tiene que empujarme para que avance y me aproxime a ella. Dibuja una sonrisa tirante, extraña, insincera. Algo no está bien y no es capaz de disimularlo por mucha hipocresía con la que se vista.

—Inés ¿cómo te encuentras? —pregunta apresurada tratando de romper la rigidez que se ha colado entre nosotras. Se siente como si estuviera obligada a añadir—: He tratado de hablar contigo inmensidad de veces tras el accidente, pero parece que estás demasiado ocupada como para hablar con tu madre.

Buena estrategia, Celia Baró. No hay mejor defensa que un buen ataque, pero ambas sabemos que de haber querido hablar conmigo, lo hubiera hecho sin dificultades. Cada vez tengo más claro que lo ha evitado y quiero saber por qué.

—No es tan complicado, mamá —Qué rara suena esa palabra en mi boca, qué poco usual utilizarla o innatural sale de mis labios—. A lo mejor no lo has intentado lo suficiente.

Otra vez ese cruce de miradas minúsculo entre ella y Oliver; leve, pero tan significativo que me tiene estudiando sus gestos por si pudiera advertir alguno de los mensajes cifrados que parecen estar transmitiéndose en lenguaje secreto.

—Este no es momento y lugar para hablar de esto, Inés. Tenemos invitados.

En eso tiene razón. Hoy no podré sacar nada en claro, aunque presiento que no todo es tan idílico entre nosotras como pretenden aparentar.

Nos sentamos ante la espléndida mesa de comedor en espera de los platos que nos acompañarán durante la cena. Hasta la mismísima Isabel Preysler sentiría celos del gusto y el derroche de elegancia con el que mi madre ameniza estas jornadas.

Ha reunido a un grupo reducido de personas presumiblemente influyentes y con cuentas monetarias bastante significativas. Son banqueros, empresarios, políticos y algún artista. Ocupamos 16 asientos en total.

Por mucho que lo intento, no logro mantener mi atención en las conversaciones que fluyen a mi alrededor aunque Oliver haga esfuerzos por incluirme en ellas. Todo me parece tan banal y absurdo que no llego a entender por qué mi madre me ha invitado a esta cena.

No descubro nada nuevo cuando compruebo que en efecto los millonarios duplican su riqueza en las épocas de crisis. Los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres. Y casi nunca mediante operaciones honestas o en beneficio del bien común. Lo que no se tiene en cuenta es que cuando Roma roba a los romanos, el imperio cae.

Resulta pésimo tener que asistir al desvergonzado regocijo con el que se jactan de cómo derrochan cifras nada despreciables de dinero en extravagantes caprichos como forrar la pared de un cuarto de baño con televisores de plasma y sonido envolvente, en vez de baldosas, por la grandilocuente cifra de 40.000 euros, o tener que presenciar la evidente competición que se ha formado entre dos mujeres por averiguar cuál se gastó más dinero en un bolso, o peor aún, que les parezca ordinario que Letizia^[4] repita vestido en dos apariciones públicas.

No tienen ninguna clase de reparo en admitir, que por el precio que pagan por una noche de hotel en una suite de lujo, dos familias podrían vivir sin problemas durante más de dos meses.

Me encrespa su desfachatez, su inescrupuloso despilfarro, la falta de moralidad y la superficialidad con la que tratan un tema de extrema gravedad como es la pobreza de sus conciudadanos. Durante varias veces debo contener las ganas de levantarme de la mesa y salir de allí.

—Dime, Oliver ¿cómo va aquel proyecto en el que invertiste? ¿El de los chalets de lujo? —pregunta un banquero que se sienta frente a mí. Sin darle

tiempo a responder, continúa hablando para la platea—: Hoy en día, las nuevas construcciones de inmuebles deben orientarse a satisfacer las necesidades de los consumidores, buscar la mayor edificabilidad del terreno ya no es suficiente. Se debe ofrecer espacios amplios, buena distribución, acabados de calidad y accesos fáciles a ubicaciones que ofrezcan todos los servicios, y ahí, amigo mío, es donde falla tu proyecto. La clave está en ofrecer comodidad y tu urbanización está demasiado alejada de un centro urbano o comercial.

—Existía un proyecto para hacer una carretera que enlazara esa zona con la autovía, pero no salió adelante. Alguna tontería ecologista sobre la protección de un ave que no interesa a nadie.

Me vuelvo hacia Oliver con sorpresa.

—¿Te refieres a la Alondra Ricotí?

—Ehhh sí, creo que fue esa —me responde con sorpresa.

—Pues resulta que a mí me interesa —salto sin remordimientos. Llevo largo rato mordiéndome la lengua y siento tanta presión en mi cabeza, amenazando con rezumar, que necesito liberarla de alguna forma—. Incluso me aventuraría a confirmar, que yo misma fui la encargada de echar ese proyecto por tierra.

—Inés... —Suenan la primera advertencia de mi madre desde el otro lado de la mesa.

—¿Tú hiciste ese estudio en el terreno a la altura de Pozos secos? —me pregunta Oliver con rigidez, como si estuviera lidiando contra unas ganas enloquecedoras de gritar.

No me amilano.

—Sí. Fui yo.

—¿Y por qué no me lo —comienza alzando la voz, pero se da cuenta del lugar en el que estamos y con quién. La pregunta muere en sus labios antes de ser formulada, y envía una sonrisa tensa hacia la mesa—. Me rindo. No puedo hacer nada si mi mujer considera que es más importante la situación de los pájaros, que los intereses de su marido.

Su comentario levanta simpatías y alguna carcajada.

—Eso es inteligente, Oliver. No se puede luchar contra la mujer de uno. Siempre es mejor retirarse y buscarlas menos combativas —se burla uno de los empresarios, soltando carcajadas que nadie se atreve a secundar.

Muerdo la lengua más fuerte, conteniendo la respuesta que amenaza con emerger, y me pregunto si eso es lo que ocurrió en sus tres matrimonios

fracasados y si sucederá lo mismo con la nueva adquisición que mantiene callada a su lado con treinta años menos que él. Ese peluquín no puede ocultar esa enorme diferencia de edad y que su acompañante apenas roza la mayoría de edad.

—Al menos Oliver puede estar seguro de que no estoy con él por su dinero. —La cuchara de mi madre cae con estrépito a la mesa y algún rezagado que no entiende la pequeña pugna responde—: Eso es cierto —con aprobación.

Solo recibo una pequeña mirada de la joven joya que el presuntuoso meapilas tiene a su lado. Lo siento por ella porque es evidente que ni siquiera puede defenderse. No envidio su jaula de oro, aunque yo misma voy soldando una para mí.

Enfrento la mirada hostil de mi madre sin ningún remordimiento y percibo la rigidez de Oliver a mi lado; sin embargo, tengo la seguridad de que hice lo que era correcto. Tal vez mi celda no sea tan fácil de sellar ni yo tan fácil de enjaular.

En cuanto caminamos hacia el coche, me doy cuenta de que la defensa y el apoyo de Oliver durante la cena, solo ha sido una actuación para mantener las apariencias. En el exterior, me reserva el silencio tenso más absoluto. Cuando me encuentro con sus ojos por encima del techo del vehículo, recibo una mirada helada y un ceño fruncido. Ni que decir que sus disculpas para retirarnos los primeros, incluso contrariando a Celia, no han sido producto de su consideración hacia mí y mi malestar durante la velada.

—No puedo creer que no me lo dijeras —estalla y lanza un puño sobre el volante. Puestos a ser sinceros yo tampoco, por lo que me planteo dos preguntas: ¿sabía yo para qué era ese informe? ¿Le oculté esa información de forma deliberada?—. ¿Tienes idea del perjuicio que me has causado?

—¿Qué habría cambiado si te lo hubiera dicho? ¿Crees que el resultado hubiese sido distinto? ¿Qué habría omitido ese dato para beneficiarte? —pregunto tratando de mantener la compostura.

—¡Sí! ¡Maldita sea! ¿Por qué no? ¡Soy tu marido! ¡En este país se hace de manera constante!

—¿Te das cuenta de lo que estás insinuando? ¿Crees que carezco de ética profesional?

—Es evidente que te debes más al trabajo que a tu familia. Sobre todo ahora que trabajas codo a codo con Covalada —comenta dejando caer veneno desde su lengua.

Evito defenderme y miro por la ventana. En estos casos, cuando la irracionalidad gobierna la sensatez lo mejor es ignorarla.

—¿Ni siquiera vas a negarlo!? ¿Te has acostado ya con él?

—Siento que estés molesto conmigo, pero no voy a hablar contigo sobre eso.

—¿Ni siquiera me respondes! ¡Es que no tengo derecho a saber si mi mujer se acuesta con otro!!

—¡No, Oliver! ¡No! No me he acostado con él.

—Pero no sabes si lo harás ¿verdad? ¿Crees que soy tonto? ¡¡Siempre lo has elegido por encima de mí! Supe que lo volverías a hacer en el momento

que apareció de nuevo en nuestras vidas. ¡Ni siquiera me dejas que te toque! —estalla de mil formas y todas se desparraman por el interior del coche sacudiéndolo y encogiéndolo hasta ahogarme.

No entiendo cómo esta discusión se enturbia de esta forma. Me quedo sin palabras por primera vez en mucho tiempo. ¿Qué debería decir? ¿Cómo explicarle que para mí Covalada es mi marido y estoy enamorada de él? No quiero hacer daño a Oliver. Él es el padre de mi hija, pero no puedo luchar contra mis sentimientos.

—Te equivocas si crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras te vuelvo a ver marchar.

—¿A qué te refieres, Oliver?

Se niega a contestarme y aprieta el acelerador como si le fuera la vida en ello. Mi corazón comienza a bombear demasiado deprisa. No hace tanto tiempo que ocurrió el accidente. No sé en qué está pensando.

—No corras tanto.

—¿Por qué no? Si volvemos a colisionar tal vez tu caballero andante vuelva a rescatarte —comenta mordazmente con una sonrisa adulterada—. ¡Maldita sea, Inés! ¡Te lo he dado todo! ¡No tienes ni idea de lo que he tenido que hacer para mantenerte a mi lado!

—Dímelo, ¿qué has tenido que hacer, Oliver? —pregunto con un escalofrío recorriéndome el espinazo.

Me mira como si no acabara de comprender el significado de esa pregunta y prosigue con su camino acelerado. No insisto. No sé si realmente quiero saberlo o no, pero agradezco que al menos ya no esté gritando.

El resto del viaje resulta en un tenso silencio distorsionado por el ruido del motor y los cambios de marcha. Cuando llegamos al acceso de la casa, ni siquiera quita la llave del contacto.

—Baja, Inés —me ordena sin mirarme.

—¿Adónde vas tú?

—A desahogarme un poco —contesta con firmeza.

No tengo ni la más remota idea de a qué se refiere, pero si es espacio lo que necesita, no seré yo la que le prive de él.

Me pregunto si las discusiones son comunes entre nosotros. La idea no parece tan disparatada, teniendo en cuenta las diferencias que nos separan. No alcanzo a comprender que me empujó a casarme con él y no dejo de pensar en sus últimas palabras.

Cuando me bajo del coche y le veo dar marcha atrás para salir del

terreno de la casa, me propongo descubrir algunas cosas y hago lo que debería haber hecho mucho antes. Reviso la casa. No sé cuánto tiempo tardará en “*desahogarse*”, así que con prisas, una vez dentro de la casa, empiezo a revisar cajones.

Empiezo abriendo los de la mesilla de Oliver. En ellos encuentro multitud de objetos inservibles como cuchillas de afeitar, pañuelos, muestras de colonias y un tarjetero lleno de membretes profesionales, la mayoría, pertenecientes a su gremio. También, alguna floristería, un taller de coches y el teléfono de un psiquiatra: Joaquín Miranda de la clínica Valdivieso.

Me siento en el borde la cama. No imagino para qué necesita Oliver un especialista de esa índole. ¿Tal vez se trata de una depresión? ¿De la misma depresión que yo achacaba a Covaleda?

Guardo la tarjeta en mi propia mesilla y sigo con la inspección del segundo cajón. Tropiezo con relojes, gemelos, guantes, bufandas, nada especial.

En su estudio manejo todo con inmensidad de cuidado, procurando no desbaratar demasiado su pulcro orden y que se note mi búsqueda desesperada entre sus cosas. Lo único que encuentro son planos de edificios y carpetas llenas de infinidad de documentación que no me dicen nada. Sobre una de las estanterías, un marco de fotos llama mi atención y lo recojo con cuidado. Una foto de nuestra boda. Una imagen llena de luces y contrastes; un novio impecable y resplandeciente en su traje oscuro, un vestido de novia espectacular y una desposada con la mirada sombría y una sonrisa vacía. Pese a todo, tiene el aspecto de haber sido una boda ostentosa y espléndida.

Yo solo recuerdo una pequeña firma en un juzgado, un jueves, en el que tanto Covaleda como yo comparecimos en pantalones vaqueros y camisas blancas con alianzas de plata. La foto que inmortaliza el momento está llena de risas mientras una entusiasta Alicia, con solo tres, años nos baña de arroz.

¿Cuál es la verdadera? ¿La artificiosamente triste o la que al ser evocada lanza punzadas de añoranza a mi pecho? Por primera vez, en la soledad y el silencio que reinan sobre esta casa, su oscuridad y su amplitud parecen querer devorarme y lágrimas amargas amenazan con salir como un manantial que por mucho que intente cerrar, nunca dejará de desaguar. Pero no es la tristeza, la emoción que quiero dejar desgranarse, la rabia mucho más fuerte estira y empuja para salir con la amenaza de destruir toda la compostura mantenida hasta ahora.

No es hasta que el marco de fotos se estrella contra la pared, que me doy

cuenta de que estoy gritando: «¡Maldito Covaleda! Es contigo con quien quiero estar».

Mi desesperación es tan profunda que ahoga mis sentidos casi evitando que pueda oír mi móvil. Lo rebusco entre las cosas de mi bolso y me sorprende recibir una llamada tan tardía de Irene.

—Inés, creo que tendrías que venir ahora al bar de El ciego. —Escuchar eso afloja mis piernas y me derrumbo sobre el sillón del despacho.

—¿Qué ocurre? ¿Es Oliver?

Me sostengo con una mano al borde de la mesa mientras la otra sujeta el teléfono, y mis dedos tropiezan con algo en el laminado inferior de la mesa. Es una diminuta y discreta pestaña en un tono ocre que se camufla de forma perfecta con la madera de roble. Parece un artilugio creado para pasar desapercibido. Empiezo a jugar con ella distraída, sin tener muy claro cuál es su finalidad, mientras hablo con Irene con el teléfono en la oreja.

—Eh... sí, bueno, en realidad son los dos. Tu marido y Covaleda están a punto de enzarzarse en una pelea.

—¡Oh, joder!

—Sí. Imaginaba que no querrías perdértelo.

Dejo la pestaña para otro momento, cojo las llaves de mi coche con precipitación y me dirijo a paso ligero hacia el garaje donde está aparcado. Abro la puerta con el mando cuando una bolsa llama mi atención. Aparece medio oculta por otros trastos de jardín y abandonada de forma premeditada sobre un rincón. Es un paquete de doce unidades de pastillas para encendido de barbacoa. La misma que se puede adquirir en los ultramarinos del pueblo. Está usada y con mano poco firme la abro para contar el número de trozos que quedan en el interior.

Algunas piezas sueltas proceden a hacer «click» en mi cabeza. Comienzo a sentir mi vida como hilos llenos de nudos incómodos que debo desatar para poder tirar de ella y llegar a descubrir la absoluta verdad. Demasiados nudos, baches y sinsentidos que resuenan como alarmas luminosas que no dejaran de gemir por mucho que me empeñe en silenciarlas.

Me siento tras el volante y respiro con fuerza, llenando mis pulmones del aire viciado del garaje. Sé que debo darme prisa, pero me siento lenta y pesada. Me obligo a girar la llave para encender el contacto y doy marcha atrás para bajar por la cuesta hasta el final del camino donde aprieto el botón de un mando a distancia para abrir la puerta que comunica con la carretera.

He hecho este camino un sinfín de veces. Conozco cada curva y recodo

con tanta perfección, que estoy segura de que podría conducir a ciegas sin equivocarme; sin embargo, esta vez el camino se me hace largo y angosto. Cada giro parece interminable, la pendiente de la carretera más empinada que nunca, la oscuridad de la noche amenazante y turbia.

Respiro más tranquila cuando vislumbro las primeras luces del pueblo, y no tardo mucho más en llegar a la taberna donde el enfrentamiento entre Covaleda y Oliver se ha mudado a la calle. Los miro discutir a través del parabrisas del coche. La cólera inunda los gestos de Oliver. Sujeta a Covaleda por la pechera de la camisa en actitud amenazante. Dos testigos tratan de separarlos, pero Covaleda les da el alto con una mano mientras enfrenta impertérrito a Oliver.

Me deslizo fuera del coche y mi vestido es azotado por un viento insolente y revelador. No tengo ni idea de lo que se supone que debo hacer o al lado de quién posicionarme.

Covaleda es el primero en descubrirme paralizada en el aparcamiento. La distracción que le supone beber de mi imagen le vale un puñetazo en la cara que le hace retroceder con una mueca y una queja.

—¡Es mi mujer! ¿Por qué sigues insistiendo en conseguir lo que no está a tu alcance?? ¡Te dije que no permitiría que te acercaras a ella!!—grita Oliver.

Esto no lo ha originado un informe sobre una Alondra. Más bien, parece una excusa largo tiempo necesitada para poder estallar.

Mientras veo a Oliver abalanzarse sobre Covaleda como un animal rabioso e incontrolable, pese a las cuatro personas que tratan de mantenerle separado; no puedo dejar de pensar, que aunque lo dijera, Oliver no es capaz de hacer lo que sea para mantener a Covaleda alejado de mí, pero ¿lo conozco? ¿Le convierte en inocente ser el padre de mi hija?

—La relación que hay entre tu mujer y yo es estrictamente profesional —se defiende Covaleda.

—¿También entra dentro de lo profesional acariciar su pelo? —Un nudo atenaza mi garganta cuando contengo la respiración y enfrento una mirada difícil de descifrar en Covaleda—. ¡No! ¡No la mires a ella! No ha hecho falta que me lo dijera para saberlo ¡Os vi yo mismo! ¡Sí! ¡Fui testigo de tus intentos de seducirla!

—¡Maldita sea! No estoy intentando seducirla. Todo lo contrario. Hago mi mejor esfuerzo por mantenerme alejado de ella —le grita Covaleda de vuelta, haciendo combustión sobre una mecha en mi interior que destruye cualquier sentimiento parecido a la esperanza que pudiera guardar—. Y eso es

mucho más de lo que hiciste tú cuando ella estaba conmigo. Siempre me he preguntado cómo la conseguiste. Dime ¿volviste a engañarla? Sí, apuesto a que sí. Seguro que utilizaste un montón de patrañas de nuevo.

—No me vengas con esas, cretino. Fuiste tú el que la dejó sola y desamparada estando embarazada.

Ahogo una exclamación de sorpresa y avanzo sin darme cuenta hasta el epicentro de la discusión. Una nube negra sobre mi cabeza amenaza con estallar con la lluvia más ácida y dañina, destruyendo cualquier resto de cordura que aún pueda conservar. Acabará loca si no soy capaz de descubrir de una maldita vez la verdad y recupero mi vida, pero... ¿cuál vida?

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta Covaleda amenazante.

—¿Vas a fingir inocencia? ¡Vamos! ¡Vamos! Reconócelo. Tuvo que pedir ayuda a su abuelo tras su pérdida porque tú te desentendiste mucho antes.

—¿Pérdida? ¿Es otro de tus trucos? Ella lo decidió así.

—Fue un aborto involuntario que terminó por quebrarla. Tuvo una terrible depresión, que por cierto, ni oliste porque desapareciste del mapa.

—¿Qué? —consigo decir. Puedo oír mis propios latidos en mis oídos.

—Sé que no lo recuerdas, Inés, pero tienes que creerme. Tu aborto no fue provocado. Acaso ¿te ha dicho él eso? —No le respondo, pero mi mirada confundida le debe dar toda la información que necesita—. ¡Miente! Él te abandonó.

—Creo que este no es el lugar para hablar de esto. La gente está a punto de sacar las palomitas por si no os habéis dado cuenta —interviene Irene sujetando mi brazo. Ni siquiera me había dado cuenta de que necesitaba un apoyo para mantenerme en pie.

—¡No! ¡Resolvamos esto aquí y ahora de una vez! —insiste Oliver.

Pero Covaleda está en shock. Puedo percibirlo en su mirada distraída, en la postura rígida de su mandíbula.

—Ella misma me lo dijo —atina a decir confuso y malhumorado.

—Pues lo malinterpretaste, imbécil. En cualquier caso, no te debía ninguna explicación. Fui yo el que recogió sus trozos y volvió a unirlos.

—¡Yo no la dejé! —insiste con rabia—. Ella se marchó. Continúas valiéndote de artimañas para retenerla junto a ti.

—¿En serio? Su madre contactó conmigo preocupada porque me creía su único amigo.

—¿Me estás diciendo que...? —comienza a decir Covaleda, pero yo no lo resisto más. Es demasiada información incierta que no acabo de asimilar.

Mi cabeza palpita pidiendo una tregua.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡No quiero oídos más! —grito llevándome las manos a los oídos. Siento como si mi cerebro pudiera estallar rompiendo y diseminando aún más, los trozos de mi vida en un caos difícil y laborioso de volver a encauzar.

Ninguna de sus historias encaja en mis recuerdos. No hay sitio para ellas en mi memoria. Por primera vez, me planteo que tal vez deba renunciar y dejar de insistir en recuperar una vida que no parece real, dejar espacio para la verdad que está en la versión de uno de estos dos hombres.

¿Quién miente? ¿Quién es sincero?

Si acepto la autenticidad de la historia de Covaleda, me tendré que enfrentar a una realidad difícil de asimilar y no me gusta creer que interrumpí mi embarazo y lo hice sin consultarle para desaparecer de su vida. No me resulta simple aceptar que no luché, o ya puestos, que no hice exactamente lo que recuerdo.

¿Y si acepto la versión de Oliver? Entonces debería asumir que el hombre que amo se desentendió de mí. ¿Haría eso Covaleda?

—Un momento —pide Covaleda.

—Inés, tienes que creerme —ruega Oliver.

—Sácala de aquí. Estos dos gallitos no le van a hacer ningún bien por hoy —susurra una voz profunda al lado de Irene.

A cámara lenta, como si ni yo misma fuera dueña de mis aptos y pese al abatimiento general necesitara conocer al dueño de esa voz, me inclino y vuelvo mi cabeza hacia ese lado. Me encuentro con el mismo hombre que ese día nos observaba a Covaleda y a mí cruzar la plaza. El que desapareció de forma misteriosa. Ahora que lo tengo más cerca, me doy cuenta de que no es tan joven como aparentaba en un principio. Algunas canas salpican su barba rojiza y pequeñas arrugas copan sus ojos de un azul aciano. Una visera cubre su pelo y tal vez por eso la primera impresión que tuve sobre él esté confundida. No me parece tan joven ni su aspecto tan descuidado en estos momentos. Incluso, me devuelve una mirada segura e insistente, como si estuviera esperando algo de mí, que no soy capaz de descifrar.

—¿Y si ambos dicen la verdad, pero las dos historias son mentira? —Leo en sus labios o imagino leer porque todo parece tan fugaz que no alcanzo a comprender si lo he oído en realidad o no.

Me lo quedo mirando estupefacta, mientras una impaciente Irene tira de mí lejos de la contienda. Me dejo arrastrar casi dócilmente sin desviar mis

ojos del desconocido.

—Vámonos, Inés. Te llevaré donde me hospedo.

—Espera ¿qué estás haciendo? —pregunta Oliver con el ceño fruncido abalanzándose en nuestra dirección.

—Me llevo a Inés conmigo —le anuncia Irene impertérrita—. ¿Algún problema?

—Muchacho, deja que se vayan —vuelve a intervenir el hombre de la visera con una autoridad difícil de contradecir y un brazo extendido sobre el pecho de Oliver para que no nos alcance.

—¡Maldita sea! —exclama con frustración, pero con evidente derrota.

Me dejo llevar por Irene como si fuera una muñeca rota a la que cualquier movimiento brusco acabaría por desarmar.

—¿Sabes que haría yo? —me pregunta nada más alejarnos del bullicio—. ¡Mandar a los dos al infierno!

♪ *Woodkid feat Likke Li_ Never let you down*

—¿Te sirvo algo fuerte? —pregunta Irene echando un vistazo al repleto mueble bar de su casa de alquiler.

—No. Nada de alcohol —contesto y como me mira de forma interrogante añado—: aún estoy tomando esas pastillas que me dieron en el hospital para las migrañas.

—De acuerdo. Yo me serviré si no te molesta.

Niego con la cabeza y ella se prepara una extraña ginebra de color rosa con sprite y granadina. Profiere un gemido placentero con el primer sorbo y esboza una sonrisa.

—¿Quién era el hombre de la visera que te ha hablado? —pregunto sin detenerme a aparentar que no estoy intrigada.

—¿Es que no lo conoces? —Niego con la cabeza—. Creía que era un vecino. Es el mismo hombre que prácticamente me empujó hacia ti tras tu primera conversación con Covaleda el día que nos conocimos. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Me dijiste que alguien te dijo que yo necesitaba ayuda. No le di importancia entonces.

—Es extraño ¿no?

—Añádelo a la lista de cosas inexplicables de mi vida.

—¿Qué vas a hacer, Inés?

—Hablar con mi abuelo. Algo me dice que él tiene todas las respuestas.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta viendo mi reticencia a alargar mi respuesta.

Niego con la cabeza.

—Creo que si se lo comentaras a Marcos, él sería capaz de resolvértelo en dos horas. ¡Qué tío más concienzudo! ¿Sabes que ya sabemos cuál es la motocicleta que se utilizó en el incendio?

Agradezco enormemente el cambio de tema. Regodearme en mi miseria no es uno de mis fuertes.

—¿En serio?

—Sí. Una Puch Condor. Alfredo Torres denunció su robo hace meses. Ha aparecido en un cobertizo propiedad de un tal Fontenegra. Un hueso duro.

Dice que hace tiempo que no da uso a ese lugar y que cualquiera podría haber dejado ese trasto allí.

—¿Fontenegra?

—Sí. Un tío bastante cabreado con el mundo a mi parecer y más desde que perdió el trabajo. Podría ser perfectamente nuestro hombre.

—Su hija va a clase con Alicia.

—Una lástima. Los hijos siempre pagan por los pecados de sus padres. —Mi pesar se aligera un poco—. Claro que aún no lo hemos relacionado con las pastillas de encendido y todavía no tenemos los resultados de la prueba dactiloscópica. Si no encontramos sus huellas dactilares en la motocicleta olvídate de ese sospechoso.

—Fontenegra no estaba entre los voluntarios que se ofrecieron a apagar el incendio —puntualizo con un tono de esperanza y desesperanza en igual modo.

Irene chasquea la lengua y mueve la cabeza contrariada.

—El último foco prendido no coincide con la trayectoria de la motocicleta y se produjo al poco de llegar la primera avanzadilla. Es una de las razones por las que quedaron atrapados entre las llamas y no pudieron ponerse a salvo, lo que nos hace pensar que el responsable tuvo que camuflarse entre los facultativos que llegaron poco después.

—¿Entonces fue deliberado? ¿Fue un asesinato premeditado?

El sonido del timbre de la puerta principal detiene nuestras pequeñas divagaciones y nos miramos sorprendidas.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —dice levantándose del sillón.

La sigo con la mirada hasta que desciende las escaleras que la llevan a la puerta principal. El eco de las voces amortiguadas de un hombre y la propia Irene llegan hasta mí con más claridad a medida que aumenta la frustración en sus tonos.

—Déjame hablar con ella.

—He dicho que no, Oliver. Déjala tranquila.

—¡No lo entiendes! ¡Maldita sea! —Mis pies me llevan hasta la escalera irremediadamente—. ¡Llevo años creyendo con firmeza algo que no es cierto! ¡Y eso me está destrozando!

—Pues imagínate cómo ha debido ser para ella recobrar la conciencia tras ese accidente con la certera convicción de que tú eras su marido y el padre de su hija y descubrir que no es así; que tiene una vida que no ha elegido.

—¡Irene no! —grito, pero ya es demasiado tarde.

Los dos vuelven sus caras hacia el alto de la escalinata en la que me encuentro.

Ignoro la humillación y poco a poco levanto la barbilla para enfrentar las bochornosas palabras, que seguro me reserva Covaleda, con toda la dignidad que soy capaz de reunir. Sus ojos me persiguen como si yo fuera una aparición.

—¿De qué demonios está hablando, Inés? —pregunta cauteloso. El tono de su voz ha descendido una octava desde que discutía con Irene. Tal vez tenga miedo de que me desvanezca si me habla demasiado fuerte o tal vez la incredulidad le deje sin voz.

Irene me devuelve una mirada sin una sola señal de arrepentimiento. Ni un lo siento baila en sus labios. La muy canalla lo ha hecho con toda la intención del mundo.

—¿Quieres que lo eche? —pregunta recibiendo una mirada irritada por parte de Covaleda. Niego con la cabeza. Supongo que ya ha llegado el momento de hablar—. Bien, estaré en mi cama. Arriba en el ático. El salón es todo vuestro, pero como oiga una sola palabra fuera de lugar, tú te largas ¿entendido? —advierte a Covaleda.

—Hay trato.

Irene sube la escalera con ligereza y cuando pasa a mi altura me guiña un ojo. Suspiro con resignación y mi corazón retumba como si fuera el eco de los pasos de Covaleda acercándose a mí.

Evito su mirada en todo momento mientras retorno de nuevo al gran salón. Rodeo el sillón sin sentarme sobre él como si necesitara una línea de defensa entre nosotros.

Él tampoco lo hace y empieza a dar vueltas de un lado a otro con una mano sobre la nuca. Tiene un poco de sangre seca a un lado del labio, seguramente obsequio de mi marido, y una mirada brillante e inquieta que delata su estado alterado.

—Empieza desde el principio —exige sin acercarse demasiado, pero sin quitarme la vista de encima.

—No hay mucho que contar. Ya te lo ha dicho Irene.

—No —interrumpe—. Olvídate de la actitud esquiva y fría con la que te proteges, conmigo. ¡Quiero la verdad! ¡Sin medias tintas! —exclama.

—Muy bien —empiezo sin dejar traslucir ninguna emoción—. La verdad es que llevaba una vida de fábula hasta aquel maldito accidente de coche. Me quedé embarazada con 18 años de un tarambana, con más músculos que

cerebro, pero mira por dónde acabé enamorada de él, aunque tal vez ya lo estuviera sin saberlo. Tuvimos a nuestra hija y fuimos felices. Después del incendio tú te desmoronaste por alguna causa que desconozco y yo empecé a recibir extraños mensajes.

—¿Qué mensajes? —pregunta frunciendo el ceño.

Le ignoro exasperada por su interrupción.

—El día del accidente me desperté en el coche junto a un desconocido que resultó ser un amigo de la infancia y al parecer mi marido. No entiendo cómo acabé casada con Oliver ni por qué Alicia es suya. Mis recuerdos están llenos de otra vida y ya no sé qué es cierto y qué no lo es.

Se sienta en el sofá con un resoplido incrédulo y se cubre la cara con las manos. Me asalta la misma imagen, pero en un tiempo distinto. Cuando le tuve que decir que estaba embarazada. En ese momento encajó la noticia mucho mejor de lo que esperaba. ¿En serio ese chico se desentendió de mí y evitó hacerse responsable de su hijo?

—Acudiste a mí en busca de respuestas y te di con la puerta en las narices —dice al fin.

—Literalmente —convengo con los labios apretados.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No estabas muy receptivo.

Hace una mueca de aceptación que me produce tanta ternura que debo enterrar mis dedos en el sillón para evitar trazar con ellos sus labios.

Me echa un vistazo de soslayo desde su posición.

—No te abandoné, Inés. Diga lo que diga, Oliver. Yo no te abandoné. Tienes que creerlo, pero si mi palabra no es suficiente cualquiera de mi familia puede corroborarlo.

»Desapareciste y me volví loco pensando que te había ocurrido algo. Aquellos días fueron un infierno. Fui cada día a casa de tu abuelo, esperando que me recibiera. Al final, preparé una emboscada a tu madre y la enfrenté. Ella fue la primera en decirme que estabas bien y que no querías verme, que habías abortado. Di por hecho que fue intencionado, Inés. Me cegó la ira y la impotencia.

No obstante, oírlo de labios de tu madre no era suficiente, pero la tierra parecía haberte tragado. Te encontré seis meses después y tú misma me lo confirmaste con la mirada vacía y una frialdad absoluta. Yo no te abandoné, Inés. ¡Dios! Estaba loco por ti. Siempre estuve fascinado por la pelirroja tocapelotas del ático.

»Te seguía a todas partes con la mirada. Mis hermanos se burlaban de forma constante a causa de ese infantil enamoramiento. Tú nunca me prestaste atención, ni siquiera cuando trataba de ganármela como fuera, tirándote de las trenzas o salpicándote en la piscina.

Hasta que llegó el estúpido de tu marido con sus triquiñuelas y sus trucos de nublada mente adolescente. Al fin tenía tu atención, pero no era la que pretendía y el tonto de Oliver intentaba llevarse el gato al agua. —Menea la cabeza—. Le partí la cara por lo que hizo, pero también por besarte delante de mis narices. —Se detiene con brusquedad y me mira avergonzado—. Te lo cuento para que entiendas que nunca te hubiera abandonado. —Hace una pausa—. Oliver miente y no sería la primera vez que lo hace para mantenerte alejada de mí. Eso lo recuerdas ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. ¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres? —pregunto dejándome caer finalmente sobre el sillón.

—¿Vas a dejar las cosas así? ¿No tratarás de averiguar la verdad?

—¡Claro que quiero hacerlo! Mi intención era recuperar mi vida, pero... —digo incapaz de enfrentar su mirada— eso ya no es posible.

Se hace una pausa extraña entre nosotros, no incómoda, pero sí singular. Una pausa necesaria en la que cada uno nos apropiamos de nuestra conveniente interpretación de esas palabras.

A la tenue luz que apenas ilumina aquella estancia, su sonrisa destella con promesas de lugares cálidos, afectuosos y brillantes. Y mi pobre resistencia se derrite como un amasijo de chocolate fundido, amargo y oscuro. Hace mucho tiempo que añoro esa sonrisa y resulta demasiado fugaz como para que pueda darme por saciada. No obstante, soy capaz de darme cuenta de que el final de ese gesto está cargado de notas tristes.

—Llevo tantos años guardándote rencor que ya no sé cómo dejar de hacerlo, Inés. No sé qué debería sentir, cómo proceder o qué no hacer. Tengo la sensación de que han jugado con nosotros, que no éramos quienes movíamos nuestros hilos. No importa cuales fueran nuestras decisiones, nunca tuvimos ninguna oportunidad. El nosotros fue un ensueño, un espejismo. Ni siquiera estoy seguro de que hubiera funcionado. No, no lo creo.

—¿A qué has venido entonces, Covalada? —pregunto, pero es mi dolor el que grita que le infrinja el mismo daño que me ha hecho él con sus palabras—. ¿A dejar constancia de lo perfecto que eres? ¿De lo imposible que es que tú abandonarás a una chica embarazada? Muy bien. Ya lo has hecho.

Incluso puede que Oliver mienta en todo, y yo sea esa pérfida zorra que s  se larg  y se deshizo de su embarazo sin consult rtelo. Así que ahora que ya tienes la conciencia tranquila, l rgate y sigue con tu impecable y correcta existencia, para que los demás podamos continuar allanando nuestro camino al infierno.

— Esto tampoco es fácil para mí, Inés!  Siento como si me hubieran arrebatado una parte de mi vida que me pertenecía!

—Una vida que consideras que no habría funcionado.

— T  eras la primera en creer que no lo conseguiríamos! Fuiste la única que dudó en ese entonces y que buscó ayuda.

— Pero yo no lo recuerdo así!—estallo con tanta fuerza que incluso a mí me sorprende con un gemido lastimero que no parece propio de mí.

Me cubro la cara con las manos para no violentarle con mi derrumbe, mientras siento la humedad cayendo desde mis ojos y empapando de lágrimas molestas mis dedos.

Al momento, tiran de esa mano y de la otra para ponerme en pie y me encuentro estrechada contra el pecho de Covaleda en un abrazo que no resulta tan familiar como esperaba. Lo familiar calma y apacigua, resulta territorio conocido. El abrazo con Covaleda me hace sentir agitada y ablanda todos mis demonios, dejándome vulnerable.

Me dejo envolver por sus brazos mientras sus manos descansan en la fina tela de mi vestido, tan calientes, que temo que acaben por quemar la seda.

—Lo siento, Inés. Lo siento. Supongo que todo esto está siendo especialmente difícil para ti.

No respondo, pero mis manos se aferran a su camisa como si fueran la única sujeción a una cornisa de la que estoy a punto de caer. La envoltura es tan perfecta que solo temo el momento en el que se acabe y me deje con la sensación de no haber tenido suficiente.

Siento sus labios en mi sien y cierro los ojos sintiendo la ligera presión sobre la piel. Despacio, sin premeditación, inclino mi cabeza hacia un lado, dando accesibilidad a sus labios para recorrer mi mejilla. No hay besos, solo su respiración calentando mi piel. S  que si levanto un poco mi boca, podr  alcanzar la suya. Mi pecho se agita con ese pensamiento, pero no lo intento. Soy la mujer de otro hombre y Covaleda no cruzar  esa frontera.

—Te ayudará con esa búsqueda. Yo también necesito conocer la verdad.

19

Dejo las llaves en el recibidor y me adentro por el pasillo, haciendo resonar los tacones de mis zapatos sobre las lamas de madera.

Al fondo, en el salón, sobre un sillón junto a la ventana, un sombrío y desaliñado Oliver ni siquiera se vuelve a mirarme. La situación resulta tan similar a la vivida con Covalada que parece golpearme con la fuerza de un camión. Incluso su silueta recortada a trasluz parece idéntica a la grabada en mi memoria.

Camino despacio hacia él y me sorprende no percibir ninguna reacción. Solo el pestañeo de sus ojos indica que está despierto y es consciente de mi presencia.

—Es el fin ¿verdad? —oigo salir de sus labios sin que esa pregunta altere su estado.

No respondo. No hay mucho que pueda decir. No recuerdo nuestra vida en común ni si fuimos felices o llegué a amarle. Para mí, este matrimonio es solo una cascara vacía.

—No te lo pondré fácil. Solicitaré la custodia completa de Alicia, alegando que no estás capacitada debido a tus problemas mentales.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de quitarte a tu hija.

—No imaginaba que fueras tan rastrero y embustero, Oliver. Sin duda los años han agravado los defectos en tu carácter. ¿Cómo piensas demostrar eso?

—Dímelo tú, Inés. ¿Qué está ocurriendo dentro de tu cabeza?—pregunta y la acidez de su voz quema en mis oídos—. Respóndeme solo a esto: ¿cuándo es el cumpleaños de Alicia?

Dudo. No puedo evitarlo. No puedo fiarme de mi memoria.

—Es el 16 de Mayo.

—¿Estás segura? ¿Recuerdas algo de ese día? ¿Recuerdas algo en general? —escupe abriendo una mano para arrojar sobre mis pies las notas, que cuidadosamente, he ido escribiendo para poner en orden mis ideas—. Estoy seguro de que esa fecha hubiera sido más apropiada para el hijo de Covalada, pero mi hija nació un 2 de Julio.

—No hagas esto. Si tratas de retenerme a la fuerza no será grato para

ninguno de los dos.

—Depende de ti hacerlo agradable o no.

—Creo que te tenía en demasiada alta estima, Oliver. Eres el ser rastrero al que se refiere Covaleda.

—No infravalores el alcance de la desesperación. Te dije que haría lo que fuera por mantenerte a mi lado. Este matrimonio no trata solo de amor, Inés. No voy a renunciar a mi estatus y a las ventajas que me he ganado con él. Dentro de pocos años cuando muera tu abuelo y nombre a Alicia como única heredera y a mí como su albacea mis esfuerzos serán recompensados.

—Así que es eso.

—No te equivoques. Esa es una de las ventajas, existen otras de las que me privas últimamente, pero creo que ya te he dado tiempo suficiente. —Su voz me da escalofríos y lo ignoro mientras se pone en pie. Trato de zafarme de su mano sobre mi hombro, pero lo aprieta de manera dolorosa—. No pongas esa cara tan triste, Inés. Dentro de unos años habremos olvidado este percance y todo volverá a ser como antes. Al fin y al cabo, a ti se te da bien olvidar.

Recojo a Alicia en la casa de Dalmiro. Después de la discusión con Oliver, me agarro como un clavo ardiendo a cualquier excusa para salir de aquella casa. Además, no estoy dispuesta a dejar trascurrir ni un solo día más, sin aclarar lo ocurrido en el pasado, con mi abuelo.

Conduzco con cuidado, haciendo grandes esfuerzos para prestar atención en cada curva y en cada señal, hasta las afueras de la ciudad. Tuerzo por la vereda dónde el desfile de grandes chalets y casas cobijan a las grandes fortunas y a los afortunados de este país. Las grandes mansiones apenas se perciben entre sus grandes entradas y la vegetación que las acuna, pero la orientación y la memoria no me fallan en absoluto en ese momento, y me encamino segura hacia la empalizada que protege de curiosos —y no tan curiosos—, pero con peores intenciones, la vivienda de Dalmiro Baró; el nieto de un multimillonario de mente brillante que comenzó su andadura emprendedora confeccionando batas y consiguió, con el tiempo, un imperio de bienes inmuebles en las zonas más elitistas de las ciudades más importantes del mundo.

Me detengo en la puerta de rejas. Esta se abre al momento, por lo que ni siquiera debo molestarme en apretar el interfono.

La casa es una maravilla de ladrillos grises con contraventanas oscuras. Las maderas franquean unas cristalerías enormes en color blanco impoluto que destacan sobremanera tras el lienzo plomizo que las enmarca.

Detengo el coche en la vereda, y sin dilación, me planto en la puerta de la entrada donde una mujer, vestida pulcramente con un uniforme, me recibe con una actitud cordial.

—Buenos días, señora. Su abuelo y su hija la esperan en la sala del piano.

—Gracias —acierto a decir.

Risas y notas musicales llegan hasta mí mucho antes de que los encuentre. Me detengo en el dintel con la necesidad de comprobar, que esa algarabía que procede de ellos, es real.

—Mamá —salta Alicia al verme y se aleja de Dalmiro y del piano para correr y echarse en mis brazos.

—Hola cariño. ¿Qué tal lo has pasado?

—¡Genial! ¡Estuvimos en Eurodisney! Fue una sorpresa del abuelo. ¡Hemos comprado un montón de cosas! Para ti, para papá, para la abuela. Espera que te enseñe todo.

Echo un vistazo a Dalmiro por encima de la cabeza morena de la niña y me encuentro con su mirada calculadora, expectante y sobria.

—Luego me cuentas todo, Alicia. Ahora, ve a jugar un poco que mamá tiene que hablar con tu abuelo.

Basta un gesto con la cabeza para que una figura invisible salga de las sombras, presumiblemente una niñera, que con ademán cariñoso pasa un brazo por los hombros de Alicia para llevársela de la sala.

La niña me mira confundida y trato de tranquilizarla con una sonrisa sincera. Le susurro:

—Enseguida nos vemos. —La jovialidad vuelve a sus ojos con una rapidez pasmosa.

Dalmiro se incorpora del banco junto al piano y con paso firme, pero tranquilo, se acerca a uno de los ventanales para mirar a través de él sin mirarme siquiera.

—Tú dirás, Inés. ¿De qué quieres hablar?

¿Es este el mismo hombre que reía y bromeaba hace unos minutos con mi hija? No, no lo parece. Jamás me brindó una pequeña muestra de afecto. No

entiendo que ofensa tan grande pude haberle ocasionado de niña, excepto mi origen o mi forma peculiar de enfrentar la vida. Ninguna parece una razón que justifique ese trato frío e indiferente. Antes achacaba ese comportamiento al carácter de Dalmiro, pero ahora, cuando lo veo con mi hija, me doy cuenta de que se trata de algo personal.

—Quiero saber qué ocurrió en aquel final de verano que acudí a ti en busca de ayuda. ¿Qué sucedió con mi embarazo? —suelto sin rodeos.

Ni un solo gesto señala que me haya escuchado o que mi pregunta le incomode. Ni siquiera se vuelve a mirarme mientras observa a Alicia en el jardín, jugando con la asistente.

—¿Cuánto crees que cuesta esta casa, Inés?

—Tal y como está el mercado actualmente, se pueden obtener hasta dos millones de euros por su venta —respondo sin inmutarme. Estoy acostumbrada a este tipo de demandas extrañas y fuera de lugar con mi abuelo.

—Estamos en crisis. El sector inmobiliario ha caído en picado. ¿No sería más apropiado un valor mucho menor?

—La clase de comprador, que puede permitirse sufragar un inmueble de este tipo, no experimenta ninguna crisis, al contrario, y adquirir una vivienda en este barrio es una inversión muy rentable.

Se vuelve a mirarme con un destello de aprobación en sus ojos.

—Siempre tuviste mente para los negocios, pero te sobran escrúpulos —comenta con una sonrisa mordaz y cargada de amargura—. Si tuviera que calcular su valor emocional, el de la casa, su precio sería inconmensurable.

»La heredé de mi abuelo y mi abuelo la heredó del suyo. Tú eras la siguiente en sucesión, pero pese a tener la capacidad y el olfato, nunca te interesó el dinero. No entiendes la satisfacción que produce aumentar el capital, la adrenalina recorriendo la sangre con cada inversión que augura más beneficios y tu peor defecto: no se alcanzan grandes fortunas siendo altruista. La subida a la cima conlleva pisar cabezas.

»Creemos que somos muy civilizados porque vivimos en ciudades, no llevamos taparrabos ni disparamos lanzas para comer, pero en realidad, sobrevivimos en una selva de asfalto donde prima la ley del más fuerte y solo los que miran por lo suyo son capaces de subsistir de manera digna. El desinterés, la honradez, el idealismo son cualidades muy admirables y excepcionales que quedan perfectas en novelas y noticias quijotescas, pero no son útiles en el día a día. ¿Qué león perdonaría la vida a la gacela, mientras se muere de hambre? ¿Qué urraca dejaría de robar si tuviera las joyas a su

alcance? ¿Qué ciervo dejaría de presumir de tener la ornamenta más grande?

—No somos animales. No nos gobiernan nuestros instintos.

—Te equivocas, Inés. Somos animales y actuamos como tales, solo que con traje y corbata. Incluso tú entendiste el valor de lo material cuando se trató de dar seguridad a tu hijo.

»Viniste a mí en busca de ayuda. Era la primera vez que lo hacías, y al fin, pude considerar la posibilidad de que no todo estuviera perdido contigo. Pero comenzaste a sangrar sobre ese mismo suelo. Aunque puse a tu disposición el mejor equipo médico, perdiste al bebé a los pocos días.

Me siento en uno de los sillones. Lo necesito porque mis piernas flaquean.

—Pero ¿qué pasó con Covaleda? ¿Por qué desaparecí durante ocho meses y Celia le dijo que había abortado?

Se vuelve para mirarme de nuevo.

—Supongo que Covaleda era el dueño de la simiente. Siento decirte que ese chico se desentendió de ti y de la criatura mucho antes. Estabas devastada por su abandono, y te quedaste en esta casa durante mucho tiempo sin querer ver a nadie hasta que apareció Oliver y con él resurgieron mis esperanzas.

Que mi abuelo refute la teoría del abandono me desconcierta aún más, por alguna razón estoy más dispuesta a creer “al dueño de la simiente”.

—Oliver no es ningún santo. No me quiere. Solo pretende echar mano de tu dinero.

—No seas tonta, Inés. Oliver te quiere, quiere todo lo que representas. ¿Realmente crees que nos enamoramos solo del carisma de las personas o lo que nos atrae es solo su físico? Uno de tus atractivos es la fortuna de tu familia. Oliver no es tan insulso como para despreciarla, pero ese chico bebe los vientos por ti. Etiquetar a las personas como buenas o malas es infantil. Oliver tendrá muchos defectos, pero ser ambicioso no es uno de ellos.

—¡Me ha amenazado con quitarme a Alicia si le dejo!

Para mi sorpresa Dalmiro se ríe. Una risa hueca y cascada que parece en desuso de tan ajada como suena.

—Lo más probable es que utilizara esa carta sabiendo que nunca renunciarías a tu hija, pero Oliver es consciente de que yo nunca permitiría que lo hiciera.

»Eres buena madre, Inés. Mucho mejor que la tuya. Y esa niña te necesita, pero también necesita a su padre. Que no se te olvide. Oliver estuvo a tu lado cuando más ayuda necesitaste y te adora. Es evidente que estáis pasando algún

tipo de bache que debéis resolver por el bien de Alicia.

—¿Y si no es así? ¿Si no lo resolvemos?

No le hablo de mis sospechas porque podrían ser infundadas e incluso yo misma siento cierta reticencia a creer en ellas.

—Tú has pagado por los errores de tu madre. No dejes que tu hija pague por los tuyos.

—Mucho me temo que nuestra visión del mundo es muy distinta, y lo que para ti puede suponer un error para mí puede ser un acierto.

—¿Continúas tomando la medicación que te dieron en el hospital?

Pese a la costumbre, el cambio de tema abrupto y discordante me deja estupefacta.

—Sí ¿por qué?

En realidad, no estoy siendo nada constante con las tomas. Hay días que prácticamente me olvido de ellas, y puesto que las migrañas ya no son tan persistentes tampoco tengo necesidad de hacerlo de forma habitual.

—Me pregunto por qué no recuerdas aquello y si de verdad estás mejorando. Creo que te concertaré una cita con el mismo especialista que te trató después del aborto. Te ayudó mucho en aquel entonces a superar la pérdida de tu novio y su semilla.

—No creo que sea necesario, Dalmiro —que se refiera a la niña que pudo ser como la semilla de Covalada, me pone los pelos de punta.

—Insisto. Puede que te ayude a recordar todo.

Eso suena tentador y no soy capaz de resistirme.

—De acuerdo. Iré a verle.

Levanto la taza del desayuno hasta mis labios, mirando a Oliver sobre ella. Aprovecho, su completa atención en Alicia, para observarle. Esta noche, he dormido con ella con la excusa de lo mucho que la he echado de menos. Es evidente que no he engañado a Oliver, pero Alicia está encantada.

No voy a negar que se ha convertido en un hombre atractivo. Su cabello oscuro y los peculiares y rasgados ojos verdes le dotan de un peculiar encanto; sin embargo, es difícil que me convierta en una Ginebra o Ilsa Lund^[5]. Entregué mi corazón a Covalada y aún no me lo ha devuelto.

¿De verdad me abandonó? ¿Por qué insiste Dalmiro en esa versión? No, no puedo creerlo. Mi abuelo miente y lo más probable es que Oliver también, a no ser que fuera eso lo que le contaron «¿Y si ambos son sinceros, pero sus versiones mentira?»

Tal vez deba encontrar a ese hombre de la visera. ¿Realmente me susurró esas palabras? ¿Y mi madre? ¿Apoyará el relato de Dalmiro? ¿Por qué todos tenemos distintos recuerdos de un mismo pasado? ¿Y por qué Oliver tiene esas malditas pastillas para barbacoas? ¿Debería comentarle a Covalada la falta de cinco de ellas? —El mismo número de focos que prendieron el monte— o ¿le doy el beneficio de la duda?

Demasiadas preguntas, demasiadas dudas. Un ligero dolor de cabeza amenaza con castigarme con una mañana dolorosa si no trato de ponerle remedio.

Busco en el armario del botiquín el dichoso medicamento. Me trago con fuerza una de las capsulas sin molestarme siquiera en acompañarla con agua. Tardará un tiempo en hacer efecto, pero me compongo con mi mejor sonrisa y azuzo a Alicia para que se dé prisa con el desayuno.

Antes de subirme al coche y ponerme en camino para llevar a la niña al colegio, paso mi mirada de forma involuntaria por el horno de leña del exterior que sirve para las celebraciones familiares al aire libre. Las piedras tiznadas de negro alrededor de la boca demuestran que ha sido utilizado con asiduidad, pero no hay restos de ceniza en su interior.

—Alicia, ¿recuerdas cuándo ha sido la última vez que hicimos una barbacoa en el jardín? —pregunto una vez dentro del automóvil y con la llave

en el contacto.

—Uhm... no. Hace mucho que no hacemos. Papá dice que es mejor que no te acerques al fuego, que eres una peli-grosa. —Ese comentario sin duda le divierte porque lo acompaña de una carcajada sonora e infantil.

—Eso dice ¿eh?

Conduzco, más confusa si cabe, en dirección al pueblo.

Me encuentro sentada en nuestra sala de reuniones con Marcos al otro lado de la mesa. Por alguna razón, me ha convocado a mí en primer lugar y espero impaciente a que me diga cuál es el motivo. No es difícil de deducir.

Lo miro revisar absorto nuestros informes sobre el número de voluntarios que participaron en la extinción del incendio y las pocas conclusiones que hemos sacado hablando con algunos de ellos.

—Continuad con las preguntas, pero quiero que hagáis notar una posible implicación de Fontenegra en vuestros comentarios. Quiero saber que opinan sus vecinos sobre eso. Si lo descartan o no les sorprende. —Asiento con la cabeza sin dejar de esperar que aborde el tema que me ha llevado hasta ahí—. También me gustaría poder hablar con tu marido. El que haya sido el único en comprar pastillas de encendido en los últimos días por aquí, no le convierte en sospechoso, pero soy un hombre de procedimiento y sería una estupidez por mi parte dejarlo pasar.

»En cualquier caso y puesto que ni tú ni Covaleda estáis capacitados para este desempeño —dice, echándome un vistazo por encima de la montura de sus gafas para leer, con lo que queda de manifiesto que está al corriente del pequeño altercado—, me ocuparé yo de ello. ¿Hay algo que consideres que debo conocer antes de este encuentro?

—¿Cómo qué? —pregunto sin aliento.

Deja los papeles a un lado y se quita las gafas para mirarme sin rodeos.

—¿Sabías que Covaleda debía ser enviado con la avanzadilla de bomberos que quedaron atrapados por el fuego? —Niego con la cabeza—. Se decidió en el último momento que aguardara en el puesto de mando. Tengo entendido que existe una rencilla muy antigua y sin resolver entre ellos.

—Eso es una forma de decirlo.

—¿Cómo lo dirías tú?

—Estoy segura de que ya dispones de toda la información.

Me mira con firmeza, evaluando mi reacción antes de mover la cabeza de modo afirmativo.

—La misma persona, que tuvo acceso a través de la red al sistema de gestión para cambiar las guardias y dejar esa noche despejada, pudo averiguar que Covalada sería enviado en la primera partida en caso de emergencia —anuncia sin rodeos—. ¿Podrías decirme dónde estaba tu marido la madrugada del 22 de Agosto entre la una y las dos y media?

—No, no podría. No tengo ni idea. No recuerdo aquella noche.

—¿No lo recuerdas porque...?

—Tuve un accidente de coche hace muy poco. Recibí un golpe en la cabeza y sufro una pérdida de memoria transitoria. —Me doy cuenta de lo inverosímil que suena.

Marcos me observa sin dejar que ningún gesto en su cara delate lo que está pensando. Lo sé porque yo también soy una experta en ese ardid y aunque no tengo nada que ocultar mi inexpresión siempre me cubre como un guante.

—Deduzco entonces que no has hablado de este tema con tu marido ni siquiera para preguntar por su compra.

—No, no lo he hecho.

—¿Me lo dirías de haber sido así?

—Posiblemente no. Prefiero asegurarme de su culpabilidad antes de delatarlo.

—¿Crees que puede ser el culpable?

—No lo sé.

—Debería apartarte del caso —reconoce recogiendo con energía los papeles apartados.

Unos nudillos resuenan con fuerza en la puerta y nos volvemos a ella cuando se abre. Por ella, aparecen Covalada e Irene ajenos a la conversación que acabamos de tener Marcos y yo. Sin embargo, Irene alza la ceja con suspicacia antes de echarnos un vistazo a ambos.

—Bien —comienza Marcos cuando ambos están sentados—. Tenemos tres tipos de huellas distintas sobre la motocicleta. Una de ellas pertenece a Fontenegra, la otra probablemente pertenezca al dueño y tenemos una tercera de un desconocido.

—Si Fontenegra no sabía que esa motocicleta estaba en el cobertizo como afirma ¿qué hacen sus huellas en ella? —comenta Irene.

Marcos afirma con la cabeza.

—Empiezo a sopesar la posibilidad de que el último foco, el que atrapó a los agentes, fuera provocado por una segunda persona. Uno de los voluntarios. Será difícil conseguir orden judicial para cotejar las huellas de todos, pero sería interesante fijarnos en los que más sospechas levanten y en los que su perfil coincida con el de los incendiarios usuales. Aseguraos de que ningún desconocido participara en la extinción o fuera avistado poco después por el pueblo.

Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de Irene. Sin tener que decírselo, sabe que hablar con el hombre de la visera será una de mis prioridades. Solo he de poner a Covaleda al corriente.

Parece tragado por la tierra.

Preguntamos por él en el hostel del pueblo, pero no está registrado ni lo ha hecho antes. Tampoco ha ocupado ninguna de las dos casas habilitadas por su dueña, Regina, para el turismo rural.

—Podría estar hospedándose en algún otro pueblo cercano. Haremos llamadas para confirmarlo —conviene Covaleda.

Asiento con la cabeza, pero esa teoría no me convence. Ese hombre tiene el don de la ubicuidad. Aparece siempre en los momentos más amargos de mi vida como si fuera capaz de predecirlos o los observara desde una corta distancia. Puede que parezca presuntuoso pensar que sus apariciones siempre están motivadas por mi causa, pero es lo que me parece y eso, me resulta bastante extraño. ¿Acaso me está vigilando? ¿Ha sido contratado por Oliver para hacerlo o ha sido mi madre? ¿Sería ella capaz? Sí, no me cabe duda.

Nos sentamos en un pequeño café a media mañana y tachamos de la lista los nombres de las ocho personas cuyas entrevistas infructuosas no nos han aportado ningún detalle significativo. Aún nos queda hablar con tres personas más.

Observo a Covaleda llenando su café de rebosantes cucharadas de azúcar y me dedico una ovación interior por mi acertada capacidad memorística sobre sus costumbres. Costumbre que tengo demasiado enraizada en mi cabeza como para que sea casual.

—¿Tu hermana consiguió aquella beca para estudiar magisterio?
—pregunto sin poder contener la lengua.

Covaleda me mira un momento con curiosidad antes de contestar:

—Le concedieron una pequeña beca, mucho menor que las recibidas en años anteriores, y teniendo en cuenta que el coste de la matrícula universitaria ha aumentado de manera considerable resultaba insuficiente. Ella ha tenido suerte porque he podido ayudarla con parte de mi sueldo. Una de sus compañeras; sin embargo, ha tenido que acabar dejando los estudios. Una autentica lástima porque tenía verdadera vocación.

—¿Y Adrián? ¿Perdió el trabajo cuando su empresa entró en ERE?

Me mira más intrigado todavía, pero no siente reparos en contestar.

—El tema resultó ser un poco turbio porque la empresa se acogió al ERE teniendo beneficios. Fueron denunciados por los sindicatos y tras perder un litigio judicial se les obligó a volver a contratar al personal despedido, pero han presentado un recurso y mucho me temo que este tema va para largo.

»Mientras tanto continúan con su ERE y mi hermano pasa más tiempo en casa que trabajando. Vive con mis padres porque el sueldo que le queda no le da para mucho y paga un préstamo bancario desorbitado por un piso que no puede vender ya que su valor actual ni siquiera cubre la hipoteca contratada. Y eso Adrián y gracias a que es un genio, el otro mellizo ni siquiera encuentra un trabajo en el que le paguen más de 600 euros por ocho horas de trabajo.

Supongo que todo esto te sonará extraño y ajeno. Tú no entiendes de estos problemas, pero mucho más de la mitad de la población se enfrenta cada día a estas preocupaciones.

—No me ataques, Covaleda. Soy muy consciente de la repercusión que ha tenido la crisis.

—La crisis y la gente como tu madre, más preocupada por aumentar sus fortunas que por el bienestar general.

—No voy a discutir contigo sobre eso. Estoy totalmente de acuerdo.

—¿No me digas? ¿Tu marido también?

Lo miro con crispación, con disgusto. No era esto a lo que quería llegar con mis preguntas.

—¿De verdad te interesa lo que piensa Oliver?

—No, tienes razón. No me interesa en absoluto —reconoce mirando por la ventana con una expresión enrarecida—. Pero si me pregunto... —comienza eligiendo las palabras como si fuera un tema que le costara hablar—. No importa. ¡Olvídalo!

Suspiro con resignación.

—¿Ahora me vienes con reparos? Suéltalo, Covaleda.

—¿Por qué sigues con él, Inés? Continúa mintiéndote para retenerte a su lado.

—Mi abuelo insiste en que fuiste tú quién me abandonó. También confirma que el aborto fue involuntario —me mira sorprendido como si creyera que pongo en tela de juicio su versión—. Tal vez el engaño no proceda de Oliver sino de Dalmiro —aclaro. Sobra decir que hay más aspectos de Oliver que me tienen en vilo.

—¿Entonces es eso? ¿Exculpas a Oliver y continúas siendo su mujer? Creía haber entendido que no estabas enamorada de él y que sentías que esta no era tu vida.

—No es tan fácil, Covaleda. Tenemos una hija en común. Un divorcio no es algo que pueda hacerse de un día para otro. Además, amenazó con quitarme a la niña si lo dejaba.

—¿¡Qué?! —pregunta con sobresalto y oscureciendo su expresión.

—Dalmiro dice que él no lo permitiría y que Oliver lo sabe, que solo es una treta desesperada para retenerme, pero la amenaza está ahí y no quiero que todo esto influya de manera negativa en Alicia.

—¿Y mientras tanto continuarás haciendo el papel de buena esposa?

—¿A qué te refieres?

—¡Maldita sea, Inés! ¡No me obligues a preguntártelo! —exclama demasiado tenso.

Nuestras miradas se enlazan con miles de preguntas no resueltas, preguntas deseosas de sus respuestas, pero con demasiado miedo a ser pronunciadas.

—No he dejado que me toque ni un solo día desde el accidente.

Su postura se relaja de forma visible, pero su expresión continúa siendo seria, inescrutable.

—Será mejor que sigamos con las entrevistas y con el trabajo —añade apurando su café y saliendo de forma precipitada del local.

Me quedo anclada a mi asiento; atónita y dolida. ¡Maldito Covaleda! ¿Por qué obligarme a reconocer algo así para, a continuación, actuar como si no le importara en absoluto? Si piensa jugar al cavernícola testarudo no se lo pondré fácil.

Pero hay algo que saco en claro de este encuentro y me desconcierta todavía más. Mis recuerdos sobre Covaleda no son inventados. ¿Cómo puedo

saber todo eso sobre él y su familia?

No me sorprende oír un todoterreno subiendo la empinada cuesta hasta mi casa. Me acerco a la ventana y vislumbro el vehículo de Marcos, apareciendo y desapareciendo, entre las curvas cerradas de la carretera. Ahora lo veo con claridad, ahora no. Parece una soez burla al estado en el que se encuentra mi vida. Y mientras, la rutina y las obligaciones ocupan todo mi tiempo, la verdad parece mofarse de mí desde alguna esquina alejada que no soy capaz de alcanzar o que, como el Jeep de Marcos, vuelve a esconderse entre giros inesperados.

Pulso el botón que abre la puerta de hierro para que el agente del SEPRONA pueda aparcar dentro de la propiedad y aguardo con un nudo en el estómago.

Noto la presencia de Oliver a mi espalda, tenebrosa y opresiva.

—¿Es ese tu superior? ¿Viene a recogerte?

—Quiere hablar contigo—respondo.

Soy capaz de reparar en su cara de sorpresa al volverme hacia él, antes de quedar oculta tras la fachada de tensa indiferencia que lleva abanderando todos estos días. Desde la discusión, nos hemos impuesto una falsa tregua que nos mantiene distantes, pero correctos el uno con el otro. Una mera formalidad para mantener las apariencias delante de Alicia. No hemos vuelto a hacer mención sobre el tema. No sé si Oliver cree haberme convencido o confía en que lo medite, pero no parece preocupado en exceso y ese extraño comportamiento me descoloca.

Lo cierto es que estoy a la espera. Soy como la presa que sabe que el depredador la está observando y confía en que llegue el primer error que debilite su cercado, para poder huir.

Previamente, quiero acudir a esa cita, con el psiquiatra que me atendió con anterioridad, para recabar pruebas suficientes que demuestren que mi estado mental no supone ningún peligro para mi hija. Puede que Dalmiro esté muy seguro de que Oliver no tiene nada que hacer contra él, pero no quiero depender de mi abuelo ni jugar sucio. Si bien es cierto que la desafortunada jugada de Oliver, ha terminado por agotar toda la estima que pudiera guardarle o al menos el firme propósito de evitar que salga dañado con nuestra ruptura,

sigue siendo el padre de mi hija y ella lo quiere. Solo por eso intentaré mantener una postura civilizada y razonable.

Estoy segura de que tendré una dura contienda con Dalmiro y Celia por haber adoptado esta decisión, pero me he cansado de intentar sujetar este matrimonio con pinzas al tendido cuando resulta evidente que no son suficiente amarre. Aunque esta sea mi vida real, sigo sin sentirla como tal y ya me he cansado de fingir.

¿Y luego qué? Esa si es una pregunta de la que me gustaría conocer la respuesta. Solo sé una cosa:

«Amo a Covaleda» pienso mientras recibo a Marcos en el umbral de puerta «y tal vez mi marido haya tratado de matarle».

Oliver tiende la mano a Marcos con absoluta amabilidad mientras le invita a sentarse en el chaise longue de la sala de estar.

En ningún momento se me comenta que no pueda permanecer durante la entrevista, por lo que me siento sobre uno de los brazos del mueble con intenciones de quedarme.

Oliver impecable, con sus pantalones de traje y su camisa immaculada y blanca, se acomoda en el sillón frente a Marcos de forma estudiada. El único que parece totalmente relajado es el agente del SEPRONA. Como si esta fuera su casa y lo que nos emplaza una tertulia entre amigos.

—Supongo que no hace falta que te ponga en antecedentes —comienza—. Como tampoco será necesario que te explique que esto no es un interrogatorio, solo recogemos testimonios.

—Testimonio con base legal para un posible juicio —aclara Oliver.

Marcos le echa un vistazo por encima de sus papeles antes de contestar:

—Efectivamente —confirma y añade tras una pausa—: Durante nuestras investigaciones hemos descubierto que compraste una bolsa de pastillas de encendido para barbacoas poco antes de que se provocara el incendio. ¿Es cierto?

—Desde luego que no —salta alterado. Me mira de forma acusatoria como si sintiera que le he traicionado, por haber omitido esa información, pero que lo niegue lejos de inculparle, a mis ojos le hace parecer el

responsable.

—¿Niegas haber comprado de forma reciente una caja de esas pastillas en el supermercado del pueblo?

—¡Sí! ¡Rotundamente! No niego haber comprado una caja de esas con anterioridad. Hacemos una o dos comidas al aire libre durante el verano, pero hace mucho de eso. Ni recuerdo cuando fue la última vez.

—Entonces ¿confirmas tener una caja de pastillas de encendido en casa, pero no comprada de forma reciente? —Oliver afirma con la cabeza sin dejar de mirarme—. ¿Puedes decirme dónde estabas la madrugada del 22 de Agosto alrededor de la una?

—Estaba aquí, en mi casa, con mi mujer y mi hija. ¿Soy un sospechoso entonces? —pregunta Oliver con incredulidad.

—¿Tenías algún interés en el que el monte prendiera? —interrumpe Marcos sin responder.

—Por supuesto que no. Esto es absurdo. Inés, ¿tú sabías esto?

—Inés no está autorizada para hablar sobre la investigación con personas ajenas a ella —interviene Marcos evitando que tenga que contestar—. Y ella no puede confirmar tu coartada porque no recuerda nada de ese día.

—¡Maldita sea! No puedo creer esto.

—¿Hasta dónde llega tu aversión por Oliver Covaleda?

—¿Qué demonios significa eso? Es de dominio público que no somos los mejores amigos precisamente. ¿Crees que prendí fuego al monte para perjudicar a Covaleda? ¿O para intentar matarle? ¡Dios santo! No soy ningún asesino. Inés díselo.

Ambos me miran en espera de una reacción, pero permanezco callada porque no tengo nada que decir aunque me sienta tentada de gritar que Oliver tiene razón; no es ningún asesino, pero ¿por qué miente? ¿Por qué afirma que no compró ese paquete poco antes del incendio?

—¿Puedo ver esas pastillas y el lugar dónde las guardas? —pregunta Marcos como si me leyera el pensamiento.

—Ni siquiera sé dónde están. Lo más probable, es que estén guardadas entre las herramientas en la zona del garaje —responde consternado.

—Te sigo —conviene Marcos poniéndose en pie e invita a Oliver a hacer lo mismo.

Tal vez, si no hubiera despertado ese día siendo la mujer de Oliver, podría separarme emocionalmente de esta imagen y ser más imparcial. Pero me afecta. Deseo con todas mis fuerzas que Oliver no tenga nada que ver, por

él, por mí, pero sobre todo por Alicia

Decido quedarme donde estoy y no seguirlos. De todas formas, sé dónde está ese paquete y lo que contiene.

Me encierro en mi despacho y me apoyo contra la puerta.

Lejos de sentir un aumento en la hostilidad de Oliver hacia mí, después del encuentro con Marcos, me he encontrado con la culpabilidad reflejada en su mirada; lo que logra afectarme muchísimo más.

Respiro con fuerza y trato de evitar ahogarme con mis propias amarguras. Necesito encontrar pronto una salida, pero el camino hasta ella parece lleno de espinas y zarzas ardidas que se convierten en estacas afiladas que amenazan con empalarme; como aquella de la que me salvó Covaleda.

Cojo asiento frente a mi ordenador y hago mi mejor intento para concentrarme en el trabajo pendiente. Sin poder evitarlo, busco entre mis e-mails algún otro mensaje de carácter desconocido. Lo encuentro y lo abro con expectación:

«La sangre miente».

No sé si respirar tranquila o sentir decepción ante este nuevo acertijo porque continúo confiando en que lancen algo de luz sobre las tinieblas de mi memoria.

Abro la respuesta del ministerio al informe negativo que envié; aquél sobre la reforestación de una parcela de 800 hectáreas de carácter privado en las inmediaciones. Mi comunicación hablaba sobre la imposibilidad de hacerlo debido a su pertenencia a una zona de relevancia para la conservación de la Alondra Ricotí —exactamente igual que aquél que perjudicó a Oliver—.

No es tan extraño ni excepcional en esta zona. Es uno de los vértices donde no es tan difícil encontrarla, aunque se la considera prácticamente extinguida en Europa. Evitar que suceda del todo viene acompañado de medidas drásticas como esta.

Empiezo a leer perpleja el archivo enviado en el que se me comunica, la rescisión de mis servicios y la nulidad de mi informe, sin causas aparentes ni explicaciones convincentes. Si tuviera que sospechar de una mano negra moviendo hilos y tejiendo trampas desde el ministerio sería la de mi madre,

pero siempre creí que este tipo de trabajo, encargado desde el gobierno y sobre zonas rurales de mi territorio, se debía a méritos propios. Claro que eso era cuando la relación con Celia Baró era inexistente. Ahora dudo de todo. ¿Es esto una represalia por haber perjudicado el proyecto de Oliver? Reconozco que mi rendimiento laboral se resiente por el embotamiento mental general causado por toda esta situación y este constante martilleo en la cabeza, pero sospecho qué se debe a algo más.

Estoy a un paso de volverme una paranoica. A estas alturas empiezo a sospechar de todo y de todos, y ya no estoy segura ni de poder confiar en mi propia familia

«La sangre miente».

¿A eso se refiere?

Cojo mi móvil con la esperanza de encontrar el contacto que tengo trabajando dentro del departamento de medio ambiente. Cuando Francisco responde, me dejo inmediatamente de cortesías y frases con las que ponernos al día y le pregunto a bocajarro sobre la verdadera finalidad por la que se gestiona la reforestación de ese terreno.

Promete ponerme al día en cuanto disponga de la información.

Supongo que a estas alturas toca reconocer que estoy evitando a mi madre y que se acerca la hora de enfrentarla. Me pregunto si en el fondo tengo miedo de perderla, ahora que la he recuperado.

Nadie vio a Fontenegra en el lugar de los hechos ni siquiera de refilón.

—Además tiene una coartada —asegura Marcos—. Hay unos cuantos testigos que aseguran haberle visto bebiendo y borracho como una cuba esa misma noche en El Infierno.

—¿En el infierno? —repite Irene descolocada.

—Sí —contesta Marcos—, pero no en ese infierno que tú imaginas. El Infierno es un bar en lo alto del barrio Valonsadero.

—Entonces, podemos descartarle como sospechoso aunque sus huellas estuvieran en la Condor —afirmo.

—Al parecer, al señor Fontenegra se le olvidó comentar que encontró la motocicleta abandonada cerca de su casa y decidió que bien podría apropiarse de ella sin preocuparse en preguntar si tenía dueño.

—¿Y nuestro otro sospechoso? —pregunto sin rodeos.

Como ni Covalada ni Irene comentan nada al respecto, estoy segura de que están puestos en antecedentes.

—Nos faltan las pruebas holísticas para confirmar si las otras huellas son de Sagarra. En caso de ser así, la situación se complicaría bastante para él.

—De todas formas, sería interesante echar un ojo al inventario del dueño de los ultramarinos para confirmar que realmente se vendió esa caja de pastillas por esas fechas—sugiere Covalada para mi sorpresa.

—De acuerdo—accede Marcos—. Hacedlo

Camino junto a Covalada despacio y de forma apacible. Si tuviera imaginación, podría aparentar que es un simple paseo por el pueblo. De ser así, podría alargar la mano solo unos centímetros para poder coger la suya y tal vez de esa forma, podría apaciguar todas mis inquietudes interiores y fingir por un momento que todo era como antes, sin Oliver, sin incendio, sin accidente.

Dejo que mis nudillos acaricien los suyos de forma casual y me sorprende su suavidad. Esperaba un roce más áspero, tal vez de piel curtida y largas horas de trabajo a la intemperie.

Mi memoria no es capaz de registrar ese dato. No sé si los nudillos de Covaleda siempre me parecieron suaves o lo contrario. Es como si, pese haber compartido toda una vida con él, no me hubiera preocupado por estos detalles que ahora me parecen sumamente importantes.

Maldito aciago defecto humano por el que no aprendemos a valorar lo que tenemos al alcance hasta que lo perdemos. Si lo recupero, prometo no volver a malgastar sus besos con palabras, sus caricias con urgencia o nuestro tiempo compartido con tareas innecesarias que solo yo me exijo.

Vuelvo a tocar el dorso de su mano con la mía de forma deliberada, haciéndonos pequeñas cosquillas que despiertan mi piel largamente adormecida sin su contacto. Al momento, mi mano es atrapada por la suya, pero no palma contra palma en igualdad de condiciones. Más parece un intento por su parte de detener mis caricias.

Le echo un vistazo esperando alguna reacción, pero no me devuelve la mirada y sigue caminando sin soltarme.

No me resisto. Estoy donde quería estar.

Llegamos al supermercado sin hablar. La persiana está medio bajada aunque se suele abrir antes de las nueve. Es Covaleda el que termina de subirla tras comprobar que la puerta de acceso está abierta.

Entramos en el establecimiento, y dado que hay cajas por el suelo a medio vaciar, imagino que su dueño anda por ahí.

—Antonio —llamo en voz lo suficiente alta para que me oiga desde el almacén—. Soy Inés, necesitamos comprobar un par de cosas del inventario.

No recibimos respuesta. Covaleda y yo intercambiamos una mirada cargada de extrañeza.

—Antonio —vuelvo a llamar mientras nos acercamos al almacén despacio.

Lo primero que veo son los pies tras la puerta entreabierta, pero no en la forma que deberían estar si su dueño estuviera erguido. Covaleda empuja veloz la puerta de la trastienda y se abalanza, en busca de alguna señal de vida, sobre el cuerpo inerte de Antonio. Un reguero desproporcionado de sangre baña el suelo bajo su cráneo en un pozo siniestro e incontenible que no parece tener fondo. Me sorprende observándolo hipnotizada con los músculos agarrotados y la mirada perdida.

—Está muerto —anuncia Covaleda como si fuera necesario—. La sangre parece de la cabeza. Ha recibido o le han asestado un duro golpe.

Me froto la frente con pesadez. Cierro los ojos a la tenebrosa escena que no dejará de perseguirme durante días y días. No me permito dar pábulo a la sospecha que comienza a formarse en mi cabeza, pero el pensamiento me asalta una y otra vez.

—Daré el aviso a la autoridad competente. Me temo que esto ya queda fuera de nuestro alcance.

Asiento con la cabeza a duras penas porque siento que me he convertido en granito y lo que más me duele es mi hija. Yo crecí a la sombra de un padre que todo el mundo creía un violador. No quiero que Alicia pase por lo mismo y quede estigmatizada por culpa de su padre.

«¿Oliver qué has hecho?»

Estoy helada. Sentada en un banco cerca del lugar de los hechos, ni siquiera siento el calor de los rayos de sol sobre mi cara.

Desde mi ubicación, observo trabajar a la guardia civil en el lugar del suceso. Nos han hecho a un lado sin dejarnos tocar nada, y ahora me arrepiento de no haber echado un vistazo antes.

He llamado a Oliver en repetidas ocasiones, pero no responde ni me devuelve la llamada. Podría intentarlo en su despacho, hablar con su secretaria y comprobar que si no me responde es porque no tiene interés en hablar conmigo, pero no sé cuál es el número de teléfono. Maldiciendo vuelvo a iluminar la pantalla de mi móvil para asegurarme de que no tengo ninguna respuesta. Cada vez que lo hago, siento la mirada de Covaleda sobre mí, pero no lo comenta, por lo que deduzco que no me juzga. Solo quiero comprobar que él no ha tenido nada que ver. Al fin y al cabo, todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

Bajo mi cara, dentro de mi campo visual, aparece una libreta ajada de tamaño A5 sobre la que reza «Ventas/Inventario». Miro sorprendida a Covaleda que me devuelve una sonrisa amable.

—Sabía que la tenía y donde la guardaba porque le vi escribir en ella en varias ocasiones.

La cojo de sus manos y comienzo a buscar entre sus páginas. Antonio ha resultado ser un hombre meticoloso. Apuntaba en todo momento la fecha y el volumen de ventas. Rebusco en los días anteriores al incendio una compra de esa maldita caja, y no doy con ella. Comienzo a voltear hojas y hojas en busca de ese apunte y no lo encuentro hasta llegar al mes de Mayo donde Antonio apunta en letras claras «fin de existencias».

Busco en el inventario, donde apunta las nuevas entradas de mercancías, la fecha exacta en que se repuso ese producto, pero no aparece por ningún lado.

Mi giro hacia Covalada sin poder contener mi expresión perpleja.

—Oí comentar a Ricardo, el mecánico, que a Antonio no le daba la gana de traer ese tipo de pastillas desde hace meses, y que el muy caradura le dijo que encendiera la barbacoa con yesca.

—¿Mintió? ¿Deliberadamente? ¿Para plantar la semilla de la duda y culpabilizar a Oliver?

—Eso parece.

Volvemos nuestras cabezas hacia la escena del crimen cuando los llantos de la mujer de Antonio llegan hasta nosotros. Su siempre impecable apariencia y maquillaje aparecen deslucidos bajo las lágrimas y el dolor de la pérdida. Como si no pudiera mantenerse en pie, se sujeta a una de las vecinas en un abrazo.

Enfoco la vista maldiciendo mi miopía. Juraría que me mira de forma directa sobre el hombro de la mujer que le da cobijo. Y esa mirada no parece amigable.

El té llega amargo hasta mi garganta y lo trago con fuerza. No importa cuánto azúcar le ponga, nada parece endulzarlo.

Miro el reloj.

Dentro de una hora debo ir a buscar a Alicia y todavía no hay señales de Oliver.

Lo más probable es que nos retiren del caso. Al fin y al cabo, nuestro trabajo ya está hecho y sabemos cómo comenzó el incendio aunque no el motivo y quién lo hizo. El testimonio de Antonio no se sostiene tras revisar su

cuaderno de cuentas, pero me carcome no saber por qué mintió.

Echo un vistazo a Covaleda sentado sobre uno de los taburetes altos de la cocina de mi casa. Ha insistido en acompañarme y los dos esperamos a que aparezca Oliver. Lejos de parecerme fuera de lugar, este parece su sitio más que cualquier otro aunque él parezca sentirse incómodo.

—Voy a poner algo de ropa de Alicia en una maleta. La llevaré a la casa de mi abuelo hasta que se aclare todo —explico dejando el vaso de la infusión sobre la encimera. —Covaleda asiente, pero parece más pendiente del camino que se puede ver a través de la ventana.

Le preocupa que Oliver pueda ser peligroso, que incluso quiera hacerme daño y yo no sé qué contestarle porque pese a llevar media vida casada con él ni siquiera le conozco. Podría basarme en el recuerdo del chico que conocí, pero ¿cuántas veces he cambiado yo desde entonces?

Mientras rebusco en el armario de Alicia, oigo sonar el teléfono de Covaleda y a este contestando. No me esfuerzo en escuchar la conversación y me centro en terminar la tarea que tengo entre manos. Cuando la maleta está bien llena, la cierro y con ella a cuestas vuelvo de nuevo a la cocina donde Covaleda termina la llamada.

—Era Marcos. La contusión en la cabeza no se produjo de forma accidental. Alguien le asestó un fuerte golpe con el extintor de incendios de la tienda. Han encontrado a Oliver en su despacho. Le tomarán declaración y quieren el cuaderno de Antonio cuanto antes. ¿Estarás bien?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Recogeré a Alicia y luego iré directamente a casa de mi abuelo.

—No vuelvas aquí. Ven a mi casa cuando termines —me propone con simpleza, como si esa invitación no me provocara conmoción y no pudiera representar un antes y un después entre nosotros.

—De acuerdo.

Alicia está encantada con la idea de faltar al colegio y quedarse unos días en casa de Dalmiro. Allí, se siente como una autentica princesa en la que cada capricho es atendido y satisfecho al instante. Me pregunto si es una estrategia de Dalmiro, para poder moldear una perfecta heredera que no padezca de los mismos “defectos” que yo. Es un tema que deberé resolver más adelante. Alicia debe ser consciente del esfuerzo que requiere conseguir cada bocado, cada juguete y cada atuendo, y sobretodo, que no siempre se consigue todo lo que uno quiere. La niña, que yo recuerdo, disfrutaba con las pocas e insignificantes cosas que podíamos permitirnos y sabía valorar lo que tenía. Sus juegos favoritos eran los que organizábamos en familia, inventando historias rocambolescas o pasatiempos ridículos.

Cuando pregunta por su padre, debo responder que está ocupado y capto la mentira en mi voz como se perciben las notas discordantes de una melodía escuchada cien veces con anterioridad. Dalmiro tampoco puede evitar mostrar una expresión de sorpresa cuando le relato lo ocurrido. Enseguida, se disculpa para realizar una llamada, por lo que yo debo sentarme en uno de los mullidos sillones de cuero a esperar. No sé a quién realiza esa llamada ni quiero saberlo, pero cuando vuelve me dice:

—No le retendrán muchas horas. No tienen pruebas contra él. Tenemos que estar atentos para que toda esta insensatez no salte a las noticias. Solo nos faltaba servir más carnaza a los cuentabaldosas y los petimetres.

Se lleva una mano al pecho antes de dejarse caer sobre un asiento. Por primera vez, advierto el paso de los años sobre su cuerpo endurecido. El imponente patriarca Baró enfrenta la ancianidad con más debilidad de la que hubiera imaginado, y aunque su verdadero motor impulsor está en su cabeza y no en su corazón, soy capaz de sentir el cansancio cayendo sobre él como una cortina de plomo que le impide avanzar todo lo deprisa y eficaz que le gustaría.

—Dalmiro, ¿estás bien? —me veo obligada a preguntar.

—Sí, claro que sí —contesta casi ofendido y enseguida cambia de tema—: Olivia te ha concertado una cita con el doctor Miranda. Que te entregue la información antes de irte. —Asiento con la cabeza—. Deja a la

niña aquí todo el tiempo que creas conveniente.

Prácticamente me está despachando, por lo que me pongo en pie y voy en busca de Alicia para despedirme.

Aparco a unos metros de distancia de la casa de Covaleda. No me preocupo por los rumores que seguro que habrá. Estoy tan acostumbrada a paliar con ellos sin haber hecho nada que los mereciera, que dar verdaderas razones para las murmuraciones resulta una novedad.

Me recibe un Covaleda enojado que nada tiene que ver con el hombre preocupado que he dejado antes. Estoy a punto de dar media vuelta y largarme cuando se hace a un lado sin mediar palabra para dejarme entrar.

Dudo en el umbral de la puerta y eso despierta su lengua.

—Tenemos que hablar, Inés.

Malditas palabras.

—¿Y ahora qué? —pregunto con fastidio bajando los tres escalones que me sitúan en el centro de la estancia.

—Siéntate —me pide sin dejar de fruncir el ceño, y una voz sacada de bosques tenebrosos y oscuros.

Tengo la sensación de que últimamente lo único que hago es sentarme a esperar.

—Oliver tiene una coartada para la noche del incendio y tampoco se ha movido de su despacho esta mañana. Su secretaria puede corroborarlo y también un cliente.

Ahora sí, me dejo caer sobre el asiento y me libero de la fuerte opresión que me tenía aprisionada. Incluso, vuelvo a respirar con normalidad consciente de que lo hacía a duras penas. Me permito sonreír al fin con alivio, y esa sonrisa se me congela en los labios cuando me cruzo con la mirada malhumorada de Covaleda.

—¿Qué? —Es lo único que puedo decir. ¿Es que no sabe que primero se empieza por las malas noticias?

—La noche del incendio estaba con una mujer.

—Oh... ¿Jugando al parchís?

—Inés...

—Continúa.

—Se encontraban en el chalet que sirve de modelo en la nueva urbanización. Por eso, fue capaz de advertir el fuego tan rápido y acercarse hasta allí.

Guardo silencio. Ni siquiera, sé cómo debería comportarme ¿traicionada? ¿Aliviada? Si lo pienso con detenimiento, creo que es alivio. Sí, lo es. Este nuevo giro inesperado de la historia eleva, con mucho, cualquier remordimiento que pudiera sentir por la destrucción de mi matrimonio y, además, absuelve al padre de mi hija de ese delito. De estar implicado, su mayor preocupación ese día, no sería sacar a pasear lo que esconde tras su bragueta.

—No fue algo de una sola noche. Llevaban un tiempo encontrándose.

—¿Y quién es ella? —me veo obligada a preguntar.

—Belinda, la mujer de Antonio.

—Eso explica por qué él trató de implicarlo en el incendio. Lo sabía.

Afirma con la cabeza.

—Eso no es todo. Las huellas que faltaban por identificar de la motocicleta son de él, no de Oliver. Es de suponer que se aseguró de no disponer en su tienda del componente que prendió el monte para no resultar sospechoso, pero puede que se lo pensara mejor y se le ocurriese que era preferible implicar a Oliver.

»Aún queda por esclarecer los motivos que le impulsaron a provocar el incendio y quién lo asesinó, aunque lo más probable es que fuera para silenciarle. Creo que este caso tiene repercusiones más grandes que las motivadas por unos simples pueblerinos. De cualquier forma, estamos fuera de la investigación y tu marido está libre de sospechas, por lo que puedes volver a tu casa sin ningún temor.

No permitiré que me lo repita dos veces, aunque me cueste aceptar el giro tan drástico de los acontecimientos. Comienzo a levantarme cuando su voz me detiene.

—¡Ese maldito cabrón ha estado engañándote! —salta recuperando el enojo que había dejado prendido en la entrada. —Mi tranquilidad no le pasa desapercibida e insiste—: Trató de chantajearte para retenerte, mientras él se veía con otra mujer. Ese caradura, soplagaitas, farsante y arrogante peinabombillas llegó a hacerme creer que realmente te quería. ¿Tienes idea de que lo que es tener que reprimir lo que tu cabeza y cuerpo luchan por liberar? ¿Hacerte a un lado porque pese a lo que puedas sentir, desear o incluso ansiar

hasta doler en las entrañas, jamás te permitirías entrometerte dentro de un matrimonio y romper una familia?

»¿Sabes lo que...

—Lo sé. Claro que lo sé —le interrumpo tocando el suelo con mis rodillas mientras me lanzo a sus labios. Mis manos apresan sus mejillas mientras busco dentro de su boca, el calor que necesito, para desembarazarme de la fría soledad que empapaba mis huesos sin él. Cuando mis besos se convierten en los suyos, sé que he vuelto a casa aunque nada sea igual.

Su sabor, su olor, su forma de extender sus dedos por mi nuca; todo parece tan cómodo y, sin embargo, tan nuevo, que no quiero dejar de sentirlo para no olvidarlo.

Olvido, olvido, maldito olvido ¿quién eres tú para aparecer y arrebatarnos nuestros mejores momentos? ¿Quién te dio permiso para trastocar mi vida, separándome del único hombre que supo descubrir mi vulnerabilidad y la acunó para que no saliera herida? Cien veces cambiaría mi actual vida cómoda y acomodada, por un solo minuto entre estos brazos y con el sabor de estos labios como a lluvia de verano entre los míos.

Dejo que me alce, que me acomode entre sus piernas, que sus manos se pierdan en mi pelo, que su beso crezca en intensidad y su lengua busque la mía, y solo cuando me encuentro a horcajadas sobre él me doy cuenta de que trata de contenerme, que de alguna forma no está tan dispuesto como yo a dejarse llevar.

Logra separar mi boca de la suya y me mira como si necesitara comprobar algo a través de mis ojos.

—Tienes que estar muy segura de esto, Inés. No seré el otro. No podré sobrellevar que en algún momento debas volver con él, tras estar conmigo, si no siento que empezamos algo sólido. Juré que no habría ni una sola oportunidad más contigo. Me estoy traicionando a mí mismo, pero dios sabe que eres mi debilidad y no soy capaz de mantenerme alejado de ti.

—No lo hagas. Déjame demostrarte que eres tú a quién quiero, que siempre fuiste tú.

—Aún estás confundida. ¿Y si un día recuperas la memoria y decides que es a Sagarra a quien amas?

—No nos hagas esto, Covalda. No sé lo que ocurre en mi cabeza, pero sí lo que siento y no es a Oliver a quién añoro o la ausencia que lloro. Es a ti a quién quiero. Siempre. Dame una oportunidad —susurro acariciando su mejilla con mis labios.

—Otra oportunidad —puntualiza, pero acompaña su respuesta, levantándose del sillón con mis piernas alrededor de su cintura.

Nos deja caer sobre el largo del sofá y dejo que se acomode sobre mí. Me pierdo en sus caricias y sus besos, pero lo necesito todo de él y, mientras él quiere ir despacio, yo quiero ir deprisa.

Toco la piel de su pecho con éxtasis. Se siente como seda entre las yemas de mis dedos y desciendo por ella buscando su desnudez completa. Él tiene otras ideas y es mi ropa la primera en desaparecer.

Otra vez esa adoración en sus ojos, adoración que soy capaz de apreciar esta vez y guardo como un valioso regalo. Le dejo entrar hasta sentirme llena de él en cuerpo y alma. Covaleda lo hace como si quisiera borrar cualquier rastro de Oliver cuando para mí siempre ha sido solo él.

De mañana me desperezco como un gato estirando los brazos y las piernas. Se siente bien no experimentar la obligación de mantenerme quieta y encogida a un lado de la cama, para aparentar invisibilidad y evitar las demandas de Oliver.

Me giro y me encuentro con un desvelado Covaleda.

—Tu móvil no dejaba de sonar. Creo que al final se le ha agotado la batería.

Sobresaltada, me incorporo en la cama.

—¿Por qué no me has despertado? ¿Y si es Alicia?

Niega con la cabeza.

—Era Oliver. Creo que llevaba cinco llamadas cuando el teléfono se ha apagado. Me he tomado la libertad de silenciarlo para que no te molestara, y de paso, dejara de fastidiarme a mí.

—Esto es incómodo.

—Lo es. Asegúrate de que tenga claro que todo ha terminado entre vosotros.

—Sería raro que no lo supiera, pero insistiré todo lo que sea necesario. —Miro el reloj de la mesilla y salto de la cama—. Debo irme. Tengo una cita con el Dr. Miranda dentro de hora y media.

—¿Miranda?

—Sí. Es el mismo psiquiatra que me trató cuando tuve la grave depresión tras el aborto.

Hace un gesto extraño con los labios como si el comentario le causara disgusto.

—Te acompañaré.

Me vuelvo sorprendida.

—No es necesario. Ni siquiera podrás entrar en consulta. —Lo cierto es que me atemoriza lo que pueda descubrir sobre mí misma.

—No me arriesgaré a que desaparezcas otra vez. El que tu abuelo esté involucrado, no me provoca ninguna confianza. Además, te dije que te ayudaría a descubrir que es lo que te ocurre y por qué.

Asiento con la cabeza.

—Tú conduces.

La clínica Valdivieso es un edificio postmoderno de forma romboidal; lleno de baldosas blancas de gres y cristaleras, mucho más grande de lo que había imaginado en un principio. Dispone de una entrada discreta, —para clientes que necesitan salvaguardar las apariencias— y el lugar grita exclusividad por los cuatro costados.

En la recepción, encontramos a una mujer de afable sonrisa y trato afectuoso que nos deriva a una sala de espera con una pared de piedras naturales y color melocotón. Tengo la impresión de estar acomodada en la salón de una casa en vez de en una clínica. Sin embargo, todo ese attrezzo no consigue que Covaleda se sienta cómodo, y su pierna se mueve en un vaivén inquieto que me vuelve loca. Trato de frenar su movimiento con una mano sobre su muslo, pero me encuentro con acero y no consigo detenerle ni un segundo. Distráido, desliza sus dedos por los míos y me regala un apretón confortable. Soy incapaz de contener la sonrisa que se desliza por mis labios. Hace tanto tiempo que anhelo a este Covaleda, que aprendo a valorar cada pequeño detalle que compartimos como si fuera nuevo y único.

—Inés, puedes pasar a consulta —me informa una mujer menuda de uniforme—. Tu acompañante puede esperarte aquí.

Desenredo mi mano de la de Covaleda con pesar y cruzamos una mirada cargada de inquietud. Tengo que decirme que no importa lo que descubra dentro de esa consulta, mi vida continuará dónde la he dejado cuando salga por ella y no volveré a perderle, pero una vacilación indeseada se cuela por mi cuerpo y debo sacudírmela para deshacerme de ella y armarme del valor necesario para dar los pasos que me separan del Doctor Joaquín Miranda.

El mismo nombre y la misma clínica que leí en la tarjeta que encontré en la mesilla de Oliver. ¿Por qué he olvidado aquello? Excluyendo que lo más probable es que él la guardara por si se presentaba la necesidad de citarme de nuevo: ¿por qué no he relacionado los nombres hasta ahora?

Entro en la consulta, y el primer vistazo a su interior me hace sentir confusa, desorientada. El azul índigo de las paredes ocupa todo mi campo de visión y me produce un fogonazo, que rápido como un rayo, evoca un recuerdo que me devuelve a otra época, pero en el mismo lugar. Puedo acordarme

brevemente de esta habitación. Es un recuerdo muy vago, pero lleno de angustia, que me eriza toda la piel.

El individuo que me observa con curiosidad detrás de la mesa no me resulta conocido, pero despierta en mí un poderoso rechazo. Todo en esta consulta me lo produce, y de alguna forma el último mensaje recibido desde mi correo electrónico irrumpe mi pensamiento como una señal de neón con un color palpitante:

«No confíes en quién pretende ayudarte».

Mi primer impulso fue recelar de aquel hombre de la visera y su, al parecer, estrecha vigilancia, pero ahora no estoy tan segura.

Me esfuerzo en mover mi cuerpo agarrotado y estrecho la mano extendida del Dr. Miranda.

—¿Qué tal, Inés? Tu abuelo me ha comentado que estás teniendo algunos problemas desde nuestra última consulta.

—¿Desde la última consulta? —repito sentándome sobre uno de los sillones de cuero negro.

Miranda me mira curiosa y largamente por encima de sus gafas antes de contestar.

—Tu última consulta fue hace unos meses. Seis para ser exactos —especifica echando un vistazo a su agenda—. No te cité antes porque todo parecía en perfecto estado y no lo creí necesario, pero parece que tuviste un accidente de coche en el que recibiste un fuerte golpe en la cabeza y estás sufriendo pérdidas de memoria.

»Verás, a veces, cuando se padece una conmoción cerebral por contusión, se produce una hinchazón de la región del lóbulo temporal, como en tu caso, que puede producir amnesia retrógrada. Es como si fuera un fallo en el mecanismo que reproduce los recuerdos. Están ahí, pero no se puede acceder a ellos.

En cualquier caso, un trauma ligero como el tuyo, solo causa amnesia temporal. Lo más probable es que recuperes la memoria en un corto período de tiempo. ¿Qué es lo que no recuerdas exactamente?

—Me gustaría echar un vistazo a los informes médicos y a todos los datos clínicos sobre la depresión que usted mismo me trató —requiero sin entrar en detalles.

Toda la paráfrasis que me ha hecho escuchar, no me aporta nada nuevo ni explica lo que me ocurre.

—¿Hay algo específico que necesites saber?

—¿Cómo ocurrió y por qué?

—Bueno, lo primero que debes saber es que una depresión no es un estado anímico, es una enfermedad. Su origen no tiene por qué estar desencadenado por una sola causa, más bien son varios componentes los que la determinan. En tu caso, fue una combinación de factores bioquímicos, varias situaciones estresantes como la interrupción no deseada de un embarazo, una confrontación con tu madre y el abandono de tu pareja. Te afectó sobremanera la sensación de falta de control sobre tu vida. Eras una persona que contenía y dominaba en exceso sus emociones y, de alguna forma, ese sistema colapso.

—No recuerdo nada de eso —confieso. Reconozco que su explicación tiene mucho sentido, excepto por una salvedad—. ¿Fue mi abuelo el que le dijo que el padre se desentendió de mí y del bebé?

—Tú misma me lo dijiste, Inés. Pasamos horas y horas hablando sobre tus preocupaciones, tu tristeza, tu dolor. La primera vez que llegaste a mi consulta, admitiste que te sentías sola, que siempre había sido así, pero que hasta ese momento no habías experimentado realmente lo que era ser abandonada por todos.

—¿Por qué yo no lo recuerdo así? ¿Por qué recuerdo todo de otra manera?

—¿Qué quieres decir?

—Qué no son lagunas lo que tengo, son otros recuerdos, otra vida. En mi memoria no pierdo ese bebé y me caso con su padre.

Me vuelve a estudiar extrañado, dubitativo y suspira moviendo la cabeza de forma incrédula.

—El cerebro es un órgano muy complejo y, por tanto, uno de los más complicados de descifrar. Por ahora, voy a aumentarte las dosis de la medicación que vienes tomando tras el accidente. Tómate una capsula cada seis horas —comienza a decir buscando entre sus papeles el recetario, pero no es eso lo que quiero. Muy al contrario, puedo asegurar que después de un día entero sin tomar esas pastillas, mi mente se encuentra más despierta, mucho menos entumecida.

—¿Y los informes? —vuelvo a insistir.

—Sí, claro. Ordenaré que te los preparen y en cuanto estén listos uno de los administrativos comunicará contigo para que puedas recogerlos.

—¿Puede uno de esos informes corroborar que estoy facultada para hacerme cargo de mi hija y que no sufro ninguna incapacidad mental que pueda perjudicarla?

—Por supuesto. No sufres de ninguna patología mental, Inés. Solo es un pequeño desajuste temporal, por así decirlo. ¿Lo necesitas para algo en concreto? —pregunta preocupado lo que consigue despertarme un poco de simpatía, aunque reticente.

—No. Solo es una garantía que quiero conservar.

No sé por qué no le digo la verdad, pero no creo que deba hablar con un desconocido de todos mis conflictos personales. Bastante espinoso resulta que él sepa sobre mí misma más que yo.

Abandono la clínica con la sensación de no haber aclarado nada.

El viaje en coche resulta tenso y silencioso. Se cocinan mis pocas ganas de hablar con el desconcierto de Covalada cuando le relato lo ocurrido.

—Miente. Todos ellos mienten —irrumpe de forma abrupta, quebrando nuestro mutismo—. La próxima vez, entraré yo mismo para exigirle la verdad y no habrá kilómetros por medio que me lo impidan.

—¿Hay alguna forma de que yo pudiera haberme confundido? ¿De que llegara a pensar que realmente habíamos acabado?

Desvía la atención del volante durante unos segundos para echarme una mirada que refleja incredulidad.

—¿Como qué? ¿Te refieres a una discusión? Tuvimos miles de ellas. Los dos nos quemábamos el uno al otro, Inés. En todos los sentidos. Pero ninguna fue tan estrepitosa como para que resultara definitiva.

Suspiro con resignación sin poder evitarlo y cierro los ojos tratando de apagar mi mente, pero cuanto más lo intento menos lo consigo. Tras mis párpados, me persigue el azul cobalto de las paredes de la clínica a dentelladas que van y vuelven. De nuevo, me embarga una sensación de inquietud que deja un sabor a bilis en mi garganta y me provoca una náusea.

—¿Qué ocurre? ¿Inés? ¿Necesitas que me detenga?

—Recuerdo el sentimiento de desesperación, la angustia y la ansiedad. La clínica ha activado esa parte de mi memoria. No recuerdo nada, solo esa sensación. Mis visitas allí no fueron agradables.

—Tenías una grave depresión.

—No, no es solo eso. Es otra cosa la que me producía ese desasosiego.

Hay algo más que me ocultan, Oliver.

Lo miro esperando una confirmación; que vuelva a repetirme que todos ellos me están mintiendo para que la idea deje de sonar tan descabellada, pero me lo encuentro con una expresión afectada y los ojos concentrados en la carretera.

Aprieta los labios con resignación antes de contestar a la pregunta impresa en mi cara:

—Me has llamado Oliver.

Escondo mi sorpresa y finjo naturalidad.

—¿Acaso no es ese tu nombre?

—Sabes a lo que me refiero. Es a él a quién llamas así.

—No. Oliver siempre has sido tú. Solo estaba confundida —susurro volviendo mi mirada a la ventana.

Es hora de aceptar que mi familia está jugando conmigo y con mis recuerdos, y tomarme con escepticismo todo lo que provenga de ellos: el doctor Miranda incluido.

En cuanto llegamos a la casa de Covalada retiro el cargador de mi móvil y lo enciendo. Me saltan un sinfín de avisos de llamadas perdidas de Oliver y una de mi madre. Al fin, hace uso de mi teléfono para hablar conmigo. Debe ser algo realmente importante, mucho más que conocer de primera mano mi estado de salud tras el accidente. Ignoro esas llamadas y marco el número de la casa de mi abuelo donde la asistente me comunica enseguida con Alicia.

—¡Mamá! ¿Qué es lo que pasa? He hablado con papá y está muy preocupado por ti. Dice que no puede contactar contigo.

—Eso no importa ahora. ¿Tú estás bien? ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Claro que estoy bien. ¡El abuelo me va a comprar un caballo, mamá! Este fin de semana iremos a elegirlo a una feria equina. Dice que papá y tú también podéis venir, pero él dice que tú quieres divorciarte. ¿Es verdad eso?

—¿Te ha dicho eso? —pregunto tragándome un montón de improperios.

Atacarme a través de nuestra hija y tratar de incluirla en nuestras desavenencias es, con mucho, lo peor que ha hecho Oliver hasta el momento.

—Dice que no lo quieres y que vas a destruir nuestra familia.

—Alicia, hablaremos de esto en persona largo y tendido, pero será en otro momento. Te lo prometo.

—¡No! Dime la verdad. Estás muy rara desde el accidente. Has cambiado, mamá. Pareces otra. Antes nunca te enfadabas, casi siempre sonreías y te gustaba soñar despierta.

—¿Soñaba despierta?

—Sí, eso decía papá cuando te perdías pensando en tus cosas.

Esa afirmación dispara todas mis alarmas. ¿Yo, soñadora?

—¿Me perdía a menudo?

—Casi siempre.

Miro la receta que he guardado en mi bolso con más detenimiento. El nombre del medicamento no me dice nada fuera de lo común. He supuesto que era otro antiinflamatorio más.

—¿Quieres que vaya a buscarte hoy? Hablaremos sobre esto.

—¡No! ¡Me dijiste que me quedaría aquí unos días! Mamá, quiero ver cómo entrenan al potro. El abuelo me dijo que debemos ir conociéndonos. Podemos hablar otro día.

¿Por qué tengo la extraña sensación de que la relación con Alicia se está convirtiendo en una competición, y Dalmiro acaba de marcar un tanto que le sitúa en cabeza en el marcador?

—Te quiero, Alicia. No olvides nunca eso.

Ella se ríe con regocijo, llenando el auricular de su cantarina risa infantil. Adoro esas carcajadas.

—¿Cómo iba a hacerlo si me lo dices constantemente? La olvidadiza eres tú, mamá.

Cuelgo sin poder evitar dar vueltas a lo que ha dicho Alicia. Vuelvo a mirar la receta. Siempre he creído que venía tomando la medicación desde el accidente por culpa de las migrañas, pero y ¿si estoy equivocada?

—Tú y yo hablamos antes del accidente ¿crees que soy distinta ahora?
—le pregunto a Covaleda.

Él me echa un rápido vistazo y lo veo coger aire con fuerza. Cambia de marcha y reduce la velocidad.

—En las pocas ocasiones que interactuamos, siempre te mostraste fría y distante, lo que en realidad no es tan sorprendente. Yo tampoco estuve muy dicharachero. La mayoría de las veces, cuando te observaba sin que te dieras cuenta, me parecías perdida. ¿Qué estás barruntando?

—Llévame a una farmacia. Quiero saber qué estoy tomando exactamente

y por qué todos insisten tanto en que tome esta medicación.

—Mucho mejor. Iremos a hablar con un colega que trabaja en un laboratorio farmacéutico. Él nos sacará de dudas.

Después de contactar con su amigo, Covaleda me lleva a una gran planta de producción de fármacos cerca de la capital. El lugar resulta ser un gran complejo de 40.000 metros cuadrados. Uno de sus folletos informativos en la entrada asegura que es uno de los centros de I+D en química médica más importantes de Europa.

Cuando Covaleda pregunta por Rafa Plisado, de inmediato nos equipan con gorro, mascarilla, bata y patucos. Encontramos al susodicho en una de las puertas que llenan un pasillo con más apariencia de hospital que cualquier otra cosa.

No es la primera vez que estoy dentro de un laboratorio, y la sensación de claustrofobia, que me invade siempre que visito uno, se repite y me oprime volviendo la molestia de llevar mascarilla una absoluta agonía. Blanco, blanco y más blanco: impoluto, esterilizado, resplandeciente. Todo ahí grita de manera artificiosa, confeccionada, innatural; todo lo contrario que mis montes, mi verde bosque y el espacio abierto en el que yo trabajo.

Rafa concentrado en alguna fórmula, apenas se percata de nuestra presencia hasta que no estamos prácticamente encima. Se le dibuja una sonrisa cuando se levanta para amagar un abrazo amistoso con Covaleda.

—¿Qué tal tío? Te veo bien... y mejor acompañado que la última vez —comenta estrechándome una mano con efusividad. Prefiero no preguntar.

—Esta es Inés Baró. Puede que te haya hablado de ella.

Se quita las gafas de plástico que lleva puestas y las cejas se le suben hasta el nacimiento del pelo. Me mira como si fuera una aparición.

—¿Inés? ¿Esa Inés? —repite como si no pudiera creérselo—. Creía que odiábamos a Inés.

—Es... una historia un poco larga de contar ahora. Solo quédate con que ya no la odiamos tanto.

—Bueno, ahora entiendo porque su nombre siempre surge en cada una de tus borracheras —comenta con naturalidad sin que le importe en absoluto el azoramiento de Covaleda—. Bien, ¿qué os trae por aquí? Les he dicho que eráis gente importante que venía a comprobar cómo iban nuestras investigaciones, así que mis compañeros estarán ocupados demostrando lo

mucho que trabajan mientras estéis aquí.

Echo un vistazo, sin pretenderlo, a los otros dos ocupantes del laboratorio y compruebo con media sonrisa que en efecto parecen muy afanados en sus quehaceres.

—¿Qué puedes decirnos de este medicamento? —pregunto extendiéndole la receta desde el bolsillo de mi pantalón.

Lee el nombre que figura en el papel y me mira por encima de él.

—Es un ansiolítico. Es eficaz en caso de depresión o ansiedad, aunque su administración también entraña riesgos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Covaleda.

—No es que esté en contra de su utilización, pero hoy en día parecemos tener poca tolerancia para la frustración. Tanto pacientes como médicos aplican soluciones rápidas, convirtiendo las emociones normales en enfermedad: la tristeza en depresión, el miedo en angustia, la timidez en fobia social. La ansiedad que produce perder el trabajo, divorciarse u otro tipo de dificultades no son problemas médicos, sino sociales y económicos. Este tipo de medicamentos solo deben recetarse en caso de situaciones patológicas, es decir, aquellas que aparecen sin ningún motivo o razón, o bien, en las que aunque exista una cierta causa, la respuesta ansiosa sea desproporcionada en cantidad y calidad. De cualquier otro modo, se debería ayudar al paciente a encontrar soluciones y a normalizar las respuestas de tristeza y angustia ante esas determinadas situaciones.

»No hay que olvidar que este tipo de medicamentos contienen benzodiazepina. El problema con la benzodiazepina es que puede producir un déficit profundo en el desempeño de la actividad, puede interrumpir el proceso cognitivo y el almacenamiento de información en la fisiopatología de la memoria a corto plazo.

—¿Dices que puede afectar a la memoria?

Rafa vuelve a echarnos un vistazo, para evaluarnos a cada uno, antes de contestar.

—La benzodiazepina es una droga psicotrópica. Su prescripción en dosis altas inhibe la voluntad de quien la toma, produce confusión mental y alteraciones sedativas y emocionales. En resumen, puede mantener a la persona que la toma en una especie de limbo. Inhibe la adquisición o consolidación temprana de la memoria, incluso del aprendizaje.

—¿Puede entonces una persona que lo toma perder la memoria? ¿No recordar su pasado? —insisto

—No, no afecta a la memoria a ese nivel, pero pensad que es una droga. Con su consumo se está narcotizando al paciente, llamadlo “*idiotizar*”. Cuantas más dosis consumimos, más nos “*idiotiza*” y menos capacidad tenemos para saber y recordar lo que estamos haciendo. Hablo de los despistes, los pequeños olvidos, a la confusión mental, la desorientación.

»Tengo entendido que se está poniendo de moda para robar o incluso violar porque “*hipnotiza*” a las víctimas para que cooperen sin resistencia.

—Como la burundanga —afirmo más que pregunto, mientras el espanto me llega en pequeñas dosis como si alguien me lo fuera administrando a través de una jeringuilla.

—La burundanga es en realidad otro componente farmacéutico que se denomina escopolamina. También se utiliza en sedantes, antidepresivos e incluso en algunos medicamentos antináuseas.

He de suponer que esta última información resulta interesante e incluso instructiva, pero en lo único que puedo pensar es en que me han estado manipulando y aletargando a su conveniencia.

—¿Cuántas dosis considerarías excesivas? —pregunta Covaleda por mí.

—En estas cantidades, dos al día ya son suficientes... ¿Necesito saber? No, mejor no. Solo tened cuidado. Este tipo de medicamentos causan adicción. Proporcionan una notable mejoría, y el paciente acaba echando mano de ellas en cualquier situación estresante sin conciencia de sus efectos dañinos.

—No es el caso, pero gracias de todas formas, Rafa. Has sido de gran ayuda.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Este hombre salvó a mi gato de una muerte segura —comenta con exagerada emoción, buscando mi complicidad.

Trazo una leve sonrisa que me cuesta un triunfo esbozar. Solo siento frío como si mis venas estuvieran repletas de hielo. Todo el calor me ha abandonado y percibo de forma demencial mi sangre, palpitando dentro de mi caja torácica y en el pulso de mi garganta como si estuviera presionando por salir, y yo no tuviera ninguna oportunidad de contenerla. Me falta el aire y lucho por no retirarme la mascarilla de la boca mientras mi pecho sube y baja de forma precipitada y araña por cualquier vestigio de oxígeno.

Siento la mano de Covaleda apretar la mía cuando ni siquiera recuerdo haberla cogido. Musito un apagado adiós a Daniel antes de salir de aquel albor opresivo y deshumanizado, y me arranco la mascarilla en cuanto tengo ocasión.

Han estado manipulándome y adormeciéndome. Pero ¿Quién? ¿Mi abuelo? ¿Mi madre? ¿Oliver? O ¿todos ellos? ¿Para qué? ¿Para convertirme en la nieta, hija y esposa perfecta? Callada, influenciada, ¡aturdida!

Estoy gritando. Estoy en el aparcamiento y estoy gritando de frustración, de rabia y resentimiento. No puedo parar. Tal vez, sea la loca que insinuó Oliver o tal vez la locura no exista, y se la inventen esas personas con un palo por el culo para obligarnos a todos a ver la realidad de la misma forma que ellos; gris, anodina, superficial y uniformada.

Siento los brazos de Covaleda, atrapándome desde mi espalda mientras trata de retenerme o consolarme con fuerza.

—Ya se terminó, Inés. No volverán a tocarte. No dejaré que vuelvan a hacerte daño. —Me chista como si fuera un gato salvaje al que hay que arrullar con cuidado para tranquilizarle, y funciona.

Dejo de debatirme, de sentirme aprisionada y me deshago en su abrazo, recuperando el ritmo normal de mi respiración poco a poco.

La melodía de mi móvil araña nuestra inestable tranquilidad. Lo busco en mi bolsillo y leo el nombre de mi madre en la pantalla.

«Qué oportuna Celia Baró. Es hora de hablar».

Con mucha probabilidad, lo más importante en la vida de un niño sea sentirse querido y aceptado tal y como es, no con medias tintas; te amo a pesar de tu origen, a pesar de tu carácter o de tu inutilidad. En ese caso el mérito parece no ser del niño, sino de la generosidad del progenitor o al menos ese es el mensaje recibido y ese fue el mensaje que siempre recogí yo. Mi madre me quería a pesar de mi padre, a pesar de truncar su juventud, a pesar de no cumplir sus expectativas, a pesar de ser tan diferente de ella, y yo como un cachorrillo aleccionado agradecía cualquier pequeña muestra de afecto por poco que fuera, creyendo que recibía más de lo que merecía.

Ahora, con pruebas de su intento de manipulación, dudo que alguna vez me haya querido. Solo he sido un proyecto más que Celia Baró debía y quería solventar con acierto para regodearse de su buen trabajo. Y no paró hasta conseguir convertirme en la hija perfecta, aunque tuviera que sacrificar todo lo que yo era.

Ya no soy aquella niña que rascaba por el poco y único cariño que era capaz de conseguir. He aprendido a vivir sin ello, y sin ella, y he sido feliz, muy feliz; sin embargo, duele y siempre dolió saber que nunca me dejó entrar y me echó de su vida en cuanto resulté un estorbo. Solo me dejó volver bajo sus términos, convertida en una marioneta sin voluntad.

Lo más curioso es que fue ella la que plantó la semilla que germinó en mí con esa actitud fría e indiferente, y la regó con su apatía disfrazada de amor.

—¿Dónde demonios estás, Inés? Oliver lleva todo el día tratando de localizarte sin resultado. No puedes desaparecer de este modo sin consultarlo con tu marido.

—¿Por qué no? —pregunto con simpleza y la oigo titubear antes de responder.

—¿Has ido a la cita con Joaquín que te concertó tu abuelo?

—Sí, mamá. He ido poco antes de hacer una consulta farmacológica sobre los componentes del medicamento que tan generosa y excesivamente me suministra.

Contiene el aliento y hace una pausa que se me hace eterna, pero no presiono. Yo misma estoy sorprendida de mi templanza. Por una vez, siento

que soy yo la que tiene el control.

—¿De qué estás hablando?

—De la sobremedicación que me ha estado dando ese doctor que tanto aprobáis e insistís en que visite.

—No sé qué es lo que te han dicho o qué crees haber averiguado, pero no debes dejar ese tratamiento. Es por tu bien, Inés. Soy consciente de que se ha abierto una brecha entre nosotras, y puede que incluso sientas que te he estado evitando. Nada de esto ha sido fácil para mí. Puede que tú hayas olvidado lo que ocurrió, pero yo no puedo hacerlo.

—¿De qué demonios hablas? —pregunto desconcertada e incluso ofendida—. ¿Qué no ha sido fácil para ti, Celia? ¿Qué es lo que no puedes olvidar? ¿Como dejaste en la calle a tu hija embarazada? ¿Como la mentiste a ella y a todo el que tuviera oídos sobre su padre, convirtiéndola en una paria? ¡Cómo tienes tanta desfachatez!

—Sé qué cometí errores, pero tuve tiempo para arrepentirme de ellos. Ya te dije que lo sentía, Inés. Ninguna de esas desavenencias tiene que ver con tu medicación.

Me parece estar hablando con alguien que no entiende nada. Que por mucho que insista, jamás reconocerá que ha estado tratando de dirigir mi vida y arrastrarme por el camino que ella creía conveniente.

—Debes volver a casa con tu marido y tu hija. Continuar como hasta ahora, Inés.

—¡Estás loca! ¡No voy a continuar viviendo a vuestra manera! ¡Se acabó!
—grito sin poder evitarlo.

—Está bien. Quería evitar tener que recordar lo que ocurrió, pero no me dejas alternativa. Lo mejor será que nos reunamos en casa de tu abuelo. Allí hablaremos sobre el pasado. Intenta llegar en menos de dos horas.

Cuelga la llamada antes de obtener mi confirmación. Lo que conlleva que está muy convencida de que me tendrá allí y tiene razón.

Covaleda se muestra reacio.

—No me fío de ninguno de ellos —comenta con inquietud, llevándose las manos a las caderas mientras parece reflexionar sobre ello—. ¿Quién me asegura que no volverás a desaparecer durante meses de nuevo? ¿Qué no tratarán de retenerte?

—Pues ven —resuelvo y parece pensárselo poco, antes de mostrarse de acuerdo.

Aparcamos el coche en la entrada. Nos esperan dentro de una sala nueva. Más regia, más lúgubre y mucho menos acogedora que la del piano. Parece que la hubieran elegido a propósito para crear el ambiente pesado que requieren las malas noticias.

A un extremo, nos encontramos a mi abuelo sentado sobre una silla de alto respaldo en una pose estirada, demasiado incómoda como para que resulte natural. Justo detrás, mi madre con el gesto torcido no esconde la desazón que le causa la presencia de Covalada, pero es Oliver el que cierra los puños con cólera cuando nos ve entrar.

—Veo que no has perdido el tiempo —escupe. Solo que no sé a cuál de los dos en concreto dirige su comentario; sin embargo, es Covalada el que se molesta en contestar:

—Perder el tiempo es precisamente lo que he hecho, aunque siento más bien que me lo han robado. Será interesante comprobar cómo mantenéis la versión de mi abandono delante de mis narices.

—Lo único que hemos hecho ha sido dar crédito a la historia que contó Inés cuando llegó aquí, si bien es cierto que tal vez debimos dudar de ella —interviene mi abuelo con su voz más firme y menos amable. La que con seguridad utiliza para amilanar a sus contrincantes en los negocios.

—Me temo que los únicos sin credibilidad sois vosotros —contesto sin dejarme deslumbrar por ese tono—. No sé con qué fantástica historia nos amenizaréis ahora, pero dejad que os diga que os tendréis que esforzar mucho para que nos parezca real.

—¿Será suficiente con estas pruebas? —vuelve a intervenir Dalmiro, y empuja un montón de hojas hasta colocarlas a nuestro alcance.

Me acerco hasta ellas y comienzo a mirarlas sin encontrar ningún sentido a lo que leo.

—Es cierto que mentimos cuando te contamos, no solo ahora, sino mucho antes, que tuviste una depresión. Ojalá hubiera sido así. Creemos que lo que desencadenó todo, fue la interrupción de tu embarazo. El doctor Miranda nos dijo que casos como el tuyo se pueden sobrellevar años, en estado latente sin que nadie se dé cuenta, hasta que surge una situación muy estresante.

—¿Casos de qué? ¿De qué hablas?

—Tuviste un brote psicótico. Perdiste el contacto totalmente con la realidad, Inés. Fue un tiempo aciago para esta familia. Tenías alucinaciones, delirios. La tomaste en especial con tu madre. En varias ocasiones tuvimos que detenerte, incluso atarte a la cama para que no le hicieras daño ni a ella ni a ti, pero no lo conseguimos del todo y una noche conseguiste prender fuego a parte de esta casa. Es difícil descubrir ahora donde fue, tras la restauración, pero ahí tienes la noticia si quieres comprobarlo.

No puedo moverme. Tengo los papeles en mi mano, pero soy incapaz de acercármelos a los ojos para poder leerlos. Es Covaleda el que los recoge y comprueba que lo que dice es cierto.

—Aquí dice que el fuego comenzó en las cocinas por el descuido de una empleada —señala con incredulidad.

—¿Pretendías que confesara que había sido mi nieta porque sufre un trastorno mental? Ocultamos la causa del incendio como pudimos.

—No creas estas mentiras, Inés. Vámonos —resuelve tirando de mi mano aún inerte.

—No puedo irme sin Alicia —susurro, aunque no sé si puede oírme.

—¡No son mentiras! —interviene mi madre por primera vez—. ¿Quieres saber por qué no recuerdas nada de aquello? Busca entre esas hojas y descubrirás que tuvimos que aplicarte una terapia electrocompulsiva. Se aplica en los casos más severos. A veces, su uso conlleva la pérdida de memoria, pero teníamos que arriesgarnos. Era eso o dejar que te hicieras daño.

—¿¿Qué?! ¿Electroshock? ¿Le freísteis el cerebro? ¿Acaso es eso legal hoy en día?

—Por supuesto que es legal —defiende Oliver. Lo miro sin verle en realidad. ¿Él lo sabía?—. El uso del TEC es más común de lo que se cree. No tiene nada que ver con la forma que se utilizaba antiguamente. Se utiliza sedación y un relajante muscular para disminuir los efectos de las descargas a nivel corporal. Salva muchas vidas.

Percibo por el rabillo del ojo el movimiento de Covaleda, rebuscando esa información entre las hojas, pero mi mirada está fija en mi abuelo y la de mi abuelo en mí.

Sus ojos siempre me parecieron intimidantes, sobrecogedores, inexpugnables. Muy difíciles de leer. Siempre admiré esa parte de él. Practiqué muchísimo para conseguir esa clase de blindaje en mi expresión, y por mucho que lo hiciera siempre supe que Dalmiro podía ver a través de él

sin ninguna dificultad, pero ya no soy una aprendiz y la maestría conlleva el conocimiento.

Poco a poco salgo de mi estupor. He sido capaz de asimilar la información, disgregarla, estudiarla y algo me susurra leve, y tal vez sin mucho poder de convicción aún, que no debo creerlo todo. ¿Acaso no era ansiedad lo que asomaba en esa mirada?

Recojo los papeles abandonados con frustración sobre la mesa por Covaleda y hecho un vistazo a su información. Confirma el tratamiento con TEC en la clínica Valdivieso con una autorización firmada por mi madre.

—Aquí no se especifica el motivo —recalco.

—Insistimos en que así fuera. No podíamos arriesgarnos a que tu trastorno se hiciera público —aclara mi madre.

—El doctor Miranda dice que tienes recuerdos falsos —dice Dalmiro retomando las riendas de la conversación—. Es probable que estén originados por otro brote psicótico durante o tras el accidente para sustituir los que perdiste por culpa del trauma en la cabeza. Con el tiempo, volverás a recuperar la memoria y te darás cuenta de que no eras infeliz, pero debes tomar la medicación. Desde que has descuidado las tomas, han vuelto las paranoias. Hemos revisado tus registros informáticos. No hay ningún mensaje misterioso de desconocidos ni existe tampoco ese extraño hombre de la visera que has creído ver en el pueblo.

—¿Y cómo explicas qué ese hombre también haya interactuado con mi compañera de trabajo?

—Irene jamás ha visto a ese hombre. Nos lo ha confirmado.

Me niego a creer que es cierto. Busco la complicidad de Covaleda, pero soy capaz durante dos segundos de percibir sus dudas aunque rectifique con rapidez su expresión.

¿No hay hombre de la visera? ¿Es esta la auténtica verdad?

—Con sinceridad, Inés. Incluso llegamos a creer que habías sido la causante del incendio que estás investigando.

Trago saliva con fuerza y siento mi corazón retumbando en la base de mi garganta. No quiero enfrentarme a esto.

—No les escuches, Inés. No creo ni una palabra. Son muy capaces de inventar algo tan retorcido para engañarte y continuar manipulándote. Busca a tu hija y vámonos de aquí —resuelve Covaleda como si oyera mis pensamientos. Consigue que le quiera aún más por esa inquebrantable lealtad.

—¿Dónde está Alicia? —pregunto dispuesta a marchar.

—No vas a llevártela. No de la manera que pretendes.

—Nadie me va a quitar a mi hija —contesto sin aliento.

—No es eso lo que queremos. Te lo dije, Inés. Eres una buena madre. Lo único que tienes que hacer es volver a casa con tu marido y continuar tomando la medicación.

¿Y eso es todo? ¿Ahí acaba mi vida? Una parte de mí se niega a creerles. Mi parte racional más astuta y firme me dice que no. ¿Acaso los locos saben que lo están? Todo suena a títeres y cachivaches; demasiado irreal, demasiado fabulista. ¿Pueden ser capaces de inventar algo tan rocambolesco por pura maldad? ¿Pueden ser así de crueles? O ¿hay otra razón detrás?

Miro alrededor. Las paredes están llenas de retratos del abuelo de Dalmiro, de su padre, de él mismo, incluso de mi madre jurando su cargo. Una galería impresionante de los logros y el imperio conseguido por los Baró.

No me había percatado de lo importante que es para mi abuelo continuar con su legado. Al punto de sentirse decepcionado conmigo por no entenderlo. Me lo dijo aquél día. El valor sentimental de sus bienes tiene un precio incalculable. Alicia será su sucesora. Motivo por el que su padre tiene un puesto de honor en esa representación maquiavélica que ofrecen los tres. Dalmiro hará lo que sea necesario para conservar e instruir a su heredera. No me cabe duda.

—Entonces, mi única alternativa es volver a convertirme en una persona alelada y regresar con el hombre que vosotros habéis elegido, aunque visite otras camas —resumo con desdén.

—No tendría que hacerlo si tú calentaras la nuestra —se defiende Oliver sin tener en cuenta lo incómodo que resulta para el resto de los oyentes.

—¿En serio, Oliver? Esperaba un poco más de ti. Resulta tan insulso que el infiel culpe de sus pecados a la pareja. Asume tu traición y no busques compasión —le digo con desprecio, pero las siguientes palabras las dirijo a mi abuelo.—. Creía que era feliz. A primera vista, no es lo que Oliver da a entender.

—Vuelves a pecar de idealista. La felicidad no es un sentimiento indefinido y perdurable en el tiempo. Si no tuviéramos de vez en cuando dificultades y recaídas, no seríamos capaces de reconocerla cuando la tenemos. Para subir al cielo hay que conocer el infierno. Oliver ha cometido un error y créeme pagará su deslealtad, pero no ha hecho nada que tú misma no hayas hecho ¿verdad? —Pese a que sigo la mirada de Dalmiro hasta Covalada, no se me pasa desapercibida la forma de encogerse de Oliver tras

las palabras de mi abuelo.

—Ni siquiera te lo plantees, Inés. Te frieron el cerebro sin tu consentimiento y eras mayor de edad. Te han estado drogando y engañando. Recurriremos a los tribunales si es necesario para conservar a tu hija. No están por encima de la ley.

—Nadie te ha dado vela en este entierro —se interpone Oliver.

—Tengo su permiso y para mí es suficiente.

—Que te haya dado permiso para compartir su cama, no quiere decir que lo tengas para entrometerte en asuntos familiares. Sigo pensando que vio el percal y huyó con el rabo entre las piernas, igual que hará ahora —vaticina con desprecio.

Por primera vez, me centro en Oliver. Nunca he sido capaz de relacionar a El gato con este hombre. Supongo que ya apuntaba maneras cuando mancilló aquella pared tras trazar aquel plan retorcido y astuto para mantenerme a su lado. Pero ¿cuán lejos han llegado sus tejemanejes para continuar haciéndolo?

—Tú lo sabías todo. Lo del TEC, lo de la medicación. ¿Tan desesperado estás que te conformas con tener una mujer sin vida, sin recuerdos, sin su esencia? ¿Hasta dónde llegan tus pocos escrúpulos?

—La medicación solo templas tus impulsos, no dejas de ser tú. No somos los malos en esta historia. Todo lo que hemos hecho ha sido pensando en tu bienestar.

—He perdido la capacidad para creerte, Oliver.

—Vámonos —insiste Covaleda cogiendo mi mano y tirando de ella con suavidad, pero firmemente—. Volveremos con la policía, con juez o con quién haga falta. Demostraremos que mienten.

—No lo hagas, Inés. Perjudicarás a tu hija y a ti misma. Necesitas la medicación o volverás a sufrir otro brote —insiste mi madre con una desesperación que me hace dudar. Nunca había escuchado ese tono en ella—. Piénsalo al menos. No tomes una decisión precipitada.

—Lo pensaré si me dejáis ver ahora mismo a Alicia.

Con un asentimiento de cabeza, Dalmiro permite a mi madre salir tras la niña.

—Nunca ganarás un litigio contra mí, Inés. Tenlo muy en cuenta mientras reflexionas sobre lo que harás. Véngate de tu marido si quieres con una loca aventura siempre que sea discreta. Tómatelo como unas merecidas vacaciones y luego vuelve al redil.

El sutil insulto da en la diana y la mano de Covaleda se tensa en la mía;

sin embargo, no tenemos tiempo para replicar ya que una entusiasta Alicia aparece a través de la puerta precediendo a mi madre.

La recojo entre mis brazos, pese al peso y que ya es demasiado grande para alzarla y la estrujo todo lo posible sin hacerla daño.

—Mamá, no has venido a buscarme aún ¿verdad? Todavía no hemos comprado el potro.

—No, claro que no. Solo he venido a abrazarte y a decirte que volveré pronto a buscarte.

La risa de Alicia rebota en el sepulcral silencio que nos rodea e indiferente al malestar que persigue a los adultos. Se vuelve también hacia su padre, ofreciéndole otro abrazo.

—¿Tú también has venido a por uno?

—Por supuesto —le responde Oliver con una amplia y sincera sonrisa mientras la sube con fuerza para deleite de la niña. Cierro los ojos evitando el daño que esa imagen me produce.

Miro hacia el cielo cerúleo cuando la puerta se cierra tras nosotros, y la sensación que me sobrecoge es que ya me han echado de la vida de mi hija. Que la fallaré como mi madre hizo conmigo. No sé cómo impedir que Alicia salga lastimada. Todavía tengo mucho que pensar, que estudiar y digerir. Asimilar que tal vez todo sea cierto, será la parte más difícil.

Antes...

Me senté en ese sillón, sintiéndome fuera de lugar mientras esperaba a Dalmiro. La incipiente tripilla no podía ocultar mi estado de buena esperanza. Parecía como si *Garbancito* llegara con ganas de hacerse sitio en mi vida y en mi cuerpo.

Ni siquiera estaba segura de haber tomado una buena decisión, pero había visto a los Covalada hacer planes para vender el único pequeño lujo que habían podido permitirse, con duro trabajo, en veinte años, y no podía consentir que se deshicieran de ese apartamento en la playa para poder ayudarnos económicamente.

Jamás se me hubiera ocurrido apelar al sentido del deber de mi abuelo de ser la única implicada, pero yo, como cualquier madre, quería lo mejor para mi hijo y en ese caso, podía dárselo. Tuve que pelear mucho con Oliver para que aceptara. No quería tomar nada de mi familia. Pero si aceptábamos ayuda de la suya, bien podíamos hacer lo mismo con la mía. Dalmiro podía ofrecernos mucho sin ningún esfuerzo y nunca me obligaría, como hizo mi madre, a deshacerme de *Garbancito*.

Mientras se alargaba la espera, dormitaba. La somnolencia había pasado a formar parte de mi vida como un atuendo más del que no podía prescindir.

La asistente me había avisado de que estaba ocupado y no me recibiría de forma inmediata, pero ni por asomo volvería con las manos vacías, después del tortuoso viaje en autobús que me había traído hasta las inmediaciones y la caminata con molestias que había tenido que soportar hasta esta zona residencial.

El transporte público no llega hasta allí porque se presupone que sus residentes no lo necesitan, y el servicio doméstico bien puede valerse como lo hice yo. Ciertamente, las marquesinas casposas y ojerosas dispuestas en las paradas de autobuses mancillarían este lustroso e impecable barrio.

El primer calambre llegó con poca fuerza, como si fuera una molestia menstrual. Rosa, la madre de Oliver, ya me había avisado de que eran

normales y sentirlo no me puso en sobre aviso. No me preparó para la sangre.

Me puse en pie en cuanto sentí la humedad entre mis piernas. En ese momento, Dalmiro entraba por la puerta. Se detuvo abruptamente sin poder ocultar una expresión de sorpresa.

—Haz algo. No dejes que lo pierda, por favor.

Era la primera vez que le pedía algo, y fue lo único que no pudo darme.

Ahora...

Reviso su librería y mi dedo se detiene en los antiguos libros, aquellos que primero me pertenecieron a mí. Primero saco 1984 y mis ojos se deslizan por sus hojas aguadas y sus letras corridas. Covaleda haciendo de las suyas para llamar mi atención. En ese momento, ni por asomo llegaría a sospechar que su recuerdo afloraría una sonrisa en mis labios.

Evocar aquellos tiempos es mucho mejor que añorar un pasado que nunca ocurrió y que con probabilidad, se asemeja a un oscuro laberinto en el que aún estoy atrapada.

Dejo los libros y vuelvo a coger el móvil abandonado sobre una mesilla. Busco de nuevo el número de Irene y realizo la llamada. No responde y tampoco me sorprende porque es la tercera vez. Supongo que es cierto que ha hablado con mi familia y ha corroborado la teoría del extraño inventado, pero quiero oírlo de sus propios labios.

Me vuelvo despacio y me encuentro a un reflexivo Covaleda. Me mira pensativo y serio. No salgo a su encuentro, espero que sea él el que dé el primer paso. Solo son cuatro los que nos separan, pero parecen miles de kilómetros.

¿Cuántas pruebas de fuego hemos de superar entre los dos para estar juntos? ¿Cuánta confianza tomada a pulso con el peligro de escurrirse entre los dedos? ¿Será esta la última? ¿La insuperable?

—Estoy sopesando una posibilidad —comienza con una sonrisa azorada—. Llámame loco si quieres —suelta sin pensar y la sorpresa de lo dicho le detiene.

Podría lamentarme de que esta nueva situación parezca obligarnos a andar de puntillas, teniendo minucioso cuidado de lo que decimos, pero no soy de esas personas que se ofenden o alteran por bien poco. Estaré por aquí unos 80 años con suerte, no malgastaré el tiempo en fruslerías.

Me río sin poder evitarlo, y es una risa necesaria y descontrolada que le

contagia a él y acorta esa distancia que nos separa para que podamos compartir esa algarabía en un enredo de brazos. Las bocas sonrientes se encuentran, y muere la diversión en los labios cuando solo hay sitio para la ternura.

—No me importa si es cierto lo que dicen o no. No voy a malgastar ni un solo minuto más sin ti, ahora que has vuelto a mi vida. Tu locura será la mía también. Seremos un par de locos envueltos en felicidad, mientras los cuerdos malgastan su vida buscándola de la manera equivocada. Si te pierdes yo te haré volver, Inés. Solo déjame seguirte.

Le contestaría que sí si tuviera boca para hacerlo, pero la tengo demasiado ocupada demostrándoselo. A fuerza de besos y caricias nos olvidamos de todo lo que no sea su piel contra mi piel.

—No me has dicho en que consiste esa posibilidad que barajas —le digo más tarde mientras acaricio las suaves ondulaciones de su pecho.

Se vuelve a mirarme en la oscuridad y siento sus labios sobre mi frente en un suave beso antes de su respuesta:

—Ahora, suena más extraño todavía que cuando lo he pensado, pero ¿has oído hablar de los recuerdos falsos?

Niego con la cabeza.

—Verás, los recuerdos que se almacenan en nuestro cerebro no son un fiel reflejo de la realidad. Tenemos tendencia a evolucionarlos y transformarlos de acuerdo a las experiencias que vamos adquiriendo. La mayoría de las veces nuestro ego los mejora o somos sugestionados por otras personas. Incluso podemos crearlos desde cero.

»Parece increíble, pero es posible que cuando se piensa muchas veces en algo y lo visualizamos de forma constante, acabamos recordándolo como una vivencia propia aunque no ocurriera de tal forma. Se empieza a poner en duda la veracidad de las declaraciones de los testigos oculares en los juicios, debido a este descubrimiento.

También he leído que algunas personas con amnesia, han vuelto a recuperar la memoria tras un golpe en la cabeza. ¿Y si tu trauma te devolvió los recuerdos falsos? ¿Es posible que durante ese estado de letargo en que te sumieron las pastillas, imaginaras cómo podría haber sido nuestra vida juntos?

—Has reflexionado mucho sobre ello —comento asombrada.

—Llevo tiempo investigándolo. Desde que lo hablamos por primera vez. Lo cierto es que solo son conjeturas y teorías al azar, pero tienen una base científica y podrían dar un poco de sentido a este galimatías.

—Me resulta paradójico tener que aceptar que parte de mis recuerdos son falsos o no son fieles a la realidad.

—Lo sé. Yo estoy absolutamente convencido de que los míos lo son.

—Comparémoslos. Hoy mismo recordaba, aquella vez que te tiraste a la piscina con toda la intención de molestarme y me empaste entera.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Yo me estaba dando un baño muy tranquilo cuando me atacaste tirándome un libro a la cabeza.

—Tú no tienes recuerdos falsos, Oliver Covalada. Tú eres un caradura.

—Se te ocurrirían peores insultos si supieras que tuve pensamientos impuros todo aquel verano debido a aquella imagen tuya, empapada y furiosa. Aquel recuerdo no hizo falta mejorarlo.

Una carcajada aflora desde mi garganta, pero cuando nuestras palmas se encuentran es difícil ocultar el pequeño temblor de mi mano.

—Todo saldrá bien, Inés —dice con voz más grave—. Todo saldrá bien —repite como si con ello tratase también de convencerse a sí mismo.

Cuando Francisco, mi contacto en medio ambiente, me llama, el tema de la reforestación del terreno en El Cedro ocupa un escalafón bastante bajo en los problemas que me urgen resolver.

Sin embargo, centro mi atención cuando me revela que el informe fue encargado poco antes de que contactara con él. Me parece imposible puesto que yo recibí ese encargo muchísimo antes.

—En un principio, parece un asunto de carácter personal, que no proviene de los usuales canales oficiales. Pero algo me dice que el verdadero interés no está en ese terreno, sino en el incendiado. Según la nueva ley de montes: son necesarias medidas compensatorias que permitan recuperar una superficie forestal equivalente a la quemada en el caso de que la comunidad autónoma decida recalificar; siempre que concurran motivos de interés público, pero eso resulta bastante impreciso y, desde luego, no es el público quién lo decide.

»Que yo sepa ya se está negociando un precio de compra, por lo que pasará de manos privadas a públicas en breve tiempo. En cualquier caso, tienen muy bien cubiertas las espaldas. Lo más probable, es que el

beneficiario sea algún pariente del tío Gilito, ya me entiendes. Será interesante observar qué proyecto de carácter excepcional se sacan de la manga.

Cuando termina la llamada solo una pregunta ronda mi cabeza. Una duda que me persigue, aunque he tratado de ignorar y enterrar con el resto de las historias que me contaron aquella tarde. ¿Pude yo haber incendiado el monte? Y de ser así, ¿quién mató a Antonio y por qué sus huellas estaban en la motocicleta?

Antes...

No quería verla. No entendía cómo podía creer que querría hacerlo. ¿Acaso pretendía recuperar nuestra relación ahora que *mi engorro* ya no se interponía en su carrera? La odiaba. Aunque nada hubiera tenido que ver en la pérdida de mi bebé, de alguna forma, lo relacionaba con ella. Si intentaba entrar de nuevo en esa habitación, volvería a gritar con todas mis fuerzas hasta que desapareciera de mi vista.

Seguro que ella era la causante de mi encierro. No entendía por qué me retenían en aquel lugar, si yo me sentía bien. No me importaba cuántas veces insistieran en que estaba enferma. Podría jurar y perjurar que no era así.

Me acerqué a la ventana, ansiando poder encontrarme allí fuera y respirar un aire no tan viciado como el de aquella habitación. Ni siquiera me permitían abrirla. Comencé a tirar del sistema de apertura forzándolo, pero sin conseguir un solo movimiento. La frustración comenzaba a aumentar mi ansiedad. Dispuesta a acabar con aquel encierro, alcé una de las sillas forradas de terciopelo y, con toda la fuerza de la que disponía, la estrellé contra el cristal rompiéndolo en miles de añicos pequeños y afilados.

El viento de otoño azotó mi cara, calmando mis mejillas ardientes, y revolvió travieso mi pelo.

No me importó que entrara una legión de personal, encabezado por mi abuelo, con una mirada reprobatoria o alarmada. Ninguno de ellos me interesaba. Ya nada me afectaba.

La noticia se filtra en los medios de comunicación como un auténtico escándalo. La Junta ha hecho oficial su proyecto de *interés público* para el terreno calcinado. Una autovía que facilitará el acceso a la capital desde los lugares más inaccesibles de la provincia. Desde el periódico local se critica que desde las altas esferas de la comunidad parecen tener más prisa por construir su carretera, que por descubrir a los culpables del incendio. No me extrañaría que así fuera.

Con este plan surge un verdadero vencedor: Oliver y su urbanización venida a menos. No pasará mucho tiempo antes de que la gente comience a murmurar. El enriquecimiento pocas veces está en manos del azar o las casualidades, y él se ha visto demasiado salpicado. Tal vez por eso estoy segura de que es inocente. Nadie dejaría un rastro tan evidente. Además, creo que no sería capaz de mover un dedo sin el consentimiento de mi abuelo.

No obstante, Marcos descubrió que aquella bolsa de pastillas de encendido no hacía tanto que había sido vendida. Aunque no se adquirió en la tienda de Antonio, sino en un centro de jardinería no lejos de la zona residencial de mi abuelo. Lo conozco porque he pasado por delante de él infinidad de veces, aunque no recuerdo haber entrado. Curiosamente, su dependiente sí se acuerda de mí. Según me dijo es difícil olvidar un color de pelo como el mío, aunque su memoria falle cuando le pregunto qué fue lo que compré.

Mi dedo se desliza por la rueda de un mechero prendiendo una llama. Miro el fuego estudiando con atención mi actitud. Es difícil no sentirse hechizada por su magia, pero no siento ningún impulso incontrolable. Suelto el mechero con sobresalto cuando quema mi dedo y me lo llevo a la boca distraída.

Echo de menos a Irene. Seguro que le hubiera buscado el lado divertido a toda esta situación. Si no fuera porque Covaleda asegura conocerla, pensaría que también fue creada por mi mente.

Cojo su portátil y abro mi correo. Sé que es un trabajo baldío, pero necesito buscar aquellos mensajes. No aparecen con el buscador y continúo diseccionando página por página cada uno de los emails recibidos.

No los encuentro, pero han podido borrarlos. Busco en la sección de enviados mi respuesta a su primer mensaje y tampoco soy capaz de verlo; sin embargo, si encuentro el correo que envié al departamento administrativo de medio ambiente con una duda de origen técnico sobre el proyecto de reforestación que me encomendaron y más tarde anularon. Debido al carácter confidencial del encargo, todavía no tenían referencias de él y no me contestaron vía email, sino que más tarde recibí una carta oficial de su departamento. La fecha del mensaje data sobre el 1 de Julio y mi duda versaba sobre la exclusión de los datos que confirmaran una cifra exacta del terreno a reforestar.

Levanto la mirada de la pantalla segura de que tengo una valiosa prueba en mis manos. El incendio se produjo el 22 de Agosto. ¿Vaticinio o previsión?

Llamo a Marcos y comparto esta información con él. Le envío el correo, pero le llega en blanco. Vuelvo a intentarlo, pero es en vano.

Me detengo con el ratón sobre el botón de reenviar. Ya no estoy segura de nada. No sé qué es real o no. Han plantado esa semilla en mi cabeza y si antes estaba cuerda, ahora esa simiente amenaza con trastornarme de verdad.

Bajo la pantalla del portátil sin tratar de volver a enviarlo.

♪ *Sia_Elasting Heart*

Antes...

Las llamas comenzaban a extenderse cuando salí de la cocina. Era domingo, y lo sabía, porque cuando así ocurría, la casa conservaba menos personal de servicio y era Romina quien me llevaba la bandeja de comida.

Romina era una limpiadora demasiado joven y preocupada, en exceso, por agrandar. Su precaria situación le obligaba a mantener ese trabajo como fuera, pero tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza, cuando debía dejar a su niña de seis años con el bruto de su marido, como para darse cuenta de que debía cerrar la puerta de mi habitación con llave o apagar el hornillo

cuando salía de la cocina.

La casa disponía de una alarma de incendios que no tardó mucho en sonar, y puso al poco personal disponible sobre aviso, corriendo en una u otra dirección. Yo solo pensaba en llegar a un teléfono. Tal vez llamarle y pedirle que viniera a buscarme.

Con mucha rapidez, entré en el despacho de Dalmiro y cerré la puerta con pestillo. Aquello siempre fue como un santuario prohibido para mí en las visitas familiares que solía hacer con mi madre a la finca. No podía ni siquiera imaginar todos los informes y documentos de extrema importancia que debían ocultarse en esas carpetas dispuestas en pulcro orden.

Sin dilación, me acerqué a la mesa de despacho donde reposaba el teléfono fijo y con las prisas me caí de culo cuando el sillón de ruedas resbaló hacía atrás. Al levantarme, mi cabeza se golpeó contra una pestañita en color ocre que no hubiera visto de no clavármela en la frente.

La curiosidad prevaleció sobre el sentido común y tiré de ella con fuerza, revelando un cajón secreto que se abría hacía abajo y hacía fuera como por arte de magia.

Oteé entre las hojas allí guardadas no esperando encontrar nada significativo para mí, pero me equivoqué. Lo primero que llamó mi atención fue una carpeta en la que se leía de forma clara Covaleda. Dentro de ella, encontré fotografías, datos de su cuenta, informes de las empresas dónde trabajaban, incluso datos académicos de la más pequeña. Los había investigado a fondo, pero ¿para qué? Dalmiro mismo me dio la respuesta en incontables situaciones: «para vencer al enemigo hay que conocerle en profundidad y aprender con minuciosidad cada uno de sus puntos débiles».

Otra fotografía se deslizó de otra carpeta que sujetaba con cuidado. Al echar un vistazo al individuo que llenaba la imagen, contuve la respiración. ¿Podría ser...?

Abrí ese archivador y me encontré con mi padre. Había fotos de su juventud y otras más recientes. Era un tipo larguirucho, con unos atractivos ojos de color azul aciano y un poblado pelo pelirrojo. En algunas fotos parecía querer ocultar ese tono con una visera como si le resultase incómodo que resaltara tanto. Era de la misma tonalidad que el mío. Rebusqué ávida entre todos aquellos informes, consciente de que no disponía de tiempo suficiente. No se puede conocer a un padre en unos minutos.

Tropecé con el documento que confirmaba una donación de medio millón a su nombre, y el contrato en el que se estipulaba que debía renunciar a la

patria y potestad y a todo contacto conmigo firmado con letra redonda y casi infantil.

«Marcelo Rivas».

Aún sentada sobre el suelo. Estiré el brazo para alcanzar el teléfono. Respiré en profundidad y marqué el número que encontré.

El corazón me bombea a mil mientras los tonos de la llamada parecían más sonoros y largos de lo normal. Los iba contando como si tuviera un límite de ellos capaz de soportar. El seis murió en mis labios cuando alguien con voz grave de barítono contestó con un contrariado:

—¿Qué ocurre?

—¿Mar-Marcelo Rivas? —titubeé.

—Sí, soy yo.

Tuve que contener mi alegría.

—Soy Inés Baró. Soy tu hija —acerté a decir cargando de esperanza cada una de esas palabras.

Hubo una pausa significativa. Como si él tuviera que asimilar esa información despacio.

—¿Cómo has encontrado este teléfono? No vuelvas a llamarme —contestó y colgó.

Es difícil describir el desgarró emocional que supusieron esas palabras. No fue un desencadenante, sino un ingrediente más en el caldo de cultivo que se iba formando y que logró desestabilizarme.

La primera lágrima cayó en ese momento y de tan ardiente marcó a fuego su trazo por mi mejilla, señalando el camino para el resto. Las siguientes llegaron con más fuerza, insondables y gruesas, y no dejaron de salir durante días, horas y minutos de extensa y oscura angustia en las que todo parecía perdido y la soledad amenazaba con estrangularme.

Junto a mi mano, un sonriente Oliver Covaleda me devolvía una mirada llena de luz y vida desde una fotografía. Su madre tenía razón. Yo solo le haría sufrir. Iba a estar mejor sin mí ahora que nada nos ataba. No debí intentar volver a contactar con él. Prometí a Rosa que no lo haría.

Me dejé caer sobre las frías lamas de madera del suelo, sin miedo de que llegara el humo y se colara por debajo de la puerta.

—¿Inés?

—¿Si?

—¿Estás despierta?

—Ahora sí.

—Perdona. Estabas soñando. Creo que no era agradable. —Abro los ojos y me encuentro a Covalada, observándome con atención—. Estás empezando a recordar ¿verdad? —Asiento con la cabeza sin despegar los labios, temiendo la pregunta que seguro rondará su cabeza—. Hay algo que debes saber —anuncia con voz grave—. Han relacionado a tu madre con el asesinato de Antonio.

Hace una pausa, supongo, que dándome tiempo para asimilar esa información, pero ¿cómo voy a ser capaz de hacerlo?

—¿Mi madre? —pregunto incrédula. No me imaginó a Celia Baró estrellando un extintor sobre la cabeza de Antonio. Creo que todavía estoy dormida o esto es una alucinación.

—Fue un encargo —me explica con suavidad consciente de mi estado de shock—. El tipo que se ocupó de liquidarlo tenía un montón de antecedentes. Le ofrecieron reducir su condena si delataba a quien le contrató

—¿Por qué? —pregunto atónita. Tengo que darme unas palmadas en la frente para asegurarme de que no sigo soñando.

—La estaba extorsionando.

—¿Por lo de Oliver?

Se encoge de hombros.

—Se supone que es información confidencial, pero Marcos pensó que podrías tener alguna suposición.

—Tengo que hablar con ella.

—El juez ha dictaminado libertad provisional bajo fianza. Tu abuelo estará a punto de liquidarla.

Pongo los pies sobre el suelo con intención de levantarme, pero me freno.

—¿De qué crees tú que va todo esto?

Niega con la cabeza.

—Soy incapaz de comprender a tu madre. No sé qué demonios le puede pasar por la cabeza.

—Será un escándalo. Se filtrará en las noticias de todos los países —comento pensando en Dalmiro.

—Eso será lo de menos si realmente es culpable.

—Recurrirán todas las veces que haga falta. Presentarán pruebas de enajenación mental o algo así.

Me quedo mirando al infinito. Busco algún tipo de conmoción, alguna señal dentro de mi cuerpo que revele el malestar que debería producirme esta información. Hicieron un buen trabajo. Consiguieron enterrar mis emociones; todas excepto una: mi amor por Oliver Covalada. Él y mi hija son lo único que me importa ahora.

El sonido en vibrador de mi móvil suena sobre la mesilla, haciéndonos dudar de su procedencia por un momento. La pantalla muestra un número, inusualmente largo y extraño, y contesto. Un desconocido me da la noticia que trastocará mi vida y anulará cualquier plan o idea que pudiera haber concebido.

Bajo el teléfono despacio desde mi oreja. Covalada me mira con cara de preocupación. La mía debe mostrar mi estupor. No puedo ocultar que estoy afectada.

—Dalmiro ha sufrido un ataque al corazón. Debo ir al hospital.

Llego a la clínica sin tener muy claro por qué mi número aparece como uno de los contactos principales de mi abuelo. Me paro ante el mostrador de recepción donde un administrativo me atiende al momento. Son las ventajas de poder permitirse pagar un precio desorbitado por un seguro médico.

Me dice que espere en una de las salas habilitadas para los acompañantes y allí me encuentro con su asistente y el chofer.

—¿Cómo está? ¿Te han dicho algo? —me pregunta ella con verdadera preocupación.

—¿Y Alicia? —pregunto yo a mi vez.

—¡Oh! Está con Patricia. No tienes de qué preocuparte. No es consciente de nada de lo que ha ocurrido. Lo más probable, es que ni siquiera se haya levantado aún de la cama.

Le doy las gracias con verdadero alivio antes de contestar:

—Un médico pasará ahora. Tenemos que esperar. —Asiente con la cabeza y la baja. Resulta incómodo. Supongo que quedaría feo preguntar qué tal mi madre en un momento así.

No hay más acompañantes esperando a sus familiares, lo que me hace suponer que esta es una sala exclusiva para nosotros.

Hay algo en los hospitales que me encoge el estómago. El malestar que me hacen sentir no es solo fruto de las esperas interminables, de sus colores asépticos o el olor a desinfectante. Es la conciencia de la enfermedad, de todas las lágrimas que se derraman en ellos debido a las pérdidas o a los malos pronósticos. Es la sensación de que en aquel lugar la vida y la muerte van de la mano o ¿es otro tipo de inquietud?

Los tres nos levantamos cuando aparece un joven médico. No sé qué cara traen los médicos cuando vienen a anunciar malas noticias. La observo y la de este es amable, no parece cualificada para transmitir condolencias. Lo que me alivia. A veces, resulta más difícil no sentir amor por quien no lo merece que ser desapegado.

—Lo siento mucho —comienza a decir—. Tuvo un infarto agudo de miocardio y cuando llegó al hospital ya sufría una necrosis en el ventricular

izquierdo del 40%. No se pudo hacer nada por él.

Ahogo una exclamación. Dalmiro ha muerto. Me cuesta asumir que su vigor, su firmeza y su garra han desaparecido para siempre. Ayer parecía una montaña inamovible que dominaba el mundo, mi mundo, de forma despiadada sin que hubiese duda de que conseguía todo lo que se proponía. Hoy no queda nada de él. Se ha ido.

Que poca importancia alcanzan los problemas y los planes cuando acecha la muerte. Se toman decisiones como si se tuviera al mundo por montera sin ser conscientes de lo efímera que es la vida. Puede sufrir un giro drástico en una sola mañana, como la mía. No volveré a dar nada por hecho.

—¿Quieren pasar a verlo? —pregunta el joven médico.

Niego con la cabeza. Ni siquiera sé si puedo moverme.

Me quedo sola en la sala. Agacho la cabeza y me despido a mi manera de él. Sin aspavientos, sin lágrimas, sin palabras, sin alegría. Se ha ido y sé que lo que debiera sentir es alivio. Hace días que batallamos en un juego de voluntades. Ahora, acaba de forma precipitada y me deja inestable y confundida. Es una victoria extraña.

Siento a alguien a mi lado. Una figura solitaria y silenciosa más pálida de lo común sin su habitual maquillaje; mucho más envejecida que la última vez que la he visto, y solo han pasado unos días. Sus ojos no me miran cuando reconozco su presencia. Miran al frente como si pudiesen ver algo más que solo una simple pared de mármol. Esos ojos tienen lágrimas.

—Lo siento, mamá —digo al fin sin extenderme más.

—Lo he matado —responde con voz gruesa y afectada—. Yo lo he matado. No se sabe lo que es el dolor más insoportable hasta que no lo provoca un hijo.

Me giro para mirarla con incredulidad. Nunca hubiera esperado una reflexión así por parte de ella. Me devuelve una mirada cargada de significado.

No puedo no preguntar, aunque tal vez no sea el momento, pero dudo que tenga otra oportunidad como esta. Necesito saberlo. Creo que nunca se llega a conocer de verdad a alguien.

—¿Por qué lo hiciste, mamá? ¿Por qué mataste a ese hombre?

—¿Acaso no lo sabes?

Niego con la cabeza. Estoy cansada de tener que saber cuándo no sé nada.

—Lo hice por ti, porque te quiero.

La miro sin comprender. Creo que es la primera vez que dice quererme y no sabía que necesitaba tanto oírlo.

—¿Qué estás diciendo, mamá? —susurro con miedo a espantar esas palabras y que desaparezcan como si nunca hubieran sido expresadas.

—Ese hombre contactó conmigo y me aseguró que sabía quién era el autor del incendio. Me amenazó con revelarlo si no consideraba mejorar su patética vida de pueblerino. Sus peticiones eran escandalosas y surrealistas. Quería un puesto de consejero en el ministerio, un chalet para su mujer, un ferrari; la lista de exigencias de ese hombre no tenía fin. No le importaba que yo le dijera que no podía conseguir todo eso. Lo hubiera revelado. Murieron personas en ese incendio, la acusación hubiera sido muy grave. Buscan dar un escarmiento ejemplar. No hubiera podido evitar que te encerraran.

No sé por dónde empezar. Me llevo poco a poco la mano a la frente, y trato de encajar esa información en mi cabeza aunque rebose como en un cajón demasiado lleno que tengo que empujar con fuerza para poder ajustar en su sitio.

—¿Das por hecho que el incendio lo cause yo? —digo al fin.

Resopla con impaciencia, recuperando su habitual compostura Baró.

—Te lo dije, Inés. Estás gravemente enferma. Cuando tienes un brote no distingues el bien del mal. Te vuelves destructiva.

—¿Qué pruebas tienes de que fui yo?

—Oliver se encargó de deshacerse de la mayoría de ellas. No supo que también debía destruir la bolsa de pastillas para barbacoas porque no sabía que las utilizaste. Ese hombre encontró la motocicleta y la ocultó para que no la encontráramos.

—Por eso tenía sus huellas —comento en voz alta—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me contaste lo que ese hombre estaba haciendo?

—Estaba tratando de protegerte. Entiendo que te cueste creerlo. Ahora piensas que soy una madre horrible y que te abandoné cuando más me necesitabas, pero mi intención nunca fue esa. Estuve esperando a que cambiaras de opinión. Tenía esperanza en que te dieras cuenta de lo difícil que supondría la vida que habías elegido, pero te hubiera ayudado aunque no lo hubieras hecho, aunque no hubieras perdido al niño.

»Puede que no siempre haya sido la madre más atenta o afectuosa, pero eres mi hija y te quiero, Inés. Te quiero con toda mi alma. Es probable que no hiciera bien ocultándote lo de tu padre, pero no hubiera sido mucho mejor saber que él sí sabía de tu existencia y renunció a ti a cambio de dinero.

—Pero, ¿y el tratamiento de electroshock? ¿Y el medicamento?

—Era lo mejor. Oliver se desvivió para encontrar al mejor especialista. Tu abuelo lo trajo ofreciéndole esa clínica que prácticamente financió él mismo. Hicieron todo eso por ti.

—Aún me cuesta creerlo —reconozco llevando todo el peso del mundo sobre mis hombros, mientras dejo caer la cabeza hacia el suelo como si ya no me quedarán fuerzas para sujetarla.

Una de sus manos cae despacio y de forma insegura sobre mi pelo y lo acaricia con una ternura insólita. Vuelvo mi cabeza hacia esa mano en busca de su contacto y cuando acaba sobre mi mejilla la retengo con las mías. Solo cuando siento la humedad sobre ellas, me doy cuenta de que estoy llorando.

—Mamá —solo soy capaz de decir entre sollozos. ¿Cómo resumir en palabras todo la agonía que estoy sintiendo?—. Te he echado tanto de menos.

—Solo recuerda que no hay nada que no hiciera por ti. Te conozco lo suficiente para saber que no estás de acuerdo con lo que hice, pero no me arrepiento. Vuelve con Oliver, Inés. Él te quiere, está loco por su hija y puede cuidar de vosotras. Es porque quiero lo mejor para ti, que te pido esto.

—Pero si soy culpable, debería entregarme.

—Entonces, todo lo que he hecho habrá sido en vano.

«Mamá. Ahora que te recupero, vuelvo a perderte».

No puedo aceptar que todo acabe así. Ha habido demasiado lucha, sufrimiento y pérdidas. No puedo volver a una vida que no he elegido como si nada hubiera ocurrido. ¿De verdad provoqué yo ese incendio?

Miro mis manos buscando alguna señal. Algo que pueda asegurarme que realmente yo lo originé.

Me falta el aire, me faltan lágrimas y lamentos.

Cada día, recuerdo menos aquella vida junto a Covaleda. Todo aquello parece lejano y tan irreal como resultó ser. Es como haber perdido 15 años de mi vida con acontecimientos tan importantes como el nacimiento de mi hija, sus cumpleaños, sus primeras palabras. Todo eso se ha esfumado como si no lo hubiera vivido.

«Alicia, me dueles más que ninguna otra cosa». ¿Debería hacer lo que

dijo mi madre? ¿Qué ocurrirá si me detienen? Perderá su infancia como yo perdí la mía cuando supe lo de mi padre. Tendrá que enfrentarse a las miradas y las murmuraciones. Pensar que deberá afrontar lo mismo que yo, me causa agonía. No puedo permitir que eso le ocurra a ella.

Hablo como mi madre. Ella también trataba de evitar que yo tuviera que afrontar sus mismos problemas.

Me arrancaría la piel solo por poder cambiar quien soy. Poder ser solo un lector, leyendo un libro con la oportunidad de cerrarlo y separarse de la historia.

Tengo miedo. Miedo a hacer lo correcto y miedo a no ser capaz de hacerlo.

No levanto la cabeza cuando Covalada entra por la puerta. Ni siquiera soy capaz de mirarle. ¿Qué puedo decirle? Nervios atenazan mi estómago amenazando con derramar su contenido.

Sin mediar palabra, porque pocas palabras certeras se pueden utilizar en momentos así, se sienta a mí lado y me acerca a él con un abrazo.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza sobre su hombro.

—Tienes que ser fuerte un poco más. Pronto acabará todo. Aprenderás a vivir con ello como siempre has hecho, Inés. No conozco a nadie tan valiente como tú.

—Te equivocas. No soy valiente. Me derrumbé y mi cerebro colapsó. Ahora, vuelvo a sentirme como esa niña sola y perdida que no sabe qué hacer, solo que es mucho peor porque lo que decida influirá en mi hija.

Se aleja un poco para observar mi cara y la incertidumbre rodea la suya.

—¿Qué debes decidir, Inés? —pregunta incluso herido. Teme como yo que acabe haciéndole daño de nuevo y no me extraña. Parece que es lo que mejor se me da.

—Hay algo que tú no sabes. La razón por la que Celia encargó a ese sicario la muerte de Antonio.

Lo observo tras mi confesión y pienso que su madre tenía razón. Debí mantenerme alejada de él. Solo le hago sufrir. Debo pelear contra la idea de no dejarle, de volver a hacerle daño y que nunca me pueda perdonar. Siento tanto frío en las venas que necesito de su calor para que la sangre circule y poder moverme o pensar. Covalada es como el sol tras un día gris y oscuro, y el único capaz de derretir el hielo que me recubre.

Le oigo coger aire entrecortadamente, incluso respira de forma más

agitada de lo normal, mientras en actitud reflexiva va asimilando todo lo que le he contado. Debí renunciar a él. Peleo con la idea de huir, poner tierra de por medio y someterme de nuevo a la medicación, pero la idea de que tal vez deba hacerlo comienza a tomar forma en mi cabeza. Puede que comience a degenerar a medida que pase el tiempo y mis psicosis se vuelvan incontrolables. Tal vez no tenga más remedio que vivir en una jaula de oro.

Me mira y sus ojos rojos hacen más verde el color de su iris. Trago saliva con fuerza esperando una respuesta o reacción. Esto es lo más difícil que jamás se me ha planteado. Estoy esperando a que mi vida acabe.

—No lo creeré sin pruebas e incluso si las hubiera y realmente lo hiciste, no eras tú misma. Estabas bajo los efectos de mucha medicación. No vas a entregarte, Inés. No podemos estar seguros. Nos iremos. Nos llevaremos a Alicia y encontraremos un lugar en el que nadie te conozca.

—Oliver se opondrá. Ahora, Alicia va a heredar una fortuna y él podría quitármela sin problemas e incluso acusarme.

—Sé que no puedo pedirte que renuncies a tu hija, pero sí te suplico que vengas conmigo. Empecemos de cero en cualquier otro lugar...

—No puedo dejarla —confieso a media voz.

—Lo sé, lo sé. ¡Maldita sea! Lo sé —exclama con tortura en cada palabra mientras me atrae hacia su pecho. Me atrapa entre sus brazos como si nunca más fuera a soltarme. En nuestros rostros hechos uno se mezclan sus lágrimas con las mías. Fuego y hielo buscando consolarse desesperadamente; menta y chocolate conjugando un sabor único—. Creí que la muerte de tu abuelo y la situación de tu madre sería la solución a nuestros problemas y nada ha cambiado. Volverás con él ¿verdad?

«¿Lo haré?»

Antes...

Tiré de mis muñecas sabiendo que era una pérdida de tiempo. Me habían atado a una camilla, y la sensación de inutilidad e incapacidad era asfixiante. Ni siquiera podía retirarme un mechón de pelo que en la mejilla me provocaba un incesante cosquilleo. Volví a tirar con la esperanza de llamar la atención de

algún enfermero o personal médico. Quería decirles que todo aquello era un error; que no estaba enferma ni necesitaba ningún tipo de terapia. Pero supongo que estaban muy acostumbrados a escuchar ese tipo de argumentos en la mayoría de sus pacientes.

No podía creer que aquello me estuviera ocurriendo a mí. ¿Qué debería haber hecho para que me dejaran en paz? ¿Volver enmascarar mis emociones? ¿Acaso para ser cuerdo hay que dejar de sentir con intensidad? ¿Lo sensato es lo severo, lo recto, rígido y disciplinado? La locura se relaciona con el amor inmenso, la alegría desmesurada, la tristeza incontrolable. Tanto tiempo reprimiéndome y cuando al fin me permitía gritar y demostrar lo que sentía, me tildaban de demente.

Mi inmovilidad provocaba que me doliera todo el cuerpo y ese azul cobalto salpicando las paredes, el logotipo de la clínica, las batas y las sábanas me ahogaban. Tal vez sí daba una impresión de chaladura en esos momentos, pero era una reacción normal a lo que me estaban haciendo o lo que querían obligarme a aceptar.

—Hoy recibirás tu cuarto tratamiento de TEC. Pronto te sentirás mucho mejor —me informaba una jovial enfermera, ignorando mis intentos de arrancarme las correas.

Un celador puso mi camilla en movimiento, trasladándome a la sala de electroshock; a sus blancas y asépticas paredes donde el terror más feroz invadía todo mi cuerpo.

La anestesia borraría cualquier vestigio de resistencia. Pronto me convertiría en quien ellos pretendían; pero aquella sonrisa irónica y complacida a través del cristal, bajo unos ojos verdes rasgados y astutos, me perseguiría hasta el último momento. La sonrisa de los que saben que, al fin, se han salido con la suya y han conseguido lo que querían.

FIN

EPÍLOGO

♪ *Kodaline _ All I want*

¿Quién define lo que es cordura y lo que no? ¿No será que todos somos unos locos y los más locos son los que aparentan cordura? Hay muchas cosas de las que dudo, miles de las que no tengo ni idea, un montón más en las que estoy equivocada, pero si de algo estoy segura, es de que no tenía más locura que cualquiera cuando me pusieron en tratamiento.

Solo una gran mente calculadora, de alguien verdaderamente retorcido y perverso, podría ser capaz de tratar de sacar provecho de las desgracias de los demás. Ese hombre en el que se convirtió, el niño malcriado y caprichoso, que nunca se detenía hasta conseguir lo que quería aunque tuviera que marcar sus pasos con veneno y utilizar las peores artimañas.

Miro a través de la ventana cómo Oliver se va, en su coche, al funeral de mi abuelo. Es un alivio que la casa se quede vacía al fin. Me pongo en movimiento. Mi mano se desliza bajo el tablero de roble hasta tropezar con la pestañita que abre el compartimento secreto. Mi abuelo le regaló esa mesa de despacho. Es igual que la de él. Cuando el cajón oculto sale de su escondite, tomo todos los papeles y carpetas que ha colocado Oliver allí.

No pasa mucho tiempo hasta que encuentro los verdaderos informes de la clínica Valdivieso. Solo que estos no están avalados por el Doctor Miranda. El diagnóstico confirma una ligera y temporal depresión provocada por causas comprobables que excluye cualquier necesidad de tratamiento o medicación si no se prolonga en el tiempo o se agrava. Mucho menos habla de una terapia de electroshock.

Es una sorpresa que pudiera engañar a mi abuelo. Pero él nunca entendió mi naturaleza, y cierto es que todos acabamos creyendo lo que queremos creer.

Sigo buscando y me encuentro con un plano de montes. Para poder apreciar las pequeñas marcas realizadas a punzón hay que ser un gran conocedor del terreno, y además, conocer la localización exacta de los focos que originaron el incendio. También tropiezo con un puñado de hojas membretadas en blanco del ministerio para los asuntos oficiales. Con probabilidad, los cogió de casa de mi madre y los utilizó para hacerme llegar la primera petición de análisis sobre la reforestación en El Cedro. Por eso, no me contestaron desde administración.

Enciendo el ordenador. Mientras espero, echo un vistazo a la foto que reposa sobre la mesa. Es una foto familiar en la que los tres sonreímos a un fotógrafo desconocido. Ahora me doy cuenta de que siempre he odiado esa sonrisa aunque no fuera capaz de recordarla.

Cuando se ilumina la pantalla, sigo el proceso que Roberto, el compañero de Covaleda, me ha explicado y descargo un programa que recupera archivos eliminados. Los recupera con una extensión que no soy capaz de abrir y utilizo el bloc de notas para poder leerlos.

Allí encuentro correspondencia con un alto cargo de la Junta, el mismo que se beneficiará del 5% del coste total de la obra, que se aseguró de que esa noche el puesto de vigilancia quedara vacío y que avaló a su hijo la compra de uno de los chalets de la urbanización por un precio irrisorio que podrá duplicar una vez construida la circunvalación.

No es a mí a quién vio Antonio mientras espiaba a su mujer aquella noche, sino a Oliver Sarraga.

A medida que recobro la memoria, todas las piezas comienzan a encajar como un rompecabezas que de tan sencillo hasta un niño podría resolverlo y, pese a que perderé recuerdos de mi vida para siempre o estarán cubiertos de neblina debido a la medicación, ya no me siento confundida ni perdida. Sé quién soy, cómo soy y lo que quiero. Mi futuro está esperándome en el coche del que me acabo de bajar, con un codo sobre la ventanilla abierta, de riguroso negro para acudir a un funeral.

—¿Lo tienes todo? —me pregunta tras depositar un suave beso sobre mi boca.

—Aquí está —le digo mostrándole un dispositivo usb.

—Marcos está deseando echarle mano. Lo dejaremos de camino al tanatorio.

—Acabemos de una vez y recojamos a Alicia.

—A sus órdenes, pelirroja.

El funeral resulta el circo mediático que esperaba. Mi madre no acude por evidentes motivos, lo que decepciona a la mayoría de los asistentes.

Puedo sentir la mirada de Oliver Sarraga sobre mí, y la enfrento por primera vez desde hace mucho sin el velo que tapaba mis ojos. Puedo leer en él la contrariedad, la soberbia, la ambición sin límites. Mi abuelo se equivocaba con él. Nos engañó a todos. Su codicia es destructiva.

Siento una presencia a mi lado y me vuelvo creyendo que Covaleda ha cambiado de opinión y decidido que sentarse a mi lado no causará ninguna

confrontación. Pero no es él, sino mi padre. El mismo desconocido que con una visera cubría su rojo pelo y actuaba como mi ángel de la guarda. No sé por qué esperaba que apareciera de un momento a otro.

—He estado muy enfadada contigo —susurro mirando al frente.

—Lo siento por eso. Era joven e ignorante cuando acepté ese dinero. Me arrepentí en cuanto vi tu carita de recién nacida en una foto. Me la envió tu madre —confiesa apretando los labios—. Tu tía Irene también lamenta tener que haber mentido. No quería que me descubrieran y tuvo que fingir que yo no existía.

—¿Mi tía Irene? Es muy joven...—Estoy sorprendida, pero no espero respuesta—. Creí que no querías saber nada de mí.

—Estuve vigilado, controlado y amenazado desde que dije que devolvería el dinero y que quería ejercer de padre. No quería acabar en la cárcel por violador. He venido a asegurarme de que realmente está muerto y a bailar sobre la tumba de ese viejo.

—¿Cuánto tiempo llevas a mi lado?

—Solo cuando nació tu hija, aflojó un poco el cerco sobre mí. Te busqué, te encontré e intenté ayudarte como mejor pude, pero no podía intervenir sin que me descubrieran.

—Los mensajes eran tuyos. Oliver debió borrarlos.

—Ese pequeño cabrón es un saco de mierda.

—Lo sé. Ahora, lo sé todo. Nos engañó a todos, incluso a mi abuelo.

—No estés tan segura, Inés. Tu abuelo no era tonto. Sabía aprovechar cada oportunidad que se le presentaba como el más astuto de los devoradores. Le convenía creer en tu locura para tener una excusa para dominarte. Era un obseso del control. Seguro que le mató no prever lo de tu madre.

Siento una punzada de desánimo al pensar en Celia. Tal vez no fuera una gran madre ni un gran ejemplo y estuviera empeñada en dirigir mi vida, pero sí me quería y eso parece pesar más que cualquier otro defecto.

—Detendrán a Oliver tras el funeral ¿quieres verlo?

—No, vayamos a conocer a mi nieta.

Nos levantamos antes de la homilía y nos alejamos de la capilla y de las miradas de asombro que con probabilidad malentiendan y juzguen mi salida, pero estoy blindada contra eso y mucho más.

Covaleda sonrío cuando nos acercamos y extiende una mano hacia mi padre para estrecharla con fuerza. Esa misma mano recoge la mía y me acompaña a la salida.

Se acabó tener que inventar gratos recuerdos. Esta vez, atesoraré cada pequeño gesto y evento para no olvidarlos jamás.

«Nada sería tan amargo como no poder recordar mi tiempo junto a ti».

FIN

¿Te ha gustado? No olvides dejar tu comentario en amazon, facebook, goodreads o cualquier otra plataforma que creas conveniente.

La mejor publicidad es tu opinión. No hacen falta grandes y elaboradas reseñas. Con una simple frase es suficiente y ayuda mucho a los autores; además, de crear ilusión y deseos de continuar escribiendo. Búscame en

www.avsanmartin.com

¡Gracias por leerme!

AGRADECIMIENTOS

Durante esta loca aventura que supone dedicarme a escribir, mi ánimo ha subido y bajado como una gran montaña rusa sin frenos. Por suerte no ha faltado la ilusión, y cuando ha hecho falta han sido muchas las personas que me han apoyado e insuflado esa ráfaga de energía tan necesaria para sentir que tanto sacrificio y esfuerzo no es en vano. Gracias a todos. Vosotros sabéis quienes sois. Cada palabra de aliento ha sido guardada en mi corazón. Las personas que aseguran que la amistad que surge a través de las redes sociales no es real, es porque no la han vivido y no saben de lo que están hablando. No se puede juzgar lo que no se conoce. Además, os contaré un secreto: yo conocí a mi marido gracias a internet, y ya son casi diez años y dos churumbeles lo que nos ha traído este “amor no real” que nos unió a través de más de 1.500 kilómetros de distancia.

Él y solo él hace posible que yo pueda dedicarme a escribir. Sin su apoyo nada de esto sería posible. Cada libro es fruto de los sacrificios, el ahínco y el empeño que ambos realizamos para poder crearlos. Gracias Juanjo. Sabes que te quiero.

Puede que cada libro sea como un hijo y que también de muchas alegrías, pero nunca tantas como me las dan mis dos soles. Lo que más me pesa del mucho tiempo que dedico a investigar, recrear y escribir son los momentos que me pierdo con mis hijos. Soy una mamá pata que necesita vivir cada sonrisa, cada lágrima y cada nueva ocurrencia de sus patitos. Gracias por esos momentos y ese tiempo.

Gracias a mis padres, mis hermanos, mi tía Ana y mi prima Ana por brindarme la oportunidad de crecer rodeada de libros, por llenarme las estanterías de novelas, las recomendaciones y esos préstamos que raramente volvían.

Al echar la vista atrás recuerdo una hermosa infancia y una niña feliz gracias a todas esas personas que formaron parte de mi vida: mis padres, mis hermanos, tíos, primos, vecinos, la cuadrilla. Soy un pedacito de cada una de ellas y cada libro es un pedacito de mí, así que también son un poco vuestros.

También quiero dar las gracias a esas personas que se entusiasmaron con el primer libro y me dejaron su opinión a través de reseñas, opiniones en grupos y plataformas o por privado. Es difícil expresar en palabras lo que me habéis hecho sentir. Confieso que he llorado con muchas de esas opiniones, siempre me he emocionado y la sonrisa me ha acompañado a lo largo del día

con cada buena crítica. He aprendido que en algún momento se deja de escribir para uno mismo y se hace para el lector porque el que os gusten los libros, es la mejor de las recompensas y el fin que persigo. Espero haberlo conseguido con este.

Y por último, pero no menos importante, quiero dar las gracias a todas esas personas que de forma desinteresada y generosa me han echado una mano a lo largo de la creación de este libro o con *Azul tormenta*, *lluvia añil*: Chelo Casas, Belén Edreira, Emma Torrents, Carmen Berenguer, Aroa Ramírez, *Cora Spark*, Anais Debeba y *Moria Minas*, que me asesoró de forma profesional sobre el asunto de los incendios y me ofreció la idea sobre cómo provocarlo. Gracias también a esa lectora cero improvisada, Verónica Domenech, que surgió a última hora, con un ojo excepcional para los pequeños errores.

Y a las blogueras que no dudaron en echarme una mano cuando llame a su puerta, pese a ser una gran desconocida, y que hicieron grandes reseñas sobre *Azul tormenta*, *lluvia añil*: Sany Garcés de Libros que voy leyendo, Mónica Airado de Porque leo lo que quiero, Maria Eugenia Arias Lozano de Solo yo, Aura de Devoradora de libros, Raquel Jiménez Alarcón de El baúl de los libros asombrosos, a Mandy de la Fabulosa historia, a Isabel de Las lecturas de Isabel, a Eli de Adictabooks, Eva de Rupanteva y Mónica Ivulich de Creación y talentos. Vosotras sois parte del éxito de mis libros.

Sé que hay muchas más y no me olvido. A todos mil gracias y mil más con todo el cariño del mundo.

Ainara.

BIBLIOGRAFÍA

- <http://que-carreraestudiar.blogspot.com.es/2013/04/estudiar-ingenieria-forestal.html>
- <http://www.elmundo.es/espana/2015/12/20/56767f3822601d78268b4680.html>
- <https://www.diagonalperiodico.net/global/27306-aprobada-definitivamente-la-ley-montes-permite-construir-terreno-incendiado.html>
- http://politica.elpais.com/politica/2015/01/09/actualidad/1420807079_139451
- <https://cienciasycosas.com/2015/08/12/manipulaciones-incendios-y-recalificaciones/>
- <http://www.elmundo.es/espana/2014/08/24/53f8fd8922601dc11a8b4586.html>
- http://politica.elpais.com/politica/2015/07/08/actualidad/1436361267_255365
- <http://www.mi-carrera.com/IngenieriaForestal.html>
- <http://www.quo.es/naturaleza/que-hacer-despues-de-un-incendio>
- http://www.huffingtonpost.es/2015/10/09/impuesto-al-sol-autoconsumo-energetico_n_8267900.html
- <http://www.ahorrocapital.com/2016/07/donde-invertir-en-inmuebles-en-espana.html#more>
- <https://medlineplus.gov/spanish/ency/article/003257.htm>
- <https://www.clinicadam.com/salud/5/003324.html>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Terapia_electroconvulsiva
- <https://www.personasque.es/trastorno-bipolar/salud/tratamiento/terapia-electroconvulsiva-1825>
- <http://www.abc.es/20120119/ciencia/abci-descarga-reactiva-cerebro-201201181238.html>
- http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160218_electrochoque_controve
- <http://www.psiquiatria.com/tratamientos/la-terapia-electroconvulsiva-un-tratamiento-en-psiquiatria-que-salva-vida-con-una-disponibilidad-desigual-en-espana/#>
- <http://www.campogalego.com/es/forestal-es/descubrimos-la-motivacion-que-hay-detras-del-80-de-los-fuegos/>
- <http://www.elnortedecastilla.es/v/20110808/castilla-leon/incendios-20110808.html>
- <http://www.elefectopigmalion.com/hacking-mental-como-insertar-falsos-recuerdos-en-la-memoria/>
- <https://www.taringa.net/posts/info/16666951/Podes-perder-la-memoria-con-un-golpe-y-luego-recuperarla.html>

<http://recuerdosdepandora.com/ciencia/biologia/hechos-y-datos-fascinantes-sobre-el-cerebro-humano/>

<https://news.vice.com/es/article/adiccion-farmacos-ansioliticos-y-somniferos-podrian-hacerte-perder-control>

<http://www.josecarlosfuertes.com/doctor-yo-pastillas-no-quiero/>

<http://listas.20minutos.es/lista/insultos-en-castellano-que-deberias-conocer-y-su-significado-393340/>

OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA



¿Y si existiera la posibilidad de retroceder al pasado y corregir los errores cometidos?

¿Y si la mayor equivocación hubiera sido enamorarse de la persona incorrecta?

¿Cómo evitarías volver a hacerlo? ¿Cómo lo alejarías de tu vida?

Ana lleva escrito en su mirada la derrota. Su cuerpo soporta las huellas indelebles de los miles de golpes recibidos. Gastada y vencida deja que se escape cualquier signo de resistencia y deja de luchar por una vida que parece que ya no le pertenece, pero... a veces de los peores instantes y las épocas más lúgubres surgen las posibilidades más prodigiosas. ¿Se puede renacer de las cenizas?

Ana descubre, tras despertar, que es 1999 de nuevo y vuelve a tener 18 años. Pese al misterio que entraña este retroceso en el tiempo, trata de sacar el máximo partido a esta segunda oportunidad reviviendo su etapa universitaria y sobretodo, alejando de su vida al hombre que la torturó, humilló y maltrató durante ocho años de matrimonio.

PRÓXIMAS PUBLICACIONES



Si tuvieras que confeccionar una lista con todo aquello que una vez no te atreviste a hacer, pero con la intención de cumplirla ¿qué escribirías?

BIOGRAFÍA



A.V. San Martín es el seudónimo de Aina Villacorta San Martín. Nació en Santurtzi (Vizcaya) en 1978 y actualmente reside en Melilla. Estudió Ciencias Económicas en la Universidad del País Vasco.

Desde muy joven, su curiosidad y hambre por aprender y saber, la sumergieron de lleno en la literatura. Siempre se la podía encontrar entre libros.

Esa pasión por las letras derivó a muy temprana edad en la creación de sus propios relatos y escritos; sin embargo, no fue con la culminación de su primera obra publicada, *Azul tormenta, lluvia añil*, que se atrevió a divulgarlos públicamente.

-
- [1] Nota de la autora: La Alondra Ricotí es la única especie de ave del género Chersophilus.
- [2] Nota de la autora: *BIIF Brigada de investigación de incendios forestales.
- [3] Nota de la autora: SEPRONA son las siglas de servicio de Protección de la Naturaleza de la Guardia Civil.
- [4] Nota de la autora: Letizia Ortiz es la reina consorte de España por su matrimonio con el rey Felipe VI.
- [5] Nota de la autora: Personaje ficticio interpretado por Ingrid Bergman en la película Casablanca.

Table of Contents

CANCIONES RECOMENDADAS DURANTE LA LECTURA

NOTA DE LA AUTORA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

SEGUNDA PARTE

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

BIOGRAFÍA